



EVANGÉLIO

EN TRIUNFO

POESIAS

B2145

.P62

E8

1835

008243





1080014422



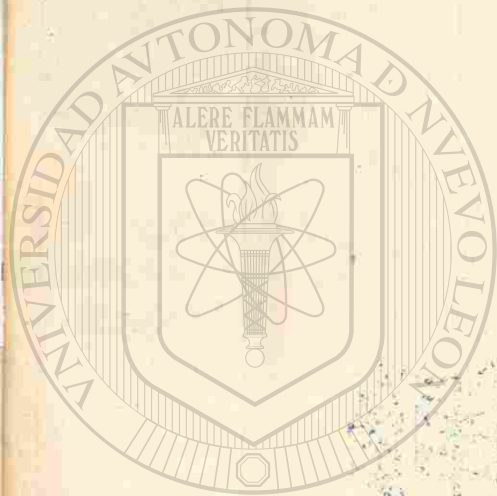
EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL





# POEMAS CRISTIANOS,

EN QUE SE EXPONEN CON SENCILLEZ

LAS VERDADES MAS IMPORTANTES

DE LA RELIGION,

POR EL AUTOR

DEL EVANGELIO EN TRIUNFO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
Capilla Mensura  
Biblioteca Universitaria Biblioteca Valverde y Tolles  
MÉJICO.  
IMPRENTA DE GALVAN

A cargo de Mariano Arévalo, calle de Cadena N. 2.

1895.

44902

B 2145

.P62

E8

1835



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

20844

3332

PROLOGO

iii

### PROLOGO DEL EDITOR.

**M**E parece justo informar al lector de los motivos que me han determinado á dar estos Poemas á la luz pública. Un dia visitando á un amigo, le encontré ocupado en arreglar ciertos papeles, y preguntándole lo que hacia, me respondió: Estas son poesias en que me he ocupado; he procurado desenvolver en ellas algunas de las verdades mas importantes de la Religion para mi uso, y las he puesto de propósito en metro, porque por este medio las desentraño mas, las entiendo mejor, y las fijo en mi memoria; pues mientras busco la consonancia y la medida, repaso las ideas que contienen, y las voy grabando en mi corazon.

No ha sido mi designio, añadir, hacer versos correctos y brillantes, y por eso no he invocado las musas, ni pedido á la poesia me prestase sus hermosos colores, sus imágenes atrevidas, ni sus eruditas alusiones. Estos adornos serian extra-

\* 008243



ñios y nada oportunos para decorar grandes verdades, que llevan en su simplicidad su mayor fuerza.

Me he propuesto únicamente exponérselas á mi espíritu con la magestuosa sencillez con que el Evangelio las propone, y reunir en cada uno de los Poemas, las ideas análogas á su objeto, y que mutuamente se corroboran. Por este medio puedo representarme todas las consecuencias que resultan, y registrarlas con una ojeada.

Me aprovecho del consejo de S. Pablo, y no olvido el de Horacio, que preferia en sus composiciones *carmina sermoni propiora*, esto es, los versos que se acercan mas al estilo corriente, y son mas acomodados á la inteligencia comun.

Si este ingenio de tanto gusto en la literatura latina escogia para sus epistolas, la mayor parte frívolas, el estilo mas claro, ¿cuánto mas debe hacerlo el cristiano que se propone verdades tan sublimes, y cuya inteligencia es tan útil á todos!

Pedi á mi amigo me leyese algunos de aquellos discursos; lo hizo sin dificultad, y pareciéndome por todo lo que me decia, que no hacia gran caso ni de su trabajo ni de sus versos, me atrevi á rogarle me dejase sacar una copia, y al

instante me lo permitió con la mayor facilidad.

Desde entónces estos discursos han sido mi mas frecuente lectura, y el recuerdo de verdades tan sólidas ha sostenido muchas veces mi natural flaqueza. Pensaba que acaso habria otras personas, en quienes pudieran producir el mismo efecto, y muchas veces me ha ocurrido, que seria útil comunicarlas al público; y habiendo visto que últimamente se han impreso en Murcia, y recibido con aprobacion otras pequeñas traducciones que hizo la misma mano, de los Salmos Penitenciales, me pareció que yo seria muy culpado, si no partiera con todos los cristianos una lectura que tanto me ha aprovechado.

Me pareció tambien que esta lectura, que puede ser tan útil á todas las edades y condiciones, lo seria mas para la juventud, que naturalmente es idólatra de la poesia; que sus maestros pueden inducirlos á aprender algunos de los Poemas de memoria, y por eso los he dividido en dos partes, para que no les parezcan demasiado largos; y estoy en la persuasion de que estas verdades inculcadas desde la edad primera, pueden influir mucho para todo el resto de la vida.

Tal vez dirán algunos que esta continuidad

de consonantes, al mismo tiempo que hace su construccion mas dificil, puede dejar su lectura ménos suelta y libre; pero el mismo autor me dijo, que esta misma dificultad contribuia á hacerle dar mas vueltas á las ideas, y desarrollarlas mejor.

A mí me parece tambien, que los consonantes ayudan mucho para que se aprendan de memoria; y como no se pretende dar con estos Poemas modelos de la buena poesia, sino medios de grabar sus ideas mas fácilmente y con mas profundidad en el corazon, me ha parecido que el autor tuvo razon en sacrificar el interes de su vanidad á la esperanza de la pública utilidad.

Que el Espíritu de Dios sea el autor de mi designio, y que acompañe este escrito para llenar de sus bendiciones á los que le leyeren; que la luz de las verdades que contiene, produzca en sus almas las mismas impresiones que en la mia, y que nos dirija á todos por los caminos de la Religion y de la virtud.

## ORACION

**Que sirve de introduccion para pedir a Dios las gracias que conducen a la vida eterna.**

**M**i Dios, yo creo en tí, creo en tu Iglesia;  
Mas mi fe con tus luces fortifica.  
Yo espero en tu bondad; pero haz que sea  
Mi esperanza tan tierna como viva.  
Yo te amo cuanto mi alma puede amarte,  
Mas mi amor y sus actos multiplica.  
Me pesa haber pecado; pero aumenta  
El dolor que mi pecho martiriza.

Yo te adoro, Señor, como principio,  
Autor y origen de mi ser y vida;  
Y mi alma fervorosa te desea  
Como el último fin por que suspira.  
Yo te doy gracias, bienhechor perpetuo,  
Por tantos bienes como me prodigas,  
Y mis labios te invocan como al solo  
Protector soberano en que confian.



de consonantes, al mismo tiempo que hace su construccion mas dificil, puede dejar su lectura ménos suelta y libre; pero el mismo autor me dijo, que esta misma dificultad contribuia á hacerle dar mas vueltas á las ideas, y desarrollarlas mejor.

A mí me parece tambien, que los consonantes ayudan mucho para que se aprendan de memoria; y como no se pretende dar con estos Poemas modelos de la buena poesia, sino medios de grabar sus ideas mas fácilmente y con mas profundidad en el corazon, me ha parecido que el autor tuvo razon en sacrificar el interes de su vanidad á la esperanza de la pública utilidad.

Que el Espíritu de Dios sea el autor de mi designio, y que acompañe este escrito para llenar de sus bendiciones á los que le leyeren; que la luz de las verdades que contiene, produzca en sus almas las mismas impresiones que en la mia, y que nos dirija á todos por los caminos de la Religion y de la virtud.

## ORACION

**Que sirve de introduccion para pedir a Dios las gracias que conducen a la vida eterna.**

**M**i Dios, yo creo en tí, creo en tu Iglesia;  
Mas mi fe con tus luces fortifica.  
Yo espero en tu bondad; pero haz que sea  
Mi esperanza tan tierna como viva.  
Yo te amo cuanto mi alma puede amarte,  
Mas mi amor y sus actos multiplica.  
Me pesa haber pecado; pero aumenta  
El dolor que mi pecho martiriza.

Yo te adoro, Señor, como principio,  
Autor y origen de mi ser y vida;  
Y mi alma fervorosa te desea  
Como el último fin por que suspira.  
Yo te doy gracias, bienhechor perpetuo,  
Por tantos bienes como me prodigas,  
Y mis labios te invocan como al solo  
Protector soberano en que confian.

Haz que me arregle por tus santas leyes,  
 Que siempre me refrene tu justicia,  
 Que me consuele tu misericordia,  
 Y me sostenga tu virtud divina:  
 Que te consagre mis palabras y obras,  
 Todos los pensamientos que me animan,  
 Todas las intenciones que me mueven,  
 Y hasta los sufrimientos que me envias;  
 Para que en adelante toda mi alma,  
 En tí solo empapada y embebida,  
 Piense en tí, por tí obre, de tí hable,  
 Y sufra lo que tú me determinas.  
 Quiere mi alma todo lo que quieres,  
 Solo porque lo quieres, á medida  
 De lo que tú quisieres, y en el modo  
 Con que lo quieras pronta se resigna.  
 Dignate de alumbrar mi entendimiento,  
 Y de encender mi voluntad tan fria;  
 Purifica este cuerpo que me oprime,  
 Y mi alma que te adora, santifica.  
 Ayúdame á expiar tantos delitos,  
 A vencer tentaciones tan activas,  
 A domar las pasiones que me atacan,

Y ejercer las virtudes que tú estimas.  
 Que mi alma agradecida á tus bondades  
 Sus culpas aborrezca, y las corrija;  
 Que se llene de celo por los hombres,  
 Y desprecie del mundo las mentiras.  
 Que sometida á todos sus mayores,  
 Y con sus inferiores nunca altiva,  
 Sea tan fiel á todos sus amigos,  
 Como á sus enemigos compasiva.  
 Que venza los deleites con ayunos,  
 Con la santa limosna la avaricia,  
 La cólera feroz con la dulzura,  
 Y que mi devocion no sea tibia.  
 Hazme prudente en todas mis empresas,  
 Valiente en los peligros que me sitian,  
 Sufrido en todas las adversidades,  
 Y humilde en las fortunas mas propicias.  
 Concédeme atencion cuando te imploro,  
 Concédeme templanza en las comidas,  
 Exactitud en todos mis empleos,  
 Y constancia invariable en la justicia.  
 Dame, Señor, una conciencia pura,  
 Un exterior que la modestia indica,



Una conversacion edificante,

Y una conducta regular y pia,

Haz que domando todas mis pasiones,

Concurra con la gracia que me inspiras,

A obedecer tus leyes soberanas,

Y á merecer las celestiales dichas.

Hazme ver lo pequeño de la tierra,

Del cielo las grandezas infinitas,

La brevedad del tiempo que se pasa,

Y lo largo del siglo que no espira.

Haz tambien que á la muerte me prepare,

Que tiemble de tu juicio y de tus iras,

Que evite del infierno los horrores,

Y obtenga por Jesus la eterna vida,

---

POEMAS CRISTIANOS.

---

POEMA PRIMERO.

**EL FIN DEL HOMBRE.**

PARTE PRIMERA.

**Y**o para qué nací? Para salvarme.  
 ¿Que tengo de morir es infalible!  
 Dejar de ver á Dios y condenarme  
 Triste cosa será, pero posible.  
 ¿Posible! y ¿tengo tiempo de alegrarme?  
 ¿Posible! ¿y tengo amor á lo visible?  
 ¿O Dios! ¿en qué me ocupo? ¿en qué me encanto?  
 Loco debo ser, pues no soy santo.  
 Esto dijo un cristiano que sabia,  
 Que el hombre no ha nacido para holgarse,  
 Para vivir con pompa y alegría,  
 Y que solo nació para salvarse,  
 Para amar á su Dios, obedecerle,  
 Y merecer al fin eterno verle.  
 Este es pues el mayor de sus negocios:

Una conversacion edificante,

Y una conducta regular y pia,

Haz que domando todas mis pasiones,

Concurra con la gracia que me inspiras,

A obedecer tus leyes soberanas,

Y á merecer las celestiales dichas.

Hazme ver lo pequeño de la tierra,

Del cielo las grandezas infinitas,

La brevedad del tiempo que se pasa,

Y lo largo del siglo que no espira.

Haz tambien que á la muerte me prepare,

Que tiemble de tu juicio y de tus iras,

Que evite del infierno los horrores,

Y obtenga por Jesus la eterna vida,

---

POEMAS CRISTIANOS.

---

POEMA PRIMERO.

**EL FIN DEL HOMBRE.**

PARTE PRIMERA.

**Y**o para qué nací? Para salvarme.  
 ¿Que tengo de morir es infalible!  
 Dejar de ver á Dios y condenarme  
 Triste cosa será, pero posible.  
 ¿Posible! y ¿tengo tiempo de alegrarme?  
 ¿Posible! ¿y tengo amor á lo visible?  
 ¿O Dios! ¿en qué me ocupo? ¿en qué me encanto?  
 Loco debo ser, pues no soy santo.  
 Esto dijo un cristiano que sabia,  
 Que el hombre no ha nacido para holgarse,  
 Para vivir con pompa y alegría,  
 Y que solo nació para salvarse,  
 Para amar á su Dios, obedecerle,  
 Y merecer al fin eterno verle.  
 Este es pues el mayor de sus negocios:



Todos los otros pueden en sus ocios  
 Divertirlo tal vez y entretenerlo;  
 Pero este solo debe poseerlo,  
 Y ocupar toda su alma de manera  
 Que siempre obtenga su atención primera.

El rey, el negociante, el magistrado  
 Deben con interés subordinado  
 Hacer los suyos; mas con el intento  
 De no perder de vista el pensamiento  
 De que este es el mayor, el importante,  
 Sobre todos los otros dominante;  
 Pues aun los mismos reyes soberanos,  
 Antes que reyes sean, son cristianos.

No cria Dios al hombre porque obtenga  
 Bienes, grandezas ó placeres tenga;  
 No quiere que en la tierra sea dichoso,  
 Sino en la gloria eterna, si es virtuoso.  
 Así pues la virtud únicamente  
 Debe ser nuestro móvil verdadero,  
 Y todo lo demás indiferente,  
 Y á nuestros intereses extranjero.  
 Esto se ve de un modo luminoso;

Pues cuando haya el mortal mas venturoso  
 Cuantos deseos tuvo, conseguido,  
 Si este se pierde, todo lo ha perdido;  
 Y cuando todos se hayan malogrado,  
 Si este se gana, todo está ganado.  
 Figúrate la humana criatura,  
 Que en la suerte mas triste, la mas dura,

De penas y amarguras rodeada,  
 Un consuelo no ve, no espera nada.

La fortuna con cólera la muere,  
 Lo que mas la interesa, es lo que pierde;  
 Ha perdido el honor, caudal y amigos,  
 Ya no le queda en fin salud alguna,  
 Y aun no está satisfecha la fortuna,  
 Pues la suscita nuevos enemigos.

Mas si en medio de tantas tempestades,  
 Prestando el hombre á las calamidades,  
 Se mantiene constante á todo expuesta;  
 Si en medio del desastre de piés puesta,  
 Ofrece á Dios con ínclita paciencia  
 De todos esos males la violencia,  
 Sobre sus mismas ruinas edifica  
 El edificio que la santifica.  
 El antiguo quedó todo arrasado,  
 Pero otro superior ha levantado;  
 Y léjos de perder, con mucho acierto  
 Ha ganado su dicha: tanto es cierto,  
 Que el hombre no ha nacido para holgarse,  
 Y que solo nació para salvarse.

¡Y qué objeto mas alto, mas sublime,  
 Mas digno de que el hombre siempre estime  
 Que la virtud? Criado para el cielo,  
 Que ganar puede con su santo anhelo,  
 ¿Qué le puede ocupar sobre la tierra?  
 ¿Qué le puede servir cuanto ella encierra?  
 Llama el mundo negocios de importancia,



Bienes acumular con abundancia,  
 Hacer una fortuna distinguida,  
 Elevarse á una clase esclarecida,  
 O adquirir de los hombres el afecto;

¿Mas son tan importantes en efecto?

No consultes para esto las ideas

De un mundo engañoso, y si deseas  
 Examinarlo bien, es necesario

Lo peses en el peso del santuario.

Pregunta á los oráculos divinos,

¿Qué es la virtud? ¿y cuáles sus destinos?

Y te responderán: La virtud viene

De Dios, al mismo Dios por padre tiene,

Y participa de su propia esencia.

¿Quiéres mayor nobleza y excelencia?

Cuando otra vez criaba este universo

Tan hermoso, tan vasto y tan diverso:

Cuando salir le hacia de la nada,

Cuando extendió esta inmensa y dilatada

Region etérea, donde vaga el viento,

Cuando á la tierra dió su fundamento,

Cuando al inquieto mar límites puso,

Y que todo en el mundo al fin dispuso;

La Escritura nos dice que jugaba,

Como que nada esto le costaba.

Pero cuando hace santos, y dispone

La luz con que alumbrarlos se propone,

Y les da los auxilios y ocasiones

Que preparan su vida y sus acciones,

Ya no es mas un autor que sin zozobra

Se divierte, que juega con su obra;

Es un Dios que medita, que padece,

Que derrama su sangre, da su vida:

Tanto á sus ojos la virtud merece.

Fué menester para obra tan cumplida

Toda su ciencia para imaginarla,

Todo su brazo para ejecutarla,

Y un amante espectáculo sangriento

Para darle la fuerza y el cimiento.

Así es la obra de Dios por excelencia,

Y es el objeto de su complacencia.

¿Observásteis, el mismo Señor dice,

A Job mi servidor? ¡O Job felice!

¿Pero gran Dios! cuando del alto cielo

La vista derramabas sobre el suelo,

En él podías ver grandes señores,

Reyes, monarcas y conquistadores

Que habitan en la tierra con ruido:

¿Y qué? solo este Job pobre, afligido,

Que en ese muladar abandonado,

Yace de horrible lepra devorado,

¿Te detiene los ojos complacido?

¿Lo demas á tu vista desaparece?

Si: la virtud, que mísera padece,

Que en el mundo se mira contristada,

Tal vez en el olvido sepultada,

Y á los ojos del hombre despreciable,

Es para Dios hermosa y agradable.

Para Dios, cuya vista luminosa  
 Estima lo que vale cada cosa,  
 Y dando á todas su debido aprecio,  
 Conoce su valor, les da su precio.

Nada hay tan grande de la fe á la vista,  
 Ni nada que el Señor en tanto estime  
 Como la santidad, cuando es sublime,  
 De cualquier modo ó trage que se vista.

Lo que los hombres hallan asqueroso,  
 El Señor y la fe lo hallan hermoso.

¿Que es lo que en fuerza de motivos tantos  
 Se hace por lo comun para ser santos?

Yo lo pregunto á tí, que estás leyendo;  
 Examinate bien, ve respondiendo,

Y explicate en estilo liso y llano:  
 Escucha pues. ¿Quién eres?—Soy cristiano.

Título superior no tiene el hombre.  
 ¿Mas tienes las virtudes como el nombre?

Dí mas. ¿De dónde vienes?—He pensado  
 Que del seno de Dios, que me ha criado,

¿Y adónde vas?—Hacia un abismo oscuro.  
 ¿Mas sigues el camino mas seguro?

¿Sabes bien que al mortal sobre la tierra  
 Por algun tiempo el cielo le destierra;

Mas, que su dulce patria está en el cielo?  
 ¿Trabajas con ardor y con desvelo

Para adquirir la celestial herencia,  
 Y desprecias la humana pertenencia?

¿Procuras fiel con tu reglada vida

Servir al que con ella te convida?

Si eres cristiano, ya te ha declarado,

Que una gloria sin fin te ha preparado;

Mas que es fuerza ganarla con paciencia,

Y arrancarla tambien con violencia.

¿Qué es lo que has hecho pues para ser santo?

¿En dónde está tu penitente llanto?

¿Cuáles son las virtudes que practicas?

¿Con qué áspero rigor te santificas?

¿En dónde estan tus cruces y cilicios?

¿Y cuáles son en fin tus sacrificios?

Yo en tí no alcanzo á ver mas que pasiones,

Placeres gustos y disipaciones;

Mucho ardor en muy frívolos deseos,

Mucha tibieza en todos tus empleos:

¿Y piensas que esta vida pueda abrirte

El camino del cielo, y conducirte?

### PARTE SEGUNDA.

**D**IME, si no eres santo, y por entero,  
 ¿Cuál podrá ser al fin tu paradero?

¿De qué te servirá, cuando la muerte

Su fiero golpe contra tí descarga,

Lo que ahora te ocupa, te divierte,

Lo que con sumo ardor tanto te embarga?

Quando vemos un niño, que inocente

En sus juegos se ocupa seriamente,

Y pone en cosas leves mucho anhelo,



Es un niño decimos: ¡santo cielo!  
 ¡Qué de niños se ven sobre la tierra!  
 ¡Qué niños viejos su confin encierra!  
 Porque en fin comparando los asuntos  
 Y contemplando los terribles puntos  
 Que la virtud y eternidad presentan,  
 Esos objetos que á los niños tientan,  
 Méenos fútiles son, son méenos vanos  
 Que esas ocupaciones de cristianos,  
 Que tan frívolas son, tan delirantes,  
 Y que con todo llaman importantes.  
 ¡Cuándo la fe nos abrirá los ojos!  
 ¡Y no podemos ser ántes despojos  
 De la muerte voraz, si se presenta!  
 Porque, cristiano, al fin hazte esta cuenta:  
 Yo supongo que adquieres grandes bienes,  
 Todas las dichas y fortunas tienes,  
 Has logrado vivir en los honores,  
 Con gloria, con grandeza y esplendores;  
 Mas cuando venga aquel momento extremo,  
 En que te ha de juzgar el Juez supremo,  
 ¡Serán estos los méritos que alegues!  
 ¡Y piensas que por ellos feliz llegues  
 A conseguir la gloria de escogido,  
 Que Dios á la virtud ha prometido!  
 ¡Ah! que entónces verás muy claramente  
 La verdad inmutable y evidente  
 Del Sabio, que con labio soberano  
 Nos dijo, que en el mundo todo es vano;

Que todo es vanidad de vanidades,  
 Engaño todo, todo falsedades;  
 Vanidad de los bienes que perecen,  
 Y de honores que un punto resplandecen;  
 Vanidad de placeres que seducen;  
 Vanidades del mundo, que producen  
 En el otro castigos inmortales;  
 Vanidad de una vida toda males;  
 En fin engaño, error, delirio, encanto  
 De todo lo que aleja de ser santo.

¡Alma mia! ¿no escuchas vergonzosa  
 Esta secreta voz tan imperiosa,  
 Con que la gracia te habla cada día?  
 ¡Y no escuchas la voz de la conciencia,  
 Que te está repitiendo con porfía,  
 Que abandones tan mísera demencia?  
 ¿Que presto de la muerte los horrores  
 Te harán ver de tu engaño los errores?

Tú serás como un hombre que dormido  
 De repente despierta sorprendido,  
 Y ve que la ilusion que le ha halagado,  
 Es un vapor, un humo que ha pasado;  
 Que era necio su afán, loco su empeño,  
 Y que toda su vida ha sido un sueño.  
 No lo quisiste creer cuando vivias;  
 Mas la muerte en sus tristes agonías  
 A tu pesar hará que lo confieses,  
 Y que con ansia de decir no ceses,  
 Que es locura, es error, es desatino

Perder, y sin remedio, su destino;  
 Pues el que no ha vivido santamente  
 Debe ser infeliz eternamente.

Un dia se ha de dar esta sentencia:

¿Quién sabe, si del cielo la paciencia,  
 De tan graves delitos fatigada,  
 No la tiene en su cólera ya dada?  
 ¿Si está sobre nosotros suspendida?  
 Y mientras que pasamos nuestra vida,  
 Sin pensar en huir de sus rigores,  
 O emplear penitentes sus favores,  
 ¿Nos vendrá el fatal golpe apresurado?  
 ¡O justo Dios! ¿cómo serás vengado!  
 Si nuestra flojedad y alevosías  
 Pudieron resistirte algunos dias,  
 La inmensa eternidad en cuanto alcanza  
 Tomará del impío la venganza.

Cuando leemos la vida edificante  
 De los santos, quedamos inflamados,  
 Nos sentimos movidos y abrasados;  
 Mas rara vez con ánimo constante  
 Imitar sus ejemplos pretendemos,  
 Y al oír sus virtudes, respondemos:  
 Pero eran santos: sin duda que lo eran,  
 Y todos los demas serlo debieran.  
 Hombres son todos, y pues santos fueron,  
 Serlo como ellos, los demas pudieron:  
 Eran santos; y serlo no queremos.  
 Pues si no somos santos, ¿qué serémos?

¿Queremos, siempre ciegos y obstinados,  
 Seguir las sendas de los reprobados?

Decimos que en el mundo no es posible  
 Seguir una virtud tan inflexible:

Que su vida de afán no nos consiente  
 Imitar santidad tan eminente;  
 Como si Dios no nos hubiera dado  
 Virtudes propias para cada estado;  
 Y como si en el mundo, por lo mismo  
 Que es un caos fatal, un ciego abismo  
 De delitos, horrores y de encantos,  
 No fuera mas preciso hacerse santos.

Dices que la virtud es trabajosa,  
 Que su vereda es áspera y penosa;  
 Mas ay! tú sufres mas sensibles penas,  
 Y con ellas incauto te condenas.  
 ¿Y qué! ¿pretendes tú, sin que te cueste,  
 Tener lugar en la mansion celeste?  
 ¿En el reino de Dios hallar entrada,  
 Sin que te deba nunca costar nada?  
 ¿Y qué puede costarte, cuando esperas  
 Por pocos males, dichas verdaderas?  
 ¿Cuándo miras á un Dios crucificado,  
 A quien tu salvacion tanto ha costado?  
 ¿Qué! ¿no quieres entrar con él á parte  
 Por aliviarle un poco, y por salvarte?  
 ¡Anda infeliz! no solo eres ingrato,  
 Sino tambien te muestras insensato.

Pero lo mas extraño es que me digas,



Que si el hombre pensara atentamente  
 En verdad tan segura como urgente,  
 A pesar de las penas y fatigas,  
 Sería menester determinarse,  
 Y á la virtud con ansia dedicarse.

¡Pues por qué ¡Dios eterno! no pensamos?  
 ¡En qué pensamos pues, si esto olvidamos?  
 ¡Y cuándo vendrá el día en que pensemos?  
 ¡Algun objeto ó interes tenemos,  
 Que sea mas urgente é importante?  
 ¡Y por qué no pensamos al instante?

Es cierto que si nuestras atenciones  
 Se fijaran en estas reflexiones,  
 Si el espíritu humano se parara,  
 Y estas grandes verdades meditara,  
 Impresiones distintas sentiria,  
 Otra luz á sus ojos brillaria,  
 Su corazon contrito se moviera,  
 Y al instante á su Dios se convirtiera;

Pero nosotros mismos la alejamos,  
 Y sepultados siempre nos quedamos  
 En el infame ciénago profundo  
 Del pecado infeliz, del necio mundo,  
 Expuestos á ser víctimas fatales  
 De las grandes venganzas celestiales.

¡O Dios! ¡adónde estoy? Yo me estremesco.  
 ¡Cuánto yo mismo este baldon merezco!  
 ¡Cómo no tiemblo atónito, azorado  
 Del inminente riesgo que he pasado?

Aun es tiempo, Señor, de tu clemencia:  
 Yo me acojo á la humilde penitencia:  
 Yo invoco la virtud, que luminosa  
 Me presenta una mano fervorosa:  
 Yo la acepto con alma agradecida,  
 Y la voy á seguir toda mi vida:  
 Yo la consagro un corazon entero;  
 Ayúdale, Señor, que habla sincero:  
 Lo que manchó el pecado, lave el llanto,  
 Y el que fué pecador, que sea santo.

## POEMA II.

## EL ALMA.

## PARTE PRIMERA.

¿Quién me podrá decir lo que es el alma?  
 ¿Cuál es su objeto y su naturaleza?  
 Quisiera de esta duda hallar la calma,  
 Y saber si ella acaba como empieza.  
 Si lo pregunto á la razon humana,  
 Tan poco perspicaz, aunque tan vana,  
 Dirá que la cuestion es muy obscura.  
 Siglos ha que solícita procura



Saber su origen, indagar su esencia;  
 Mas nada alcanza con su pobre ciencia:  
 A lo ménos incierta y vacilante  
 Nunca puede decirme lo bastante.  
 Lo pregunto á la fe: la fe es oscura;  
 Pero responde con la voz segura,  
 Que es imágen de Dios, que la ha criado  
 Tomándose á sí mismo por dechado.  
 Otras cosas me dice, y las comprendo:  
 Me declara misterios, que yo entiendo  
 Como en el hombre limitado cabe;  
 Pero hay mil cosas que la fe no sabe,  
 Ella no enseña muchos puntos varios,  
 Cuando no son al hombre necesarios,  
 Aunque su orgullo con su vista corta  
 Trabaje por saber lo que no importa;  
 Pero enseña las cosas esenciales,  
 Conoce las verdades principales,  
 Aquellas de que el hombre necesita,  
 Y con las cuales su virtud se excita:  
 Aquellas que le muestran su esperanza,  
 Y los medios también con que se alcanza.  
 Dejemos pues al frívolo orgulloso  
 Que en las nubes se pierde, sin reposo  
 Buscar del alma la naturaleza,  
 Que será siempre oscura á su rudeza;  
 Nosotros aprendamos á estimarla,  
 Estudiemos los medios de arreglarla,  
 Y sobre todo de salvarla el modo.

Ella es el hombre, y es el hombre todo.

Cuando yo considero este universo  
 Tan vasto, tan hermoso, tan diverso:  
 Los entes que le habitan y componen,  
 Y cómo, aunque distintos, se disponen  
 Al fin en que parece que se entienden;  
 Como con marcha firme y uniforme  
 Cada cual por su parte va conforme  
 Al órden general de que dependen:  
 Cuando me considero rodeado  
 De tanto objeto y tan multiplicado;  
 Cuando veo que existen tantos entes,  
 Grandes y chicos, todos diferentes;  
 Y cuando fijo en fin mis atenciones  
 En tantas y tan varias producciones,  
 Yo me digo á mí mismo: Cuanto veo  
 Todo tiene su fin, tiene su empleo,  
 Y todo es grande, todo es excelente.

A mis ojos es claro y evidente,  
 Que por Dios esta máquina es formada.  
 El órden no resulta de la nada;  
 Estas obras me muestran el obrero,  
 Como un reloj me indica al relojero;  
 Y pues que todas llenan su destino,  
 Se deja en todas ver su Autor divino.

El sol parece de su luz ensayo,  
 Y me presenta de su gloria un rayo:  
 La tierra, que parece siempre estable,  
 Me muestra su carácter inmutable;

Y el mar que es tan inmenso y tan profundo,  
Me da una idea del Autor del mundo.

Obras son de un poder muy soberano,  
Dignas de Dios, y de su augusta mano;  
Mas no es posible que yo en ellas vea  
Ninguna, que su propia imágen sea.

Pero entre tanto objeto y tan diverso,  
Que á mis ojos presenta el universo,  
Veo una criatura inteligente,  
Y advierto en ella una alma ó una mente  
Dotada de razon y sentimiento,  
Y me digo saltando de contento:

Ve aquí la imágen viva que buscaba,  
Esta imágen de Dios que me faltaba,  
Y en mí mismo la veo, y me la siento.

¡Ah! yo descubro en ella bosquejadas,  
Como en pequeño casi compendiadas,  
Todas las soberanas perfecciones.

Al alma repartió sus propios dones,  
Su hermosura, bondad é inteligencia.

Por eso Dios al darla la existencia,  
Y dándola también su propio nombre,  
Formemos, dijo, al hombre

A nuestra imágen, nuestra semejanza;  
¡qué dignacion! ¡qué elogio! ¡qué esperanza!

Así el alma inmortal no es solamente  
Obra de Dios, como otra criatura,  
Sino también su imágen viva y pura,  
Espiritual como él, inteligente,

Un rayo de su gloria refulgente,  
Y una vislumbre al fin de su hermosura.

Y no obstante este bien tan elevado  
Es de las almas natural estado:  
Comunes son tan ínclitos favores  
A los virtuosos y á los pecadores.  
Pero ¡cuál fuera ¡ó Dios! esta hermosura,  
Si se pudiera ver una alma pura,  
Que está en gracia de Dios, y revestida  
De los bienes que da la eterna vida?  
De lo mas alto hasta lo mas profundo  
Hermosura tan grande no ve el mundo,  
Y la luna, el sol y las estrellas  
Se deben eclipsar á vista de ellas.

Desde que una alma con la gracia vive  
Con su Dios se une, en sí su Dios recibe,  
Y su hermosura Dios la comunica:  
De sus propias riquezas la hace rica,  
Con sus propias virtudes la hace santa,  
Justa con su justicia; así lo canta  
El Espiritu Santo, cuando explica  
Que el alma, que con Dios á estar empieza,  
Participa de su naturaleza.

¡Que dicha tan feliz esta alma alcanza!  
Porque tiene de Dios la semejanza;  
Que nunca olvide pues tanta grandeza,  
Que no aventure estado tan sublime,  
Y que su propia dignidad estime.

Mas para que haga de ella el justo aprecio,



Para que pueda conocer su precio,  
Que sepa que de Dios ha sido amada,  
Y á costa de su sangre rescatada.

¿Quién viendo cuanto el precio es infinito,  
No mira con horror todo delito?  
¿Quién sabiendo lo mucho que ha costado,  
No trata de librarla del pecado?

Hombre mortal, que miras lo que cuestas,  
¿Cómo en la tierra lánguido te acuestas?  
Levanta tus deseos encendidos  
Sobre la tierra, el mundo y sus sentidos.  
Si quieres comprender con evidencia  
El valor de tu alma y su excelencia,  
Ve á preguntarlo al Dios que te redime:  
Mirale como sufre, como gime;  
Ve sus llagas, su pena y sentimientos;  
Ve su sangre, su muerte y sus tormentos:  
Este es el precio que por tu alma ha dado,  
Considera si en mucho la ha estimado.

¿Te parece bastante tanta prueba?  
Pregúntalo á la sangre que se eleva,  
Y con voz poderosa al cielo clama,  
No como la de Abel, que ardiente llama  
La venganza de un Dios justo y severo,  
Sino como la sangre del Cordero,  
Que con piedad divina é infinita  
El perdón de los hombres solicita.  
¿Qué te dice esa sangre que se vierte?  
Que corre por librarte de la muerte;

Que para verte libre y rescatado,  
Digno de tanto precio te ha estimado:  
Pues si su tierno amor tanto sufría,  
Es porque tu alma en mucho la tenía.

El alma pues no solo fué criada  
Por Dios, y por él mismo rescatada;  
Sino también piadoso la destina  
A una felicidad toda divina.  
El que viera el estado de miseria  
En que el alma padece en este mundo,  
Sepultada y envuelta en la materia,  
Puesta como en prisión en el profundo  
Calabozo del cuerpo que la oprime,  
Y como con su peso triste gime,  
Se pudiera espantar de tanto abismo,  
Y decirse á sí mismo:

¿En dónde está del alma la excelencia?  
¿Y dónde está de Dios la providencia?  
¿Como un ente tan noble y escogido  
Se mira tan estrecho y reducido?  
Vida tan llena de miseria y susto  
Parece indigna de su Autor augusto.

Mas cuando piensa por la fe ilustrado,  
Que si el alma padece en este estado,  
Es solo por el tiempo del pasaje,  
Y mientras hace el trabajoso viaje  
Con que á la patria eterna se dirige,  
Desde entonces colige,  
Que presto este destierro ha de acabarse,

Y que de su prision ha de soltarse;  
 Que presto tendrá fin su desconsuelo;  
 Que hija de Dios, criada para el cielo,  
 Dirige allá sus pasos lentamente,  
 Para vivir con él eternamente;  
 Que la tierra es el campo del combate,  
 Y que es preciso que por ahora trate  
 De obtener con trabajo la victoria,  
 Para obtener el triunfo de la gloria;  
 Que cuando el tiempo acabe, vendrá el día  
 En que no se interrumpe la alegría,  
 Y entonces de la dicha en el abismo  
 La gozará en los brazos de Dios mismo.  
 Desde que se conoce esta elevada  
 Felicidad del alma, ya no hay nada  
 Que nos pueda espantar; ya no sorprende  
 Cuánto la estima Dios, cuánto la atiende,  
 Ni que del cielo él mismo haya bajado,  
 Y su sangre por ella derramado.

### PARTE SEGUNDA.

**Y**o no extraño que tantos misioneros,  
 Tantos nuevos apóstoles fervientes,  
 Y del celo apostólico herederos,  
 Dejando patria, amigos y parientes,  
 A través de peligros y pesares  
 Recorran tierras, y atraviesen mares,  
 Del martirio exponiéndose á las palmas,

Para ganar á Dios algunas almas.  
 Tampoco extraño yo, que los pastores  
 Consagrados al culto religioso,  
 Abandonando todo su reposo,  
 A pesar de fatigas y dolores,  
 Trabajen con ardor y con cuidado,  
 Por preservar las almas del pecado;  
 Ni que la santa Iglesia vigilante,  
 Arrebatada por su activo celo,  
 Las encamine fervorosa al cielo,  
 Y las aplique con ardor constante  
 Ya los socorros que las asegura,  
 Ya los medios que activa las procura.  
 Pero lo que sorprende, lo que espanta  
 Es que tantos cristianos ilustrados  
 Por la divina luz de la fe santa,  
 Y que estando por ella doctrinados,  
 Ya conocen de su alma la nobleza,  
 Y de su gran destino la grandeza,  
 Vivan en sus delicias embriagados  
 De tantas esperanzas olvidados;  
 Se diría mirando su desprecio,  
 Que no han sabido conocer su precio.  
 Pero este precio bien le conocieron  
 Los santos solitarios, que temieron  
 Los muchos riesgos que presenta el mundo,  
 Y que por eso térmulos corrieron  
 A encerrarse en el centro mas profundo,  
 Tomando presurosos como un puerto



El obscuro retiro de un desierto.

Este precio tampoco han ignorado  
Los santos penitentes que se han dado  
A los rigores de la penitencia,

Y mejor conocieron su excelencia  
Esas tropas de mártires dichosos,  
Esos grandes atletas generosos  
Que al sepulcro volaban placenteros,  
A echarse entre las picas y braseros.

Pero ¿cómo es posible que le aprecie,  
O por mejor decir, no le desprecie,  
El que con ceguedad incomprensible  
Solo piensa en la carne corruptible,  
Y el inmortal espíritu abandona?

¿Que trata de tal modo su persona,  
Que á contentar su cuerpo dedicado,  
En su salud eterna no ha pensado?  
¿Cuya ambicion en fin toda se encierra  
En disfrutar los bienes de la tierra?  
Quien vive con carácter tan profano  
El título no usurpe de cristiano;  
Si el nombre le pusieron en la frente,  
Su corazon impuro lo desmiente.

Es cierto pues que el alma fué criada  
Por Dios, y por él mismo rescatada;  
Es seguro que aquel que el ser la ha dado,  
A ser feliz con él la ha destinado.  
Estas verdades por la fe relucen;  
Pero qué reflexiones me producen!

¿Qué efecto hacen en mí? ¡Dios soberano,  
Dígnate de guiarme con tu mano!

Quando miro de mi alma la grandeza,  
Y que veo el horror y la bajeza  
A que la han reducido mis pasiones,  
¿Qué vivas deben ser mis reflexiones!  
Por el bautismo fuí regenerado:

¿Cuál es ahora mi actual estado?  
Yo fuí de Dios la imágen semejante;  
Mas ¿cuánto estoy distante?  
Ya no soy mas que imágen profanada,  
Imágen con mis culpas deshonrada,  
Sin que la haya dejado el triste vicio  
De su antiguo esplendor ningun indicio.

¿Cómo pues Dios conocerá su obra,  
Si en el pecado mísera zozobra?  
¿Ni dónde puede estar la semejanza  
De una alma, que provoca su venganza?

¡O Profeta! con gritos lamentables  
Llorabas los estragos deplorables  
Con que Jerusalem ya desolada  
Yacia en sus ruinas sepultada,  
Desfigurada toda su hermosura;  
¿Y cuánta ser debiera mi amargura,  
Mirando á mi alma ya desposeída  
De tanta gloria de que fue vestida!  
¿Cómo mi corazon triste no llora,  
De ver que lo que fué, no lo es ahora!  
¿Con la sangre de un Dios fuí rescatado!



Vuela pues, alma mia, mira atenta  
 En el Calvario á Dios crucificado,  
 Que tan triste espectáculo presenta:  
 Ve la víctima santa que suspira,  
 Ve al Cordero sin mancha que ya espira,  
 Y piensa que tan grande sacrificio  
 Todo se ha consumado en tu servicio,  
 Que por librarte de una infausta suerte  
 Jesus se entrega á tan terrible muerte.

Aprovecha, alma mia, del rescate:  
 Por redimirte, de morir acaba  
 Todo un Dios: ¡y será tal tu dislate,  
 Que tú quieras de nuevo hacerte esclava!  
 El muere de su amor en testimonio,  
 ¡Y tú misma te entregas al demonio!  
 Pues bien; si por hacer feliz tu suerte  
 Esa sangre divina fué vertida,  
 Viendo que corre tan desatendida,  
 Gritará contra tí para perderte,  
 Y lo que se hizo para darte vida,  
 Será lo que te dé mas triste muerte.

Yo nací para el cielo destinado:  
 ¿Dónde título habrá tan elevado?  
 ¿Cómo una alma que espera este destino,  
 Se puede desviar de su camino,  
 Y alejarse, buscando euvilecida  
 Los falsos bienes de una corta vida?  
 Cuando la veo sin ningun reposo  
 Seguir un mundo falso y engañoso;

Cuando con un afan que siempre empieza,  
 Añade una riqueza á otra riqueza;  
 Y cuando veo á una muger profana,  
 Que pasa con su espejo una mañana,  
 Consultando con él el arte horrible  
 De propagar un fuego imperceptible,  
 Y que pretende hacer con tanto empeño  
 De su vil cuerpo un ídolo halagüeño,  
 Con tanto afan, con penas tan inmensas,  
 Me digo: Hombre mortal, ¿quién es lo que piensas?  
 ¿Cómo te ocupas con trabajos vanos  
 En una masa tan precedera,  
 Que presto será pasto de gusanos,  
 Sin pensar en el cielo que te espera?

Pues que á tu alma ves como extrangera,  
 Tú la deshonoras, pues esclava la haces  
 De tus sentidos; y los satisfaces  
 Con vil oprobrio, pues que solo tienes  
 Placeres viles, y caducos bienes.  
 Tú la aventuras, tú la sacrificas.  
 ¿Y á quién, mi Dios? A un vil resentimiento,  
 A un interes injusto á que te aplicas,  
 A frívolas delicias de un momento.

Tú la expones en todas ocasiones,  
 Tú la arriesgas á todas seducciones,  
 Y sin remordimiento ni juicio  
 La llevas hasta el mismo precipicio.  
 ¿Quién te puede atajar en tu carrera?  
 Fuera mas que mortal quien no cayera;

Tú caes infeliz: ya estás vencido;  
Perdiste el alma, y todo lo has perdido.

La pérdida del alma es deplorable,  
Eterna, universal, irreparable.

¿De qué al hombre le sirve, Jesus dice,  
Ganar el universo, si infelice

Viene su alma á perder? ¡Pérdida inmensa!  
Que no puede encontrar su recompensa.

¿De qué te servirán esos honores,  
Que has adquirido á costa de sudores?

¿Qué te aprovechan todos tus placeres?  
¿Qué tus riquezas, pues que ya te mueres?

Una terrible imágen se presenta  
A mi imaginacion, y la atormenta,

Turbando de mi espíritu la calma.  
Si fuera dado al hombre ver una alma

Cubierta de la lepra del pecado;  
Si la viera un instante en este estado,

¿Cuál sería el horror que le asombrara,  
Y cuál fuera su miedo, si pensara

Que Dios, que desde el cielo le ve airado,  
Solo espera el instante señalado,

Para precipitarla en los tormentos;  
Que el peligro se avanza por momentos,

Que ya está cerca, y que si no se muda,  
En el infierno va á caer sin duda!

¿Y cuál fuera su horror ¡ó Dios eterno!  
Si la viera caer en el infierno,

De su Dios para siempre separada,

Y á suplicios eternos condenada,  
Exclamando con misero alarido:

Yo me pude salvar, y me he perdido?  
¡Terrible imágen; pero pena dura!

¿Quién lo podrá decir sin amargura?  
¿Cuántas almas, siguiendo igual destino,

Se van adelantando en el camino,  
Y marchan con ardor ciego y funesto

Al lugar que sus vicios se han dispuesto?  
¿Cuántos hay cerca del fatal abismo?

¿Y qué será, Dios santo, de mí mismo?  
¡Ah! salgamos de pena tan inquieta:

Ya empecé, digo yo con el Profeta.  
Aunque me cueste afán, aunque me pene,

Yo no quiero que mi alma se condene.  
Ya dieron fin las sombras é ilusiones,

El reino se acabó de las pasiones.  
Hasta aquí de mi alma me he olvidado:

Yo la sacrifique, la he profanado.  
No conoció mi loco desatino

Su grandeza, su precio y su destino:  
Con insensato ardor yo me ocupaba

En todo lo que nada me importaba;  
El alma sola mi atención pedía,

Y en ella no pensé noche ni día.  
¡O Dios! si estando entonces en pecado,

Me hubieras á tu juicio arrebatado,  
¿Cuál fuera ahora mi infelice suerte?

Otra no fuera que la eterna muerte.



La vida se consume, el fin se avanza,  
 Por detras nos acosa la venganza.  
 Despierta pues de tan fatal letargo;  
 Que el mas vivo dolor, y el llanto amargo  
 De una humilde y austera penitencia  
 Paguen tus deudas, calmen tu conciencia.  
 ¡O Dios! recibe un alma que á ti vuelve,  
 Que á dejar el pecado se resuelve,  
 Que quiere ya solicita buscarte;  
 Pues todavia vive, puede amarte.

## POEMA III.

**LA INMORTALIDAD  
 DEL ALMA.**

**PARTE PRIMERA.**

**S**i el curso de la tierra ves atento,  
 Observas con dolor, que cuanto nace  
 Marcha á su destruccion, y se deshace;  
 Que un secreto mas vivo movimiento  
 Con rápido fermento  
 Todo lo mina, altera y descompone;  
 Y en fin, cuanto tu idea te propone,

Te presenta con vista pavorosa  
 De la muerte la imágen espantosa.  
 Nuestros cuerpos en polvo se disuelven;  
 La tierra los formó, y á ella se vuelven.  
 Mas si en el hombre tu atencion reposa,  
 Y observas cómo piensa y cómo entiende,  
 Juzgas que en su interior hay una cosa,  
 Que en la ley general no se comprende.  
 Este espíritu oculto que le anima,  
 Esta llama ligera que le enciende,  
 Y que á esfera tan alta le sublima:  
 Esta aura delicada que le alienta:  
 Ese vapor que tanta luz ostenta,  
 Y le da una razon tan despejada,  
 Es el alma criada  
 A la imágen de Dios, á quien parece,  
 Y que eterna como él nunca perece.  
 Esta es verdad segura,  
 Que la fe con su luz nos asegura;  
 Que la razon tambien nos acredita;  
 Que un secreto y tenaz presentimiento  
 A darle un invencible asentimiento,  
 Con teson incesante nos incita;  
 Y que en fin, el comun consentimiento  
 De todas las naciones,  
 Reune en su favor las opiniones.  
 Como van destinadas á cristianos  
 Estas mis reflexiones,  
 No me dilato con discursos vanos.

La vida se consume, el fin se avanza,  
 Por detras nos acosa la venganza.  
 Despierta pues de tan fatal letargo;  
 Que el mas vivo dolor, y el llanto amargo  
 De una humilde y austera penitencia  
 Paguen tus deudas, calmen tu conciencia.  
 ¡O Dios! recibe un alma que á ti vuelve,  
 Que á dejar el pecado se resuelve,  
 Que quiere ya solicita buscarte;  
 Pues todavia vive, puede amarte.

## POEMA III.

**LA INMORTALIDAD  
 DEL ALMA.**

**PARTE PRIMERA.**

**S**i el curso de la tierra ves atento,  
 Observas con dolor, que cuanto nace  
 Marcha á su destruccion, y se deshace;  
 Que un secreto mas vivo movimiento  
 Con rápido fermento  
 Todo lo mina, altera y descompone;  
 Y en fin, cuanto tu idea te propone,

Te presenta con vista pavorosa  
 De la muerte la imágen espantosa.  
 Nuestros cuerpos en polvo se disuelven;  
 La tierra los formó, y á ella se vuelven.  
 Mas si en el hombre tu atencion reposa,  
 Y observas cómo piensa y cómo entiende,  
 Juzgas que en su interior hay una cosa,  
 Que en la ley general no se comprende.  
 Este espíritu oculto que le anima,  
 Esta llama ligera que le enciende,  
 Y que á esfera tan alta le sublima:  
 Esta aura delicada que le alienta:  
 Ese vapor que tanta luz ostenta,  
 Y le da una razon tan despejada,  
 Es el alma criada  
 A la imágen de Dios, á quien parece,  
 Y que eterna como él nunca perece.  
 Esta es verdad segura,  
 Que la fe con su luz nos asegura;  
 Que la razon tambien nos acredita;  
 Que un secreto y tenaz presentimiento  
 A darle un invencible asentimiento,  
 Con teson incesante nos incita;  
 Y que en fin, el comun consentimiento  
 De todas las naciones,  
 Reune en su favor las opiniones.  
 Como van destinadas á cristianos  
 Estas mis reflexiones,  
 No me dilato con discursos vanos.



No emprenderé probar inútilmente  
 Una verdad, que la cristiana gente  
 Respeta como artículo importante;  
 Me será lo bastante  
 Penetrar sus ventajas, explicarlas,  
 Y el medio de poder aprovecharlas.  
 El mayor pensamiento, el mas sublime,  
 El que nos puede ser mas excelente,  
 Y mas capaz de hacer que el hombre estime  
 Su propia dignidad, es ciertamente  
 Pensar que, cuando el cielo le ha formado,  
 Un inmortal espíritu le ha dado.  
 ¡Qué idea, grande Dios, qué grande y vasta!  
 Con ella sola basta  
 Para amar la virtud, y odiar el mundo.  
 ¡Qué manantial tan rico y tan fecundo  
 De esperanzas, consuelos y virtudes!  
 ¡Qué descanso de penas é inquietudes!  
 Pues es el alto origen de que vienen  
 Todas las dichas que los hombres tienen.  
 Esta inmortalidad bien meditada,  
 Eleva nuestros propios sentimientos,  
 Y envilece los otros pensamientos.  
 La desgracia del alma disipada  
 Es que en su propia esencia no ve nada,  
 O es falso lo que ve. No considera  
 Lo que es ahora, y lo que ser espera.  
 Con errada ilusion, sin que se asombre,  
 Crée que el cuerpo mortal que la acompaña,

Es el mismo; ¡mas ay! mucho se engaña.  
 No es mas que todo el cuerpo, y no es el hombre,  
 Es la triste prision, que un tiempo habita  
 El contrario, que pérfido le agita,  
 Y lo que la razon en él prefiere  
 Es vivir con una alma que no muere.  
 ¡O ceguedad humana!  
 ¡Cuánto eres deplorable! ¡cuánto vana!  
 Si lo que son alguno les pregunta,  
 Uno dirá: Yo tengo un puesto honroso,  
 Que con mucha riqueza honores junta;  
 Otro responderá: Soy poderoso;  
 Dirán otros: Soy juez, soy cortesano;  
 Y alguno le dirá: Soy soberano.  
 Todo esto es bueno, todo es excelente;  
 Mas yo veo en vosotros todavía  
 Una cosa mayor, mas eminente  
 Que vuestras almas elevar podia:  
 Vosotros sois eternos, inmortales.  
 Ve aquí títulos grandes y reales,  
 Títulos muy preciosos,  
 Que dan derecho á bienes prodigiosos,  
 Y á cuya vista la grandeza humana  
 Es mentida ilusion, grandeza vana.  
 Pues eres inmortal, á tu Dios tienes  
 Por tu fin, tu principio y tu modelo;  
 El te ha criado para inmensos bienes,  
 Su amor te quiso dar parte en su cielo,  
 Y porque mas te asombre,

Es Dios, que en tu favor quiso ser hombre.  
 Pues eres inmortal, ya tu deseo  
 No debe ambicionar ningun empleo,  
 Sino aquel que guiando al buen camino,  
 Te pueda conducir á tu destino.  
 Todo extravío para tí es desgracia:  
 Viviendo con la vida de la gracia,  
 Podrás librarte del eterno abismo,  
 Y tu gloria será la de Dios mismo.

El cristiano que atento considera  
 Lo que es ahora, lo que ser espera,  
 De estas sanas ideas nunca sale,  
 Porque su alma inmortal mucho mas vale.  
 Que todos los monarcas de la tierra,  
 Y cuanto el mundo en su confin encierra.  
 Este título hermoso y refulgente  
 De inmortal, que grabado está en su frente,  
 Mas que los tronos á sus ojos vale:  
 No hay en el mundo nada que le iguale.

Cuando el hombre concibe sentimientos  
 Tan altos y elevados,  
 Muda de pensamientos:  
 Todos son nobles, grandes é ilustrados.  
 Empieza á conocerse y estimarse,  
 Y desde entonces teme deshonorarse,  
 Con el horror infame de los vicios:  
 Con puras intenciones,  
 Y con santos cristianos ejercicios  
 Huye la esclavitud de las pasiones,

Se respeta, no quiere envilecerse,  
 Ni sabe detenerse  
 En las cosas humanas,  
 Que tan fútiles son, que son tan vanas.  
 Es como un poderoso potentado,  
 Que de grandes objetos encargado,  
 Desdeña con razon, y hasta se indigna  
 Si por desgracia se le ve ocupado,  
 En obra que de sí no sea digna.  
 Un rey de gran carácter no se expone  
 A detenerse en bajos devaneos,  
 Ni fútiles proyectos se propone;  
 Y el inmortal que espera altos empleos,  
 Solo debe formar altos deseos.  
 Que el hombre, que engañado se figura  
 Que toda vida se acabó muriendo,  
 Ponga su corazon y su dulzura  
 En los bienes que el tiempo le procura,  
 Y quiera disfrutarlos, ya lo entiendo;  
 Pero el que sabe que hay vida futura,  
 El que con luces sanas é inflexibles,  
 De la fe con los rayos luminosos,  
 Atomos solo mira imperceptibles,  
 En los que el mundo ve como colosos,  
 No sacará su honor ni su grandeza  
 Sino de su inmortal naturaleza.  
 Considera un momento  
 Al sabio, que con este pensamiento,  
 Superior á sí mismo, y elevado



Sobre la tierra, mira sosegado  
 Pasar bajo sus piés, como un torrente,  
 Tantas pompas humanas, que fugaces  
 Se van á despeñar rápidamente.  
 El sabe que son vanas y falaces,  
 Que el mundo las ostenta;  
 Mas mira que veloz las representa,  
 Pues si un instante breve resplandecen,  
 En polvo y en vapor se desvanecen.  
 El sabio rie, y con distinto anhelo  
 Las ve pasar, y se dirige al cielo.  
 Ya desde entónces santa vida empieza:  
 Ya subsiste sin fausto ni grandeza:  
 Ya no busca ni velo que le encubra,  
 Ni hipocresía que sus faltas cubra.  
 Para ser grande verdaderamente  
 De sí arroja el orgullo que le miente,  
 Y no busca por fuera otra grandeza.  
 La Religión y la naturaleza  
 Un decoro le dan mas excelente,  
 Pues que le alejan del mortal abismo;  
 Grande con la grandeza de Dios mismo,  
 Sabio con su inmortal sabiduría,  
 Y justo con la gracia que le guía,  
 Pronto será, si á pronunciarlo atino,  
 Con su divinidad tambien divino.  
 El que se abraza con tan dulce llama,  
 ¿Cómo amarse podrá? Y si se ama,  
 Amar no puede al cuerpo corrompido,

Triste prision en que se ve metido.  
 Amará al hombre puro, que es el alma  
 Que busca ansiosa la celeste palma,  
 Espíritu, que Dios crió á su modo.  
 Este es el hombre, y es el hombre todo;  
 Lo demas es la sombra, la figura,  
 La imágen triste, la fantasma impura.

Esta elevada idea que prefiere,  
 De que el hombre que nace nunca muere,  
 Tan sublimes motivos le presenta,  
 Que no solo le alienta,  
 Y á virtudes difíciles le aplica,  
 Sino tambien cuanto hace, santifica.  
 ¿Cómo parecen vanos  
 Con motivos tan altos los humanos!  
 Y cuánto estos motivos superiores  
 Saben criar virtudes interiores!  
 Pues sabe el hombre, cuando está consigo,  
 Que Dios, y siempre Dios es su testigo.

Las virtudes humanas

O contrahechas son, ó son profanas;  
 Como son tan impuros sus motivos,  
 Los efectos que nacen son nocivos.  
 Son árboles que dan dañados frutos:  
 Hipócritas, políticos, astutos,  
 Y otros mil, que con vicios escondidos  
 Son sepúlcros que estan emblanquecidos,  
 La justicia forzada ó mal segura,  
 Aun cuando se haga con la mano pura,

Suele dejar el corazón viciado.  
 Suele el desinterés ser afectado,  
 Y vanidad oculta la modestia.  
 ¿Quién querrá sujetarse á la molestia,  
 De la virtud sincera, si concibe  
 Que todo se acabó cuando no vive?  
 De la virtud es áspero el oficio;  
 ¿Quién puede consagrarse á su ejercicio,  
 Cuando engañado piensa,  
 Que aguardar no la puede recompensa?

### PARTE SEGUNDA.

**D**ESDE que el hombre á la región sublime  
 De la inmortalidad, fiel se avanza,  
 La placentera luz de su esperanza  
 Hace que al punto intrépido se anime.  
 Su virtud al mirar lo que le espera,  
 Tan fecunda será como sincera;  
 Tendrá con el carácter de cristiano  
 En toda profesión, toda carrera,  
 Tan puro el corazón como la mano.  
 El rey que á la inmortal corona aspira,  
 A sus vasallos como á hijos mira;  
 No de reinar sobre ellos es su anhelo,  
 Sí de reinar con ellos en el cielo.  
 El juez en la justicia nunca vario  
 La pesará muy fiel en su balanza,  
 Pues ha de ser él mismo sin tardanza

Pesado con el peso del santuario.  
 El negociante pone cuidadoso  
 En su comercio, por primera basa  
 La probidad; sus límites no pása,  
 Porque espera un negocio ventajoso,  
 Que debe en los tesoros celestiales  
 Producirle riquezas inmortales.  
 El artesano desde la mañana  
 Trabaja con tesón; pero no piensa  
 Solamente en la humana recompensa,  
 Para la vida eterna también gana.  
 ¿Y cuál fuera ¡gran Dios! su triste suerte,  
 Si afanándose así noches y días,  
 Con las manos vacías  
 Se presentara á la hora de la muerte?  
 Todo hombre pues que aspira  
 De la otra vida al inmortal reposo,  
 Y se dirige con tan alta mira,  
 En todas sus ideas es grandioso,  
 En todos sus designios ajustado,  
 En todas sus acciones arreglado,  
 Y si esta idea todos la tuvieran,  
 Los corazones de los hombres fueran  
 De la virtud asilo:  
 Con dulce amor, con ánimo tranquilo,  
 La imagen de su Dios representarían;  
 La ley, la paz y la amistad sincera,  
 La equidad y el honor siempre reinarían:  
 Muy léjos de que nadie mal hiciera



Entre sí generosos disputaran  
A quien al otro da mayor consuelo:  
La tierra entónces pareciera el cielo.

No se vería en ella lo que ahora  
Se mira con dolor; tanto insensato;  
Que infiel á la razon, á Dios ingrato,  
No dando á la virtud su justo precio,  
No se estima á sí mismo, ni hace aprecio  
Mas que de las ventajas exteriores,  
Del poder, la riqueza, los honores,  
Y otros bienes efimeros, que al necio  
Seducen con sus falsos resplandores.

El hombre, que á sí mismo no se estima  
Sino por bienes fútiles y extraños,  
A su ser inmortal agravio intima;  
Deja los bienes por amar los daños;  
El mismo desconoce sus caminos,  
Y la sublimidad de sus destinos.

Puesto que el cielo nos crió inmortales,  
Honremos las virtudes celestiales,  
Y no nuestros tesoros: estimemos  
Lo que somos, y no lo que tenemos.

Entienda el hombre, porque más se estime,  
Y que á su alma inmortal nada la asombre,  
Que en él nada es tan grande, tan sublime,  
Como la propia dignidad del hombre.  
Pero tampoco basta que conciba  
Su elevado destino y su grandeza;  
Lo esencial es que viva,

Sosteniendo su ínclita nobleza  
Con la pureza de sus intenciones,  
Y con la santidad de sus acciones.

Vea cuál es su error, cuál su delito;  
Pues que un Dios tan supremo é infinito  
Con voluntad sincera  
Le hace grande, y él mismo degenera.  
¡Ah! ¡que el ser inmortal no se envilezca!  
Que con virtudes en grandeza crezca,  
Que su inmortalidad sea la fuente,  
En cuya dulce y plácida corriente

Beba de la esperanza saludable  
El agua siempre pura y agradable.  
¿Dónde podrá encontrar mas dulce anhelo?  
¿Y cómo en esta vida miserable!  
Para poder hallar algun consuelo,  
Para que sea un poco tolerable  
Este tejido de tribulaciones,  
¿Volvemos hácia Dios las reflexiones?

El hombre (santo Job, tú nos decias)  
Pasa sobre la tierra pocos días,  
Y estos pocos son llenos de aficciones,  
Por áspero sendero tú caminas,  
Sembrado está de cruces y de espinas;  
Tus lágrimas tambien mojan la tierra.  
¿Qué otra cosa es la vida sino guerra?

Un monton de inquietudes y de sustos;  
Un tejido de afanes y disgustos;  
Flujo y reflujo de tribulaciones,

De mudanzas, de afán y turbaciones,  
 Que como olas terribles y agitadas,  
 Unas sobre otras siempre amontonadas,  
 Se suceden sin fin para inundarnos,  
 Y que acaban también por anégarlos.

Si en el diluvio, en la borrasca fiera  
 De esta caduca y tumultuosa vida,  
 El hombre otro consuelo no tuviera

Que esa vida tan triste y afligida,  
 ¡Qué infeliz fuera, ó Dios, su horrible suerte!  
 ¡Cómo invocara con ardor la muerte!

Mas cuando en medio de miserias tantas  
 Mira resplandecer las luces santas

De la vida futura,  
 Al instante se endulza su amargura:

¡Y qué le importa que esos pocos días,  
 Que tan breves y rápidos se exhalan,

Se pasen entre penas ó alegrías,  
 Si al tiempo de morir todos se igualan?

¡Qué nos hace haber sido en nuestros sueños  
 Pobres ó ricos, grandes ó pequeños!

De la tierra es muy rápido el pasaje,  
 Dificil el camino, duro el viaje;

Pero en muy corto tiempo de paciencia  
 Llegar se puede á la celeste herencia.

¡Alma mia! pues tanta luz alcanzas,  
 Sosten este infeliz perégrinaje;

Con la grandeza de tus esperanzas,  
 Y mira que le queda á tu desvelo

Toda la eternidad para consuelo.

Si piensas que la vida es noche larga,

Piensa que el día eterno ya te aguarda,

Y que luego que próspero amanece,

Toda la obscuridad desaparece.

Los llantos son en risa transformados,

Los trabajos se miran coronados,

Huyen los males, el placer domina,

Y solo reina allí la paz divina.

Suframlos, pues sufrir ahora es fuerza;

Mas mira al cielo, y tu valor esfuerza:

Con tus lágrimas siembra todavía,

Presto recogerás con alegría.

Ya el cielo tu lugar ha preparado,

Y el momento también ha señalado:

No busques en la tierra otro consuelo,

Que este solo podrá saciar tu anhelo.

El corazón del hombre es insaciable:

Con una ansia violenta

Todo lo tiene, y nada le contenta;

Pero solo es culpable

En buscar con ardor infatigable

Bienes terrenos, cuyo falso halago,

Con máscara de bienes es estrago.

Con un ardor inquieto se deshace:

Desea, obtiene, no se satisface;

Reconoce su error, su desvarío,

Ve que su corazón queda vacío,

Porque un instinto noble se le ha dado,



Y le encamina á bien mas elevado.

Cada especie animal se ve contenta

Con los bienes que el mundo la presenta,

Porque para ellos solos fué criada;

Pero al alma del hombre ilimitada,

Nada del mundo alcanza á contentarla,

Y solo todo un Dios puede saciarla.

Las pompas, las riquezas, los honores,

Los grandes puestos, las brillantes flores,

En fin, del universo los despojos

Son polvo fútil; mas su mucha copia

Hace nube delante de sus ojos,

Porque no vea su grandeza propia,

Y no busque su dicha verdadera

En la mansion eterna que le espera.

Despreciando los bienes de que goza,

Si uno solo le falta, no reposa;

Anhela, gime hasta obtener su empleo;

Un deseo sucede á otro deseo;

Y si de todo el mundo dueño fuera,

No tuviera bastante, otro quisiera.

Quieren ser grandes para ser dichosos,

Trabajan con afanes laboriosos,

Pensando hallar la dicha en la grandeza

Pero habiendo llegado hasta lo sumo,

Y viendo que la gloria toda es humo,

Esperan encontrarla en la riqueza;

Pero ¡qué error! tambien los poderosos,

Que viven con espléndida opulencia,

En medio de tesoros tan cuantiosos

Sufren mas que no sufre la indigencia.

Viendo que ni uno ni otro pueden darla,

En los placeres quieren encontrarla.

¡Pero ay Dios! anda á ver esos sensuales

Que tanto han fatigado sus sentidos:

Ya tienen los deseos extinguidos,

Nada les saca ya de su letargo,

Y hasta el mismo placer les es amargo.

¡Qué es esto? Una inquietud desesperada,

Que busca siempre, porque no halla nada.

¡Qué mucho que el mortal ya despechado

Diga en su corazon desengañado:

La tierra es vanidad de vanidades,

Todo aficciones y calamidades!

¡Feliz eternidad! solo en tu seno

El corazon del hombre está sereno,

Y halla la dicha que le satisface;

Cuando deja la tierra, es cuando nace.

Dichoso el hombre, que tu luz adquiere,

Que deja el suelo donde tanto muere,

Y con las alas de un amor activo

Va á vivir en la gloria del Dios vivo.

## POEMA IV.

## LA PROVIDENCIA.

## PARTE PRIMERA.

**P**UES hay un Dios, hay una providencia.  
 No hay mejor, ni mas clara consecuencia,  
 Y basta la razon para sentirla;  
 Pero para mejor apercibirla  
 Dios dispuso que todo nos mostrara.  
 Esta grande verdad con luz tan clara,  
 Que el mismo Dios, el mundo y nuestra mente  
 Nos la muestran con modo diferente.  
 Dios nos la muestra en su divina esencia:  
 El mundo con su fisica existencia,  
 Y su grande espectáculo visible  
 A nuestros ojos la hace perceptible,  
 Y nuestro propio interno sentimiento  
 De su verdad tambien es argumento.  
 Dios nos la manifiesta claramente,  
 Verla es preciso en su divino seno;  
 Porque si existe un Dios, es evidente

Que es un ente perfecto, sabio, bueno,  
 Grande y omnipotente.  
 Si es sabio, debe odiar todo desórden,  
 Y debe conocer cuál es el órden.  
 Si es bueno, debe amarle y protegerle;  
 Y si es omnipotente, establecerle.

Este razonamiento es sin defecto,  
 Pues no puede haber Dios, sin ser perfecto:  
 Desde que este principio está sentado,  
 Vuelve los ojos, y la vista tiende  
 Sobre cuanto este mundo en sí comprende,  
 Repara con cuidado  
 El órden con que todo está arreglado;  
 Y pues el órden es la Providencia,  
 Admira y saca tú la consecuencia.  
 Si hay un Dios, es principio de las cosas,  
 Y tambien debe ser el fin postrero  
 De todas, sean chicas ó grandiosas:  
 Si es el último fin del mundo entero,  
 Le debe conducir seguramente  
 Al fin que se propuso su alta mente;  
 Mas para conducirlo, no hay remedio,  
 Es preciso que escoja el justo medio  
 Por donde pueda ser bien conducido;  
 Y como este escoger, bien entendido,  
 No es otra cosa que la Providencia,  
 Admira y saca tú la consecuencia.  
 Si hay un Dios, es inmenso; esto es seguro:  
 Y si es inmenso, debe estar en todo



Por su ser infinito, sabio y puro.  
 No hay arbitrio ni modo  
 Para el hombre que piensa  
 De que la inmensidad no sea inmensa.  
 Mas como al mismo tiempo es un Dios vivo,  
 Que todo lo previene,  
 Debe por consiguiente obrar activo  
 En cuanto el universo en sí contiene;  
 Todo lo debe ver, todo animarlo,  
 Todo en fin, dirigirlo y gobernarlo;  
 Y como esta accion y este gobierno,  
 Tanto en lo temporal como en lo eterno,  
 Son el efecto de la Providencia,  
 Admira y saca tú la consecuencia.  
 No es posible que humano entendimiento,  
 Por mas que sus ideas se relajen,  
 Por mas corto que sea su talento,  
 Se figure de Dios alguna imágen,  
 Sin ver en ella amor, bondad, potencia,  
 Y la mas soberana inteligencia.  
 Y si el hombre pudiera todavía,  
 Esforzando sus cortas reflexiones,  
 Concebir mas sublimes perfecciones,  
 A Dios atribuírselas debía:  
 ¿Cómo Dios puede ser quien no tuviera  
 Todo lo que en un Dios caber pudiera?  
 ¿Pero qué hace con tantos atributos?  
 ¿Cuáles los fines son? ¿cuáles los frutos?  
 De criar se dignó su omnipotencia,

Y arregló lo criado con su ciencia:  
 Con su poder magnífico y fecundo  
 Dijo que un mundo se haga, y se hizo un mundo.  
 Mas si á todo dió el ser, todo lo guia,  
 Pues con la luz de su sabiduria,  
 Cuanto crió sostiene y lo gobierna.  
 Todo lo regla con su mano eterna;  
 Y por fin su bondad se satisface  
 Con tanto bien como á sus obras hace.  
 Es pues verdad que todo fué arbitrario,  
 Que todo lo hizo por beneficencia,  
 Y que darnos á todos existencia  
 Acto es de su bondad muy voluntario,  
 Pues para sí de nada necesita,  
 Y tan feliz y tan glorioso fuera,  
 Con magestad tan alta é infinita  
 Sin criar nada, como ántes lo era.  
 Mas cuando el hombre ve que el mundo existe,  
 Que todo está tan bien, y que subsiste  
 Con órden tan sublime y arreglado,  
 Debe inferir que aquel que lo ha criado  
 Es el que lo gobierna y lo conduce  
 Con su mano secreta é invisible.  
 De esta idea deduce  
 Que un Dios sin providencia es imposible.  
 Al que tan ciego fuera  
 Que tan brillante luz ver no pudiera,  
 Ninguna otra verdad le alumbraría.  
 El mundo que forjó su fantasia

Fuera un caos mas triste, mas confuso  
Que la nada de que hace tanto abuso.

Esta verdad tan clara y tan sensible  
Es tambien á los ojos perceptible,  
Y mejor la comprenden los sentidos,  
Cuando viendo del mundo la hermosura,  
Y sus muchos objetos divididos,  
Admiran su magnífica estructura.

¿Quién no mira con plácido consuelo  
Esos astros que giran en el cielo  
Con veloz movimiento tan seguro?  
¿A quién no asombra un esplendor tan puro?

Cuando en tranquila y sosegada noche,  
En que el zéfiro plácido respira,  
Dejando todo amargo pensamiento,  
Yo levanto la vista al firmamento:  
Cuando echando los ojos por la esfera  
Con tanto placer miro  
Esos globos de luz, que hacen su giro  
Con tan reglada y rápida carrera:

Cuando veo esa escuadra luminosa  
De estrellas, que con marcha magestuosa  
Parecen como en órden de batalla,  
Fuera de sí mi espíritu se halla,  
Y me digo mirando esta armonía:  
Una mano divina es la que os guía.

Cuando veo esos astros luminosos,  
Que con benigna luz y sin ardores  
Por esos campos vastos y espaciosos

Parecen como flores,  
Que han sido por el cielo derramadas,  
Digo con ansias tiernas y asombradas,  
Viendo que cada cual brillante luce:  
Una mano divina en vos reluce.

Cuando advierto la regla indefectible,  
Con que marchan sus pasos combinados,  
Tan exactos, tan justos y arreglados,  
Que toda prediccion es infalible,  
Y me dicen los hombres limitados,  
Aunque esten separados:

Tal astro en tal momento se levanta,  
Y que al instante súbito aparece,  
De estupor y placer mi alma se espanta.  
Cuando dicen: A tal hora se pone,  
Y veo que puntual desaparece.  
En el minuto mismo que propone;  
Yo me digo, mirando su obediencia,  
Y como cada cual fiel se dirige:  
Una mano divina es la que os rige.

Cuando observo por fin que el movimiento,  
Que tan exacto sigue el firmamento,  
Es el mismo que siempre se ha observado  
Desde que el mundo su principio tuvo,  
Y que hasta ahora va tan concertado,  
Que nunca se le vió, ni nunca hubo  
El mas leve desvío ó discordancia;  
Yo me digo, admirando su constancia,  
Y como cada cual su curso alterna:



Una mano divina lo gobierna.  
 ¡Y qué diremos, si dejando el cielo,  
 Con el mismo desvelo  
 Ponemos nuestros ojos en la tierra,  
 Mirando bien lo que su seno encierra?  
 ¿Quién no observa espantado  
 Su hermosa variedad inagotable  
 De yerbas, plantas, árboles y brutos?  
 ¿Quién no admira la copia innumerable  
 De pescados, de pájaros y frutos?  
 ¿Qué corazón ingrato  
 Puede desconocer la Providencia,  
 Que con tan dulce y amoroso trato  
 Presta tanto socorro á su indigencia?  
 Observa bien los rios caudalosos  
 Que por la tierra corren magestuosos,  
 Refrescando la sed que la devora.  
 Mira como atesora  
 Riquezas, que cada año la produce,  
 Y que el año que sigue reproduce.  
 Ve sus árboles llenos y agobiados  
 Con el enorme peso que los carga,  
 Y que su mano liberal alarga;  
 Esos prados vistosos y esmaltados  
 Con tanta copia de galanas flores.  
 Mira como brillantes sus colores  
 Los visten con sus trages taraceados,  
 Y como los sentidos embriagados  
 Gozan la suavidad de sus olores.

¡Y qué! viendo tan próspera afluencia,  
 ¿Puedes dudar si hay una Providencia?

### PARTE SEGUNDA.

**O**bserva el orden de las estaciones;  
 Cómo las cuatro el año han dividido  
 En iguales benéficas porciones,  
 Que las cuatro entre sí se han repartido  
 Ve como cada cual fiel se avanza,  
 Sin faltar ni salirse de su esfera,  
 Con mas exactitud que si la hubiera  
 Pesado con rigor en la balanza.  
 Parecen cuatro hermanas que partieron  
 La herencia de aquel padre que tuvieron,  
 Y que contentas siempre y oficiosas  
 Con la parte que el cielo dió á cada una,  
 En su confin se tienen cuidadosas.  
 Su asistencia oportuna  
 Solo se ocupa, cuando el tiempo viene,  
 En darnos cada cual lo que ella tiene.  
 La primavera verde y placentera  
 Adorna el campo, viste la ribera:  
 A las cosechas el estío dora,  
 El otoño riquezas atesora,  
 Y el invierno ya cano y perezoso,  
 Goza de tantos bienes con reposo.  
 ¿Quién de este orden verá la permanencia  
 Sin adorar, ¡ó Dios! tu providencia?

Peor vamos del mar á las orillas :  
 Veamos juntas bellas maravillas.  
 ; Qué espectáculo grande y portentoso !  
 ; O Dios ! solo tu brazo poderoso  
 Pudo criar un piélago tan vasto ,  
 Que ofrece tanto bien sin ningun gasto.  
 ; Cuánto el hombre orgulloso  
 Debe á su vista parecer pequeño !  
 Parece esfuerzo de tu omnipotencia ,  
 Y es medio dulce de tu providencia.  
 ; O mar ! monstruo del mundo y su gigante ,  
 En la tierra no tienes semejante :  
 Solo tú puedes darme alguna idea  
 Con tus aguas , que son inagotables ,  
 Y tus profundidades insondables ,  
 De tu Hacedor , que en nuestro bien te emplea.  
 Cuando te miro quieto y apacible ,  
 Que blanda calma tu inquietud contiene ;  
 Tu tez plácida , tersa , inaccesible  
 Me parece la imágen mas sensible  
 De aquel Ente infinito que no tiene  
 Término ni principio , fin ni orilla ,  
 Y me figuro que en tu seno brilla  
 Su inalterable paz , dulce y serena.  
 Cuando tu furia se desencadena ,  
 Y te veo colérico y airado ,  
 Me haces temblar , porque me representas  
 Con iras violentas  
 A ese mismo Señor , que ya irritado

Es tanto mas terrible ,  
 Porque ha sido mas tierno y apacible.  
 Pero tú sometido  
 El término fatal nunca has pasado ,  
 En que tu sabio Autor te ha contenido.  
 Bien te veo furioso y agitado  
 Con ímpetu el mas fiero  
 Acumular montañas á montañas ,  
 Y amenazar feroz al mundo entero ;  
 Pero á pesar de sus violentas sañas  
 Violencia te haces ,  
 Y obedeces á aquel , que ya te dijo :  
 Llega hasta aquí , pero de aquí no pases.  
 No obstante tu furor te quedas fijo ,  
 Pocos granos de arena te detienen ,  
 Tus irritadas olas se contienen ,  
 Y á besar vas su pié con reverencia :  
 ; Cómo no adoraré la Providencia ?  
 Pero escucha otra voz mas elocuente ,  
 En que no es menester razonamiento ;  
 Porque nos habla al alma mudamente ;  
 Escucha pues tu interno sentimiento ,  
 Entra de tu alma en la region oculta ,  
 Y con tu propio corazon consulta.  
 Cuando ves esta máquina elevada  
 Tan hermosa , tan grande , tan reglada ,  
 ; No te dice en secreto tu conciencia ,  
 Que es hija de la sabia Providencia ?  
 ; Quién no se rinde humilde y reverente



A esta dulce impresion que el alma siente?  
 Si se ve una familia virtuosa,  
 Que guarda el orden, y que en paz reside,  
 Decimos que hay un gefe que preside.  
 Si vemos un imperio, que tranquilo  
 De las artes y leyes siendo asilo,  
 Da premio á la virtud, al vicio pena,  
 Decimos que hay alguno que lo ordena.  
 Si vemos un rebaño numeroso,  
 Que en abundantes pastos bien tendido,  
 Sin recelo del lobo mas rabioso,  
 Pacea la fresca yerba sometido,  
 Decimos al instante:  
 Este pastor sin duda es vigilante.  
 Cuando por alta mar veo un navío,  
 Que cortando las olas encrespadas,  
 A pesar del furor del tiempo impío,  
 Se avanza con las velas desplegadas,  
 Y que llega por fin con bien al puerto,  
 Yo me digo: Es muy cierto,  
 Que este navío, que feliz ha entrado,  
 Está por buen piloto gobernado.  
 Y nosotros mirando la estructura  
 De un mundo, que en el aire está colgado,  
 Con tanta variedad, tanta hermosura,  
 Con tal orden y regla á cada paso,  
 ¿Dirémos que es efecto del acaso?  
 ¿O acaso! si eres tú tan poderoso,  
 Que formaste este mundo prodigioso,

Sin duda eres un ser inteligente;  
 Entonces yo me postro reverente  
 A tus piés, yo te adoro, yo te amo,  
 Tú eres mi Dios! y como tal te aclamo.  
 Pero aquel que pronuncia esta palabra,  
 ¿Del acaso concibe bien la idea,  
 De lo que explica, y explicar desea?  
 ¿Y el sentimiento que en el alma labra,  
 No desmiente en el necio y en el sabio  
 Lo que pronuncia inadvertido el labio?  
 ¿Cuántas veces, y en cuántas ocasiones,  
 Con el grito interior de la conciencia,  
 Casi á nuestro pesar, con las acciones  
 Confesamos que hay una Providencia?  
 En un riesgo inminente,  
 En un violento y súbito accidente,  
 ¿Ay mi Dios! exclamamos con anhelo,  
 Y levantamos nuestra vista al cielo.  
 ¿Por qué la levantamos aterrados,  
 Si en el cielo no hay ojos  
 Que puedan consolar nuestros cuidados,  
 O puedan aliviar nuestros enojos?  
 ¿Por qué tan azorados y contritos  
 Al cielo dirigimos nuestros gritos?  
 Nuestro afan insensato ¿qué pretende,  
 Si el cielo es sordo y nuestra voz no entiende?  
 ¿Ay mi Dios! un profeta le decia,  
 Sin salir de mí mismo, en mi conciencia  
 Hallo las pruebas de tu providencia.

Esta luz me persigue con porfía :  
 En vano quiero acumular las dudas :  
 Mis propias sensaciones no son mudas,  
 Y me dicen con voz muy elocuente,  
 Que hay en el cielo un Ser inteligente  
 Que formó el universo y le dirige,  
 Un brazo poderoso que le rige,  
 Un ojo eterno que lo mira todo,  
 Una fuerza mayor que lo sostiene,  
 Que á cuanto existe dió la regla y modo,  
 Que todo salió de ella, y á ella viene ;  
 En fin, una inmortal pródiga mano,  
 A quien se debe culto soberano.

Así concluye la razon sincera :  
 Pensar de otra manera  
 Seria ceguera la mas terrible,  
 O un castigo de Dios el mas visible.

## POEMA V.

## EL MUNDO.

## PARTE PRIMERA.

**E**l mundo es halagüeño y lisonjero ;  
 Mas cuanto mas halaga, mas engaña ;  
 Cuando mas lisonjea, mas nos daña,

Y nunca un bien presenta verdadero.  
 ¿ Quien puede conocerle y estimarle ?  
 ¿ Quién puede haberle visto y no dejarle ?  
 El mundo se presenta con caricias,  
 Nos ofrece regalos y delicias,  
 Con un traje brillante se produce,  
 Y este es el medio con que nos seduce.  
 Como sabe adular nuestras pasiones,  
 Y como los humanos corazones  
 Son fáciles á dar en el engaño,  
 Ellos mismos ayudan á su daño.  
 Sus avenidas son dulces y hermosas ;  
 Se huellan flores y se pisan rosas ;  
 Se ven concursos, juegos y festines,  
 Paseos, espectáculos, jardines,  
 Y tras ellos con ojos deslumbrados  
 Se van los corazones arrastrados.

Cuando en el mundo un jóven se presenta,  
 Todo le rie, todo le contenta ;  
 Viendo tanta alegría y fiesta tanta,  
 Todo le hace placer, todo le encanta.  
 Apenas un deseo en su alma nace,  
 Que con ansioso ardor lo satisface,  
 Marcha por un camino delicioso,  
 Dulce á los pasos, á la vista hermoso,  
 Pues lleno está de flores : imagina  
 Que á la felicidad por él camina,  
 Que todos sus senderos son amenos,  
 Que sus días tranquilos y serenos



Esta luz me persigue con porfía :  
 En vano quiero acumular las dudas :  
 Mis propias sensaciones no son mudas,  
 Y me dicen con voz muy elocuente,  
 Que hay en el cielo un Ser inteligente  
 Que formó el universo y le dirige,  
 Un brazo poderoso que le rige,  
 Un ojo eterno que lo mira todo,  
 Una fuerza mayor que lo sostiene,  
 Que á cuanto existe dió la regla y modo ;  
 Que todo salió de ella, y á ella viene ;  
 En fin, una inmortal pródiga mano,  
 A quien se debe culto soberano.

Así concluye la razon sincera :  
 Pensar de otra manera  
 Seria ceguera la mas terrible,  
 O un castigo de Dios el mas visible.

## POEMA V.

## EL MUNDO.

## PARTE PRIMERA.

**E**l mundo es halagüeño y lisonjero ;  
 Mas cuanto mas halaga, mas engaña ;  
 Cuando mas lisonjea, mas nos daña,

Y nunca un bien presenta verdadero.  
 ¿ Quien puede conocerle y estimarle ?  
 ¿ Quién puede haberle visto y no dejarle ?  
 El mundo se presenta con caricias,  
 Nos ofrece regalos y delicias,  
 Con un traje brillante se produce,  
 Y este es el medio con que nos seduce.  
 Como sabe adular nuestras pasiones,  
 Y como los humanos corazones  
 Son fáciles á dar en el engaño,  
 Ellos mismos ayudan á su daño.  
 Sus avenidas son dulces y hermosas ;  
 Se huellan flores y se pisan rosas ;  
 Se ven concursos, juegos y festines,  
 Paseos, espectáculos, jardines,  
 Y tras ellos con ojos deslumbrados  
 Se van los corazones arrastrados.

Cuando en el mundo un jóven se presenta,  
 Todo le rie, todo le contenta ;  
 Viendo tanta alegría y fiesta tanta,  
 Todo le hace placer, todo le encanta.  
 Apenas un deseo en su alma nace,  
 Que con ansioso ardor lo satisface,  
 Marcha por un camino delicioso,  
 Dulce á los pasos, á la vista hermoso,  
 Pues lleno está de flores : imagina  
 Que á la felicidad por él camina,  
 Que todos sus senderos son amenos,  
 Que sus dias tranquilos y serenos

Deben siempre ofrecerle nuevos gustos;  
Y entre placeres vivos y sin sustos  
Ve la carrera de una vida larga,  
En que todo es dulzura y nada amarga.

El mal es, que si el mundo lisonjea,  
El mismo débil hombre lo desea.  
Tales son los humanos caracteres:  
El amor natural de los placeres,  
Y lo que embargan las disipaciones  
Alejan la razon y reflexiones;  
Se ocupa únicamente  
En lo que gusta, y con placer se siente;  
Se desvia, se aleja presuroso  
De lo que turba su feliz reposo;  
El hombre no entra en sí, ni habla consigo,  
Hasta que le despierta algun castigo.

Hijo, el Sabio decía, si el mundano  
Con sus dulces promesas viene ufano  
A ofrecerte su miel con bizzarria,  
No la comas, y de ella desconfia.  
Sabe que es un mortífero veneno:  
Quizas tu paladar lo hallará bueno;  
Pero muy presto sus activas sañas  
Destrozarán feroces tus entrañas.  
Consejo cuerdo! pero los consejos  
Suelen de los ejemplos estar léjos;  
Porque no se detiene el alma en reflexiones,  
Cuando embriagada está de sus pasiones.  
Mas porque el mundo tanto lisonjea,

Es razon que el prudente no le crea.  
Promete mucho, pero da muy poco;  
Y solamente un loco  
Esto poco que da, tomarlo puede;  
Pues léjos de que logre darnos gustos,  
O cria penas, ó fomenta sustos,  
Y á la dulzura el sinsabor excede.

Despues de seis mil años los humanos  
Buscan la dicha con esfuerzos vanos.  
Todos quieren solícitos buscarla,  
Y ninguno en el mundo pudo hallarla.  
En sus placeres tan multiplicados  
A millares se ven los desgraciados,  
Y uno siquiera no se ve dichoso;  
Y con todo ¡perdemos el reposo,  
Le seguimos con ansia, con ardores,  
Y nunca conocemos sus errores?  
Los incautos mortales bien merecen  
Todas las penas que por él padecen.

En efecto, ¡qué bien presenta el mundo  
Que merezca un apego tan profundo?  
Los corazones, frios ó severos;  
Los amigos, ó falsos ó ligeros;  
Enemigos ocultos y terribles;  
Riquezas pasajeras, corruptibles;  
Puestos caducos, frívolos honores;  
Y placeres al fin engañadores:  
Todos son bienes fingidos y aparentes;  
Mas los males son reales y evidentes.



Cuando el mundo tuviera en sus empleos  
 Con que satisfacer nuestros deseos,  
 Con que halagar á todas las pasiones,  
 Y prodigara las satisfacciones,  
 ¿Quién se puede fiar en su dulzura,  
 Si tan presto se trueca en amargura?  
 ¿Cuántos festines el placer empieza,  
 Que acaban por el llanto y la tristeza?  
 ¿Cuántas veces en medio de los gustos  
 Asaltan los pesares ó los sustos?  
 ¿Cuántos de entre los bailes y conciertos  
 Salen ya moribundos ó ya muertos?  
 Y mientras rien, brillan y se agitan,  
 Los ecos del dolor mas alto gritan:  
 Ve aquí lo que es el mundo, su retrato;  
 ¿Y por esto te pierdes, insensato?  
 Con el amable lazo de himeneo  
 Habian conseguido al fin ligarse  
 Dos personas nacidas para amarse:  
 Cumplido estaba todo su deseo;  
 Pero á una de las dos la muerte fiera  
 Arrebata en su tierna primavera,  
 Y queda la otra, sin hallar consuelo,  
 Sufriendo dias de dolor y duelo.  
 A fuerza de trabajos y bajezas  
 Otro pudo juntar grandes riquezas,  
 Y elevarse á un lugar muy eminente;  
 Pero un reves le asalta de repente,  
 Echa por tierra todo el edificio

Que la prosperidad levantó al vicio,  
 Y el poseedor absorto y aterrado,  
 Entre sus ruinas queda sepultado.  
 Esta es del mundo la falaz carrera;  
 ¿Y quién fiará en él, si considera  
 Cuántos sus tristes víctimas se vieron,  
 Despues que por un tiempo ídolos fueron?  
 Mundo, que con tu error al necio encantas,  
 Ahora mismo quizás muchos levantas,  
 Y con pérfidos dones los prefieres,  
 ¿Por qué perderlos alevoso quieres!  
 Víctimas son que intentas adornarlas,  
 Para mejor despues sacrificarlas.  
 Tú las conduces á un hermoso prado  
 De flores agradables esmaltado;  
 Mas bajo de sus piés cavas tú mismo,  
 Para hacerlas caer en un abismo.  
 El que vive colmado de favores  
 En la pompa, en el lujo y la abundancia,  
 Mañana, objeto vil de tus rigores,  
 Monumento será de tu inconstancia:  
 Miserable, indigente, desechado,  
 Y de todos los hombres despreciado;  
 Semejante á los restos de un navío,  
 Que dividido en trozos, con desvío  
 El colérico mar, cuando se enoja,  
 A la playa vecina de sí arroja.  
 Y tú, triste testigo del naufragio,  
 Ya puedes ver en las agenas ruinas

La inconstancia del mundo, y el presagio  
De las venganzas altas y divinas;  
¡ Cuenta pues! que las nubes se aglomeran,  
Que los vientos se agitan y exasperan,  
Que las ráfagas fieras se declaran,  
Y que quizás la tempestad preparan  
Contra tí, que tenias ya dispuesta  
Magnífica funcion, grandiosa fiesta.

Tal es el mundo, que fatal nos pierde  
Delante halaga y por detras nos muerde.  
¡ Qué se puede esperar de sus engaños,  
Mas que males funestos, tristes daños?  
Para huir de su odiosa alevosía,  
Esto solo bastarnos debería.  
Sus lisonjas conducen á la muerte,  
Pues con ellas los ánimos pervierte,  
Y escondiendo las dichas verdaderas,  
Ofusca la razon de mil maneras.

### PARTE SEGUNDA.

**E**l mundo es negro padre del delito,  
Enemigo de Dios, por él maldito.  
Huye de Dios quien busca sus favores;  
Nadie puede servir á dos señores.  
Sus máximas mortíferas y varias,  
A las del Evangelio son contrarias;  
Sus dulces y traidoras seducciones  
Encienden y fomentan las pasiones;

Sus amables y falsos atractivos,  
Que son tan poderosos, tan activos,  
Mortíferos son todos, son funestos,  
Y á la salud eterna muy opuestos.  
Sus ejemplos son malos, contagiosos;  
Sus placeres impuros, peligrosos;  
Sus discursos perversos, delinquentes;  
Sus riesgos efectivos y frecuentes;  
En fin, de horrores y malicias lleno,  
Todo es peligro en él, todo veneno.

Lo peor es, que á los mortales ciega,  
Y en sus mismos peligros las sosiega,  
Con una venda, que sus ojos cubre,  
Y los despeñaderos les encubre.  
El sabe atarlos con tenaces lazos;  
Y á pesar de los muchos embarazos  
Y las cadenas que su pecho oprimen,  
No quieren sacudirlas, aunque gimen.

Así su imperio es bárbaro y tirano:  
Si subyuga cruel, manda inhumano,  
Le aborrecemos; él nos esclaviza,  
Y todas las acciones tiraniza.  
Pensamos, y quisiéramos dejarlo;  
Pero él sabe con maña embarazarlo:  
Nos tiende nuevas redes, nos detiene,  
Y en su poder con arte nos mantiene.  
Cuantas veces del mundo nos quejamos,  
Y cuantas con verdad aseguramos,  
Que conocemos toda su amargura,



Su vanidad, su nada, su locura ;  
 Que á abandonarle estamos ya resueltos ;  
 Que quisiéramos ya mirarnos sueltos,  
 Sobre todo en aquellas ocasiones,  
 En que Dios nos inspira reflexiones,  
 Cuando nos tiende con piedad sus brazos,  
 Para sacarnos de sus viles lazos :  
 ¿ Qué es el mundo ? decimos, persuadidos  
 Que de su engaño estamos convencidos.  
 Pero el mundo nos ase con porfía ;  
 Los días pasan, y no llega el día  
 De sacudir su esclavitud tirana :  
 Esperamos el día de mañana,  
 Y mañana no llega. El que se queja,  
 Se queja siempre, pero no se aleja,  
 Y solo se debate en sus prisiones,  
 Porque no hay en los flojos corazones  
 El valor de un esfuerzo generoso,  
 Ni sabemos con ánimo brioso  
 Romperlas, destrosarlas, libertarnos,  
 Y á Dios y á las virtudes consagrarnos.  
 Entretanto la muerte los emplaza,  
 Los años corren, y los días vuelan ;  
 Los mortales en todo se desvelan,  
 Méno en lo que mas les amenaza ;  
 Se acercan de la vida los extremos,  
 Y en medio del designio y de la queja  
 Huye el tiempo, y el mundo es quien nos deja  
 Antes de que nosotros le dejemos.

Entónces con angustia llorarémos  
 Tanto trabajo estéril y vacío,  
 Del corazón el triste desvarío,  
 Tanto tiempo que habemos malogrado,  
 Y las gracias que habemos profanado.  
 Entónces con horror el mas profundo  
 Nuestros ojos verán al mismo mundo  
 De que hacemos ahora tanto alarde ;  
 ¿ Pero quién sabe ; ó Dios ! si será tarde ?  
 Infeliz el que al mundo desconoce ;  
 Mas infeliz quien le ama y le conoce ;  
 Sobre todo infeliz quien le prefiere,  
 Quien le conoce, le ama, y en él muere.  
 Dios solo es nuestro Padre soberano,  
 El mundo es un traidor, es un tirano ;  
 Rindamos pues con justa deferencia  
 Lo que á cada uno debe la conciencia,  
 Y en fin á nuestro Padre consagremos  
 Los pocos días que vivir podemos ;  
 Pues de estos pocos días la victoria  
 Nos puede dar por fruto eterna gloria.  
 ¡ Feliz el alma, á quien el cielo ha abierto  
 Desde temprano los cerrados ojos,  
 Porque vea los riesgos, los abrojos  
 De este mundo tan falso como incierto ;  
 Que en su jóven edad condujo al puesto,  
 Donde vive, poniéndola al abrigo  
 De todos los peligros, que consigo  
 Trae un mundo inconstante y proceloso ;

Que la puso por fin en su reposo  
 Cerca de la virtud, léjos del vicio!  
 ¿Quién puede agradecer tanto servicio?  
 ¿Qué lenguas, ni qué humanos corazones  
 Pueden hallar discursos ó expresiones,  
 Que iguallen á tan alto beneficio?  
 ¡Ah! ¡si el hombre supiera de qué sustos  
 Dios le libró! ¡qué bárbaros disgustos  
 En el mundo le hubieran perseguido!  
 ¿Qué riesgos inminentes ha corrido!  
 ¿Qué males le cercaran! ¡cuántas diera  
 Rendidas gracias á su vida austera!  
 Sobre todo á la hora de la muerte,  
 Cuando se va á fijar su eterna suerte,  
 Qué dulzura para ella, qué consuelo  
 Es verse léjos de él, y con anhelo  
 Haber á su Dios solo consagrado  
 Esta vida infeliz que ya ha pasado.  
 Le habrá costado algunas privaciones,  
 Penosos sacrificios de pasiones;  
 Pero los pocos años que han corrido,  
 Consumieron las penas que ha sufrido,  
 Y una gloria inmortal, la gloria inmensa  
 Es de su corto afan la recompensa.  
 Dejemos pues al mundo sus errores  
 Antes de dar lugar á que él nos deje,  
 O el alma por lo ménos de él se aleje,  
 Despreciando sus gozos y favores.  
 Dejemos hoy, y con merecimiento,

Lo que es fuerza dejar de aquí á un momento:  
 Al presente es tributo voluntario,  
 De aquí á poco sin fruto y necesario.  
 Las jóvenes personas inocentes  
 Muy temprano á gozarle se preparan;  
 Los de mayor edad ya delincuentes,  
 Muy tarde de sus gozos se separan:  
 Los unos y los otros á porfia  
 Los quieren disfrutar; mas vendrá el día,  
 En que los dos con llanto dolorido  
 Gimán del triste tiempo que han perdido.  
 Jóvenes, que no veis sus embarazos,  
 En el mundo no entreis con tanta prisa:  
 Todo en él os parece halago y risa;  
 Mas cuando entreis, á los primeros pasos  
 Sus peligros veréis, sus pesadumbres,  
 Y cuánto fatal es á las costumbres.  
 Adultos, que probásteis ya sus daños,  
 Abandonad al punto sus engaños,  
 Y que vuestra experiencia os aproveche  
 Antes que os deje el mundo y os deseche.  
 Tres suertes de personas en el mundo,  
 Que habitan en su piélago profundo,  
 Le miran con aspecto diferente:  
 El pecador que vive delincuente,  
 Y gusta de su pérvida dulzura,  
 Como casa le ve, que un tiempo durá;  
 El cuerdo, que en su red no se embaraza,  
 Le ve como una cosa que ya pasá;



Pero el cristiano ya desengañado  
 Le ve como una cosa que ha pasado,  
 Examínate bien, entra en tí mismo,  
 Observa como miras este abismo;  
 Y segun la manera que le vieres,  
 Podrás juzgar tú mismo lo que eres.

Mas si tu corazon verlo desea  
 En la exacta verdad, haz que lo vea  
 Como ha de verlo á la hora de la muerte,  
 Esta luz es segura, y nos advierte  
 Que el hombre miéntras vive, si le ama,  
 Con infeliz pasion por él se inflama;  
 Que el que tiene cordura no le aprecia;  
 Que el que muere no solo le desprecia,  
 Sino que le aborrece y abomina,  
 Porque con necio error le descamina,  
 Toda una eternidad triste y funesta  
 No basta para el llanto que le cuesta.

## POEMA VI.

**EL AMOR DEL MUNDO.****PARTE PRIMERA.**

**E**N la tierra los míseros mortales  
 Estan llenos de penas y de males,  
 Que el turbulento mundo les produce,

Y con todo este mundo los seduce.  
 A muchos atormenta, á otros engaña,  
 O bien los alucina, ó bien los daña.  
 A unos trata con ásperos rigores,  
 A otros vende muy caros sus favores,  
 Y estos mismos favores que les vende,  
 Los trueca presto en mal que los ofende.

Ninguno está contento ni seguro.  
 Lo llaman rey tirano, señor duro:  
 Todos se quejan de él, y le aborrecen;  
 Pero todos le gustan y apetecen.  
 En su amargo servicio todos lloran;  
 Pero todos le siguen y le adoran:  
 Sus falsos resplandores los ofuscan,  
 Y por eso solícitos le buscan.  
 Por adquirir sus bienes no reposan,  
 Y son mas infelices si los gozan;  
 Por agradarle á todo se someten,  
 Y hasta delitos bárbaros cometen;  
 En fin, tanto entre sí se contradicen,  
 Que le adoran á un tiempo y le maldicen.

¿Qué hechizo es este pues, ó qué embeleso,  
 Que á los hombres les quita todo el seso,  
 Sin de razon dejarles un vestigio?  
 Presto se deshiciera este prestigio,  
 Si su juicio en él se detuviera;  
 Su razon al instante conociera,  
 Que el que está de este amor apoderado  
 Es ciego, es infelice y es culpado.

Es ciego: porque ¿quién será mas ciego?  
 Que aquel que por no ver cae en el fuego?  
 ¿Aquel que con la vista bien cerrada  
 Piensa encontrar el bien donde no hay nada?  
 ¿Qué tiene el mundo en sí? ¿cuál es su encanto  
 Para que el hombre se le pegue tanto?  
 ¿Qué puede hallar en él nuestro albedrío,  
 Cuando de todo bien está vacío?  
 Sus palabras son falsas y mentidas;  
 Sus promesas traidoras y fingidas,  
 Y aun sus halagos mismos y favores  
 Están llenos de riesgos y temores.  
 ¿Cómo pues un cristiano,  
 Que ve, que sabe lo que el mundo hace,  
 Con tan frívolo bien se satisface?  
 ¿Cómo no lo desecha por tirano?  
 Por agenos ejemplos instruido,  
 Por su propia experiencia conducido,  
 ¿Cómo puede tan necio alucinarse?  
 ¿Cómo no acaba de desengañarse?  
 Pero este es el error de las pasiones;  
 Conocemos que todo es ilusiones,  
 Que sus bienes son falsos y engañosos,  
 Que sus males son ciertos y espantosos,  
 Y con todo se le ama, se le sigue;  
 Mas se le busca, cuando más persigue,  
 El infeliz mortal siempre se queja,  
 Mas cogido en su red nunca le deja.  
 Es preciso que sea su prestigio

Un sobrenatural grande prodigio,  
 Y sean sus tinieblas bien espesas,  
 Para dar en tan miserables empresas.  
 ¡Alma inmortal! ¿naciste destinada  
 Para correr tan ciega y deslumbrada  
 En pos de esas fantasmas mentirosas,  
 Que tan fútiles son como dañosas?  
 ¿Y dónde, si así dejas arrastrarte,  
 Podrá tu incauto error precipitarte?  
 Deten un poco tu veloz carrera,  
 Y los bienes del mundo considera;  
 Examina despacio si son tales,  
 Y si no, los debieras llamar males.  
 Qué, ¿te ofrecen las pérfidas riquezas,  
 Comodidad, placeres y grandezas?  
 Mas ¿cuántas veces entre los caudales  
 Viste penas, dolores y cuidados,  
 Disgustos vivos y violentos males,  
 Que hacen á los mas ricos desdichados?  
 Qué, ¿prometen la gloria y los honores,  
 Elevacion, caricias y favores?  
 Mas los hombres que llegan á lo sumo,  
 Dicen que todo es aire, todo es humo.  
 El placer finalmente ¿qué te dice?  
 ¿Qué te harán sus delicias muy felice?  
 Pero si gustas mucho su dulzura,  
 Se trocará muy presto en amargura;  
 Y ve como sus bienes se envilecen,  
 Porque no llenan nunca lo que ofrecen.



Porque son bienes bajos, que procuran  
Gustos groseros, que tan poco duran,  
Y que dejar no pueden satisfecho  
Un corazón que Dios para sí ha hecho.

Pero tal es el hombre: ciego vive,  
Y de su ceguédad no se apercibe,  
Ni nunca de su error se ha apercibido.  
Esta es la ceguédad en que han vivido  
Los siglos anteriores que pasaron,  
Y que todos tan ciegos se mostraron.  
Esta es la ceguédad que todavía  
Tiene á los hombres ciegos en el día;  
Y se puede temer, que los futuros  
Tan ciegos han de ser y tan oscuros,  
Sin que más clara luz esperar puedan:  
Los siglos pasan, y los vicios quedan.  
¡O ceguédad del mundo extraordinaria!  
Pues que cierra los ojos, y es contraria  
A las antorchas claras y lucidas  
De la razón y Religión unidas,  
Al testimonio fiel de la experiencia,  
Y al concepto interior de la conciencia;  
¡O ceguédad tan triste y deplorable!  
Pues por su gusto el hombre miserable  
Corre precipitado, y por sí mismo  
Va á despeñarse en el fatal abismo,  
Sin que nada sus ímpetus ataje  
De Dios y la virtud con tanto ultraje.  
Dios de la luz, escucha nuestros ruegos,

Dígnate de alumbrar á tantos ciegos  
Que gimen en las sombras de la muerte;  
Quita á tus hijos tan espesas nieblas,  
Y haz que no vivan siempre en las tinieblas.  
Tú eres, mundo fatal, quien los pervierte;  
Si pueden un instante conocerte,  
Presto verán tus frívolos engaños.  
Y yo ¡triste de mí! que tantos años  
He perdido en tan mísera demencia,  
Yo buscaba la dicha, y sin prudencia  
Esta fantasma de placer seguía;  
Mas á la muerte sin pensar corría.

¡Cómo será feliz quien va tan ciego?  
¡Cómo hallará la dicha en su camino  
El que marcha sin ver, corre sin tino?  
En todas las desgracias cae luego.  
¡Dónde estan los dichosos que hizo el mundo?  
Por el contrario, siendo tan fecundo  
En tormentos y males extremados,  
¡Cuántos no son los hombres desdichados,  
Que el cáliz de amargura tristes beben,  
Y que todo su mal al mundo deben?  
¡Ah! si oirse pudieran los gemidos,  
Los lamentos, los tristes alaridos  
De tantos infelices como lloran,  
Que el mundo hace sufrir, y al mundo adoran;  
El universo entero no sería  
Mas que un grito de angustia y agonía,  
Un concierto de penas discordante,

Y solo en los lamentos concordante,  
 En lugar de la dicha que buscaron  
 Afanes y dolor solo encontraron;  
 Disgustos, inquietudes y aficciones,  
 Martirios de sus tristes corazones,  
 ¡Cuántas personas le han sacrificado  
 Sus intereses, libertad y estado,  
 Su reposo, su gusto y su conciencia?  
 ¡Y qué han sacado ¡Dios! de su experiencia?  
 El desprecio, el olvido y el despego,  
 ¡Qué frutos han sacado de su apego,  
 De afanes tan penosos como largos?  
 Frutos de perdición, frutos amargos.  
 Anda, víctima triste y desgraciada,  
 De tu insensato amor embriagada,  
 A embarcarte con paso presuroso,  
 En ese mar inquieto y tempestuoso,  
 En que son los escollos tan frecuentes,  
 Y los riesgos continuos é inminentes.  
 Anda á arrojarte en esa tenebrosa  
 Mortífera region, que solo puebla  
 La densa obscuridad, la espesa niebla;  
 Donde el que llega mísero suspira,  
 Y un aire venenoso se espira.  
 Corre arrastrado por tus torpes vicios  
 Cerca de esos fatales precipicios,  
 En que tanto mortal se ha despeñado;  
 Cuando te hayas al fin precipitado,  
 Pregúntale á ese mundo que te rige,

¡Si tu ruina le turba? ¡si se aflige?  
 ¡Si tiene con que pueda consolarte,  
 Y tan inmenso daño repararte?  
 Anda, infeliz! que no has aprovechado  
 Los muchos documentos que te han dado;  
 Y pues tus ojos fueron tan oscuros,  
 Tú servirás de ejemplo á los futuros.

### PARTE SEGUNDA.

**G**RAN Dios! caya venganza inexorable  
 Espantosa será, será implacable  
 Contra el infiel, que tanto favoreces,  
 Pues que piadoso y liberal le ofreces  
 Al fin de su trabajo una corona,  
 Y por el mundo ingrato te abandona:  
 ¡Qué no has hecho, Señor, para alumbrarle,  
 Y de tan ciego abismo retirarle?  
 ¡Cuántas le diste luces superiores!  
 ¡Cuántas inspiraciones interiores!  
 ¡Cuántos remordimientos saludables!  
 ¡Cuántos momentos tuvo favorables,  
 En que pudo, un instante detenido,  
 La impresion de tu gracia haber sentido!  
 ¡Oír tu dulce voz, abrir los ojos,  
 Temer la indignacion de tus enojos,  
 Conocer sus engaños, resolverse,  
 Y arrepentido á tu piedad volverse!  
 Entónces útil fuera su desvelo,



Sus lágrimas serian de consuelo,  
 Y en tí hallara su llanto penitente  
 Un Padre amante, un Dios tierno y clemente.  
 El que lo experimenta solo sabe;  
 Cuánto tu yugo es dulce, cuánto es suave:  
 Con júbilo en tus hombros le pondrias,  
 Y alegre con amor le cargarías;  
 En vez de que en el mundo son los males  
 Dardos agudos, pérfidos puñales,  
 Espinas cuya punta rompe el pecho,  
 Lágrimas de dolor y de despecho.

Si el mundo hace al mortal tan desdichado,  
 Es claro que es culpado  
 El que ciego á Dios deja por el mundo;  
 Mas no solo es culpado sino necio,  
 Pues que solo consigue su desprecio.  
 Este es tercer abismo, y mas profundo,  
 En que se hallan excesos infinitos,  
 Abismo de pecados y delitos.  
 Desde luego es muy grande el que comete,  
 Cuando á pesar de lo que Dios promete,  
 Con insensato ardor, con alma impura  
 Prefiere al Criador la criatura.  
 Con errada afición, falso concepto  
 Falta al primero y al mayor precepto,  
 Y su vil corazon tosco é inmundo  
 Deja á su Dios, por adorar al mundo.

Pero el cristiano por la fe enseñado  
 Sabe que en su bautismo ha renunciado

Al mundo, y que su nombre no pronuncia,  
 Sino para decir que le renuncia;  
 Jura que no será jamas su dueño:  
 ¡Qué delito es violar tan santo empeño!  
 Sabe que nunca el hombre puede amarle  
 Sin seguir sus ejemplos é imitarle;  
 Sin adoptar sus máximas profanas,  
 Sin gustar sus delicias siempre vanas,  
 Sin exponerse al mísero contagio,  
 Sin arriesgar el infeliz naufragio,  
 O á lo ménos al riesgo aventurarse:  
 ¡Qué delito, gran Dios, es arriesgarse!

Sabe que el mundo loco y siempre vario  
 De la divina ley es el contrario;  
 Que el mismo Dios en muchas ocasiones  
 Le ha llenado de horribles maldiciones;  
 Que nadie puede ser del mundo amigo,  
 Sin hacerse de Dios el enemigo,  
 Y caer al instante en su desgracia:  
 ¡Qué delito es perder de Dios la gracia!

Sabe, que con esfuerzos los mayores  
 No es posible servir á dos señores;  
 La sentencia divina lo pronuncia.  
 El que al uno obedece, á otro renuncia;  
 El que al uno acompaña, al otro deja;  
 Si uno se satisface, otro se queja;  
 Y los dos, si á los dos servir pretende:  
 ¡Qué delito es dejar al Dios que ofende!  
 Ve aquí lo que sucede muy en breve

Al que á dejar el mundo no se atreve,  
 Y quiere continuar en él su vida,  
 En pocos dias de su Dios se olvida:  
 Embriagado de honores y riquezas,  
 Comienza por descuidos, por tibiezas,  
 Y poco á poco reforzando el tono,  
 Acaba por un mísero abandono.

No piensa mas en la salud de su alma:  
 Pierde la paz, que le tenia en calma,  
 Abre su corazon á las pasiones,  
 Su espíritu á las falsas seducciones;  
 Luego vienen las gracias arrojadas,  
 Las conciencias inquietas y turbadas,  
 Tantos remordimientos despedidos,  
 Tantos santos preceptos despreciados,  
 Pecados á pecados añadidos,  
 Delitos á delitos agregados:  
 Así el mundo, que supo seducirle,  
 No para hasta perderle y confundirle.

Estos son frutos que en su seno encierra,  
 Frutos nacidos en maldita tierra,  
 Frutos de maldicion, frutos malignos,  
 Que de un mundo maldito son bien dignos.  
 En pais tan infame y pasagero  
 Sabe el cuerdo vivir como extrangero:  
 No es la patria del hombre sometido  
 A la ley de su Dios, cuando rendido  
 Con su fiel corazon tierno le adora,  
 La tierra que le injuria ó que le ignora.

Con todo, será fuerza que el mundano,  
 Que de tanto placer disfruta ufano,  
 Sin pensar mas que en gloria y alegría,  
 Se arranque de este mundo un triste dia:  
 Una impensada muerte prontamente  
 Se asoma y le acomete de repente;  
 Quita á sus ojos la tupida venda,  
 Y entónces es preciso se desprenda  
 De todos sus amables atractivos,  
 Sus gustos finos, sus placeres vivos.  
 Como ve que á faltarle va la vida,  
 Es fuerza que al instante se despida  
 De sus gozos, su pompa y diversiones,  
 O por mejor decir, sus ilusiones.

Entónces, ¿qué le queda de su desvelo,  
 Que le pueda inspirar algun consuelo?  
 ¿Y qué puede pensar, si acaso piensa  
 En su pasada ceguedad tan densa,  
 Y en el peligro que su alma corre?  
 ¿Quién en tan triste caso le socorre?  
 ¿Qué se aprovecha de lo que ha gozado,  
 Y de todos los gustos que ha logrado?  
 De esta vida tan dulce y tan activa,  
 De tan larga agradable perspectiva,  
 De años sin fin por él imaginados,  
 Y todos á sus gozos destinados,  
 El hilo se ha cortado en un momento.  
 El prestigio se ha ido como el viento,  
 El mundo huye, el tiempo lo arrebatá,



La muerte urgente de arrancarle trata,  
Sin que un instante detenerla pueda:  
Toda la eternidad solo le queda.

¡Era para esto ¡ó Dios! era para esto,  
Que á los mortales en la tierra has puesto?  
¡Y qué estado, Señor, para morirse,  
Y al tribunal divino dirigirse?

No, mi Dios; desde hoy en adelante  
Seré de tu bondad único amante.  
No merecen el mundo y sus pasiones,  
Ni mis afectos ni mis atenciones;  
Que le sigan los ciegos que se ofuscan:  
Los que con vista estan, nunca le buscan.

Pero ¡ay! que solo puede la experiencia  
Enseñar á los hombres esta ciencia.

¡Y quién mejor que yo la ha descubierta?  
¡Feliz! pues que los ojos me has abierto.

Bien sé que un día me será forzoso  
Abandonar un mundo peligroso;  
Mas no debo aguardar á que él se aleje,  
Quiero ser el primero que le deje.

Es verdad que me tiene en él mi estado,  
Pero mi corazon se ha separado:  
Viviré en él como si no viviera.

¡Y qué cristiano, si lo considera,  
Y del mundo está ya desengañado,  
Cuando Dios á habitarle le condena,  
Vive sin susto en él, muere sin pena?  
¡Santo Dios! á quien hice tanto ultraje,

Ya renuevo el empeño que contraje  
En las sagradas aguas del bautismo;  
Y yo renuncio al mundo y á mí mismo.

## POEMA VII.

## L. I FE.

## PARTE PRIMERA.

**D**ios por una bondad de preferencia  
En medio de la fe nos ha criado,  
Y con su santa luz nos ha alumbrado  
Por nuestros padres, cuya fiel creencia  
Ha pasado á nosotros como herencia.  
No ignoramos, que bien tan soberano  
Solo es debido á la divina mano,  
Y que infinitas gracias le debemos;  
Mas quizá no sabemos  
Cuánta dicha es guardar una fe pura,  
Y los inmensos bienes que procura:  
Quera el cielo alumbrar nuestro juicio,  
Para estimar mejor su beneficio.  
Luego que de la fe la luz obscura  
El corazon de un fiel ha penetrado,

La muerte urgente de arrancarle trata,  
Sin que un instante detenerla pueda:  
Toda la eternidad solo le queda.

¡Era para esto ¡ó Dios! era para esto,  
Que á los mortales en la tierra has puesto?  
¡Y qué estado, Señor, para morirse,  
Y al tribunal divino dirigirse?

No, mi Dios; desde hoy en adelante  
Seré de tu bondad único amante.  
No merecen el mundo y sus pasiones,  
Ni mis afectos ni mis atenciones;  
Que le sigan los ciegos que se ofuscan:  
Los que con vista estan, nunca le buscan.

Pero ¡ay! que solo puede la experiencia  
Enseñar á los hombres esta ciencia.

¡Y quién mejor que yo la ha descubierta?  
¡Feliz! pues que los ojos me has abierto.  
Bien sé que un día me será forzoso  
Abandonar un mundo peligroso;  
Mas no debo aguardar á que él se aleje,  
Quiero ser el primero que le deje.

Es verdad que me tiene en él mi estado,  
Pero mi corazon se ha separado:  
Viviré en él como si no viviera.

¡Y qué cristiano, si lo considera,  
Y del mundo está ya desengañado,  
Cuando Dios á habitarle le condena,  
Vive sin susto en él, muere sin pena?  
¡Santo Dios! á quien hice tanto ultraje,

Ya renuevo el empeño que contraje  
En las sagradas aguas del bautismo;  
Y yo renuncio al mundo y á mí mismo.

## POEMA VII.

## L. I FE.

## PARTE PRIMERA.

**D**ios por una bondad de preferencia  
En medio de la fe nos ha criado,  
Y con su santa luz nos ha alumbrado  
Por nuestros padres, cuya fiel creencia  
Ha pasado á nosotros como herencia.  
No ignoramos, que bien tan soberano  
Solo es debido á la divina mano,  
Y que infinitas gracias le debemos;  
Mas quizá no sabemos  
Cuánta dicha es guardar una fe pura,  
Y los inmensos bienes que procura:  
Quera el cielo alumbrar nuestro juicio,  
Para estimar mejor su beneficio.  
Luego que de la fe la luz obscura  
El corazon de un fiel ha penetrado,



Al instante con vínculo sagrado  
Se une á la Iglesia, que es su madre pura.  
El bautismo este vínculo le sella,  
Y por cristiano ya le reconoce  
La Iglesia, y por su miembro le conoce,  
Y es la fe quien lo tiene unido á ella;  
Porque sin fe en la Iglesia, qué sería  
Sino monstruo de infiel alevosía,  
Un extrangero, miembro gangrenado  
De su sagrado cuerpo separado,  
Oveja descarriada y vagabunda,  
Que del lobo rapaz es presa inmundada,  
Que dejó su pastor por un extraño,  
Abandonando su natal rebaño?

Pero cuando sus rayos luminosos  
Con corazón humilde ver merece,  
Entra en la sociedad de los dichosos,  
A la santa nación ya pertenece,  
De la divina Iglesia es miembro vivo,  
De Dios se hace también hijo adoptivo;  
Y si mantiene pura su conciencia,  
Tiene derecho á la celeste herencia.

Que otros se jacten pues de haber nacido  
Sobre el trono de un rey esclarecido,  
O en los grandes palacios de la tierra;  
En cuanto á mí, mi vanidad se encierra,  
En ser cristiano humilde y sometido,  
En que fui por la Iglesia recibido,  
Y que por hijo suyo me ha adoptado;

Porque con esto vivo asegurado  
De que marchando voy por buen camino,  
Y que podré con próspero destino  
Llegar á el fin para que fui criado.

Aunque la senda de la fe es oscura,  
En derechura hácia los cielos guía,  
Y cualquier otra vía  
Es peligrosa, es falsa, mal segura,  
Y conduce sin falta al precipicio.  
Puede ser que haya gentes de juicio,  
Que de la fe no tengan la luz pura,  
Y que vivan huyendo todo vicio,  
Llenas de probidad y de cordura;  
Que se ocupen en obras muy piadosas,  
Y derramen limosnas muy cuantiosas:  
Todo esto es bueno en sí, todo estimable;  
Mas falta un requisito indispensable,  
Y es que á la fe rendidos se sujeten,  
Y sus misterios tímidos respeten.

Sin fe mérito no hay, ni recompensa;  
En vano suda quien hallarla piensa:  
Obras grandes se harán muy generosas,  
Pero inútiles todas é infructuosas;  
Frutos hermosos, mas que estan vacíos,  
Porque á la fe no deben sus rocíos.  
En vano pues glorificarse intenta  
Quien estas obras sin la fe presenta.  
El Evangelio le ha desengañado,  
Diciendo: El que no cree ya está juzgado.

Tambien el grande Apóstol le condena,  
 Cuando le dice: Sin la fe sagrada  
 Ningun acto exterior á Dios agrada;  
 Y el mismo Jesucristo ya le ordena  
 Mirar como gentil y publicano  
 Al que con poca fe, soberbia mucha,  
 La Santa Iglesia que fundó, no escucha:  
 Fuese muy generoso, muy humano;  
 Fuese tan penitente, tan severo  
 Como el anacoreta mas austero;  
 Fuese tan entendido é ilustrado  
 Como es el serafin mas elevado.

¡ Ah! ; cuál será la pena y agonía  
 Del hombre miserable, que engañado,  
 De la fe y de la Iglesia separado,  
 Delante del Señor se verá un día!  
 El infeliz creía  
 Un tesoro inmortal haber juntado;  
 Y allí desengañado,  
 Hallará que su mano está vacía.

¡ Qué distinta será la suerte mia!  
 Pues si la antorcha de mi fe sagrada  
 Ha sido por las obras animada,  
 No habrá deseo mio, no habra anhelo  
 Que no sea contado para el cielo.  
 Toda accion por mi fe bien dirigida  
 Será escrita en el libro de la vida;  
 En fin, no habrá obra mia, ni talento,  
 Que allí no me produzca mas de ciento.

Pues que la fe mi espíritu gobierna,  
 Tengo en todas mis dudas regla eterna.  
 ¡ Cuántas veces, en cuántas ocasiones  
 Ocurro por calmar mis turbaciones  
 A buscarla con ansia presurosa!  
 Mi razon siempre inquieta y curiosa,  
 Quiere sondar misterios infalibles,  
 Pero á su débil vista inaccesibles:  
 En tal perplejidad que luz no tiene,  
 Se agita á cada paso, se detiene,  
 Una tiniebla á otra tiniebla junta,  
 ¡ Por qué esto! ¡ cómo aquello? se pregunta.

Si consultar quisiera mi sentido,  
 Me encontraria incierto y confundido;  
 Pero llamo á la fe, y ella me instruye:  
 Mi inquietud al instante se destruye,  
 Mis dudas huyen y se desvanecen,  
 El cómo y el por qué desaparecen,  
 Mi razon se somete sin capricho.

¡ Por qué? Porque el veraz Señor lo ha dicho.  
 ¡ Cómo? Como la Iglesia lo ha enseñado.  
 Con esto solo quedo sosegado:  
 Dos oráculos son, ambos responden;  
 Dicen lo que es, aunque su fondo esconden.

Muchas veces espíritus violentos,  
 (De estos se encuentran muchos en el mundo),  
 Atormentan sus propios pensamientos,  
 Queriendo examinar lo mas profundo,  
 Y proponen cuestiones intrincadas



Sobre materias altas y elevadas.  
 Si fuera la razón mi única guía,  
 Yo con ellos allí me perdería;  
 Mas me abrazo de la egide divina:  
 Corro á la fe, me explica su doctrina,  
 Lo que la santa Iglesia ha declarado;  
 Y este divino oráculo sagrado  
 Sosiega mi razón, mis labios sella:  
 Ni quiera Dios, que yo sepa mas que ella.  
 Hasta en la misma Iglesia tal vez nacen  
 Disputas y cuestiones encendidas,  
 Por contrarios partidos sostenidas,  
 Que encontrar la verdad difícil hacen:  
 Si yo con mi razón quiero buscarla,  
 ¿En dónde podré verla? ¿dónde hallarla?  
 En las dos encontradas opiniones  
 Se ven autoridades y razones,  
 Ilustres sabios á las dos defienden,  
 Y estar por la verdad todos pretenden;  
 ¿Quién me podrá guiar? Mi razón calla:  
 La fe pudiera... pero ¿dónde se halla?  
 Todos dicen también que la fe tienen,  
 Que se batan por ella, y la sostienen.  
 En este apuro tomo mi partido,  
 Y me acojo á la Iglesia sometido;  
 De los pastores el partido sano  
 Unido con su Gefe soberano,  
 Son mi oráculo, son mi única guía;  
 Toda otra secta para mí es impía,

Si no está unida con la Iglesia santa,  
 ¡Fe divina! mi voz tu elogio canta,  
 Tus infalibles luces tranquilizan  
 Las dudas que mi pecho martirizan,  
 Tú me sacas de muchas aficciones,  
 Y me regalas con tus dulces dones.

Quando me afligen devorantes penas,  
 Tú endulzas su rigor, tú me serenas,  
 Porque es fuerza decirlo, hay ocasiones,  
 En que tan fuertes son las tentaciones,  
 Que sin la Religión, que fiel le guía,  
 Víctima el hombre de su mal sería.  
 En vano, quando al alma la desola  
 Un agudo pesar, la razón sola  
 A persuadir al corazón vendría,  
 Que las cosas humanas son inestables,  
 Y los bienes del mundo despreciables.  
 Esto pronuncia una alma que no siente,  
 Pero no sana al corazón doliente.

### PARTE SEGUNDA.

**E**n vano una falaz filosofía  
 Con su doctrina impía  
 Y sus pomposas máximas viniera  
 A decirme que al sabio nada altera,  
 Y que debe con pecho altivo y fuerte  
 Dominar los sucesos y la muerte:  
 Retírate de mí, no te oigo nada,

Consolador insípido y grosero ;  
 Déjame mi dolor, déjale entero :  
 El me mata cruel, pero me agrada ;  
 Y tú en vez de endulzarle le enfureces  
 Con el débil consuelo que me ofreces.

En vano mis amigos officiosos

A consolarme corren presurosos ,  
 Mostrando que á mis males son sensibles ,  
 Me ofrecen cuantos medios son posibles ;  
 Yo los oigo con triste deferencia ;  
 Pero me habla el dolor con mas violencia ,  
 Encuentro sus palabras muy vacias ,  
 Y al fin me quedo con las penas mias.

No es así si la fe brilla en el alma :  
 Ella templea el dolor, inspira calma ,  
 Y consuelos muy sólidos ofrece ,  
 Porque sabe que sufre y que merece.  
 Espera que su afan y desconsuelo  
 Puedan ser un camino para el cielo ,  
 Que con su pena expia su pecado ,  
 Que puede apaciguar á un Dios airado ,  
 Y en razon de sus males bien sufridos  
 Hallar lugar entre los escogidos.  
 Con esta luz que el corazon alcanza ,  
 Entreve una vislumbre de esperanza ,  
 Y á pesar del pesar y su violencia  
 Sabe hallar el valor de la paciencia.  
 El mal pierde con esto su amargura ,  
 Poco le falta para ser dulzura.

¡ O fe santa ! ¡ cuánto eres poderosa !  
 Tu fuerza portentosa  
 Mi débil corazon ha transformado :  
 Tú me muestras un Dios crucificado  
 Para ser mi modelo ; yo le adoro :  
 Tú me haces ver la cruz como un tesoro ;  
 Yo la abrazo con ánimo sincero :  
 La gloria celestial, y yo la espero.  
 Solo ideas tan altas y elevadas  
 Pueden calmar las ondas agitadas  
 De un corazon, y el mar de sus desvelos ,  
 Mudar en un torrente de consuelos.

Acaba pues, ó fe, don infenable ,  
 Esta obra saludable ,  
 Y despues de haber sido esclarecida ,  
 Mi consuelo en las penas de mi vida ,  
 Ven á ayudarme en mi hora postrimera ,  
 En que te necesito toda entera.  
 Yo lo espero de tí, tu auxilio es fuerte  
 Como en la vida, á la hora de la muerte.

Es en tí solamente, Dios amable ,  
 En tu misericordia inagotable ,  
 Que mi doliente corazon confia ;  
 No ignoro que he abusado  
 Con tenaz y traidora alevosía ;  
 ¡ Pero cuántos tambien te han ultrajado ,  
 Y la paz y el perdon han encontrado ,  
 Que su dolor con ansia te pedia ?  
 Es en tí solo, Redentor divino,



En quien fia mi sólida esperanza ;  
 El nombre de Jesus todo lo alcanza :  
 Tú eres la guia , tú eres el camino ;  
 Feliz mil veces yo , pues mi destino  
 Depende de tu amor ; ó Dios inmenso !  
 ; Cómo no he de esperarlo , cuando pienso  
 En todo lo que hicistes amoroso  
 A fin de que el mortal sea dichoso ?  
 Cuando yo te contemplo en el Calvario  
 Haciendo el sacrificio necesario ,  
 Para salvarle del terrible inferno ;  
 Cuando te miro compasivo y tierno  
 Derramar en la cruz tu sangre pura ,  
 Y sufrir tanto horror , tanta amargura  
 Para lavarle del fatal pecado ;  
 Cuando veo tu pecho traspasado ,  
 Que está herido y abierto  
 Para abrigo en él como en un puerto ;  
 Y cuando entrando en tu sagrado templo ,  
 Atónito contemplo ,  
 Que en la santa y divina eucaristía  
 Te ofreces nuevamente cada día ,  
 Para obtener de Dios y su clemencia  
 Las gracias del perdón y penitencia ;  
 ; Cómo mi corazón , aunque culpado ,  
 Viendo en tí tanto amor , tantas finezas ,  
 No aguardará tranquilo y confiado  
 El perdón de sus miserables flaquezas ?  
 Bien sé , Señor , que á fin de que no sea

Mi confianza vana y presuntuosa ,  
 Debo con alma firme y generosa  
 Hacer las obras que tu amor desea ,  
 Correspondiendo yo con eficacia  
 A los santos impulsos de tu gracia ;  
 Pero ya estoy resuelto , Jesus mio ,  
 A sujetarte todo mi albedrío.  
 Desde hoy mi voluntad , ántes tan ciega ;  
 Abandona su error , y á tí se entrega ,  
 Porque en mi auxilio tus influjos veo ,  
 Y tú mismo me inspiras el deseo.  
 Léjos de que consigan mis pecados ,  
 Aunque tan grandes y multiplicados ,  
 Arrancar de mi pecho la esperanza ,  
 Ellos animarán mi confianza ,  
 Y te diré con ansia reverente ,  
 Imitando al Profeta penitente :  
 Perdónalos , Señor , como tú sabes ;  
 Porque son muchos , porque son tan graves ,  
 Porque son sin medida y desusados :  
 Cuanto mayores son mis atentados ,  
 Y cuanto mas me aflige su memoria ,  
 Tanto es mayor el triunfo de tu gloria.  
 Dios de misericordia , Padre amante ,  
 Haz pues , que mi esperanza sea constante ;  
 Que los hombres , el mundo , sus errores ,  
 Y de todo el inferno los horrores  
 No puedan alterarla ni un momento ;  
 Que el último suspiro de mi aliento ,

Por la dulce esperanza conducido,  
 En tu trono inmortal sea ofrecido,  
 Y me sostenga en estos cortos días  
 Para hacerme violencia,  
 Y aspirar á las santas alegrías  
 Que prepara á los justos tu clemencia.  
 ¡ O cielo! digno fin de mi deseo,  
 Sed el único objeto, único empleo,  
 La ocupacion continua de mi vida;  
 Consuela mi esperanza enardecida,  
 Mientras la Providencia me destierra  
 En la mansion infausta de la tierra.  
 Dios, que me inspiras estas intenciones,  
 Oye y bendice mis resoluciones.  
 En tí solo se fija mi confianza;  
 Y pues esta virtud todo lo alcanza,  
 Yo te diré con humildad profunda:  
 En tí esperé, Señor, no me confunda.  
 Cuando me halle mas triste y afligido,  
 Cuando todos me crean ya perdido,  
 Entónces crecerá mi confianza;  
 Sé que á los hombres de probar no cesas,  
 Yo mantendré fiado en tus promesas,  
 Esperanza, Señor, contra esperanza.  
 Mis culpas mismas, pues que ya las lloro,  
 Me affigirán, mas sin desalentarme,  
 Y el temor del Señor, otro tesoro,  
 De la esperanza no podrá privarme;  
 Mas los dos con reciproco concierto

Me llevarán de la salud al puerto.  
 En fin, porque sin ansias ni zozobras  
 Pueda existir, miéntras mi vida dure,  
 Procuraré con las cristianas obras  
 Hacer que mi esperanza se asegure:  
 Bien sé que en tí, Señor, puedo fiarme;  
 Pero que en nada debo descuidarme.

## POEMA VIII.

## LOS FRUTOS DE LA FE.

## PARTE PRIMERA.

**Y**o muero con la fe, dirá sereno  
 El cristiano feliz; muero en el seno  
 De la Iglesia, mi Madre, y cuando espiro,  
 La consagro hasta mi último suspiro.  
 Recibe, fe divina, mi homenaje,  
 Y expie yo con él todo el ultraje  
 Que te he podido hacer, y ya me pesa;  
 Mi corazon ardiente te confiesa  
 Del alto cielo soberana guia,  
 Y el único camino que á Dios guia.  
 Si esta declaracion te es gloriosa,  
 ¡ Cuánto al alma que la hace, es mas dichosa?



La misma Iglesia cree que la fe santa  
Puede dar al que muere fuerza tanta,  
Y obligar tanto á Dios que le perdone,  
Que en la oración postrera que propone,  
Para auxiliarle en tan terrible estado,  
Le recuerda la fe que ha profesado.

Dios de misericordias, ella clama,  
Ve aquí una alma que ya la muerte llama,  
Y que va á parecer en tu presencia:  
Tiene temor, implora tu clemencia.  
Acuérdate, Señor, que en sus desvíos,  
A pesar de sus muchos desvaríos,  
Supo pura guardar la fe adorable.

Trinidad sacrosanta é inefable,  
Padre, Hijo y Espíritu divino,  
Uno en esencia y en personas trino,  
Aceptad de su fe la oblacion tierna,  
Y dadle por piedad la vida eterna.

Añade como casi asegurada:  
Sal, alma, sal del cuerpo confiada;  
De tus culpas el número te acusa,  
Mas la firmeza de tu fe te excusa,  
Unida con la santa penitencia.

Del Señor ha obtenido la clemencia,  
Y ya al cielo ha volado exhalada,  
Para buscar asiento en su morada.

Bien sé, mi Dios, que la mayor fortuna  
Es obtener la fe desde la cuna,  
Y haber nacido en país cristiano,

Donde la graba tu divina mano;  
Ser hijo de la Iglesia reverente,  
Y haber bebido en su divina fuente  
Las primeras sagradas impresiones,  
Para apreciar tus soberanos dones.

Pero no basta creer lo que ella ordena;  
La fe impone también obligaciones,  
Y el cristiano enlazado en su cadena,  
Rendido á sus preceptos se somete,  
Y llena de respeto, de amor llena,  
Hacer lo que ella manda le promete.  
El hombre ha contraído grande empeño,  
Y se debe aplicar al desempeño.

Cuando la fe se explica, él enmudece;  
Mas también cuando manda, él obedece.

Si es infiel quien el dogma no respeta,  
También lo debe ser el temerario,  
Que al orden que ella da no se sujeta:  
Unir lo uno con lo otro es necesario,  
Y entre cristianos es máxima cierta,  
Que la fe sin las obras es fe muerta.

¡O Dios! ¡Autor consumidor divino!  
De la sagrada fe! que habeis dignado  
De haberme con su luz iluminado,  
Sirvete de enseñarme este camino.  
Añadidme este rayo luminoso,  
Rayo con que mi pecho fervoroso  
A la fe toda entera satisfaga,  
Que el dogma crea, y que las obras haga.

La fe nos pide sumision rendida,  
Ciega, y al mismo tiempo esclarecida;  
Pero con caracteres diferentes  
Segun los casos y segun las gentes.

Los cristianos que estan poco instruidos,  
Y que son de la Iglesia hijos queridos,  
Se sujetan con dócil obediencia  
De su Madre la Iglesia á la creencia;  
Y la fe la requiere de tal modo,  
Que deben ciegos someterse á todo  
Lo que la santa Iglesia les pronuncia.  
Al que en alguna cosa la renuncia  
La fe le desconoce, le amenaza,  
Y con sus anatemas le rechaza.

Desde entónces infiel es á sus ojos,  
Es una oveja indócil y obstinada:  
Infeliz, pues si muere descarriada,  
Del lobo robador son sus despojos;  
Una piedra de escándalo mal justa,  
Que entrar no puede en la fachada augusta  
De la inmortal Jerusalem celeste;  
Miembro podrido que por mas que cueste,  
Es preciso cortar, porque el veneno,  
Con que respira su alevoso seno,  
A otros no comunique y los infeste.

Hay otra sumision firme y estable,  
Que es tan entera, tan incontrastable,  
Que con valor lo sacrifica todo,  
Por no herir á la fe de ningun modo;

Bienes, salud, honor y hasta la vida  
Cuando se halla la fe comprometida,  
Todo se arriesga, todo se aventura,  
Porque quede la fe constante y pura,  
Y en medio del estrago y la ruina  
La fe triunfante próspera domina.

Pero la sumision mas dulce y tierna  
Es la del alma persuasion interna;  
El corazon la rinde su homenaje,  
Ofreciéndola humilde vasallage.  
La fe nos manda con tan alto imperio,  
Que cuando ella propone algun misterio

Debemos ofrecerla con gran calma  
La persuasion mas íntima del alma,  
Nuestros mas interiores pensamientos,  
Y hasta del corazon los sentimientos.

No puede tolerar la indiferencia,  
Ni la puede bastar la deferencia  
Que solo ofrece tímida la mano;  
El corazon tambien pide al cristiano.

¡O fe divina! ¡Iglesia iluminada!  
Que mi mano derecha sea cortada,  
Si ella graba jamas indignamente  
Lo que tu luz sagrada no consiente;  
Y que mi lengua al paladar pegada  
Se vea para siempre desecada,  
Si alguna vez intrépida pronuncia  
Palabras que tu espíritu renuncia.

La Religion enseña á hablar muy alto,



Y no á disimular por sobresalto.  
 A morir con valor la fe me empeña,  
 A abjurar su verdad jamas me enseña.  
 La fe que sufra tanta alevosía,  
 No está por la verdad; yo la diría:  
 Anda que no eres tú la fe cristiana;  
 Yo estimo mas la probidad pagana.

Mas todavía á sumision tan pura  
 Debe añadir el alma su ternura.  
 Si con amor un padre nos gobierna,  
 Le damos obediencia pronta y tierna,  
 Y la afición piadosa que nos guía,  
 Nos hace obedecer con alegría.  
 La Iglesia es nuestra Madre; ¡quién lo ignora!  
 Lo dice el labio, el corazón la adora.  
 ¡Madre divina! ¡Iglesia sacrosanta!  
 ¡Qué madre mostró nunca afición tanta?  
 ¡Quién mejor este nombre ha merecido?  
 ¡Y cuántas veces nuestra Madre has sido?

En Jesucristo tú nos engendraste,  
 Para él y para el cielo nos formaste,  
 Y enlazados contigo en dulces lazos  
 Nos pusiste al nacer entre tus brazos.  
 Con tu divina leche nos criaste;  
 En nuestras hambres nos alimentaste  
 Con el pan celestial, manjar sagrado;  
 En nuestra sed nos has desalterado  
 Con el licor divino y verdadero,  
 Que es la sangre preciosa del Cordero.

Tú nos has enseñado el buen destino,  
 Guiándonos piadosa en el camino;  
 Tú me llamabas cuando me perdía,  
 Recibiéndome bien cuando volvía,  
 ¡Qué oraciones! ¡qué ruegos encendidos  
 Al Señor por nosotros ofrecidos!  
 ¡Qué sacrificio sobre sus altares!  
 No hay socorro que tú no nos prepares.

### PARTE SEGUNDA.

**P**ERO no para en esto tu desvelo;  
 Pues habiendo por dicha en tí nacido,  
 Tú pretendes con celo enardecido  
 Salgamos de tus brazos para el cielo.  
 Tú quieres presentarnos por tu mano  
 A la bondad del Padre soberano,  
 Y hacer que de tus ruegos la eficacia  
 Excite su piedad á hacernos gracia.  
 ¡O dulce Madre! como tal te aclamo:  
 ¡A quién pudiera amar, si no te amo?  
 ¡A quién mi corazón darse quisiera,  
 Si á tí, Madre adorable, no se diera?  
 Sí, Madre, te lo doy, y todo entero;  
 Con toda mi alma, con ardor sincero  
 Te ofrezco mis afectos inmortales.  
 ¡Qué pruebas puedo darte? ¡qué señales?  
 Bien sé que la mayor es la del cielo;  
 Mas ¡quién no le tendrá cuando es cristiano?

Nada le da á la fe tanto consuelo,  
 Porque es prueba de amor y de desvelo.  
 Pero ; en cuántos, ó Dios, el celo es vano!  
 Todos dicen tenerlo y lo imaginan ;

Pero muchos, si atento lo examinan,  
 Podrán tener activas inquietudes,  
 Y alguno habrá que de su error se asombre.

Todos somos cristianos en el nombre,  
 ; Mas lo somos tambien en las virtudes?  
 Todos de nuestro celo respondemos,  
 ; Mas podemos probarlo? Examinemos.

¡ Ay Dios ! ; cuánto recelo en este abismo  
 Mi propia confusion hallar yo mismo!

La fe tiene preceptos, ; los guardamos?  
 Leyes tiene tambien, ; las respetamos?

Prácticas religiosas, ; las hacemos?  
 Si estas tres cosas juntas las tenemos,

Podemos esperar con gran consuelo,  
 Que Dios nos da, y que tenemos celo.

La fe tiene sus menguas y sus creces ;  
 A veces sube, pero baja á veces.

¿ Tomamos en sus males pena activa?  
 ; En sus consuelos alegría viva?

¿ Y nuestro corazon procura fuerte  
 Con sus esfuerzos mejorar su suerte?

Este es el celo que la fe autoriza,  
 Y que Dios en los hombres canoniza.

La fe tiene enemigos poderosos,  
 Y cuando sufre ataques peligrosos,

¿ Nuestro celo combate, ó triste llora?  
 ; El celo de su casa nos devora?

Y cuando nuestro estado no permite  
 Que nuestro pobre labio se ejercite

En servirla en alguno de los modos,  
 Porque hablar por la fe no es dado á todos,

A lo ménos ; se ocupan sus fervores,  
 En levantar al cielo sus clamores,

Implorando con ruegos su asistencia,  
 En pedir por sus fuertes defensores

En rogar que contenga la violencia,  
 Y de los enemigos los furores?

Dime tambien ; cuándo Josué combate,  
 Y con su brazo intrépido los bate,

Montas como Moises á las alturas,  
 Y levantas al cielo manos puras,

A fin de que el Señor su brazo extienda,  
 Que mire por su causa, y la defienda?

¿ O fe santa ! en los siglos primitivos  
 Veias en tus hijos adoptivos

Este celo eficaz en que se ardian  
 Cuando su sangre alegres te ofrecian.

¿ Mas dónde está su llama abrasadora?  
 ; Qué es lo que yo por tí hice hasta ahora?

Oh, plegue al cielo que de aquí adelante  
 Te siga siempre con ardor constante,

Corrigiendo mi antigua indiferencia!  
 El baldon interior de mi conciencia

Debe serme bastante,



Para que tú me arrastres sin violencia.

La postrera oblacion muy preciosa,

Que se debe á la fe son obras buenas.

Las obras y la fe son las cadenas

Con que se enlaza el alma virtuosa :

Estas las basas son en que reposa

La Religion, para mostrarse entera.

La fe sin duda alguna es la primera ;

Mas las obras tambien son las segundas,

Y es el celo eficaz quien las concierta.

Las obras sin la fe son infecundas ,

Y la fe sin las obras es fe muerta.

El árbol se conoce por el fruto ,

Decia el Salvador, y el buen cristiano

Se debe conocer por el tributo

De las obras que paga el Soberano ;

Sin que el labio se explique, sus acciones

Probarán de su fe las intenciones.

No está escrita la fe sobre su frente ;

Mas su conducta pura y estimable ,

Sus costumbres dirán continuamente,

Que la respeta, y hace respetable.

Hay virtudes, que son su claro indicio.

El temor del Señor, reglada vida,

Caridad para el prójimo encendida,

Amor de la virtud, horror del vicio,

Y de obras buenas práctico ejercicio :

Ve aquí la mejor prueba, mas segura

De que habita en una alma la fe pura.

Mas ¡ ay ! si con mis obras contradigno

Lo que la fe nos manda ; este testigo

Prueba claro, que léjos de tenerla ;

La deshonor, y estoy para perderla.

¡ Para perderla ! sí ; pues no es extraño,

Que el que vive en el vicio y el engaño,

Llegue por fin impávido á arrojarla.

Y por lo ménos ; no es aventurarla

Exponerse á peligros, en que corre

Riesgo la fe, si Dios no la socorre ?

¡ Se dirá que es sentir todo su precio,

Entablar amistades perniciosas

Con personas que son irreligiosas ?

¡ Escuchar con placer, y hacer aprecio

Del loco, que la trata con desprecio,

Y sin ver con horror su desvario,

Oir con risa su discurso impío ?

¡ Cebarse en la lectura prohibida,

Lo que muestra la fe ya corrompida,

O preferir á las lecturas sanas

Las mas lascivas y las mas profanas,

En las que si la fe no se marchita,

A lo ménos se empaña y debilita ;

Y por fin con intrépida indecencia,

Sin guardar á la fe la reverencia,

Con atrevido y temerario modo

De todo hablar, y decidirlo todo ?

A vista de este error, de abuso tanto,

¡ Cómo extrañar podemos su quebranto ?

¿Cómo fuera posible mantenerla,  
Tomando tantos medios de perderla?  
Jesus en otro tiempo preguntaba,  
¿Si cuando el fin del mundo llegaria,  
Mucha fe entre los hombres hallaria?  
¿Pero por qué hasta entónces aguardaba?  
Divino Salvador, ¿si ahora vieras,  
Mucha fe entre nosotros ver pudieras?  
¡Ah! no me quites este don divino,  
No me apagues la luz en el camino,  
No me prive tu dulce providencia  
De esta parte preciosa de tu herencia.  
Castigame, Señor, esto es muy justo;  
Mas no me des la pena, ni aun el susto,  
De que pueda jamas la fe sagrada  
De mi fiel corazon ser arrancada.

Gracias te doy, Señor, de que tus luces  
Me diste, y que por ellas me conduces  
Con preferencia á tantos, cuya suerte  
Es gemir en las sombras de la muerte.  
¿Qué hice para obtener don tan sublime?  
Oh cuánto es bien que mi razon lo estime!  
Y que mi corazon con ansia tierna  
Te ofrezca amante gratitud eterna.

## POEMA IX.

LA DIGNIDAD DE  
CRISTIANO.

## PARTE PRIMERA.

**T**ÍTULO no hay tan grande y soberano,  
No hay don tan inefable y tan sublime,  
Ni nombre que un cristiano tanto estime,  
Como el divino nombre de cristiano.  
La fe santa al cristiano reverencia,  
Y le ve el mismo Dios con complacencia.  
Esto lo manifiesta en los honrosos  
Timbres ilustres, dones prodigiosos,  
Con que le honra su gran magnificencia;  
En la alta dignidad de su modelo,  
Que es el que debe dirigirle al cielo;  
En que tan alta mira le permite,  
En que tan alto anhelo en él existe;  
Y en fin, para decirlo sin tardanzas,  
En la grandeza de sus esperanzas,  
Por estos rasgos conocer podemos  
Lo que ya somos, lo que ser podemos.



¿Cómo fuera posible mantenerla,  
Tomando tantos medios de perderla?  
Jesus en otro tiempo preguntaba,  
¿Si cuando el fin del mundo llegaria,  
Mucha fe entre los hombres hallaria?  
¿Pero por qué hasta entónces aguardaba?  
Divino Salvador, ¿si ahora vinieras,  
Mucha fe entre nosotros ver pudieras?  
¡Ah! no me quites este don divino,  
No me apagues la luz en el camino,  
No me prive tu dulce providencia  
De esta parte preciosa de tu herencia.  
Castigame, Señor, esto es muy justo;  
Mas no me des la pena, ni aun el susto,  
De que pueda jamas la fe sagrada  
De mi fiel corazon ser arrancada.

Gracias te doy, Señor, de que tus luces  
Me diste, y que por ellas me conduces  
Con preferencia á tantos, cuya suerte  
Es gemir en las sombras de la muerte.  
¿Qué hice para obtener don tan sublime?  
Oh cuánto es bien que mi razon lo estime!  
Y que mi corazon con ansia tierna  
Te ofrezca amante gratitud eterna.

## POEMA IX.

LA DIGNIDAD DE  
CRISTIANO.

## PARTE PRIMERA.

**T**ÍTULO no hay tan grande y soberano,  
No hay don tan inefable y tan sublime,  
Ni nombre que un cristiano tanto estime,  
Como el divino nombre de cristiano.  
La fe santa al cristiano reverencia,  
Y le ve el mismo Dios con complacencia.  
Esto lo manifiesta en los honrosos  
Timbres ilustres, dones prodigiosos,  
Con que le honra su gran magnificencia;  
En la alta dignidad de su modelo,  
Que es el que debe dirigirle al cielo;  
En que tan alta mira le permite,  
En que tan alto anhelo en él existe;  
Y en fin, para decirlo sin tardanzas,  
En la grandeza de sus esperanzas,  
Por estos rasgos conocer podemos  
Lo que ya somos, lo que ser podemos.

Consideremos pues, ¿qué es un cristiano?

Un discípulo fiel de Jesucristo,

Qué con buen corazón y juicio sano,

Sigue el ejemplo que en Jesús ha visto;

Que por la fe divina iluminado,

Y por el Evangelio gobernado

Conoce las verdades celestiales,

Y practica virtudes inmortales.

Gracias divinas, dones gloriosos,

Que Jesús con sus méritos preciosos,

Derramando su sangre inestimable,

Adquirió para el hombre miserable;

Pues que de nuevo le ha engendrado él mismo

En las aguas sagradas del bautismo.

¿Qué es un cristiano? Un hombre que atesora,

Un miembro vivo del Jesús que adora;

Pues los cristianos que á la gracia nacen,

Unidos entre sí un cuerpo hacen.

Jesús es la cabeza

Que á todos estos miembros está unida,

Y como todos viven con su vida,

Todos deben vivir con su pureza.

Así cada cristiano es vivo templo

En que habita el Espíritu divino,

Y debe persuadirlo con su ejemplo,

Marchando sin desvío á su destino.

Pedro los llama, y sus elogios canta,

Sacerdocio real, la nación santa,

Pueblo de adquisición, pueblo sagrado,

Que Jesús con su sangre ha conquistado.

¿Qué títulos, ó Dios! ¿qué caracteres!

Cristiano, si alcanzaras

Lo que aspiras á ser, y lo que eres,

¿Cómo no te enfrenaras,

Y lejos de sufrir desórden tanto,

Pudieras ser cristiano sin ser santo?

¿Qué es un cristiano? Un hombre que no anhela

Mas que á un bien inmortal; que solo vive

Con lo que el Evangelio le prescribe,

Y sobre Jesucristo se modela.

Los cristianos salidos de esta escuela

Eran hombres heroicos, superiores

A todos los que vieron sus mayores;

Hombres tan nuevos, que jamas se vieron,

Que los gentiles nunca conocieron;

Héroes, que á los mortales sorprendian,

Por las altas virtudes que ejercian.

Los discursos siempre eran verdaderos,

Sus sentimientos fieles y sinceros;

Rectitud y pureza de intenciones,

Justicia, integridad en las acciones,

Sin fausto ni soberbia la modestia,

La humildad sin bajeza ni molestia.

Si tienen sus pasiones como humanos,

Las saben contener como cristianos;

De todo su reposo y sus placeres

Hacen el sacrificio á sus deberes;

Huyen de los elogios, los evitan,



Y solo merecerlos solicitan ;  
 En un asilo obscuro y retirado  
 Se hurtan á los favores de la suerte ;  
 Los temen poco ménos que al pecado ,  
 Pero mas al pecado que á la muerte.

Tal es el hombre cuando es buen cristiano :

Por su virtud parece mas que humano ;

Y cuando así no lo es, el cristianismo

Lo desaprueba, lo condena él mismo,

Le dice sin cesar que se contenga,

Y que su dignidad mejor sostenga.

¡ Dignidad del cristiano ! ¡ Quién entiende

Todo lo que este nombre en sí comprende ?

Para poder formarse alguna idea,

Basta que en él se vea

El alto sentimiento que le nace,

Y como á todo superior le hace.

¡ O Dios ! ¡ cuántos he visto desgraciados

Al rigor de la suerte abandonados !

Mas cuantos males en la tierra abundan

Caigan sobre el cristiano y le confundan,

Que de sus bienes le hayan despojado,

Que de todos se vea abandonado,

Que su salud flaqueé,

Que su vida vacile y titubée,

Que en fin ser infeliz en todo pueda ;

Nada ha perdido si la fe le queda .

Despojado de todo, en un abismo

Es mayor, porque es grande por sí mismo ;

Y en destino tan mísero y adverso ,

Sin que su corazon se desanime,

A los ojos dará del universo

Aquel grande espectáculo sublime ,

Que un pagano decia,

Que hasta del mismo Dios digno seria

Un inocente, que sin culpa alguna

Lucha contra el rigor de la fortuna.

Así, á pesar del mundo y sus errores

La fe le hace triunfar de los favores

Que el engañoso mundo le encarece,

Porque se los disipa y esclarece.

Le hace triunfar de su dulzura necia,

Porque ve su perfidia y la desprecia ;

Y en fin de los terrores que le envia,

Y que con rostro firme desafia ;

Pues ¡ qué puede temer el esforzado

Que no teme á otra cosa que el pecado ?

Sin duda que elevarse sobre el mundo,

Que en tantas seducciones es fecundo,

Es grandeza del alma,

Y adquirir del valor la hermosa palma ;

Pero elevarse á sí sobre sí mismo

Es todavía mas, es heroísmo.

¡ Qué objeto es ver al hombre miserable

Que se declara á sí guerra implacable ;

Que de su propio corazon tirano

Empuña el arma, y con su misma mano

Arranca la raiz de sus pasiones,

Corta todos los riesgos y ocasiones,  
 Sojuzga al propio amor; aunque se queja,  
 Le rechaza tenaz, de sí le aleja;  
 Y cuando ya le ve mortificado,  
 Le ofrece á Dios en el altar sagrado,  
 Que su rendido corazón levanta,  
 Como hostia de oblacion, víctima santa!

Así con un ardor siempre inexhausto

El cristiano se ofrece en holocausto.  
 Su amor le excita, nada se lo impide,  
 Y da á la fe lo que la fe le pide:  
 Superior al tormento y al tirano  
 Marcha á la muerte intrépido y ufano;  
 Cuesta poco morir en un suplicio  
 Al que vive con tanto sacrificio.

Por eso los gentiles se asombraban,  
 Viendo que los cristianos primitivos  
 Corrian á la muerte tan activos,  
 ¡Qué hombres estos! atónitos clamaban:  
 Si los denunciaban, ellos se presentan;  
 Si los llaman, de nada se amedrentan;  
 Si á una muerte cruel se les condena,  
 La reciben con alma tan serena,  
 Como si fuera un dulce beneficio,  
 Y marchan como en triunfo hasta el suplicio.  
 Si se les amenaza con tormentos,  
 Responden sin mudar sus pensamientos:  
 Para morir nacimos, siendo humanos;  
 Mas pues, gracias á Dios, somos cristianos.

Por su fe como santos moriremos:  
 El cuerpo deleznable que tenemos  
 Podrá morir, pero inmortal el alma,  
 Del martirio sabrá ganar la palma.  
 Si quereis, ya podeis sacrificarnos;  
 Vosotros creéis poder la muerte darnos,  
 Pero no es esta muerte pavorosa,  
 Pues produce otra vida mas dichosa;  
 No es el tiempo que acaba y nos separa,  
 Sino la eternidad que se prepara.  
 ¡Qué hombres! qué sentimientos mas que humanos!  
 Mas tales son los propios de cristianos.

### PARTE SEGUNDA.

**L**os ilustres atletas esforzados,  
 A vista de coronas tan brillantes,  
 Soportaron con ánimos constantes  
 Tormentos tan horribles y extremados.  
 ¡Con qué pecho magnánimo y sereno  
 Una madre cristiana y generosa  
 A siete hijos nacidos de su seno  
 Al martirio condujo valerosa!  
 El tirano dictaba la sentencia:  
 El verdugo encendía los braseros,  
 Y preparaba con cruel violencia  
 El fuego, las parrillas, los aceros:  
 La sangre de los mártires corria,  
 La deplorada madre la veía;



Mas su cristiano ardor no se entibiaba,  
 A sus hijos intrépida exhortaba,  
 Y al mas niño de todos le decia  
 Para mejor avigorar su celo:  
 Levanta, hijo, los ojos, mira al cielo;  
 Mira que van á abrir la hermosa entrada,  
 Y allí te van á dar dulce morada.

Este discurso, y con el mismo anhelo  
 Dice la Iglesia á todos los cristianos:  
 Alzad, hijos, los ojos, ved el cielo,  
 Y ved vuestros destinos soberanos:  
 Volad con los amantes corazones,  
 Llevad vuestro deseo y aficiones;  
 Si como hombres estais sobre la tierra,  
 Lugar en que á los hombres se destierra,  
 La calidad ilustre de cristianos  
 Os hace celestiales ciudadanos.

Por poco tiempo estais en este mundo,  
 En este suelo frívolo é inmundo;  
 Mas no es para gustar sus alegrías,  
 Ni seguir sus erradas fantasías,  
 Sino para con útiles desvelos  
 Ser con grandes virtudes sus modelos,  
 Con las buenas costumbres sus censores,  
 Y con alto valor sus vencedores;  
 Pues nadie es buen cristiano, sino en tanto  
 Que puede con razon llamarse santó.  
 Esto dice la Iglesia, y la escuchamos;  
 Y este bien que su celo nos propone,

No puede ser mayor; pero veamos  
 Los deberes tambien que nos impone.

Cristiano soy, Dios sea alabado:  
 Yo le bendigo humilde, pues me ha dado  
 Padres cristianos, que su ley siguieron,  
 Y su doctrina con su fe me dieron;  
 Yo conozco á otros muchos, cuya suerte  
 Es gemir en las sombras de la muerte.

Cuando nació, la Iglesia entre sus brazos  
 Me puso, me enlazó con dulces lazos,  
 Y con el agua del bautismo puro  
 Lavó la mancha de mi ser impuro.  
 Desde aquel tiempo mi conducta rige,  
 Me instruyó niño, adulto me dirige.  
 ¿Qué favor! ¿cómo puedo encarecerlo?  
 Yo no hice nada para merecerlo:  
 Dios me ha escogido con bondad piadosa,  
 Y esta gracia me es tanto mas preciosa,  
 Cuanto con ella todo bien se alcanza,  
 Y es de la vida eterna la esperanza.

¿Cuántos la hubieran mas aprovechado!  
 Si á Tiro y á Sidon se hubieran dado  
 Tantas luces, tan grande beneficio,  
 Vivieran con el saco y el cilicio.  
 ¿Cuántos bárbaros hay! ¿infielos cuántos,  
 Que hoy fueran en la Iglesia grandes santos!  
 ¿Y yo que he hecho? ¿cómo lo he estimado?  
 ¿Dónde está la virtud que he practicado?  
 ¿Oh Dios! estoy corrido, estoy confuso!

De hallar tanto vacío, tanto abuso;  
De ver, de contemplar mi inicuo trato.  
Peor que bárbaro soy, pues soy ingrato.

Cristiano soy, el cielo sea loado;  
Mas título tan noble y realzado  
No tiene alguna cosa que me asombre?  
¿Tengo yo las virtudes como el nombre?  
Un cristiano es un hombre que ha jurado  
Tomar á Jesucristo por dechado,  
Imitar sus ejemplos y virtudes.  
¿Ah! cuántas deben ser mis inquietudes!  
¿Tengo siempre á la vista este modelo?  
¿Y copiarlo procuro con desvelo?

Un cristiano es un hombre separado,  
Que al mundo siempre está crucificado,  
Y su espíritu habita en un retiro;  
Mas por el mundo vivo yo y respiro.

Un cristiano es humilde, cuidadoso,  
Huye la gloria, teme los amores,  
Sufre alegre el desprecio y sus rigores;

Pero yo siempre vano y orgulloso  
No deseo otra cosa que elevarme,  
Y si alguno se atreve á despreciarme,

Entro en furor colérico y severo:  
¿Seré pues un cristiano verdadero?

Un cristiano es un hombre que prefiere  
El rigor de la austera penitencia,  
Que doma su amor propio con violencia,  
Y víctima continua á todo muere;

Mas yo en todo me busco con porfía,  
Y la comodidad solo me guía;  
Amo mi bienestar con grande esmero,  
Y si es fuerza sufrir, me desespero.  
Un corazón tan flojo ¿qué diría,  
Si morir por la fe preciso fuera?  
Y en un caso forzoso ¿qué escogiera?  
¿El martirio, ó la vil apostasia?

Un cristiano es benigno, es compasivo,  
En servir á los otros muy activo:  
Soporta los defectos, los excusa,  
Se compadece siempre, y nunca acusa:

En fin, siempre prudente y moderado;  
Mas yo soy impaciente, arrebatado,  
Que todo lo condeno y lo censuro,  
Que fomento en mi pecho el odio impuro,

La envidia injusta, y el orgullo insano:  
¿De qué manera pues soy yo cristiano?  
¿Esta es mi religion? ¿fatal abismo!  
¿Qué fantasma, mi Dios, de cristianismo!

La vida de un cristiano es muy sencilla,  
Todo le basta; nada le amancilla;  
Vive, mas de manera

Como pudiera estar si no viviera,  
Pues para sí no vive;  
Tiene bienes, pero él no se apercibe;  
Su cuerpo está en la tierra, mas su anhelo  
Gira con el espíritu en el cielo;  
Contento con la suerte que Dios quiere,



Vive, si es menester, y si no, muere.

Ve aquí de los cristianos el retrato:

¿Se me parece? En vano lo recato;

Si yo no me avergüenzo de mi vida,

De mí la Religion está corrida.

Yo deshonro su nombre, le maltrato,

En nada me hallo lo que ser debía,

Y léjos de encontrarme buen cristiano,

La moderada vida de un pagano

Es para Dios mejor que no la mía.

¡Santo Dios! ¡qué terror! yo me imagino,

Que en este instante el Redentor divino

Rápido desde el cielo á mí deciende,

Y que en forma visible me sorprehende;

Que hace juntar su tribunal terrible,

Y con voz magestuosa y perceptible,

Que á los ángeles mismos amedrenta,

Me dice: Vil cristiano, dame cuenta;

¿Qué pude hacer por tí que no haya hecho?

Responde: ¡cómo tú me has satisfecho?

Nacer te hice en el seno de la Iglesia,

Con la luz de la fe te he iluminado,

De gracias incesantes te he llenado,

Y el poderoso ardor con que te amaba,

Una gloria sin fin te preparaba.

¿Te he mostrado bastante mi terneza?

¿Podía hacer por tí mayor fineza?

¿Pero qué hizo infeliz tu vil malicia?

Responde, que ya es tiempo de justicia.

Yo era tu Salvador, mas tu has querido

Perderte, y finalmente te has perdido.

Yo te crié para contento eterno,

Pero tú preferiste ir al infierno.

Anda pues á sus lóbregas cavernas,

Anda á arder en sus llamas sempiternas

Con los paganos y demas infieles;

Mas tus penas serán aun mas crueles:

Tú pagarás las culpas cometidas,

Llorarás tantas gracias tan perdidas;

Llamarás á tu Dios, mas vanamente,

Pues verle no podrás eternamente.

¡O Dios, mi Salvador, Dios de clemencia,

Dios que adoro, mas Dios que tambien temo!

Presérvame de un mal que es el extremo.

Aun es tiempo, Señor, de penitencia.

Bien sé que ciego, que precipitado

A tan terrible mal me he aventurado;

Mas de hoy en adelante mi deseo,

Toda mi ocupacion, mi único empleo

Será pensar con ansia enardecida

En la entera reforma de mi vida.

Yo no me escondo, soberano dueño:

La extension absoluta de este empeño,

Sé que es cargar mi cruz continuamente;

Que es despreciar al mundo enteramente,

Morir á todo gusto depravado,

Detestar aun la sombra del pecado;

No estimar otra cosa que tu gracia;

Imitar la virtud con eficacia ;  
 No tener mas deseo ni otro anhelo ,  
 Que de los bienes que presenta el cielo ;  
 Vivir como cristiano consumado ,  
 Y en fin, morir como predestinado .

Difícil es, Señor, pero me atrevo  
 Con tu auxilio á ofrecértelo de nuevo.

Mi débil corazon ya se resuelve ,  
 La flaca oveja á su Pastor se vuelve ;  
 Mas feliz, si en su próspero destino  
 Nunca hubiera dejado su camino.

## POEMA X.

**LA CONFIANZA EN DIOS.****PARTE PRIMERA.**

**Y**o espero en tí, mi Dios, Dios poderoso,  
 Bueno, indulgente y misericordioso,  
 Y es en tí solamente en quien espero ;  
 Tú eres mi único Padre verdadero.  
 ¿ En quién, fuera de tí, mi confianza  
 Asegurar pudiera su esperanza ?  
 No puede ser en mis merecimientos,  
 Léjos de mí tan locos pensamientos ;

¿ Pues qué soy á tus ojos ? Vil materia  
 Hecha de barro, y llena de miseria.

¿ Qué es mi vida ? Una serie de pecados,  
 De infracciones, delitos y atentados.  
 En vez de que merezca tus favores,  
 Es ella quien produce mis terrores.

Ménos puedo apoyarme sobre un mundo  
 En traicion y dolores tan fecundo,  
 Que hasta aquí sin reserva ha alucinado  
 A todos los que en él han confiado.  
 Víctimas infelices solo hace,  
 A nadie que le sirva satisface,  
 Y con sus falsos pérfidos encantos,  
 Léjos de hacer infelices, de hacer santos,  
 Los sujeta á su mísera cadena,  
 Y tu santa justicia los condena.

Tampoco poner puedo mi esperanza  
 En los hombres, su amor y su alabanza.  
 Maldito, dice la Sabiduría,  
 El que en brazo de carne se confía.

¿ Qué se puede esperar de los mortales,  
 Si apenas bastan á sus mismos males ?  
 ¿ Cómo remediará males extraños,  
 Quien no puede aliviar sus propios daños ?  
 Fenómenos volátiles parecen,  
 Que lucen un instante, y desaparecen.  
 Ayer resplandecieron, hoy no existen ;  
 Brillan hoy, y mañana no subsisten.  
 Todo anuncia del hombre la flaqueza,



Y á su misma infeliz naturaleza  
 La idea de la muerte atemoriza.  
 ¿Quién se puede apoyar en la ceniza?  
 Es en tí solamente, Dios eterno,  
 En quien mi corazon espera tierno,  
 Y espera con muy sólidos motivos;  
 Jamas los pudo haber tan efectivos  
 Para excitar la humilde confianza,  
 Y animar una tímida esperanza.  
 Porque yo espero en tu bondad piadosa,  
 En tu dulzura misericordiosa.  
 Es verdad, lo confieso, que he abusado,  
 Que mucho y largo tiempo te he ultrajado;  
 Mas tu misericordia es infinita:  
 Nada, ni tiempo alguno la limita;  
 Y si el hombre es ingrato y deleznable,  
 Tu piedad es inmensa, inagotable.  
 ¿Cuántos otros muy grandes pecadores  
 Abusaron tambien de tus favores,  
 Y de elección son vasos preferidos,  
 Porque imploraron tu piedad rendidos?  
 Un David homicida cuando llora;  
 Magdalena, la amante pecadora;  
 Manases afligido, delincuente;  
 Agustín convertido, penitente,  
 Son pruebas claras, y serán eternas  
 De tus misericordias siempre tiernas.  
 ¡Ay Señor! si no fueras tan piadoso,  
 ¿Cuál sería el destino riguroso,

Que la flaqueza humana sufriria?  
 ¿Qué recurso en sus lágrimas tendria?  
 El mundo seductor con fuerza atrae;  
 El hombre flaco se resbala y cae;  
 ¿Y cómo alzarse sin tu amor podria?  
 Haz pues, Dios de bondad, que sienta ahora  
 Esa dulce bondad que mi alma implora;  
 Esa dulce bondad que en tí se encierra,  
 Y no puedes hacer sino en la tierra;  
 Pues cuando ya no vive la malicia,  
 Solo quieres que reine la justicia.

Pues que aun vivo, Señor, hazla conmigo;  
 Haz que gracia tan alta contar pueda,  
 Que á tu justicia inexorable queda  
 Toda la eternidad para castigo.  
 Perdona, que aun es tiempo que perdones,  
 Y muestra perdonando á mis pasiones,  
 Que tu piedad es grande y extendida,  
 Como sabrás mostrar en la otra vida,  
 Cuando ya tambien muere la esperanza,  
 Que eres justo y terrible en tu venganza.  
 Tambien espero y mi esperanza es firme,  
 En que tu Hijo Jesus murió por mi alma.  
 ¿Qué pudiera inspirarme tanta calma?  
 ¿De qué ancla mas segura puedo asirme?  
 ¿Y quién de tu piedad no está seguro,  
 Viendo ardor tan ardiente como puro?  
 Adorado Jesus, cuando yo pienso  
 En este sacrificio tan inmenso,

En tanto como hiciste y has pasado,  
Yo me digo ya casi asegurado,  
Como fuera del mar ó ya en el puerto:  
Vivir espero, pues Jesus ha muerto.

¿Cómo piadoso no ha de perdonarme  
El que tanto sufrió para salvarme?

— Cuando sé que del cielo descendiste,

Y que á la tierra mísera veniste,

Por salvar á los pobres pecadores;

Que sufriste sus pérfidos rigores,

Porque queria tu bondad divina

Enseñarles la luz de tu doctrina;

— Cuando me veo en medio de tu templo,

Y en sus altares con la fe contemplo

Esa víctima santa, esa hostia pura,

Que llenando las almas de dulzura,

De su incesante amor en ejercicio,

Renueda cada dia el sacrificio,

Y lleva nuestros ruegos hasta el cielo,

Mi corazon sintiendo este consuelo,

Dice con el placer en que se anega:

— A tal intercesor nada se niega.

— Y cuando recogido en tu santuario

Vuelo con el espíritu al Calvario,

Y veo que tu amor tu sangre vierte

Por librar á los hombres de la muerte,

Y la mancha lavar de su pecado;

Que herido de una lanza tu costado,

Le ofreces á mis ojos entreabierto,

Como que quieres presentarme un puerto;

Y cuando veo al fin con qué indulgencia

Imploras su perdon y penitencia,

¿Cómo con tanta prueba y tan sublime

Es posible que yo me desanime?

— Ni ¿cómo, viendo en tí tanta fineza,

Podrá desalentarme mi flaqueza?

— No Señor: mi esperanza es muy activa,

Pues en tu sangre y tu bondad estriba,

— Ah! cómo los humildes penitentes,

A pesar de sus faltas delincuentes,

Pueden en su dolor estar tranquilos.

— Tú das á sus pesares mil asilos;

Tú no quieres perder, Dios adorado,

Las almas que tan caro te han costado,

— Ni malograr con su infelice suerte

Los frutos de tu sangre y de tu muerte.

— Bien sé que la esperanza religiosa

Vana no debe ser, ni presuntuosa;

Que con las obras debe sostenerse;

Que tú y el alma deben entenderse;

Y que yo la quitara la eficacia,

— Si no correspondiera á tanta gracia;

Que pudo tu poder sin mí criarme,

— Pero que no querrá sin mí salvarme:

— Todo lo sé, Señor; mas por lo mismo

Quiero salir de tan profundo abismo:

— Desde hoy, dejando mi indolente calma,

Voy á pensar en la salud de mi alma.



## PARTE SEGUNDA.

**E**SPERO, por tu gracia socorrido,  
 Vivir á tu ley santa sometido,  
 Observar tus divinos mandamientos,  
 Deplorar mis pasados escarmientos,  
 Y expiarlos con lágrimas dolientes;  
 Domar á mis pasiones delincuentes,  
 Velar sobre mí mismo, reprimirme,  
 Con mi prójimo tierno conducirme,  
 Y hacer con él, porque se satisfaga,  
 Lo que deseo que conmigo haga.

Estos son los deseos que me inspiras;  
 Y pues que tú me das tan altas miras,  
 Harás que mi alma con tu gracia cuadre:  
 Tú eres mi Criador, eres mi Padre.  
 Enormes son, Señor, mis atentados:  
 Muchos y horribles fueron mis pecados:  
 Su memoria me aflige, me atormenta,  
 Y yo los abomino y los detesto;  
 Mas no me quitan el valor por esto,  
 Y mi esperanza no se desalienta.

La misma muchedumbre que me hiere,  
 Es un nuevo motivo de que espere.  
 El Rey Profeta te decía á gritos:  
 Perdona, que son muchos mis delitos.  
 Yo te digo lo mismo, Dios clemente,  
 Porque he sido tan grande delincuente.

Porque fueron tan grandes mis errores.  
 El perdón de tan pérfidos horrores  
 Mostrará al universo tu paciencia,  
 Y es la gloria mayor de tu clemencia.

Así no solo espero me perdones  
 Las culpas de mi mísera flaqueza,  
 Sino tambien que añadas la riqueza  
 De tus divinos soberanos dones;  
 Que apagarás el fuego y la viveza  
 De mis fieras indómitas pasiones;  
 Que podré por tu gracia sostenido  
 Soportar, corrigiendo mis excesos,  
 La mucha carga, los enormes pesos  
 De este mundo maligno y corrompido.

Que la suerte mas triste, la mas dura,  
 La mas llena de horror y de amargura,  
 Que me quisiere dar tu providencia,  
 Aceptaré rendido con paciencia,  
 Sabiendo que es piedad este castigo,  
 Que estos golpes me vienen de un amigo;  
 Que si á muchos trabajos me condenas,  
 Es por librarne de mayores penas,  
 De las penas terribles del infierno;  
 Y léjos de quejarme, mi ardor tierno  
 Irá con ansia dulce y amorosa  
 A besar esa mano poderosa,  
 Que me castiga para perdonarme,  
 Y que solo me aflige por salvarme.  
 Espero sobre todo que me auxilies,

Y que contigo ; ó Dios! me reconcilies  
 En los tristes momentos y postreros,  
 Cuando ya los mortales pasajeros  
 Ven que término tuvo su camino,  
 Y á descubrir empiezan su destino.

¿Cómo pudiera tu piedad sensible,  
 Que crió, que conserva el alma mia,  
 Dejarla abandonada en la agonía  
 De aquel instante crítico y terrible,  
 En que del tiempo acaba la carrera,  
 Y empieza ya la eternidad entera?  
 ¿Cuál sería, Señor, mi suerte horrible?

Es entonces que tiene mi indignencia  
 Mayor necesidad de tu asistencia.  
 Para entonces, Jesús, tu piedad llamo,  
 Para aquel trance tu bondad reclamo;  
 Que si hasta aquí viví por mi malicia,  
 Muera por el amor de la justicia,  
 Y de mi vida la fatal desgracia  
 Se repare en mi muerte con tu gracia.

Estos son los principios, los motivos  
 Que me hacen esperar: sé que son vivos;  
 Pero hazme, Dios, pues tan piadoso eres,  
 Que tenga los cristianos caracteres,  
 Para que mi esperanza inalterable  
 Sea á tus ojos justa y agradable.

Haz pues que sea íntima y activa,  
 Y que llena de fuego, siempre viva;  
 Entre al fondo de mi alma, donde grabe

Esta paz que el amor grabarnos sabe;  
 Que no solo este ardor explique el labio,  
 Sino que el corazón ardiente y sabio,  
 También diga con ánimo sincero:  
 En tí espero, mi Dios, solo en tí espero.

Haz que con esperanza tan segura  
 Nada jamás consiga titubearla;  
 Que ni los hombres puedan desquiciarla;  
 Ni el mundo, ni el placer, ni la amargura,  
 Ni regalos, temores, ni violencias,  
 Ni de todo el infierno las potencias,  
 Ni en fin nada, si todo se conjura.

Haz, Señor, que también constante sea,  
 Y me acompañe hasta el postrer aliento,  
 De manera que en mi fallecimiento  
 Junto á mi sepultura en pié se vea:  
 En fin, que sea tan tenaz y fuerte,  
 Que en el mismo momento de la muerte,  
 Cuando en la eternidad su vista fija,  
 Mis últimos suspiros te dirija.

Estos son mis deseos é intenciones,  
 Estas de mi alma las disposiciones;  
 Con ellas vivo ahora, y vivir quiero,  
 Y con ellas también morir espero.

¿Cómo pues con tan plácida esperanza  
 Puedo temer recelo ni mudanza?  
 ¿Cómo á vista de bienes inmortales  
 Inquietarme pudieran breves males?  
 ¿Quién no soporta penas pasajeras,



Quando aspira á las dichas verdaderas?  
 El que á su patria presuroso viene,  
 ¿Para qué en el camino se detiene?  
 ¿Y qué serán por fin las penas mías?

Penas ligeras, y de pocos dias.  
 Qué pues? ¿no ha de costarme algun desvelo  
 Ganar la gloria, y adquirir el cielo?

¡Santo Dios! mi esperanza en tí se funda:

No es posible, Señor, que me confunda;

En los mayores riesgos y pesares,

En medio de las tierras y los mares,

En los sucesos mas desesperados

De hombres ó de elementos enojados;

Quando luz no se vea, ni algun medio;

Quando todo perezca sin remedio,

No temerá un instante mi firmeza,

No me verás desmayo ni flaqueza.

Y esperará mi tierna confianza,

Aunque no viere un rayo de esperanza.

Estos mismos pecados que deploro,

Pues que por tu bondad triste los lloro,

Bien podrán afligirme y humillarme,

Mas no podrán, mi Dios, desalentarme;

Pues aunque temo mucho tu venganza,

Los temores no excluyen la esperanza,

Y ambos á dos unidos de concierto

Son los que pueden conducirme al puerto.

En fin, mi Dios, porque no sea vana,

En uso de la máxima cristiana

Me ocuparé en acciones virtuosas,  
 Obras de caridad y religiosas;  
 Pues aunque sé que en tí puedo fiarme,  
 Sé tambien que no debo descuidarme.

## POEMA XI.

## EL PECADO MORTAL.

## PARTE PRIMERA.

¿Qué es el pecado? ¿ó santo Dios eterno!  
 ¿Qué nombre tan terrible y espantoso!  
 Si le pronuncia el labio pavoroso,  
 Despierta las ideas del infierno.  
 Quando este nombre formidable escuchas,  
 Juzgas que con razon mortal le llaman,  
 Porque á los infelices que le aman,  
 No solo da una muerte, sino muchas.  
 ¿Cuántas muertes, ó Dios, nos da el pecado!  
 La muerte espiritual, que al alma mata,  
 Porque ya está con ella Dios airado,  
 Y el pecado tan áspero la trata,  
 Que siendo de un verdugo sus acciones,  
 La priva de la gracia y de sus dones.

Quando aspira á las dichas verdaderas?  
 El que á su patria presuroso viene,  
 ¿Para qué en el camino se detiene?  
 ¿Y qué serán por fin las penas mías?

Penas ligeras, y de pocos dias.  
 Qué pues? ¿no ha de costarme algun desvelo  
 Ganar la gloria, y adquirir el cielo?

¡Santo Dios! mi esperanza en tí se funda:

No es posible, Señor, que me confunda;

En los mayores riesgos y pesares,

En medio de las tierras y los mares,

En los sucesos mas desesperados

De hombres ó de elementos enojados;

Quando luz no se vea, ni algun medio;

Quando todo perezca sin remedio,

No temerá un instante mi firmeza,

No me verás desmayo ni flaqueza.

Y esperará mi tierna confianza,

Aunque no viere un rayo de esperanza.

Estos mismos pecados que deploro,

Pues que por tu bondad triste los lloro,

Bien podrán afligirme y humillarme,

Mas no podrán, mi Dios, desalentarme;

Pues aunque temo mucho tu venganza,

Los temores no excluyen la esperanza,

Y ambos á dos unidos de concierto

Son los que pueden conducirme al puerto.

En fin, mi Dios, porque no sea vana,

En uso de la máxima cristiana

Me ocuparé en acciones virtuosas,  
 Obras de caridad y religiosas;  
 Pues aunque sé que en tí puedo fiarme,  
 Sé tambien que no debo descuidarme.

## POEMA XI.

## EL PECADO MORTAL.

## PARTE PRIMERA.

¿Qué es el pecado? ¿ó santo Dios eterno!  
 ¿Qué nombre tan terrible y espantoso!  
 Si le pronuncia el labio pavoroso,  
 Despierta las ideas del infierno.  
 Quando este nombre formidable escuchas,  
 Juzgas que con razon mortal le llaman,  
 Porque á los infelices que le aman,  
 No solo da una muerte, sino muchas.  
 ¿Cuántas muertes, ó Dios, nos da el pecado!  
 La muerte espiritual, que al alma mata,  
 Porque ya está con ella Dios airado,  
 Y el pecado tan áspero la trata,  
 Que siendo de un verdugo sus acciones,  
 La priva de la gracia y de sus dones.



La muerte temporal, pues él produjo  
A este monstruo cruel, nuestro homicida,  
Y tan bárbaro fué, que nos condujo  
Los males y miserias de la vida.

En fin la muerte eterna, Dios piadoso,  
¡Qué mal tan execrable y horroroso!  
Pues al que muere atado á su cadena,  
A tormentos eternos le condena,  
A venganzas terribles y fatales;  
Y el pecado es la causa de estos males.

La muerte espiritual es la primera,  
Que priva de la vida verdadera;  
Pero como esta muerte es escondida,  
Y no produce efectos exteriores,  
No la ven los incautos pecadores  
Como tan horrorosa y homicida.  
Porque no te lastima, no la sientes,  
Y con ojos la ves indiferentes;

Pero, insensato, si mirar pudieras  
Cuántas te da en el alma heridas fieras,  
Cómo á la eterna muerte te conduce,  
Y á qué funesto estado te reduce,  
Temblaras de terror, y horrorizado  
Vieras lo que es la muerte del pecado;  
Vieras si hay pena mas terrible y cierta,  
Que á los ojos de Dios estar ya muerta.  
¡Ah! ¡si pudieran hoy mis desengaños  
Explicarte una parte de sus daños!

Quando en el alma plácida reposa

La gracia, y acaricia su inocencia,  
Es del Esposo amante digna esposa:  
De la gracia es tan grande la excelencia,  
Que el Esposo la ve con complacencia,  
Y á sus ojos parece muy hermosa;  
Pero el pecado con su negra tea  
La quita su esplendor, la deja fea,  
De todos sus adornos la despoja;  
Huye la gracia que el pecado arroja,  
Y entónces el Esposo ardiendo en ira,  
La ve con tedio, con horror la mira;  
Retira sus consuelos y favores,  
Vienen atropellados los terrores,  
No tiene protector á quien acuda;  
Abandonada, mísera y desnuda  
No espera mas socorro ni asistencias,  
Que el pecado y sus tristes consecuencias.

Así queda al instante degradada.  
¡A qué gloria tan alta y elevada  
Un Dios, que era su Padre verdadero,  
Y la sangre preciosa que el Cordero  
Con tanto amor la habia derramado,  
Su dignidad no habian levantado!  
¡Qué decorosa, qué divina alianza  
Su Dios con ella habia contratado!  
¡Y cuánto era sublime su esperanza!  
¡Por cuántos justos títulos podia  
Decir, que ella á su Dios pertenecía!  
Era Jesús su Salvador piadoso,

El Espiritu Santo era su Esposo,  
 Los meritos de un Dios crucificado,  
 Su tesoro infinito, ilimitado,  
 La daban un derecho á su clemencia,  
 Y el cielo finalmente era su herencia.

Pero ¡ó golpe violento del pecado!  
 Todo fué en un instante derribado,  
 Ya deshizo esos lazos gloriosos,  
 Ya ha borrado esos títulos preciosos,  
 Ningun don de la gracia ha reservado;  
 Y deja la pobre alma en un estado  
 Mas funesto, mas feo y corrompido,  
 Que la nada infeliz de que ha salido.

¡Y qué será, mi Dios, si hago memoria  
 De su pasado ser, su antigua gloria?  
 ¡De cómo en dulce paz beber solia  
 De las aguas que el cielo la vertia?  
 ¡Qué diferencia! Hoy llena de temores,

Víctimas es de gusanos roedores,  
 La razon la presenta su injusticia,  
 El corazon reprueba su malicia,  
 La conciencia con ansia infatigable  
 La hace una guerra viva é implacable;  
 Hasta la Religion la representa  
 La muerte, los rigores de la cuenta,  
 Y en la región obscura de los muertos  
 Los abismos eternos entreabiertos.

Si la fe no consuela, tiraniza;  
 Y luego que no alivia, martiriza;

Por eso se despiertan sus terrores,  
 Se agita con las ansias y temores.  
 El infeliz se mira en un abismo,  
 Y vuelve su furor contra sí mismo,  
 Sin saber lo que hace ó lo que quiere:  
 Ama al pecado, á veces le prefiere;  
 Pero otras le aborece y abomina:  
 Dejarle algunas veces imagina;  
 Pero otras mas corrido y arrastrado,  
 Se arrepiente de haberlo imaginado.  
 Con esta lucha á modo de un precito  
 Une la conversion con el delito,  
 Y muy dichoso de que triste sienta  
 El dolor que tan vivo le atormenta,  
 Pues la virtud no puede hallar asilo  
 En corazon infiel que está tranquilo.

La muerte temporal es justa pena  
 Con que á los hombres el Señor condena,  
 Por haber sus preceptos traspasado;  
 Así es hija la muerte del pecado.

De este padre infeliz tambien nacieron  
 Cuantas desgracias los mortales vieron:  
 Los males, los trabajos, los afanes,  
 Las muertes repentinas, los volcanes,  
 Y tanto otro suceso desgraciado,  
 Todos traen su origen del pecado.

Porque no hay que engañarse: él solo ha sido  
 El que el mal y el dolor ha producido.  
 El solo fué quien bárbaro y perverso,



Sumergió en un diluvio al universo.

Por él quemó la cólera del cielo

De Sodoma y Gomorra el triste suelo:

El inundó el desierto de serpientes,

Y á los hijos de Aaron tan delinquentes

En las entrañas de la tierra oculta,

Y en un momento súbita sepulta.

Pero dejando males tan distantes,

Todos los dias, todos los instantes

¿No padecemos males muy extraños?

¿Por qué causa sufrimos malos años?

¿Por qué se ve á la muerte con frecuencia

Arrebatat con súbita violencia

Sin distincion de edad á tantas gentes?

¿Por qué son estos casos tan frecuentes,

Sin que nadie por jóven ó por sano,

Esté seguro de su harpon tirano?

¿Y qué dirías, si posible fuera,

Que el hombre desde el mundo penetrara

Los secretos divinos, y que viera

Lo que á cada mortal se le prepara?

¿Si corriera un instante el velo obscuro,

Que esconde á nuestros ojos lo futuro?

¿Ay mi Dios! ¿qué desgracias se verían?

¿Cómo los pecadores temblarian,

Viendo la muerte triste y desdichada

Que por el cielo les está guardada?

Se veria al galan que se divierte,

Y que con tanta pompa y tanto aser

Asiste á la comedia, y va al paseo,

Que ya muy cerca de él está la muerte;

Que ya muy presto, y cuando piense ménos

Esos dias que pasa tan serenos,

Se van á convertir en amargura

Entre las manos de la muerte dura.

Se veria aquel mozo, que lozano

Gozando de salud tan floreciente,

Muy larga vida se promete ufano,

Que ya la muerte por detras urgente

Con su saña violenta y homicida

Le va á cortar el hilo de la vida;

Mas con golpe tan rígido le hiere,

Que ver no puede el golpe con que muere.

Se veria aquel otro, que tendido

En un lecho finesto de dolores,

Sus parientes y amigos los mejores

El peligro le tienen escondido,

Y que con falso amor, con el pretexto

De no turbarle su infelice calma,

Llegar le dejan á su fin funesto

Sin socorro ninguno para el alma,

Se veria aquel otro, que aterrado

Porque ve que la muerte le rodea,

Sus muchas culpas confesar desea;

Y llama un confesor apresurado;

Pero que por castigo Dios no quiere,

Que se halle el confesor que se buscaba,

O llegue ya cuando su vida acaba,

Y el infeliz sin confesion se muere.

Se verian, en fin, mil desdichados,  
Que inquietos, recelosos, desconfiados,  
Mirando de su vida los horrores,  
Llenos de espanto, llenos de terrores,  
Viendo que ya la muerte los detiene,  
Y que el terrible Juez tras ella viene,  
Se dicen con un misero gemido:  
No hay piedad para mí, ya estoy perdido:  
Con esta desconfianza, este despecho,  
Con todos sus delitos en el pecho  
Espiran, pues llegó la hora terrible;  
El cadáver parece sobre el lecho,  
Pero ya el alma se voló invisible,  
Y delante de Dios se ha presentado  
Con todos los horrores del pecado.

### PARTE SEGUNDA.

**E**sta es la muerte eterna, la tercera,  
La peor, y de todas la postrera,  
Término de los hombres espantoso,  
Y el castigo de Dios mas horroroso.  
La muerte eterna ¡ó Dios! ¡terrible abismo!  
¡Cómo el hombre, que ciego é ignorante  
La ha podido arriesgar un solo instante,  
Puede no horrorizarse de sí mismo?  
Ve aquí una alma infeliz ya condenada,  
Y de Dios para siempre separada.

Ya cayó en las tinieblas exteriores,  
Donde fuegos voraces é interiores  
Con ardor incesante la devoran;  
Sus tristes ojos ya muy tarde lloran  
Con pena estéril, con inútil llanto  
No haber vivido como vive un santo.  
Su suerte ya es eterna, irrevocable,  
Y tanto como Dios será inmutable;  
Víctima de la cólera del cielo,  
No tendrá un intervalo de consuelo,  
Ni la menor vislumbre de esperanza;  
Insaciable parece su venganza,  
Y lo será, pues vive aquel pecado;  
No hay medio de que sea perdonado,  
Pues que está pronunciada la sentencia;  
Y que ya se acabó la penitencia.  
Eternamente pedirá con gritos  
Que sean castigos sus delitos.  
¡O infeliz para siempre! ¡ó desdichado!  
¡O muerte eterna! ¡ó muerte en el pecado!  
¡Cuántos que ahora escuchan friamente  
Estas terribles, ásperas verdades,  
Hallarán, y quizá muy prontamente,  
Que para ellos han sido realidades?  
¡Cuántos que ahora viven descuidados,  
Estan á pronta muerte condenados,  
Y tal vez á una muerte repentina?  
Alguno habrá que no se lo imagina,  
Y que quizá con súbita violencia



Morirá sin dolor ni penitencia,  
 Sin recibir los santos sacramentos,  
 Ni volver hácia Dios sus pensamientos,  
 No obstante, ahora vive sósegado,  
 A sus placeres y á sus gustos dado,  
 Sigue el mundo, y sus falsas alegrías,  
 Sin acordarse de que en pocos dias  
 Yacerá yerto en una sepultura.  
 ¡Qué ceguedad! ¡ó Dios! ¡qué desventura!

Solo puede rastrearse la malicia  
 Del pecado mortal por la justicia  
 Severa con que Dios le ha castigado,  
 Y el Espíritu Santo ha revelado,  
 De sus víctimas tristes la primera  
 Fué un ángel orgulloso, que insensato  
 Rebelde á su Señor, le negó ingrato  
 Una obediencia dócil y sincera.  
 En el instante mismo Dios se enoja,  
 Y del cielo colérico le arroja,  
 Velez le precipita en el infierno,  
 Para que sufra allí tormento eterno;  
 De su venganza en justo testimonio  
 A un ángel le transforma en un demonio.  
 ¡O Dios! ¡cuánto me espanta este castigo,  
 Si el ángel vengo á comparar conmigo!  
 Solo una vez pecó de pensamiento,  
 Su culpa no duró mas que un momento;  
 Pero de largo tiempo mis pecados  
 Son enormes, son graves atentados.

El no tuvo lugar para la enmienda;  
 Pero á mí con porfia, con contienda  
 Dios me da tiempo, su piedad me excita,  
 La gracia me habla, mi conciencia grita;  
 Y yo siempre rebelde, siempre ingrato,  
 Nunca resuelvo, siempre la dilato.  
 Mas ¡ay! mi dilacion es otro abismo,  
 Peor mil veces que el pecado mismo.  
 ¡O Dios! ¡qué costaría á tu ternura  
 Perder á tan perfecta criatura,  
 Que salió de tus manos tan hermosa?  
 No obstante tu justicia rigurosa  
 En un momento la ha sacrificado:  
 ¡Qué no harás con el hombre que ha pecado?  
 La víctima segunda ha sido el hombre.  
 ¡Y quién puede pensar sin que se asombre,  
 Que Adán, que de la nada fué criado,  
 En peor que la nada fué mudado?  
 No bien pecó, cuando perdió la gracia,  
 Y se sintió desnudo y en desgracia,  
 Echado del paraíso, despojado  
 De todas sus ventajas, condenado  
 A penitencia novecientos años;  
 Sufre por fin la muerte con sus daños,  
 Y no solo el Señor airado extiende  
 Dar el castigo á Adán, sino lo extiende  
 A su posteridad con él unida,  
 Que del golpe fatal también fué herida.  
 Con él vinieron las calamidades

Que al mundo afligen, y en su seno encierra,  
 La hambre, la sed y las enfermedades,  
 Los disgustos, las pestes y la guerra,  
 Todos castigos son de un Dios airado,  
 Todos tristes efectos del pecado.

La víctima tercera y mas terrible  
 Son esos infinitos reprobados

Que en el infierno sufren despechados.

Te será su malicia mas visible,

Si contemplas sus penas, sus dolores,

Sus tormentos, sus rabias y furoros;

Esos abismos tristes y profundos,

Que son tan espantosos, tan inmundos;

Esas tinieblas lóbregas y oscuras

En que sufren sin fin almas impuras;

Ese fuego voraz cuyos ardores

Queman sin consumir los pecadores.

Si tu espíritu escucha sus gemidos,

Sus lamentables gritos y alaridos,

En tí mismo dirás: ¡Qué mal es este

Que así venga la cólera celeste?

Terrible debe ser, pues un Dios santo,

Que es tan piadoso, lo castiga tanto.

Pero olvidemos esto, si es posible,

Pues víctima verémos mas terrible

Sobre el altar; para esto es necesario

Volar con el espíritu al Calvario.

Es un Dios Salvador el que nos llama,

Un Dios que va á morir porque nos ama;

A los piés de su cruz somos testigos  
 De los sangrientos, rígidos castigos,  
 Que ejercita del cielo la violencia  
 No en el pecado, sino en su apariencia.

Mira el brazo de Dios, mírale armado,  
 Escucha la sentencia que le ha dado:

La víctima sangrienta en la cruz puesta

Morirá con la muerte mas funesta;

El Santo de los santos inocente

Sufra dolor, parezca delincuente;

Del Cordero la sangre inmaculada

Corra en la tierra, y déjela regada.

Ya corre, el buen Jesus gime, suspira,

Y en una cruz crucificado espira.

Un Dios debía ser sacrificado

Para lavar la mancha del pecado;

Pero ¡cómo, mi Dios, tu triste suerte,

Tu mucho oprobrio, tu terrible muerte,

No ablandan nuestros duros corazones?

Todo mostró sensibles aficciones:

El sol mismo eclipsó su luz brillante;

La tierra, aunque constante,

Con violentos extraños movimientos

Sentirá desquiciarse sus fundamentos;

Las peñas se abren de dolor en señas;

¡Y nosotros mas duros que las peñas

No tenemos horror para el pecado,

Que todos estos males ha causado?

¡O divino Jesus! yo me prosterno



A los piés de tu cruz, á mi amor tierno  
Basta mirar que en ella estás atado,  
Para saber lo vil que es el pecado.

Dame, Señor, un vivo sentimiento  
Para que lllore con dolor violento

Las culpas de mi pecho delincuente.

¿Quién le diera á mis ojos una fuente,

Para que de continuo las llorara!

¿Quién con su propia sangre las lavara!

¿Quién con tanto terror verlas pudiera,

Que no solo temblando las huyera,

Sino huyera tambien las ocasiones!

¿Quién sintiera tan vivas aversiones

Como las ansias que el cordero siente,

Cuando seguirle quiere una serpiente!

¿Quién con un corazon agradecido

Diera gracias á Dios, de no haber sido

Arrebatado, hallándose en pecado!

Pues si yo hubiera sido arrebatado

Con una pronta y presurosa muerte,

¿Cuál sería, mi Dios, mi triste suerte!

Que yo mire con ansia condolida

A todos los que veo en esta vida

En sus culpas estar indiferentes,

Quizá son mis amigos y parientes;

Y si yo viera que á mis piés caían,

Que en un instante rápidos morían,

¿No viera con dolor este quebranto?

¿Podiera detener mi amargo llanto?

Y la muerte del alma irrevocable  
No es mil veces mas triste y deplorable?

Presérvame, mi Dios, de toda culpa;

Nada puede servirme de disculpa,

Y es la única desgracia que recelo;

Mas si peco á pesar de mi desvelo,

Castígame, Señor, acá en la tierra,

Quema, destruye, en fin, hazme la guerra

Para darme perdon en la otra vida;

Te pido como gracia encarecida

Que si debo caer en el pecado,

Me saques de este mundo apresurado,

Antes que me suceda esta desgracia:

Yo no quiero vivir mas que en tu gracia,

Y prefiero la mas penosa muerte

Al horrible delito de ofenderte.

## POEMA XII.

## LOS PECADOS VENIALES.

## PARTE PRIMERA.

**H**OMBRE fragil! ¿por qué te sobresaltas,  
Si te sorprendes en ligeras faltas?  
¿Por qué caes en tanto desaliento?

No pierdas el valor, recobra aliento,  
Y léjos de tener desconfianza,  
Redobla de fervor y de esperanza.

Nadie porque es virtuoso, es impecable,  
El hombre es siempre barro deleznable:

El justo siete veces cae al día;

Es verdad que no siempre se desvia,

Son caídas ligeras y sin susto;

Si fueran graves no seria justo:

Faltas tan leves, y tan impensadas,

Que no pudieron ser reflexionadas,

Fragilidades son, inadvertencias,

De la humana flaqueza descendencias,

De estas faltas hacia hasta San Pablo:

Todos las hacen, así de ellas no hablo;

Pero hay otras que ménos necesarias

Pesan mas, porque son mas voluntarias,

En que la reflexion tiene mas parte,

Y de que el celo puede libertarte.

Si, por ejemplo, sin razon te agitas,

Si te inquietas, y rápido te irritas;

Si en las del mundo variás ocurrencias

Tienes vivacidades é impaciencias;

Si te dejas llevar de vanidades,

De ligerezas y curiosidades;

Si te alhagan las vanas distracciones,

Si te das demasiado á diversiones,

Si el tiempo en cosas fútiles empleas,

Si á tus prójimos burlas y chanceas

De manera que puedas contristarlos,

Si no corres veloz á consolarlos;

Si opones á la gracia resistencia,

Cuando te suele hablar en la conciencia,

Y otras de este tenor que aquí comprendo;

Ve aquí las faltas de que hablar pretendo.

Estas faltas no son mas que veniales;

Mas pues pecados son, créelos fatales,

Y debes enmendarlos y afligirte,

Mas no desalentarte y abatirte;

Esto fuera añadir males á males,

Y juntar con las faltas otras tales.

Si caes á pesar de tu cuidado,

Humíllate al Señor, y resignado

Reconoce la pérfida flaqueza

De esta humana infeliz naturaleza;

Levanta el corazon para llorarla,

Y pide á Dios la gracia de enmendarla.

Pero no extrañes que una vil materia

Hecha de lodo, y llena de miseria,

Otras nuevas miserias alimente;

Y si tu falta no es mas delincuente,

Si no es mucho mayor, no tengas duda

De que es porque el Señor está en tu ayuda.

Mas no lo haces así; te ves sujeto

A repetidas faltas, y tú inquieto

Te turbas, desalientas y te abates.

No te atreves á entrar en los combates;

Desconfías de Dios, tanto te astutas,



Que casi de la vida te disgustas,  
 Te imaginas estar en mal estado,  
 Y piensas que á pesar de tu cuidado  
 No podrás evitar tanto defecto,  
 Que jamas llegarás á ser perfecto,  
 Y otras tales ideas te socabas,  
 Que hasta que dejas la virtud no acabas.  
 Te figuras que Dios está ofendido  
 Por la frívola culpa en que has caído;  
 A ponerte á su vista no te atreves,  
 Y si te pones, porque hacerlo debes,  
 Es con pena, rubor, desconfianza,  
 Y tu oracion por fin hasta él no alcanza;  
 Así por faltas leves y ligeras  
 Tanto te inquietas, tanto te exasperas,  
 Que arrastrado por fútiles terrores,  
 Caes en otras muchas y mayores.  
 A los ojos de Dios, ¿qué será esto?  
 Tal vez vivo pesar, dolor modesto,  
 Pena real, humillacion sincera;  
 Pero tal vez tambien cólera fiera  
 Del orgullo feroz, que así se aflige,  
 O ilusion del demonio que la rige.  
 El remedio es peor que ha sido el daño,  
 Pues añade al mal propio un mal extraño;  
 Nuevo veneno que á la llaga viene,  
 Que no deja cerrarla, y la mantiene.  
 Es como aquel herido que envasado  
 Tanto mira la herida que le han dado,

Tanto la considera y se la toca,  
 Que él mismo á mas dolores la provoca;  
 O como aquel que siendo derribado,  
 No le viene á la idea levantarse,  
 Y en vez de hacer esfuerzo para alzarse,  
 Examina el lugar con mucha pausa,  
 Y se ocupa en saber cuál fué la causa.  
 Yo la digo, ¿qué sirve? ¿qué te importa  
 Quedarte tan atónita y absorta?  
 Levántate, prosigue tu camino,  
 Conserva tu razon, guarda tu tino,  
 Porque la agitacion que te atormenta,  
 No te arrastre á caída mas violenta.  
 Lo mismo digo al que se sobresalta.  
 Porque frágil cayó en ligera falta:  
 Humíllate, es razon, pues has caído.  
 Es natural te muestres afligido,  
 Pues fuiste débil. ¿Pero qué adelantas,  
 Si al instante tambien no te levantas?  
 ¿Si con esfuerzo noble y vigoroso  
 A tu Dios no te vuelves fervoroso?  
 Esta vuelta humillada y reverente  
 Encontrará quizá mas fácilmente  
 El perdon y la paz, que no esa vana  
 Afliccion, que tal vez es toda humana.  
 La desconfianza con el desaliento  
 No produce dolor, sí abatimiento;  
 Y cuando injusta al corazon asalta,  
 Es mas culpada que la misma falta;

Porque el hombre, que así pierde su tino,  
Muestra su propio amor mas que el divino.

La confianza dulce y amorosa,  
Que en la bondad de Dios solo reposa:

La esperanza que pronto se resuelve,  
Y que sin diferir, á Dios se vuelve;

Muchas veces podrán glorificarle  
Mas que la falta pudo disgustarle;

Porque en la falta ha habido inadvertencia,  
Sorpresa, error, ó falta de prudencia;

Pero la vuelta es clara y despejada,  
Por toda la razon aconsejada,

Y es de la libertad obra sincera  
Con llena voluntad, con alma entera.

Toma consejo: un santo nos decia,  
De lo que enseña la experiencia mia:

Siempre que como flaco ó sorprendido,  
Sientas que en una falta ya has caido,

Sea la que fuere, no te arrojes  
Al instante al terror, no te congojes

De manera, que tu alma quede oscura  
En manos del pesar y la amargura.

No te detengas con los ojos fijos  
En exámenes vanos y prolijos,

Sino al instante reconoce y siente,  
Que eres un miserable delincuente:

Gime con humildad de tu flaqueza,  
Vuélvete dolorido y con ternera

A implorar á tu Dios, santo y eterno,

Como un hijo se vuelve á un padre tierno,  
Y dile con amor: ¡O Padre mio!

Ve aquí otra culpa, nuevo desvario.  
Caí como tan vil y miserable.

¡Cómo un hombre tan débil, tan instable  
No caerá, Señor, á cada paso?

¡Qué pudiste esperar de un frágil vaso  
De corrupcion? ¡Y tan ruin materia

¡Qué puede producir sino miseria?  
¡Cuánto sin tus socorros y favores

Mis delitos, Señor, fueran mayores!  
Pues si me vieras con airado ceño,

Lo que caida fué, fuera despeño.  
Yo te doy gracias porque me conservas,

Porque de tantas culpas me preservas,  
Y postrado á tus piés perdon te pido

De las muchas que infiel he cometido;  
Pero imploro de nuevo tu asistencia:

De mi parte pondré mas diligencia  
Desde hoy en adelante á no ofenderte,

Y este será mi afan hasta la muerte.

### PARTE SEGUNDA.

**E**L que esto hiciere, deje de inquietarse:  
Piense con nuevo ardor en alentarse;  
No tema que su Dios no le perdone;  
Tema ménos que nunca le abandone,  
Y siga su camino comenzado.



Como quien nunca se ha descaminado,  
 Si cayeres cien veces cada día,  
 (No lo permita el cielo) con pórfa  
 Otras cien veces á tu Dios implora,  
 Lloro tu culpa, tu flaqueza llora,  
 Pero con nuevo ardor y confianza  
 Levanta el corazón á la esperanza,  
 Y sabe que si en tu alma no hay desmayo,  
 Y sigues con teson, celeste rayo  
 Vendrá á guiarte en tu camino incierto,  
 Y te conducirá feliz al puerto.  
 Con conducta tan firme y tan segura  
 Honras de Dios la paternal dulzura,  
 Mostrándole una idea muy grandiosa  
 De su grandeza misericordiosa:  
 Haces triunfar la fuerza de su gracia,  
 Pues fiado en su fuerza y eficacia,  
 A pesar de que vil te consideras,  
 Puede hacerte muy otro del que eras.  
 Manifiesta su sabia providencia,  
 Que convierte con próbida clemencia  
 El tósigo fatal en tu remedio,  
 Y hace que á tu virtud sirva de medio;  
 Pues puede hacer tambien que esas caidas,  
 Que te causan angustias tan sentidas,  
 Aumenten tu fervor y tu desvelo  
 Para elevarte de la tierra al cielo.  
 ¡ Bondad de Dios! ¡ paciencia inagotable!  
 ¡ Cuánto eres infinita y adorable!

Nuestra flaqueza misma es el cimiento  
 Sobre que haces alzar el monumento,  
 Que celebra del hombre la victoria,  
 Su eterna dicha, y tu divina gloria.

No es decir que no sea necesario  
 Trabajar con afan extraordinario:  
 A evitar toda falta la mas leve  
 Con vigilancia el hombre hacerlo debe;  
 El temor del Señor debe obligarlo,  
 Y su amor mucho mas sabe inspirarlo.  
 Seria una ilusion la mas grosera,  
 O ceguedad entera  
 Pensar, que un hombre con su propias manos  
 Se puede heridas dar sin imprudencia,  
 Porque sabe que hay muchos cirujanos  
 Que pudieran curarle con su ciencia;  
 O buscar de una fiebre la violencia,  
 Sufriendo el riesgo, y soportando el tedio,  
 Porque se la conoce un buen remedio.

Esto fuera insensato: no hay disculpa  
 Para aquel que evitar puede la culpa;  
 Mas si ya por desgracia es cometida,  
 ¡ Qué puede hacer el alma combatida  
 Por su fragilidad y su flaqueza,  
 Sino ocurrir á Dios con su tristeza,  
 Pedirle que remedie su dislate,  
 Prepararse otra vez para el combate,  
 Y esperar que su brazo en la batalla  
 La fuerza le dará que en sí no halla?



Así pues de sus faltas la experiencia  
 Excitará la luz de su prudencia:  
 Le enseñará á temerse, á no fiarse,  
 En su Dios solamente asegurarse,  
 Y añadirá el ardor de su constancia  
 A la humilde oracion y vigilancia.

Ve aquí los dos pilares en que estriba  
 La esperanza cristiana cuando es viva:  
 Velar y orar, y el hombre gemir debe  
 Por lavar una culpa, aunque muy leve.

Lo debe por afecto agradecido  
 Al Padre celestial que le ha sufrido,  
 Y que con su bondad tan indulgente  
 Le admite á su servicio nuevamente.

Lo debe, porque expie su conciencia  
 Con la amargura de la penitencia,  
 Tanto la seduccion que le ha inducido,  
 Como el mal que haber puede producido.

Lo debe en prueba de su ardor constante,  
 Pues sin este cuidado vigilante,  
 Se expone á otras caidas peligrosas,  
 Que serian tal vez mas vergonzosas.

Lo debe por mostrar el vivo celo  
 Con que aspira á avanzarse para el cielo,  
 Y desquitar el tiempo malogrado  
 Que injusto en esas faltas ha empleado.

En fin lo debe, porque con presteza  
 Se ponga su alma en el feliz estado  
 De corregir su yerro ó su flaqueza;

De servir á su Dios, glorificarle,  
 Y aquella misma falta repararle.

Anda pues, alma triste y penitente,  
 Avanza tu camino diligente,  
 Y con esfuerzo tu carrera sigue;  
 Si cayeres, levántate, y prosigue,  
 Creyendo que tu Dios te ve propicio;  
 Empieza á la virtud nuevo edificio,  
 Y lo que hagan alzar tus afficciones,  
 Mas sólido lo harán tus precauciones.

Piensa que sin la falta en que has caido,  
 Tu miseria no hubieras conocido,  
 No supieras quizá tu insuficiencia;  
 Mas de tus propias faltas la experiencia  
 Te hace tener de tí desconfianza,  
 Y poner en Dios solo tu esperanza.

Puedes decir lo que la Iglesia dice,  
 Que á la culpa de Adán llama felice:  
 Toda culpa en sí misma es detestable,  
 Porque á la gloria del Señor se opone,  
 Y que en el hombre mucho mal supone  
 Pero en cierto sentido es saludable,  
 Por la luz que en los hombres introduce,  
 Y los frutos de gracia que produce.

Porque la culpa en fin lugar no tenga,  
 Es preciso que el hombre se prevenga  
 Con cuantas armas tiene en el combate,  
 Que á todo riesgo de evitarla trate,  
 Y que trabaje con cuidado exacto



Para salir de la batalla intacto.

Mas si á pesar del ánimo que trae,

Su vacilante pié resbala y cae,

De este mal no está entónces el remedio

Ni en la desconfianza, ni en el tedio:

Ménos en el despecho y el despique;

Y solo puede estar en que se aplique

El que tan infeliz ha resbalado,

A poner en su marcha mas cuidado.

Dios no le pide mas, ni el hombre tiene,

Cuando á pecar por su desdicha viene,

Otro medio que calme su conciencia,

Que una triste y sincera penitencia.

Otro medio cualquiera es importuno,

Pues sin este remedio no hay ninguno

Que al perdon no le cierre toda puerta,

O á la gracia de Dios la deje abierta.

Cuidado pues, cristiano, que no faltes;

Mas si caiste, no te sobresaltes:

Humíllate á tu Dios, la falta llora,

Abomina tu error, perdon implora,

Y conociendo tu infeliz flaqueza,

Redobla de fervor y de firmeza.

Las faltas pueden serte provechosas,

Si te quitan ideas presuntuosas,

Que del orgullo la altívez complacen;

Y si á tu propio amor conocer hacen,

Que es menester para que no te fuerzas,

Que desconfies de tus propias fuerzas.

No pretendas tus faltas ocultarte;

Este es del amor propio, traidor arte,

Pero falsa ilusion y oculto engaño,

Que en vez de disminuir aumenta el daño.

Gime de buena fe, no te impacientes,

Que esto es despique: no te desalientes,

Que seria flaqueza; mas tranquilo

Recorre humilde á Dios, tu único asilo,

Y sabe que esta falta es á sus ojos

Ménos mal, le da menos enojos,

Que una virtud soberbia y ostentosa,

Que de sí satisfecha y orgullosa,

O cria al propio amor ó le fomenta,

Y su orgullo sostiene y alimenta.

POEMA XIII.

**LAS AGITACIONES DEL  
PECADOR.**

**PARTE PRIMERA.**

¡Qué infeliz es el hombre, que arrastrado

Por la pasión que astuta le combate,

Después de disputar, al fin se abate,

Y cae miserable en el pecado!

Al instante, cual sierpe voladora,

Que derrama mortífero veneno,

Para salir de la batalla intacto.

Mas si á pesar del ánimo que trae,

Su vacilante pié resbala y cae,

De este mal no está entónces el remedio

Ni en la desconfianza, ni en el tedio:

Ménos en el despecho y el despique;

Y solo puede estar en que se aplique

El que tan infeliz ha resbalado,

A poner en su marcha mas cuidado.

Dios no le pide mas, ni el hombre tiene,

Cuando á pecar por su desdicha viene,

Otro medio que calme su conciencia,

Que una triste y sincera penitencia.

Otro medio cualquiera es importuno,

Pues sin este remedio no hay ninguno

Que al perdon no le cierre toda puerta,

O á la gracia de Dios la deje abierta.

Cuidado pues, cristiano, que no faltes;

Mas si caiste, no te sobresaltes:

Humíllate á tu Dios, la falta llora,

Abomina tu error, perdon implora,

Y conociendo tu infeliz flaqueza,

Redobla de fervor y de firmeza.

Las faltas pueden serte provechosas,

Si te quitan ideas presuntuosas,

Que del orgullo la altívez complacen;

Y si á tu propio amor conocer hacen,

Que es menester para que no te fuerzas,

Que desconfies de tus propias fuerzas.

No pretendas tus faltas ocultarte;

Este es del amor propio, traidor arte,

Pero falsa ilusion y oculto engaño,

Que en vez de disminuir aumenta el daño.

Gime de buena fe, no te impacientes,

Que esto es despique: no te desalientes,

Que seria flaqueza; mas tranquilo

Recorre humilde á Dios, tu único asilo,

Y sabe que esta falta es á sus ojos

Ménos mal, le da menos enojos,

Que una virtud soberbia y ostentosa,

Que de sí satisfecha y orgullosa,

O cria al propio amor ó le fomenta,

Y su orgullo sostiene y alimenta.

POEMA XIII.

**LAS AGITACIONES DEL  
PECADOR.**

**PARTE PRIMERA.**

¡Qué infeliz es el hombre, que arrastrado

Por la pasión que astuta le combate,

Después de disputar, al fin se abate,

Y cae miserable en el pecado!

Al instante, cual sierpe voladora,

Que derrama mortífero veneno,



La inquietud entra rápida en su seno,  
Y de muchas maneras le devora.  
No hay agudo puñal, tósigo activo,  
Que le lastimen con dolor tan vivo.

La turbacion de su alma se apodera,  
Le agita, le atormenta y exaspera;  
El cruel remordimiento le destruye,  
El terror le persigue, y la paz huye.

Así nunca tranquilo, siempre en susto,  
Solo vive en la pena y el disgusto.

¡O cielo! ¡qué tormento tan violento!  
Mas ¡cuánto es saludable este tormento!

¡Dios de piedad! para lograr mi enmienda,  
Alúmbreme tu luz, y yo comprenda  
El destino infeliz y atormentado  
Del hombre que se encuentra en este estado,  
Para que mi conciencia siempre pura  
No se exponga jamás á esta amargura.

Desde que el alma las virtudes deja,  
Y que veloz la gracia se le aleja,  
La paz huye con ella presurosa;  
La turbacion entónces tumultuosa  
Ocupa su lugar, destierra el órden,  
Y hace que reine un bárbaro desórden.  
Las espesas tinieblas abultadas,  
Que sobre Egipto fueron derramadas,  
Son la imágen que exacta representa  
Una conciencia ciega y turbulenta.  
Ideas negras, pensamientos varios,

Todos oscuros, y entre sí contrarios:  
Reflexiones opuestas y distantes,  
Pero todas amargas y punzantes  
Se suceden; una y otra se destierra,  
Y todas entre sí se hacen la guerra.  
La vista del pecado en que ha caído,  
La gracia que tan misero ha perdido,  
La gran dificultad, y la violencia  
De recobrarla con la penitencia,  
Con continua porfia le combaten  
Y de ordinario su valor abaten.

Del mar las olas recias y encrespadas  
Mas furiosas no estan, mas agitadas.  
En vano quiere, por hallar un gozo,  
Entregarse al placer y al alborozo,  
Pues los mismos paseos y funciones,  
Los pasatiempos y las diversiones  
Quizá por un momento le alborotan,  
Y al dardo del dolor la punta embotan;  
Pero muy presto nuevas reflexiones  
En tumulto le asaltan, y sentidas  
Hacen mas penetrantes las heridas.

El pecador metido en un abismo,  
Forzado á verse dentro de sí mismo,  
Y otra vez nuevamente consternado  
Con mas vivo dolor, está obligado,  
A pesar del placer que se procura,  
A beber aquel cáliz de amargura.  
Desde entónces la paz, la paz amable

Se ausenta de su pecho miserable ;  
 Toda paz interior desaparece,  
 Y este estado mas duro le parece,  
 Porque miéntras en paz con Dios vivia,  
 Su dulzura gustaba, y la sentia.  
 Pero á la vista de su horrible culpa,  
 Todo le asusta, nada le disculpa ;  
 Se disipa esta blanda y dulce calma,  
 Esta feliz tranquilidad del alma,  
 Superior al placer de los sentidos,  
 Mira como eclipsados y perdidos  
 Estos momentos tiernos y apacibles  
 En que á su corazon fueron sensibles  
 Los gustos celestiales, los ardores  
 Que parecen del cielo precursores.  
 De tanta dicha al pecador no queda  
 Nada que su dolor aliviar pueda ;  
 Y si se acuerda que los ha tenido,  
 Se affige mas de que los ha perdido.  
 ¡ Cuántas veces, ¡ ó Dios! he sido ejemplo  
 De la triste verdad que ahora contemplo ?  
 Y cuantas veces mi conciencia inquieta  
 Ha podido decir con el Profeta :  
 ¡ Por qué causa estas triste, ó alma mia ?  
 Pero ¡ ay de mí ! pues que saber debia,  
 Que la causa infeliz de mis tristezas  
 Es mi infidelidad, son mis flaquezas,  
 Y el horrible continuo desacato  
 Con que por un placer te he sido ingrato.

¡ Qué mortal, si atrevido te resistes,  
 No ha de ser infeliz ? ¡ no ha de estar triste ?  
 ¡ Que insensato, si osado te disgusta,  
 No se llena de espanto, no se asusta !  
 ¡ Qué conciencia, si se halla delincuente,  
 Puede gozar la paz de la inocente ?  
 Lleva el pecado en su interior malicia  
 Una ponzoña que los gustos vicia :  
 Un dardo que con tristes caracteres  
 Turba el reposo, amarga los placeres ;  
 Y una conciencia que se ve turbada,  
 ¡ Cómo no estará triste y congojada ?  
 A su inquieto y turbado movimiento  
 Sigue luego el voraz remordimiento.  
 No hay situacion, no hay fuerza, no hay abrigo  
 Que le pueda librar de este castigo.  
 El primer pensamiento que le asalta,  
 Le turba, le consterna y sobresalta.  
 La primera congoja de su pecho  
 Es decir : ¡ Infeliz ! ¡ qué es lo que has hecho ?  
 Tú has faltado á tu Dios, le has ofendido :  
 Su gracia, su amistad loco has perdido :  
 Tú has manchado tu misera conciencia :  
 Abandonaste la celeste herencia,  
 Y por el gozo vil de un bien instable  
 Has perdido la gloria perdurable.  
 ¡ O infeliz ! se repite su despecho,  
 ¡ O infeliz pecador ! ¡ qué es lo que has hecho ?  
 Antes de que el pecado se cometa,



Y á su flaqueza el hombre se someta,  
 La pasión que le anima y que lo halaga,  
 De tal manera su razón embriaga,  
 Que no ve nada, nada reflexiona,  
 Y á su placer incauto se abandona;  
 Pero al instante que su amor contenta,  
 Y que el deseo ya no le atormenta,  
 Sus ardores empiezan á entibiarse,  
 Su turbada razón á despejarse:  
 Se llena de terror, entra en sí mismo,  
 Ve que ha caído en el terrible abismo,  
 Y distingue el horror de su pecado;  
 Entonces dolorido y consternado  
 Oye la voz del arrepentimiento,  
 Que produce el feroz remordimiento;  
 Se acuerda de la paz en que vivía,  
 Cuando con tierno amor á Dios servía;  
 De las gentes virtuosas que trataba,  
 Con cuyo trato amable se alegraba,  
 Y cuya vista ahora le es funesta;  
 De la solemnidad de aquella fiesta,  
 En que los sacramentos recibía,  
 Y de que ahora indigno se desvía;  
 De la imagen de un Dios crucificado,  
 A cuyos pies humilde ha derramado  
 Su corazón, que en lágrimas vertía:  
 Y de todo esto forma su conciencia  
 Un lenguaje, que le habla con violencia,  
 Porque la gracia quiere persuadirlo;

Y si le habla contra él, es por servirlo.  
 Tú nos dijiste, Salvador, que un día  
 Nuestro pecado se levantaría  
 Contra nosotros mismos, porque osado  
 Contra tu santa ley se ha levantado;  
 Que él sería la espada, que afilada  
 Dejaría nuestra alma traspasada.  
 ¡Infeliz! ¡qué fatal deslumbramiento!  
 Comprar tan caro un arrepentimiento!  
 ¡Qué estado el de una alma que se pierde,  
 Y á quien su propio corazón remuerde!  
 ¡Qué la divina cólera amenaza,  
 Y que él mismo se rompe y despedaza!

#### PARTE SEGUNDA.

**P**ERO no para aquí su desventura,  
 Reservada le está suerte mas dura;  
 Pues fuera del tormento que le oprime,  
 De tantas inquietudes con que gime,  
 Del llanto amargo con que triste llora,  
 Y del despecho con que se devora,  
 Su terror crece cuando considera  
 El porvenir funesto que le espera.  
 ¡Cuánto debe crecer su infeliz ansia,  
 Mirando de este mundo la inconstancia!  
 Y ¡cuánto conturbado se consterna  
 Pensando en la otra vida, vida eterna  
 De dolores sin fin y sin medida,

Que el cielo ya le tiene prevenida!

Yo he pecado, se dice, y me estremezco:

Un infierno sin término merezco.

¡Cuál fuera, santo Dios, mi infeliz suerte

Si me asaltara rápida la muerte!

Mas la vida es incierta y vacilante,

Y yo puedo morir á cada iustante:

Hoy me amanece un dia placentero,

Y tal vez de mi vida es el postrero.

¡Y qué fuera de mí, si arrebatado

Por un mal impensado,

O por otro accidente mas funesto,

Me cogiera la muerte mal dispuesto?

No son tan raros estos accidentes,

Y en el dia se miran muy frecuentes.

¡Cuántos yo mismo he visto y conocido,

Que de la muerte víctimas han sido,

Sin poderlo advertir, sin disponerse,

Y casi sin poder reconocerse?

¡Y por qué causa Dios puso á mi vista

Tanta muerte imprevista,

Sino para advertirme que mirara

Que una muerte impensada no es tan rara,

Y viendo cuánto el riesgo es inminente,

En la cabeza de otros escarmiente?

¡Cuántas veces me he visto conturbado?

El tiempo y la pasion me han disipado;

Pero el peligro dura, y es el mismo,

No se ha cerrado el infernal abismo,

La vida se consume, el gusto insiste,

Y siempre viva la amenaza existe.

Así se ve cumplir exactamente

Lo que predijo Dios al delincuente,

Cuando con voz severa le decia:

Tú temblarás desde la noche al dia.

La mañana dirás: ¿Quién me asegura,

Que esta noche tambien mi vida dura?

Y por la noche tu inquietud tirana

Dirá: ¿Quién te asegura hasta mañana?

¡O formidable horror de la conciencia!

¡Hasta donde no llega tu influencia!

¿Quién no escucha tus gritos pavorosos?

En los palacios ricos y suntuosos,

En los tronos excelsos de los reyes,

En los pechos de aquellos que dan leyes,

En los grandes lugares tumultuosos,

En el pobre confin de las cabañas,

Y hasta en la soledad de las campañas

Todos oyen tus gritos vengadores,

Primer tormento de los pecadores.

¡O Dios! ¿qué horrible pena! ¿qué disgusto

Es vivir siempre en tan terrible susto

Con riesgo tan posible é inminente,

Y deberse decir continuamente:

Si muero en el estado en que me veo,

¡Desdichado de mí, pues que soy reo;

Pues esclavo infeliz de mi pecado

Seré al instante mismo condenado!



¿Quién puede soportar tal pensamiento?  
 ¿Qué estado, santo Dios, y qué tormento!

Pero este es un tormento saludable:

La desgracia sería irreparable,

Si el enfermo en su mal fuera insensible.

Después de haber pecado, no es posible

Encontrar mayor bien, mas importante

Que este remordimiento devorante.

El inquieto interior deshaciimiento,

La pavorosa luz del escarmiento,

Y perturbada agitacion activa

Son señal de que el alma aun está viva.

Mientras nos dura de la vida el curso,

Del pecador que yace en triste suerte,

Es el postrero y el mejor recurso,

Paso primero del que se convierte,

Que ya empieza á alejarle de la muerte,

Y cuanto mas su corazon consterna,

Le acerca mas á la salud eterna.

Cuanto mas el terror es espantoso,

Y mas pierde el delito su reposo,

Mas produce felices conversiones;

Ménos sujeto está á las ilusiones,

No cabe en él engaño: su destino

Es sin error llevarnos al camino.

En fin, el bien mas alto, mas sublime,

Y digno de que el alma mas le estime,

Son estas inquietudes y tormentos.

No son mas que divinos llamamientos,

Luces que el cielo al pecador envia,

Para ponerle en la derecha via:

Son gracias con que Dios le favorece,

Y el Cordero sin mancha le merece;

Pues Jesucristo, Dios crucificado,

Con su muerte y pasion las ha alcanzado.

Entra pues al instante en tu conciencia:

Examínala bien, y con paciencia

Registra los rincones de tu pecho.

Mira bien lo que piensas, lo que has hecho;

Observa tu intencion, lo que deseas;

Cómo tu tiempo y tu cuidado empleas;

Si cumples tu deber con eficacia,

Y si puedes estar de Dios en gracia;

Si así lo esperas, si te encuentras quieto,

Si á la ley de tu Dios siempre sujeto

Te hallas con la conciencia sosegada,

Y por mas que la estudias, no ves nada

Que con razon pudiera conturbarte,

Nada esencial que pueda baldonarte,

Levanta el corazon, al cielo asciende,

Da gracias al Señor, de quien descende

Bien tan inmenso al hombre miserable,

Y que sostiene un barro deleznable;

Pero con nuevo ardor, nuevo cuidado

Procura conservar tan dulce estado,

Y que nunca el pecado ni su imagen

Tan divino placer en tu pecho ajénen

Si te inspira inquietud, si tienes duda,

Que tu razon al punto la sacuda :  
 No pares hasta instruirte y enterarte ;  
 Procura de esta espina libertarte ,  
 Y salir de un estado que indolente  
 Pudiera transformarte en delincuente.  
 Pero si tu conciencia tenébroza  
 Te presenta una sombra de pecado ;  
 Si te dice su voz que estás culpado ,  
 Que no se pare un punto , y presurosa  
 Corra á buscar remedio á mal tan grave.  
 Busca un ministro que tu mancha lave ,  
 Y que en nombre de Dios tu culpa entienda ;  
 Tu humilde labio le prometa enmienda ;  
 Que te perdone , que su luz te auxilie ,  
 Y con tu Dios tu alma reconcilie.  
 Entonces , perdonado aquel exceso ,  
 Lograrás descargar su enorme peso ,  
 Y dejará lavada tu conciencia  
 El agua amarga de la penitencia.  
 ¡ Dios eterno ! ¡ Dios santo ! no permitas  
 Por tus misericordias infinitas ,  
 Que sufran otra vez las ansias mias  
 Las funestas mortales agonias ,  
 Las penas , las congojas y temores ,  
 Las duras inquietudes y terrores ;  
 Y por fin el tormento y la amargura  
 Que sufre siempre la conciencia impura.  
 Pero , piadoso Dios , si por desgracia  
 Yo perdiera infeliz tu santa gracia ,

Si cayera otra vez en el pecado ,  
 Te pido Dios amado ,  
 Que léjos de calmar mis turbaciones ,  
 Aumentes mi dolor y agitaciones ,  
 Porque no caiga en la desgracia horrible  
 De ser á mis desdichas insensible ,  
 De estar con falsa paz que no remuerde ,  
 Que dulce lisonjea , y al fin pierde .

Mientras tú con latidos me amenazas ,  
 Y con dolor á mi alma despedazas ,  
 Entiendo que me dices con tus gritos ,  
 Que yo expiar procure mis delitos ,  
 Que tienes suspendida la venganza ,  
 Y que abres una puerta á la esperanza ;  
 Pues cuando el pecador está en reposo ,  
 Y que tú te mantienes silencioso ,  
 Este silencio es prueba muy sensible  
 De que tu indignacion es ya terrible ,  
 Que el dia de la cólera se acerca ,  
 Y su última desgracia ya está cerca .

¡ Hablame pues , Señor : tu siervo escucha ;  
 Haz que sea voraz mi interna lucha ,  
 Que mas no se alucine mi conciencia ,  
 Y que busque la austera penitencia .  
 Oye la voz de mi doliente llanto ,  
 Abre mi corazon á tu amor santo ;  
 Que no tenga otro ardor , otro deseo ,  
 Y sea de mi vida único empleo .



## POEMA XIV.

LAS AFLICCIONES DEL  
JUSTO.

## PARTE PRIMERA.

**N**o solo Dios al pecador affige,  
Y con penas ligeras le corrige,  
Alumbrando el error que lo extravia;  
Tambien al inocente las envia,  
Y el justo si el amargo cáliz bebe,  
Gana con ellas, y alabarle debe.  
Muéstrame ; **O** Dios! los bienes escondidos,  
Que el justo sabe hallar en la aspereza,  
Que es tan contraria á la naturaleza,  
Y es superior á todos los sentido.

Dios prueba al justo con las aflicciones.  
A Job lo puso en muladar inmundo,  
Quitándole los bienes de este mundo,  
Y lo llenó de injurias y baldones:  
A nuestro padre Abraham le manda fuerte  
Al hijo que queria, dar la muerte:  
A Tobías tambien quita la vista,  
Y tantos otros justos cuya lista

## LAS AFLICCIONES DEL JUSTO. 169

Seria dilatada ; pero á todos  
Los ha probado Dios por varios modos.

Nosotros protestamos fervorosos  
A nuestro Dios con ánimo sincero,  
Que á pesar de tormentos rigurosos  
Queremos darle el corazon entero.  
Le decimos con ansias encendidas,  
Que perdiéramos ántes muchas vidas  
Que hacer nada que pueda disgustarle ;  
Que el mundo, que el dolor y triste suerte,  
En fin que ni el infierno ni la muerte  
No podrán de nuestra alma separarle.

Sin duda que á tu Dios, si así le hablas,  
Llegan con el incienso tus palabras,  
Y las presta un oido favorable ;  
Mas no basta que el labio fácil hable,  
Es menester que fieles los afectos  
Junten con las palabras los efectos :  
Una prueba te pide su clemencia,  
Y no hay prueba mejor que la paciencia.

No es porque Dios, hablando propiamente,  
Para sí de esta prueba necesite,  
Pues que ve el corazon, mira la mente ;  
Pero quiere que el justo se ejercite,  
Que registre en el fondo de su abismo,  
Y se conozca dentro de sí mismo.

¿ Cuántas veces al hombre alumbrado  
Su propio corazon tiene engañado ?  
David, distante de las ocasiones,

Asegura, que su alma no flaquea ;  
 Mas viene la ocasion, y en las pasiones,  
 Con que violento su placer le atrae,  
 No solo vacilante titubea,  
 Sino tambien precipitado cae.

Si fuera menester morir contigo,  
 Decia Pedro á su mejor Amigo,  
 Yo no te dejaré ; y una criada,  
 Muger comun y distinguida en nada,  
 Con una sola voz le desconfia,  
 Y le induce á una horrible alevosía.

¡ Cuántos justos se creen asegurados,  
 Porque en el puerto existen sossegados ;  
 Mas si salen al mar, si sopla el viento,  
 Si la primer borrasca les embiste,  
 Su débil nave á ella no resiste,  
 Y naufragan con ímpetu violento ?  
 Hombres somos, y débiles nos vemos,  
 Nuestra propia miseria conocemos.

¡ Cómo el humano corazon se eleva,  
 Antes de haber pasado por la prueba ?  
 ¡ Cuántas veces yo mismo prosternado  
 Santas resoluciones he formado ?

¡ Cuántas veces yo mismo me he creído  
 Capaz de padecer, y sufrir fuerte  
 Por tí, Jesus divino, hasta la muerte ?  
 Y ¡ cuántas ; ó mi Dios ! triste he caído,  
 Y todo mi valor se ha desmentido ?

Tambien el cielo al justo purifica,

Le hace el cáliz beber hasta las heces.  
 El Espíritu Santo nos indica,  
 Que el justo cae al dia siete veces ;  
 Que por mas justo y santo que es el hombre,  
 Y por mas que merezca este renombre,  
 Tiene defectos, bien que imperceptibles,  
 Que á los ojos de Dios son reprobables,

Es sin duda que siente muchos males,  
 Deseos demasiado naturales,  
 Una secreta y eficaz tendencia,  
 Que le arrastra al placer con su violencia,  
 De las cosas humanas mucho gusto,  
 Un amor de sí mismo hasta lo injusto ;  
 En fin, muchas tibiezas, negligencias,  
 Y á la gracia continuas resistencias.  
 Estas á la verdad son nubes leves,  
 Pero el cristal de la virtud empañan ;  
 Manchas ligeras y borrones breves,  
 Pero á la gracia y á su impulso dañan.

¡ Hombre feliz ! ¡ á que alta esfera subes,  
 Cuando quiere la amable Providencia  
 Disipar las tinieblas ó las nubes,  
 Que obscurecen ó empañan tu conciencia ?  
 ¡ Y qué medio mejor que la paciencia ?  
 Porque en fin estas faltas, si se ensanchan,  
 No afean nuestras almas, mas las manchan ;  
 Estos leves defectos no desvian  
 La amistad de su Dios, pero la enfrian ;  
 No destruyen la paz, mas la vulneran ;



No rechazan la gracia, mas la alteran;  
Y con muchas pequeñas distracciones  
Detienen las divinas impresiones.

Finalmente, la vida no la quitan,  
Mas la hacen enfermar, la debilitan;  
Y como Dios las ama,

Por esos medios hácia sí las llama:

Son un oro precioso,  
Que deben con el fuego vigoroso  
De las tribulaciones ser purgadas,  
Para poder quedar purificadas.

Dichoso aquel mortal, que convencido  
De que todo en el mundo es dirigido  
Por tu divina mano,  
Se somete á tu arbitrio soberano;  
Que sabiendo que al hombre que castigas,  
En tu paterno corazón le abrigas,  
Te ofrece humilde en tus sagradas aras  
El rigor que tú mismo le preparas.

La gracia se lo dice, y él lo siente:

Es verdad que el mortal es miserable,  
Que su naturaleza deleznable

Del peso de tu yugo se resiente,

Y quiere sacudir con violencia;

Mas no escuches, Señor, su resistencia:

Sonten solo su misera flaqueza,

Y acaba la obra que tu gracia empieza.

Cuando Dios hace al justo miserable,

Afirma su virtud y la hace estable.

La experiencia y la fe le han enseñado,  
Que esto solo le deja asegurado.

Nunca deben temer tanto los justos,

Como cuando engañados temen ménos;

Y nunca estar pudieran mas serenos,

Que cuando viven con inquietos sustos:

Porque aquel que prudente desconfía

De su propia conducta y valentía,

El socorro de Dios á buscar viene,

Y halla en él el esfuerzo que no tiene.

Estos son los efectos que producen

Esos males que tanto aborrecemos:

Viendo que superarlos no podemos,

Al Señor por la mano nos conducen.

Las penas y las duras aflicciones

Despiertan las dormidas atenciones,

A buscar el remedio nos obligan,

Y cuando mas terribles nos castigan,

Mas alzamos á Dios los corazones.

Nos hacen conocer nuestra flaqueza,

Nos hacen descubrir los precipicios,

Nos inspiran horror para los vicios,

Y desprecio tambien de la grandeza.

Nos muestran de los riesgos lo profundo,

Y nos alejan con terror del mundo,

De cuyo falso halago y desvario

Nos descubren la nada y el vacío.

Nada hay que pueda al hombre vacilante

Dar virtud tan segura y tan constante,

Como tener de sí desconfianza,  
Y poner en Dios solo su esperanza.  
Ve aquí los fundamentos verdaderos  
De los que son católicos sinceros.

## PARTE SEGUNDA.

**P**ONME, mi Dios, sobre estos fundamentos:

Viendo mi corazón débil y vario,  
No me atrevo á pedirte sufrimientos;  
Mas, Señor, si sufrir es necesario,  
Para que la virtud constante sea,  
Nada sino sufrir mi alma desea.  
Dame pródigo penas y rigores,  
Que veré como gracias y favores;  
Ya preparado estoy á recibirlos,  
Pero dame la fuerza de sufrirlos.

En fin, en la aflicción y la tormenta  
No solo el justo su virtud aumenta,  
Sino tambien la afina y perfecciona.  
Conoce que su Dios ne le abandona,  
Pues entre tantas penas é inquietudes  
Le sostiene á pesar de su miseria.  
Ve que tambien le ofrece la materia,  
En que pueda ejercer nuevas virtudes,  
Para que en incesante sacrificio  
Las perfeccione con el ejercicio.

Entónces es su fe mas luminosa,  
Su esperanza mas viva y mas segura,

Su caridad mas santa y fervorosa,  
Su religion mas sólida y mas pura;  
En fin, la humanidad y la paciencia,  
Que de otras mil virtudes son fecundas,  
Echan raices mucho mas profundas;  
Y todas con la sal de la prudencia,  
Por el medio fiel de la constancia,  
Opimos frutos dan en abundancia.

El justo pide á Dios que le redima  
De tantas y tan duras aflicciones:  
Sobre todo le ruega que le exima  
De la violencia de las tentaciones;  
Mas Dios celoso de su propia gloria,  
Y porque obtenga superior victoria,  
Le dice á veces lo que á Pablo dijo:  
Es para tí mejor, mas provechoso  
Sufrir peso de males tan prolijo,  
Que descargarte de su afán honroso.

Estas serán sin duda nuevas pruebas  
Que dan á tu valor nuevos empleos;  
Pero verás, si el corazón elevas,  
Que estas nuevas batallas, luchas nuevas  
Te pueden producir nuevos trofeos.  
Combate con valor, sin arrogancia:  
A la vista estoy yo de los debates,  
Y yo te animo cuando tú combates;  
Armate pues de ardor y de constancia;  
Mas aprovecha una hora de desvelos,  
Que los años enteros de consuelos.



¡O méritos preciosos, adquiridos  
 Por los trabajos, con amor sufridos!  
 ¡Y quién, teniendo fe, si Dios le envía  
 De los mayores males la violencia,  
 No los toma, no digo con paciencia,  
 Sino también con gozo y alegría?  
 No es así como el mundo lo concibe;  
 El mundo siempre en el engaño vive:  
 Si mira á Job, que yace abandonado  
 En un vil muladar sufriendo penas;  
 Si ve á José que atado á sus cadenas  
 En obscura prision está arrojado,  
 O á David por Semey perseguido;  
 En fin, á tantos justos que han sufrido,  
 ¡Qué mortal infeliz! al punto dice;  
 Pero el mundo es el ciego, el infelice,  
 Pues los llama mortales desdichados,  
 Y Jesucristo bienaventurados.  
 ¿Dónde está nuestra fe? pues la apariencia  
 Nos persuade mejor que su creencia:  
 Si Dios affige al justo, es porque le ama;  
 Y si le amara ménos, bien pudiera  
 Dejarle perecer de la manera  
 Que deja al que feliz el mundo llama.  
 Le dejara gozar algunos dias  
 De sus falsos placeres y alegrías,  
 Y cuando al fin el término llegara  
 De que ejecute su final justicia,  
 Condenando del mundo la malicia,

Con el mundo también le condenara.  
 Nadie se espante pues, si triste advierte,  
 Que un justo sufre desdichada suerte,  
 Y que vive en la pena y el disgusto:  
 Quizá padece tanto, porque es justo,  
 Y de serlo también quizás dejara,  
 Si con suerte mas próspera alentara.  
 El Santo de los santos ha sufrido,  
 Como hombre de dolor ha padecido  
 Y es el modelo de predestinados.  
 Dichosos solos, bienaventurados  
 Los que imitan sus santos sufrimientos,  
 Y los saben unir con sus tormentos.  
 Si los santos que reinan en el cielo,  
 Pudieran recibir un desconuelo,  
 No sería que miseros vivieron,  
 Y que muchos tormentos padecieron;  
 Antes su amor quisiera enardecido,  
 Tanto como su Dios haber sufrido.  
 Los que en la tierra son mas castigados,  
 En el cielo se ven mas elevados.  
 La cruz es la señal del escogido:  
 Los que de esta señal no están marcados,  
 Entrar no pueden en la eterna gloria,  
 Que solo se concede á la victoria.  
 Nosotros somos hijos del Calvario,  
 Y es también nuestro asilo y nuestro puerto:  
 Es paso para el cielo necesario,  
 Es el lugar en que Jesús ha muerto,

En que toda su sangre ha derramado,  
 Y con ella nos ha regenerado.  
 Este adorado Padre moribundo,  
 Abandonando al infelice mundo,  
 No ha dejado á sus hijos otra herencia  
 Que su gracia, su cruz y su paciencia;  
 Que nuestra alma la acepte sometida,  
 Y que de tanto bien agradecida  
 Los dones de la cruz en mucho estime,  
 Y disfrute una herencia tan sublime.  
 La vida es breve, el término se acerca,  
 La muerte que rodea, ya está cerca:  
 Suframos algun tiempo todavía,  
 Que no está léjos del descanso el día:  
 Nuestro Dios como Dios nos recompensa,  
 Y da por penas cortas dicha inmensa.  
 Tú has sufrido por mí, Jesus amante;  
 Y cuando tierno por mis culpas mueres,  
 ¿Podré quejarme, si piadoso quieres,  
 Que yo sufra por ellas un instante?  
 ¿No debiera al contrario complacerme  
 De esta piedad, y de que quieres verme  
 Tener contigo alguna semejanza,  
 Elevando hasta el cielo mi esperanza?  
 Por un efecto de tu amor eterno,  
 Tú me has librado del horrible infierno,  
 Y en lugar de sus penas infinitas  
 Con penas pasajeras me desquitas.  
 ¿Quién tuviera, mi Dios, con que pagarte?

¿Quién tuviera mil almas para amarte?  
 Pero despues de todo yo quisiera  
 Tener alguna cosa, que ofreciera  
 A los piés de la cruz en que moriste.  
 Veo en ella la sangre que vertiste  
 Por salvar á los hombres pecadores;  
 Te pido por lo ménos; ó Dios santo!  
 Que yo mezele tu sangre con mi llanto,  
 Que junte mi dolor con tus dolores.

Yo sufriré, mi Dios, pues tú lo quieres,  
 Renunciando á delicias y placeres;  
 Yo sufriré, pues que tu amor sufría;  
 Sufriré sin ponerte resistencia;  
 Sufriré sin quejarme, con paciencia,  
 Y quisiera decir con alegría:  
 Juntaré mis pequeños sufrimientos  
 Con tus terribles bárbaros tormentos,  
 Y tierno besaré como buen hijo,  
 Los piés de tu sagrado Crucifijo.  
 Elevaré mi espíritu á que asista

A la escena horrorosa del Calvario,  
 Y al infierno tambien, si es necesario.  
 ¿Quién se podrá quejar con esta vista?  
 Pues allí podrá ver los desdichados,  
 Que sufren mas que yo sin mas pecados.  
 En fin, Señor, me miraré á mí mismo  
 Como un hombre que sale de un abismo,  
 Como vil delincuente reprobado,  
 A las penas eternas condenado,



Y que estás esperando con paciencia  
Para darle lugar á penitencia.

Sosten pues mi flaqueza con tu gracia,  
Y presta á mis deseos eficacia.  
¡Feliz yo! si despues de mis ofensas,  
De culpas tan enormes como inmensas,  
Por tus méritos santos é infinitos  
Dignas de perdonarme mis delitos.

## POEMA XV.

**EL ESCÁNDALO.****PARTE PRIMERA.**

**S**i hay un monstruo feroz en este mundo,  
Si hay un mal de otros males tan fecundo,  
Que no contento con sus propios daños  
Extenderlos intenta á los extraños,  
El escándalo lo es, monstruo terrible,  
De cuyo ser maligno es imposible,  
Por mas que nos queramos dar idea,  
Formar ninguna que completa sea.  
Pecado odioso, de malicia tanta,  
Que temerario á un tiempo se levanta

Contra su Dios de quien la gloria ofende;  
Contra Jesus, de quien destruir pretende  
El edificio que compuso y rige;  
Contra la Madre Iglesia á quien aflige;  
Y en fin, contra las almas que inficiona,  
Y en sus mismas cadenas eslabona.

Tú lo dijiste, Redentor querido:  
El oráculo triste se ha cumplido,  
Y se cumple tambien todos los dias.  
Por los muchos escandalos, decias:  
¡Ay del mundo infeliz! Todo pecado  
Es rebelde á su Dios; pero este osado  
Le ataca en derechura: el que lo hace,  
En el mismo pecado se complace.  
Los demas quedar suelen sepultados  
En las tinieblas, en que estan formados;  
Este altivo la máscara se quita,  
Y con su mal ejemplo á otros excita.

El que en otros pecados triste vive,  
Cierto coto á sí mismo se prescribe;  
Todavía á su Dios algo sujeto,  
Le conserva algun poco de respeto,  
No desconoce en todo su malicia,  
Y tiene algun temor de la justicia;  
En fin tiembla, recela y se avergüenza:  
El escándalo va con desvergüenza,  
Hollando los divinos mandamientos,  
Sofocando los buenos sentimientos,  
Que la razon y Religion inspiran,

Y que estás esperando con paciencia  
Para darle lugar á penitencia.

Sosten pues mi flaqueza con tu gracia,  
Y presta á mis deseos eficacia.  
¡Feliz yo! si despues de mis ofensas,  
De culpas tan enormes como inmensas,  
Por tus méritos santos é infinitos  
Dignas de perdonarme mis delitos.

## POEMA XV.

## EL ESCÁNDALO.

## PARTE PRIMERA.

**S**i hay un monstruo feroz en este mundo,  
Si hay un mal de otros males tan fecundo,  
Que no contento con sus propios daños  
Extenderlos intenta á los extraños,  
El escándalo lo es, monstruo terrible,  
De cuyo ser maligno es imposible,  
Por mas que nos queramos dar idea,  
Formar ninguna que completa sea.  
Pecado odioso, de malicia tanta,  
Que temerario á un tiempo se levanta

Contra su Dios de quien la gloria ofende;  
Contra Jesus, de quien destruir pretende  
El edificio que compuso y rige;  
Contra la Madre Iglesia á quien aflige;  
Y en fin, contra las almas que inficiona,  
Y en sus mismas cadenas eslabona.

Tú lo dijiste, Redentor querido:  
El oráculo triste se ha cumplido,  
Y se cumple tambien todos los dias.  
Por los muchos escandalos, decias:  
¡Ay del mundo infeliz! Todo pecado  
Es rebelde á su Dios; pero este osado  
Le ataca en derechura: el que lo hace,  
En el mismo pecado se complace.  
Los demas quedar suelen sepultados  
En las tinieblas, en que estan formados;  
Este altivo la máscara se quita,  
Y con su mal ejemplo á otros excita.  
El que en otros pecados triste vive,  
Cierto coto á sí mismo se prescribe;  
Todavía á su Dios algo sujeto,  
Le conserva algun poco de respeto,  
No desconoce en todo su malicia,  
Y tiene algun temor de la justicia;  
En fin tiembla, recela y se avergüenza:  
El escándalo va con desvergüenza,  
Hollando los divinos mandamientos,  
Sofocando los buenos sentimientos,  
Que la razon y Religion inspiran,



Desprecia á cuantos sus delitos miran,  
Y parece que se arma su osadía  
Contra la superior soberanía  
Del inmenso y Eterno omnipotente,  
A quien guerra declara el insolente.  
¿Cómo es posible, ó Dios, que el hombre insano  
Blasfeme tanto de su Soberano,

De su santa justicia á quien acusa,  
De su misericordia de que abusa,  
Y en fin, de su divina providencia,  
Pues induce á dudar de su existencia?

El pecador que su pecado esconde,  
A sí mismo en secreto se responde,  
Porque le dice un íntimo reclamo,  
Que hay un Dios vengador, que tiene un amo;  
Y su mismo recato manifiesta,  
Que tranquilo no está; que algo le cuesta.  
El rubor que abochorna su semblante,  
Cuando su culpa viene á descubrirse,  
Acredita que puede arrepentirse,

Que no está de su mal tan ignorante,  
Es sentir de algun modo sus errores;  
Mas quitarse el pudor y los temores,  
Y marchar con el cuello levantado,  
Es jactarse, hacer gloria del pecado,  
Añadiendo con doble apostasía  
El horror del insulto á la osadía.

¿Quién podrá creer; ó Dios! que el hombre aje  
Tanto tu gloria, y que tu nombre ultraje?

¿Quién puede concebir que los cristianos,  
Que son tus hijos, y que son hermanos,  
En lugar de ayudarse y socorrerse,  
Trabajen mutuamente por perderse?  
¿Que unos y otros se empujen ellos mismos,  
Para precipitarse en los abismos?

El escándalo tiene atrevimiento  
De querer arrancar el fundamento  
Del edificio, que la Iglesia ha visto,  
Y que en ella ha fundado Jesucristo.  
Jesucristo á la tierra no ha bajado,  
Sino para dejar bien entablado  
El reino de su Padre, hacer que el hombre  
Adore humilde su divino nombre,  
Le tema, y sobre todo que le ame,  
Que en el amor de la virtud se inflame,  
Todos los vicios reducir á ruina,  
Y sobre ellos plantar su obra divina.  
Esta fué su mision y sus fervores,  
En esto se emplearon sus sudores.

El escándalo todo lo destruye,  
Y otro edificio en su lugar construye;  
Aniquila la grande maravilla,  
Intimidando á la virtud sencilla,  
Y autorizando al insolente vicio,  
Echa por tierra todo el edificio.

Así, Jesus amable, tú veniste,  
Amargos dias de dolor viviste,

Tu vida en una cruz has acabado,  
 En fin, toda tu sangre has derramado  
 Por hacernos felices y acogernos;  
 Y el escándalo quiere, por perdernos,  
 Que no puedas lograr lo que deseas,  
 Y destruir totalmente tus ideas.

Si, Jesús; el escándalo procura  
 Aniquilar de tu obra la hermosura,  
 Su imperio establecer sobre tu imperio,  
 Hacer nulo y estéril el misterio  
 De la divina cruz en que moriste,  
 El mérito quitaros, la eficacia  
 A la preciosa sangre que vertiste,  
 Y hacer vanos los dones de tu gracia  
 Con su fatal mortífero veneno,  
 Arrancar de tu mano y de tu seno  
 Esas almas, que tanto te costaron,  
 Y por quienes tus ansias prodigaron  
 Tantas afrentas, tantos sufrimientos,  
 Tantas penas, dolores y tormentos.

¡Ah vil escandaloso! ¡cómo tienes  
 Valor de malograr tan altos bienes?  
 Tú deshonoras, tú insultas á tu Padre,  
 ¡Mas cómo afliges á tu tierna Madre!  
 A esa madre, la Iglesia, que amorosa  
 Está de tu conducta vergonzosa,  
 Porque tú eres su oprobio, eres su afrenta.  
 Mira como á sus hijos siempre atenta  
 Los guía, los dirige, los conduce.

¡Cuántos socorros próspera produce,  
 Sacrificios sagrados, instrucciones,  
 Sacramentos, oficios y oraciones!

Y cuando ella feliz los encamina  
 Al cielo con la luz de su doctrina,  
 Tú vienes de repente, los desvias,  
 Hacia la perdición los extravías:  
 Maligno en alejarlos te complaces,  
 Y lo que ella trabaja tú deshaces;  
 Tú la pierdes los hijos que atesora;  
 Por tí y por ellos desolada llora,  
 Y cuando puedes ver que se contrista,  
 Tú la pones tu escándalo á la vista.

¡Ah injusto! tanto amor, ingrato, pagas  
 Con hacerla en el pecho muchas llagas;  
 Su autoridad sagrada desconoces,  
 Sus prácticas devotas no conoces;  
 Tú haces nulo su santo ministerio,  
 Y la quietud alteras de su imperio.

Si preguntas al triste caminante,  
 ¿Por qué parece tan desconsolada?  
 ¿Por qué causa se mira despoblada  
 Esta ciudad, que un tiempo fué brillante?  
 ¿Por qué sus moradores tan dispersos?  
 ¿Por qué son sus destinos tan adversos?  
 ¿Por qué cubierta de tristeza y duelo,  
 Solo se oyen gemidos en su suelo?  
 ¿Y por qué su santuario tan lucido,  
 Tan desierto se ve y abandonado?



Te dirá con acento dolerido,  
 Que el escándalo vil ha marchitado  
 Toda la pompa de su lustre hermoso,  
 Que el edificio santo ha desquiciado,  
 Y que gime doliente y sin reposo.  
 ¡Qué mayores, mas vivas pesadumbres,  
 Qué guerra mas feroz pudo el averno  
 Suscitar á la Iglesia, que este eterno,  
 Indócil corruptor de las costumbres?  
 Esta es la espada de dolor aguda  
 Que su piadoso corazon traspasa:  
 Así su vida entre gemidos pasa,  
 Y á su divino autor le pide ayuda.  
 Es una madre que affigida llora,  
 Una Raquel que misera deplora,  
 Y sus ojos tan mustios se aperciben,  
 Porque sus tiernos hijos ya no viven.  
 El escándalo ha sido el hijo ingrato,  
 Que á la madre mas dulce da mal trato,  
 Vívora de mortífero veneno,  
 Que nace injusto, y la destroza el seno.  
 Pero no solo con rabiosa furia  
 A su adorable madre tanto injuria,  
 Sino tambien con hálitos profanos  
 Emponzoñar pretende á sus hermanos.  
 Para esto los adula, mas los muerde;  
 Cuanto mas los alhaga, mas los pierde.  
 ¡Perder las almas, Dios! ¡cómo decirlo?  
 ¡Corromperlas! ¡quién puede concebirlo?

¡Llevarlas, conducir las al infierno!  
 ¡Qué delito! ¡qué horror! ¡ó Dios eterno!

## PARTE SEGUNDA.

**R**OBAR, dejar á un hombre despojado  
 De bienes muy cuantiosos, es pecado;  
 Es gran delito de su honor privarle,  
 Darle muerte, y el pecho traspasarle  
 Con agudo puñal; es atentado  
 Que penetra de horror solo pensarlo.  
 Estos son males graves, males fieros;  
 Mas quitarle no bienes pasajeros,  
 No una reputacion frágil y obscura,  
 No una vida infeliz que poco dura,  
 Sino los altos bienes celestiales,  
 Para entregarlo á los eternos males,  
 Tanto horror esta idea al alma ofrece,  
 Que el corazon de espanto se estremece.  
 ¡O mortal! si tu hermano te ha enojado,  
 Si te sientes colérico y airado,  
 Si hasta encontrar venganza no respiras,  
 Es menor mal ejercitar tus iras  
 En quitarle el caudal, en deshonrarle,  
 De los dias que vive despojarle,  
 Y no dejarle en fin quietud ni calma,  
 Pero respeta la salud de su alma.  
 ¡Perder las almas! ¡duro pensamiento  
 Que horroriza al humano entendimiento!

Es dar de su fiereza testimonio,  
 Es hacer el oficio de demonio,  
 Es ser furia implacable del averno,  
 Execrable emisario del infierno.

Los ministros de Dios corren fervientes,  
 Pasan mares y tierras diligentes,  
 Se introducen en bárbaras regiones  
 De salvages, de rústicas naciones,  
 Que con flechas el pecho les traspasan,  
 Vierten su sangre, y estos riesgos pasan  
 Por si pueden llevar una alma al cielo;  
 ¿Y tú sin tanto afán, tanto desvelo,  
 Sin correr tierras, ni pasar los mares  
 Al infierno los llevas á millares?

Asi pues de esos miseros cristianos,  
 Que como hijos de Dios son tus hermanos,  
 Y por quienes Jesus tambien ha muerto,  
 Tú quieres de su pérdida estar cierto,  
 Y para eso en el mal los introduces,  
 Caminan al abismo y los conduces.

¿Temes pues, que el postrero de tus dias  
 No te ofrezca bastantes agonías?  
 ¿Temes que cuando á juicio te presentes,  
 No halles allí fiscales suficientes?  
 ¿O temes que en las penas que se siguen,  
 Verdugos no hallarás que te castiguen?  
 ¿Por qué pues á los tuyos inhumanos  
 Añades el furor de tus hermanos,  
 Que griten contra tí, que te amenacen,

Y con rabia feroz te despedacen?  
 ¿Quién creyera, mi Dios, que tan fecundo  
 De escándalos tan viles fuera el mundo?  
 ¿Cuántos ejemplos, que terror inspiran,  
 Se conocen, se saben y se miran?  
 Parece que los hombres en la tierra  
 Solo se juntan para hacerse guerra,  
 Para inducirse al vicio abiertamente,  
 Y darse muerte al alma mutuamente.  
 El mal ejemplo plácido y brillante  
 Corre el mundo magnífico y triunfante,  
 Se le ve en los discursos sin embozo,  
 Que se oyen tanto al viejo como al mozo;  
 En los que son de equívoco sentido,  
 Que el veneno conducen escondido,  
 Por eso mas sutil y peligroso.

Se le ve en tanto libro pernicioso,  
 En que el incauto con la muerte encuentra,  
 Y que á las almas por los ojos entra,  
 Alguna vez tan cautelosamente,  
 Que el tósigo se bebe, y no se siente,  
 Ni se descubren sus astutas mañas,  
 Sino cuando estan rotas las entrañas.  
 ¿Ah! cuántos inexpertos se embarcaron,  
 Y en este oculto escollo naufragaron!  
 Se le ve en las pinturas inmodestas,  
 Que excitan las pasiones deshonestas  
 De que hasta los cristianos hacen gala,  
 Y se ven sin rubor en tanta sala;



Se le ve en estos modos despejados,  
 Tan profanos y poco reservados,  
 En esos aires libres é inmodestos,  
 En los trages que son tan poco honestos,  
 En esas vestiduras indecentes,  
 En posturas obscenas, delinquentes,  
 Que son de corrupcion grandes indicios,  
 Y estímulos muy vivos de los vicios.

Se le ve en esas máximas perversas,

Al moral del cristiano tan adversas,  
 Y que el mundo sin término propaga.  
 ¡Ay mi Dios! ¡cuánta herida, cuánta llaga  
 Hacen en los humanos corazones!  
 ¡Y qué tercas que son sus impresiones!  
 Se le ve en todo tiempo, en todas partes,  
 Ya con claro designio, ya con artes,  
 En las calles, las casas y los templos,  
 Y en los que deben dar buenos ejemplos.

Y tú en tanto, Señor, Dios infinito,

¡Con qué ojos puedes ver tanto delito?  
 ¡Cómo toleras sin que te importunes,  
 Desacatos que se hacen tan comunes?  
 Y no solo en la gente desalmada,  
 Sino tambien entre la gente honrada,  
 En lo que llaman buena compañía;  
 Y ¡cómo se les escapan cada día  
 Las palabras impuras, licenciosas,  
 Con el título fútil de jocosas!  
 ¡Cómo á los otros burlan y chancean,

Por poca devocion que en ellos vean!  
 ¡Cómo tambien se mofan indecentes,  
 De todos los afectos penitentes,  
 De ciertos ejercicios, ciertos votos,  
 Que adopta la virtud como devotos!

¡Con qué profanidad no se componen,  
 Aunque á la ofensa del Señor se exponen!  
 ¡Cómo van á la iglesia con descaro,  
 Sin mostrar ni respeto ni reparo!

¡Cómo olvida su osado desacato  
 Las leyes de la Iglesia sin recato!  
 ¡Y cómo en fin con insidiosa maña,  
 A la virtud persiguen con zizaña,

Ya con la mofa, ya con el desprecio,  
 Y si las buenas almas á ella vienen  
 Movidas de la gracia con aprecio,  
 Si alejarlas no logran, las detienen!

¡Cuántos de la virtud perseguidores  
 Habrán con sus ejemplos seductores  
 Estragos y ruinas producido!

¡Cuántas almas, ó Dios, se habrán perdido!  
 No ignoran tu castigo riguroso.  
 Tú has dicho, hablando del escandaloso:

Mejor al infeliz hubiera estado,  
 En el fondo del mar ser arrojado  
 Con una piedra al cuello; y añadiste:  
 A tu hermano infeliz tú le perdiste;  
 Su sangre me da un grito dolorido,  
 Es esta sangre la que yo te pido.

Y no te he de dejar ni paz ni calma ;  
Tú me responderás alma por alma.

Tú dijiste, y mi pecho se horroriza :

Si tu mano ó tu pié te escandaliza,

Córtalos al instante ; que mas vale

Al que muriendo de la tierra sale,

Abandonar en ella este despojo,

Y penetrar el cielo manco ó cojo,

Para gozar sus bienes soberanos,

Que no con los dos piés y las dos manos

Llevarlas á sufrir tormento eterno

En las terribles penas del infierno.

¿Qué mas podía tu piedad decirnos

Que fuera mas activo para instruirnos ?

¿Qué amenazas mayores proponernos ?

¿Con qué freno mas fuerte contenernos ?

Y con todo, Señor, ¿quién lo diría !

Es comun el escándalo en el día ;

No solo continúa, sino se aumenta :

Pocos de tus castigos hacen cuenta,

De tu dulce paciencia el mundo abusa,

Ninguno del escándalo se acusa,

Cuando no basta solo confesarlo,

Sino que es necesario repararlo ;

Pues perdon tu justicia no concede

Al que no lo repara cuando puede.

¿Santo Dios! hasta aquí no conocía

Todo el error de su malicia impía ;

¿Insensato de mí, que hacia alarde !

Ya la conozco ; ¡pero cuánto es tarde !

Ya está podrida la funesta llaga,

Ya veloz cunde, activa se propaga,

Su veneno fatal se ha difundido,

Y el tósigo mortal ya está bebido.

¿Quién pudiera atajar sus influencias !

Si del dolor amargo las violencias

Bastaran á curar tal desvarío,

Yo pudiera esperar sanar del mio ;

Mas tú quieres tambien que se repare.

Pues bien, Señor, permite te declare,

Que ya desde hoy te ofrezco cuidadoso,

Vivir en adelante religioso,

Procurando borrar las impresiones,

Que producir debieron mis pasiones,

Que voy á promover, por cuantos modos

Puedan caber en mí, que te amen todos,

Que intento desquitar con este oficio

Los muchos que alejé de tu servicio :

Acepta estos deseos absolutos ;

Pero ¿quién sino tú dará los frutos ?



## POEMA XVI.

## LA PENITENCIA.

## PARTE PRIMERA.

**Q**ue seria del hombre miserable,  
 Que en este mundo errante y deleznable  
 Sin velas ni timon navega incierto,  
 Si Dios, para que llegue bien al puerto,  
 Con dulce providencia  
 No le hubiera una tabla preparado?  
 Esta tabla es la austera penitencia;  
 Por ella sola obtiene la clemencia,  
 Por ella se perdona su pecado,  
 Y si á dejarlo firme se resuelve,  
 A la gracia de Dios otra vez vuelve.  
 Pero hay dos penitencias, y con ambas  
 Al pecador la Iglesia justifica;  
 Quiere que el penitente use de entrambas,  
 Y en su remedio una y otra aplica,  
 La una exterior, que affige á los sentidos,  
 Cómplices de los yerros cometidos;  
 La otra interior que el corazon resiente:  
 De ambas usa el cristiano penitente,

Que hace una penitencia fervorosa;  
 Porque fuera ilusion muy peligrosa,  
 Y con todo comun entre la gente,  
 Pensar que la exterior no es necesaria,  
 Para que el hombre expie su pecado.

La Iglesia nunca varia  
 Este funesto error ha reprobado.  
 Sin duda la interior, cuando es sincera,  
 Es la que mas el cielo considera,  
 Y la que mas segura guia al puerto;  
 Pero tambien es cierto,  
 Que la que rigurosa al hombre affige,  
 Derecha al mismo puerto le dirige,  
 Y para perdonar al que es culpable,  
 Es eficaz como es indispensable.

Del cristiano moral es fundamento  
 Que de la culpa el vil atrevimiento  
 Solo la penitencia justifica,  
 Que la sangre la mancha purifica,  
 Que el que de tal borron quedó infestado,  
 Para que quede limpia su conciencia,  
 Debe lavarla con la penitencia;  
 Que pues el cuerpo concurrió al pecado,  
 Y nos sedujo como falso amigo,  
 Victima debe ser en el castigo,  
 Con que debe purgarse el atentado;  
 Que cómplice del mal y su instrumento,  
 Parte debe tener en el tormento.  
 El Evangelio y todo la Escritura,

Cuando nos hablan de la penitencia  
 Que nos puede inspirar alguna calma,  
 Con voz firme y segura  
 Entienden la del cuerpo y la del alma.

„El que quisiere ser, Jesus nos dice,

„Mi discípulo fiel, que se renuncie,

„Que cargue con su cruz, y que me siga,

„Para entrar en el reino de los cielos,

„Es fuerza arrebatarlo con violencia;

„El camino que guia hácia la vida

„Es estrecho, y son pocos los que le andan;

„Yo no traje la paz, sino la guerra”

Tales son los oráculos sagrados

Por la verdad eterna pronunciados;

Y ve aquí como el hombre debe armarse,

Para tomar esfuerzo y superarse.

El grande Apóstol, el cristiano Maestro,

Que ha aprendido en su escuela, y fué tan diestro

En seguir tan difíciles caminos,

Explica estos oráculos divinos.

San Pablo dejó escrito: los que tratan

De imitar á Jesus crucificado,

Para poder seguir este dechado,

Crucifican su carne, la maltratan,

Pues los rigores de la penitencia

Quitán todo el poder á su violencia.

De modo que el que así se santifica,

El corazon no solo sacrifica

Con el dolor de la divina injuria,

Sino tambien la carne, esa vil furia,

Que siempre flaca, siempre delincuente

Al espíritu indómita combate,

Que se muestra tenaz, desobediente,

Y las mas veces pérfida le abate.

El deber que á los otros imponia,

Para sí mismo Pablo le tomaba.

Yo castigo mi cuerpo, nos decia,

Y en efecto cruel le castigaba;

Yo le reduzco á servidumbre dura,

Porque fuera locura,

Cuando á los otros fiel he predicado,

Venir á ser yo mismo reprobado.

Todos los santos con la luz divina

De este modo entendieron su doctrina,

Y se les vieron siempre entre las manos

Todos los instrumentos inhumanos;

Que afligen y maltratan los sentidos,

Y con su propia sangre ya teñidos.

Cubiertos del cilicio y la ceniza

Miraban el placer con ojeriza,

Y con celo ferviente é inexhausto

Ofrecían su cuerpo en holocausto.

Se les ha visto pobres, macilentos,

De ayunos y vigiliás extenuados,

Entre cruces, angustias y tormentos

Con miembros ó torcidos, ó alterados,

Con pálidos semblantes descarnados,

Y con otras mil señas, que mostraban



El rigor con que siempre se trataban;  
 Y á pesar de una vida tan severa,  
 Y de una penitencia tan entera,  
 Trémulos todavía vacilaban,  
 Con inquieto terror no sosegaban,  
 Y decían los unos á los otros:  
 ¡El Señor, á quien hemos ultrajado,  
 Habrá nuestros delitos perdonado?  
 ¿Qué será, Dios eterno, de nosotros?  
 Si así tiemblan los que hacen penitencia,  
 Vednos, Señor, con ojos de clemencia.  
 Pero si estos ejemplos tú no has visto,  
 Voy á mostrarte el mas extraordinario.  
 Marchemos en espíritu al Calvario,  
 Y mira muy atento á Jesucristo.  
 Mirale padecer muerte cruenta,  
 Este es el grande, el superior modelo,  
 Que á los cristianos ha propuesto el cielo.  
 ¡Santo Dios! ¿qué espectáculo presenta  
 Tu amor á nuestra fe que está asombrada?  
 Tu divina cabeza coronada  
 De espinas que feroces la atraviesan,  
 Tus bellos ojos de llorar no cesan,  
 Tu boca, en que reinaba la dulzura,  
 Está llena de hiel y de amargura,  
 Tus celestiales manos taladradas  
 Contra un duro madero estan clavadas,  
 Tu dulce corazón está partido  
 Con una lanza que cruel le ha herido,

Todo tu cuerpo roto, ensangrentado,  
 Y con llagas profundas destrozado.  
 Pero tantos tormentos inauditos,  
 Esa sangre, esa cruz, esas heridas  
 ¿Qué son, mi Dios, sino elocuentes gritos,  
 Con que tú con tu ejemplo nos convidas  
 A domar los injustos apetitos,  
 A que el cuerpo rebelde castigemos,  
 Y los sentidos todos sujetemos?  
 Quien no entiende este aviso soberano,  
 O no tiene razon, ó no es cristiano;  
 Mas tambien el cristiano que lo entiende,  
 Y que no obstante vive relajado,  
 Que lleno de dulzura ser pretende  
 Miembro de un Dios que fué crucificado,  
 En vano toma de cristiano el nombre;  
 Apénas es gentil, apénas hombre.  
 Que despues de las prácticas lecciones  
 Que nos dió nuestro Gefe soberano,  
 No se atreva á decir ningun mundano  
 Que vive con sus falsas ilusiones,  
 Y con sentidos al placer abiertos,  
 Que las austeridades penitentes  
 Solo pueden ser propias para gentes  
 Que viven en los claustros y desiertos;  
 Máxima muy comun, pero funesta,  
 Que la Iglesia católica detesta.  
 Decid pues, ¿las pasiones licenciosas,  
 En el mundo se ven ménos frecuentes,

Ménos vivas, ó ménos peligrosas?  
 ¿No se debe evitar allí el pecado?  
 ¿Y cuándo ó quién al mundo ha dispensado  
 De la ley general que nos condena,  
 Y á todos los cristianos les ordena  
 Tomar su propia cruz para cargarla,  
 Crucificar su carne y sujetarla,  
 Renunciarse á sí mismo, á su derecho,  
 Y entrar en fin en el camino estrecho?  
 Y qué, ¿las penitencias corporales,  
 Que curan á las almas de sus males,  
 Son en el mundo ménos necesarias  
 Que á las gentes que viven solitarias?  
 ¿Y de la penitencia los rigores  
 Ménos útiles son á pecadores,  
 Que viven en el mundo incautamente,  
 Que al que en la religion vive inocente,  
 Aprovechando de la fe los medios?  
 Esto fuera decir que los rémedios  
 Ménos útiles son, ó son mas vanos  
 A los que estan enfermos, que á los sanos;  
 Que cuanto mas el hombre es delincuente,  
 Tanto ser debe ménos penitente.  
 En fin que mires las maceraciones  
 Como justas debidas precauciones,  
 Que preservan al alma de pecado,  
 O como medio propio y adecuado  
 Para lavar la mancha, si ha caído.  
 ¿Qué mortal que tuviere algun sentido,

Puede un instante solo haber dudado  
 Que sean necesarias en el mundo,  
 Que de tantos peligros es fecundo,  
 Mas que al que vive ya desengañado  
 En claustros ó desiertos sepultado?

### PARTE SEGUNDA.

**S**E dice que en el mundo es imposible  
 Sustener con teson el inflexible  
 Rigor de la severa penitencia,  
 Que fuera menester mucha violencia,  
 Que este estado no es propio para el mundo,  
 Y que todo conato fuera vano;  
 Pero el primer estado es ser cristiano,  
 El débil pecador es el segundo,  
 Y el tercero por justo consiguiente  
 Debe ser el de humilde penitente.  
 Pero en el mundo santos á millones,  
 Aun habiendo nacido sobre el trono,  
 Sin hacer de este título abandono,  
 Han practicado las maceraciones,  
 Y con este ejercicio tan sagrado  
 La púrpura y el trono han ilustrado.  
 No ponian su gloria en nacer reyes,  
 En mandar un imperio, y darle leyes;  
 No era su gloria verse soberanos,  
 Sino ser penitentes y cristianos.  
 Se dice, (porque ¿qué es lo que se calla?)  
 \*



Y como el propio amor razones halla,  
 Para que el buen ejemplo no se imite,  
 Se dice: La salud no lo permite,  
 Y Dios los imposibles no pretende,  
 Antes hacerse mal también le ofende.  
 Mas su salud está tan quebrantada,  
 Que ciertamente no permita nada?  
 Y solo les permite lo que hacen,  
 Cuando todos sus gustos satisfacen?  
 El amor propio ¿no se lisonjea,  
 Y persuade lo mismo que desea?  
 Pero no obstante la salud quebrada,  
 Y á pesar de esta queja ponderada,  
 ¿No pudiera acortarse algo del sueño?  
 Y si este le parece duro empeño,  
 ¿No le fuera siquiera permitida  
 Alguna privación en la comida?  
 ¿No pudiera buscar ocupaciones,  
 Porque sus días no se pasen vanos,  
 Y aplicarse al trabajo de las manos?  
 ¿Sufrir de las anuales estaciones  
 Las necesarias incomodidades  
 Sin tantas quejas ni importunidades?  
 Además de todo esto, ¿no pudiera  
 En tanto adorno, tantas vanidades,  
 En tanta copia de superfluidades  
 Encontrar fácilmente, si quisiera,  
 Como hacer un pequeño sacrificio,  
 Destinándole á Dios y su servicio?

Dios sin duda no pide lo imposible;  
 Pero él solo severo é impasible,  
 Puede juzgar si con verdad lo era.  
 ¿Quién no se espantará si considera  
 Que el mismo que por Dios sufrir no puede,  
 Y que á sus males indolente cede,  
 Con valor esforzado y sin segundo  
 Lo sufre todo, si lo pide el mundo?  
 El puede trasnochar, pasar sin fuego  
 Los días y las noches en el juego;  
 Pero tener no puede su cordura  
 Un rato de oración ó de lectura.  
 Está en estado de pasar el día,  
 Prosiguiendo un negocio con porfía;  
 Pero nunca pudiera sin quebranto,  
 Pasar un rato en ejercicio santo.  
 No se encuentra la fuerza suficiente  
 Para ser un cristiano penitente;  
 Pero prueba con claro testimonio,  
 Poder ser penitente del demonio.  
 ¿Qué ceguedad cristianos! ¿qué locura!  
 ¿Por qué pues no corremos con ternura  
 A echarnos á los pies de Jesucristo?  
 ¿Quién dejará de hacer lo que le ha visto?  
 Si le tomo por mi único modelo,  
 Me ha prometido conducirme al cielo;  
 Mas si puedo imitarle, y no le imito,  
 Será el Juez que castigue mi delito.  
 Porque remedio no hay, todo pecado

Debe ser una vez purificado,  
 O en esta vida por la penitencia,  
 O en la otra con la llama indeficiente  
 De un fuego vengador, cuya violencia  
 Lo quema sin destruirlo eternamente.  
 No hay mas que dos caminos para el cielo,  
 Y el hombre que ha perdido su inocencia,  
 ¿Qué puede hacer sino con grande anhelo  
 Ir y abrazarse con la penitencia?  
 ¡Sí, mi Dios! yo te ofresco arrepentido  
 Un corazón humilde y compungido;  
 Es mi infiel corazón el que ha pecado,  
 Y es el que debe ser mas castigado:  
 Pues gozó de una pérfida dulzura,  
 Es justo que ahora sufra la amargura;  
 De él salieron mis gustos corrompidos,  
 Y de él deben salir mis alaridos.  
 Yo sé que eres, Señor, un Dios celoso,  
 Y todo sacrificio te es odioso,  
 Si cuando el corazón te le prepara,  
 No es él mismo la víctima y el ara.  
 ¡Ah! cuando el pecador abra los ojos,  
 Y le alumbren los tristes desengaños,  
 ¿Cuáles serán sus ansias, sus enojos,  
 De haber pasado tantos bellos años  
 En el error del mundo consumidos,  
 Para la eternidad todos perdidos?  
 ¿Y dónde estan ahora tantos años?  
 Pasaron todos, pero no sus daños;

Pasaron, y con ellos sus delitos,  
 Pero en el libro eterno estan escritos;  
 Pasaron, y con marcha muy violenta,  
 Pero les queda la terrible cuenta;  
 Se fueron como el humo vaporoso,  
 Pero falta el castigo riguroso.  
 ¡O Dios! yo le merezco, y me someto;  
 Es justo, que quien fué tan indiscreto,  
 Y con tanta insolencia te ha ultrajado,  
 Sea por tu justicia castigado;  
 Mas tu justicia es dulce é indulgente:  
 Castiga al miserable delincuente,  
 Pero te apiade su dolor profundo:  
 Castígale, Señor, en este mundo,  
 Acepta su tardía penitencia,  
 Y sea tu castigo con clemencia.  
 Mas ¿qué se pensará de pecadores,  
 Que llenos de delitos y de horrores,  
 Y con tantos motivos de afligirse,  
 Que encontrar no debieran un asilo,  
 Se les ve sosegados divertirse,  
 Con dolor quieto, con pesar tranquilo?  
 ¿Es esta penitencia, Dios eterno!  
 ¿Dónde está aquel dolor vivo é interno,  
 Que rompe el corazón, que le devora,  
 Que hierde siempre, y sin cesar implora?  
 ¿Este dolor activo que á Dios tiene  
 Por principio y por fin, y que de él viene?  
 ¿Este dolor, que universal se extiende



A cuanto á Dios disgusta, á Dios ofende?

¿Este dolor que al corazon aflige,

Y consternado al cielo se dirige,

Porque á Dios ha ofendido,

Y que su gracia mísero ha perdido,

Y que se aflige mas que se afligiera

Si en un instante súbito perdiera

El amigo ó la esposa mas querida,

La libertad, los bienes y la vida,

Y mas en fin que la muyor desgracia?

¿Cuál iguala á perder de Dios la gracia?

Bien sé, piadoso Dios, que no te ofende

Que no siempre el dolor sea sensible:

Tal vez al corazon no le es posible,

Y del alma á lo ménos no depende;

Mas siempre debe ser dolor sincero,

Un disgusto eficaz y verdadero,

Que causa continuadas pesadumbres,

Que produzca mudanza en las costumbres,

Y con una conducta sometida

Mejore todo el orden de la vida.

¿Qué es lo que un penitente,

Si es sincero, y de véras se arrepiente,

No emprende, no soporta y no practica?

¿Qué es lo que su valor no sacrifica?

Pero yo miserable, que he pecado,

¿Qué es lo que he hecho? ¿qué he sacrificado?

¿Y cómo vivo á vista de la muerte?

¿Dios piadoso, yo tiemblo de mi suerte!

Pero si no hay remedio; si el culpado

Debe llorar la mancha del pecado,

Y lavarla con dura penitencia;

Si el cielo no se gana sin violencia;

Y si el que aquí sus deudas no desquita,

Las paga con atroz pena infinita,

Yo me resuelvo, salgo del letargo:

Que el dolor mas profundo, mas amargo

Rompa mi corazon con su violencia,

Y que empiece mi santa penitencia.

¿Dios de misericordia! ¿Dios piadoso!

Yo me arrojo á tus plantas vergonzoso,

Como víctima horrible del delito;

Pero, Señor, con ánimo contrito.

Confieso que pequé loco, ignorante,

Que pequé contra tí, Jesus amante,

Que sofoqué la luz de mi conciencia,

Que abusé de tu gracia y tu paciencia,

Que he violado tu ley siempre adorable,

Que he pisado tu sangre venerable,

Que siempre injusto, siempre corrompido

Mil veces el infierno he merecido.

Cuando pasara yo toda mi vida

En lágrimas amargas sumergida;

Cuando verter pudieran mis pesares

Mas agua que caber puede en los mares;

Cuando sufriera todos los tormentos,

Y mucho mas violentos

Que los mártires santos han sufrido;

Cuando me viera todo consumido  
 Por el hierro y el fuego, esto no fuera  
 Satisfacción entera,  
 Males proporcionados  
 A la gran multitud de mis pecados.  
 Dios justo, pero dulce é indulgente,  
 ¿Qué puede hacer un pobre delincuente,  
 Sino echarse rendido entre tus brazos  
 Para formar contigo eternos lazos,  
 Para implorar humilde tus bondades,  
 Excitar con su llanto tus piedadas,  
 Y rogarte que hablandes la justicia  
 Que tanto ha merecido mi malicia?  
 Para este bien, Señor, yo te presento  
 El mérito infinito, el sufrimiento  
 De ese Hijo divino que me has dado,  
 Y todos mis delitos ha pagado;  
 Esa sangre que pródigo ha vertido,  
 Es toda mía, pues me la ha cedido;  
 Esos merecimientos que ha ganado,  
 Mios son, pues por mí los ha pasado;  
 Y pues te ofresco tan excelsos dones,  
 Con justicia te pido me perdones.  
 Ya conozco mi error, ¡error funesto!  
 Ya mis culpas confieso y las detesto.  
 ¡O Dios! te imploro á fin de que hoy asombres  
 A los ángeles mismos y á los hombres,  
 Y que ninguno pierda la esperanza,  
 Viendo que tu bondad hasta mí alcanza.

Mi llanto empieza ahora, pero espero  
 Que ha de llegar hasta mi fin postrero.

## POEMA XVII.

## LOS SUFRIMIENTOS.

## PARTE PRIMERA.

¿CÓMO es posible que ningún cristiano  
 De ideas justas y de juicio sano  
 Pueda nunca mirar los sufrimientos  
 Que nos vienen de Dios como tormentos,  
 Y que crea engañado  
 Que, porque sufre mucho, es desdichado?  
 Que el idólatra ciego así lo crea;  
 Que lo crea el gentil, que sin idea  
 De nuestra Religión solo pretende  
 Contentar sus sentidos, no sorprende;  
 Mas si un cristiano por la fe ilustrado,  
 Y que adora á su Dios crucificado,  
 De cuya Religión los fundamentos  
 Están en la paciencia y sufrimientos,  
 Si este se llama en ellos infelice,  
 Su fe abjura, y si no se contradice.



¡ Ah ! que este bello nombre de cristiano  
 En nosotros no sea un nombre vano ;  
 Que nuestro corazon tambien lo sea ,  
 Y cuando en penas miseras se vea ,  
 Que conozca su mérito y su precio ,  
 Y las reciba con el justo aprecio .  
 Si somos pecadores , con las penas ,  
 El Señor que está siempre á nuestro lado ,  
 Nos hace conocer nuestro pecado ,  
 Y rompemos tal vez nuestras cadenas .  
 En todo tiempo las adversidades  
 A los hombres han hecho el buen oficio  
 De mostrarles el duro precipicio  
 A que los llevan las felicidades .  
 Mientras el pecador vive en el seno  
 De la prosperidad siempre funesta ,  
 Turbada su razon , no está dispuesta  
 A buscar ni lo justo ni lo bueno .  
 ¿ Quién en sus gustos puede sujetarla ?  
 ¿ Quién podrá en sus desvíos corregirle  
 Si se olvida de Dios para servirle ,  
 Y de su alma tambien para salvarla ?  
 Una tropa de objetos agradables  
 Ocupan su atencion , y la desvian  
 De todos los objetos que podrian  
 Despertarle de sueños tan amables ;  
 Sus ojos se detienen solamente  
 En los objetos que impetuoso busca ,  
 En todos los demas ciego se ofusca ,

Y cerrados estan perpetuamente ;  
 Así no advierte su delirio loco ,  
 No le conoce , ó le conoce poco ;  
 Si tal vez una idea se despierta ,  
 Como esta idea su placer amarga ,  
 Y que solo el placer su pecho embarga ,  
 Corre á cerrarle rápido la puerta .  
 ¿ Y qué pueden hacer en tantos males  
 Ideas vagas y superficiales ,  
 Que se disipan presto y no producen ?  
 ¿ Ideas tan oscuras y confusas ,  
 Que no esclarecen porque apenas lucen ?  
 ¿ Ideas tan torcidas , tan obtusas ,  
 Que dando á los objetos sus colores ,  
 Engañan con mentidos resplandores ?  
 ¿ Ideas tan inquietas é importunas ,  
 Que si por dicha algunas  
 A su pesar el alma se presenta ,  
 Las arroja veloz y las ahuyenta ?  
 En fin , ideas flojas , perezosas ,  
 Que de ordinario son muy infructuosas .  
 Pero entónces ¿ qué medios son capaces  
 De hacer estas ideas eficaces ?  
 Que vengán los pesares y aflicciones ,  
 Que con sus duras puntas y agujijones  
 El corazon aflijan , y al instante  
 Todas las cosas mudan de semblante .  
 Por alejar empieza desde luego  
 Esos objetos que le tienen ciego .

El triste pecador sin su presencia  
 Echa una vista vaga á su conciencia,  
 La mira como un caos confundido,  
 Y semejante al hombre que ha salido  
 De un profundo letargo, abre los ojos,  
 Y mira con sorpresa y con enojos  
 El espantoso horrible precipicio,  
 A cuyo borde le tenia el vicio.  
 Ya no son las ideas tan fugaces:  
 La eternidad terrible se presenta  
 Con sus armas, que son tan eficaces  
 Desde que la razon las mira atenta;  
 La fe que parecia fallecida,  
 Resucita y adquiere nueva vida;  
 Y la gracia encontrando con la puerta  
 Del corazon indócil que está abierta,  
 Pues entraron en él las aflicciones,  
 Encienden las antorchas, los blandones  
 Por el cielo á los hombres concedidos,  
 Y que ya parecian extinguidos.  
 El pecador entónces alumbrado  
 Con tanta luz, conoce la injusticia,  
 La vergüenza, el oprobio, la malicia,  
 Toda la enormidad de su pecado.  
 ¡Qué ejemplos no tenemos repetidos  
 En David, Manasés, y en otros tantos,  
 Que malos eran, y se hicieron santos,  
 Porque por Dios se vieron afligidos?  
 Pero el conocimiento no es bastante,

Es menester tambien que lo deteste,  
 Que lo abandone y deje, aunque le cueste.  
 ¡Ah! prosigue tu obra, Dios amante:  
 Aflige al pecador que está obstinado,  
 Y le verás, contrito y humillado,  
 Venir entre tus brazos á acogerse,  
 Como el tímido niño que aterrado  
 En el seno materno va á esconderse.  
 Este es, dice Agustin, el adorable  
 Misterio con que obscura, impenetrable  
 Sabe de Dios la excelsa providencia  
 A los hombres llamar á penitencia;  
 Pues Dios, dice este Padre, nos envia  
 Por su bondad reveses algun dia;  
 Pero á veces dilata la venganza,  
 Y se aumenta el castigo en la tardanza.  
 Porque así como en Dios se considera  
 Una bondad sin aire de severa,  
 Pero que solo por salvar castiga,  
 Hay tambien un rigor que se mitiga,  
 Que parece á los ojos indulgencia,  
 Pero que el golpe da con mas violencia;  
 Y nunca muestra mas á los mortales  
 Esta piedad tan dulce, aunque severa,  
 Que cuando entre las penas y los males  
 Les hace hallar la senda verdadera;  
 Cuando piadoso al hombre ha contristado,  
 Y le hace renunciar á su pecado.  
 El dia llegará que lo veamos,



Que su amante piedad reconozcamos,  
Y entónces á estas tristes aficciones  
Llamarémos amor y bendiciones.

### PARTE SEGUNDA.

**P**ECADOR afligido y miserable,  
Que en tus penas estas inconsolable,  
Tú te quejas de ver correr tus dias  
En las cruces, las ansias y agonías;  
De no hallar mas que afan y que amargura  
En el mundo, una pérfida dulzura,  
Falsos amigos, alevosos tratos,  
Hombres injustos, frívolos é ingratos;  
De no hallar en la senda en que caminas,  
Mas que muchos abrojos con espinas:  
Tú lloras triste y de llorar no dejas,  
De tus labios no salen mas que quejas.  
Es verdad que son grandes tus reveses,  
¿Mas cuándo entenderás tus intereses?  
¿Cuándo conocerás la sabia mano,  
Que con impulso oculto y soberano,  
Movido de su amor, dulce te hiere,  
Porque á su reino conducirte quiere?  
Sí, feliz pecador, preciso era  
Que compasivo Dios contigo hiciera  
Lo que hizo con Tobías: fué cegarle,  
Para poder despues la vista darle;  
Con Saulo, á quien su mano dulce y santa

Echa por tierra, y luego le levanta;  
Y con Lázaro en fin, que precipita  
En la tumba, y despues le resucita.

Al cielo ¿qué otro medio le ha quedado  
Para sacarte de tu mal estado?  
Tú habias apurado cuantos medios  
Nos da la Providencia por remedios:  
Inspiraciones santas, pensamientos,  
Vivos del corazon remordimientos,  
Ejemplos y consejos saludables,  
Y cuantos medios son imaginables,  
Todos han sido usados por el cielo,  
Que en salvarte trabaja con anhelo;  
Pero inútiles todos los hiciste,  
Porque siempre á la gracia resististe,  
Y en sus tesoros Dios ya no tenia  
Mas que las duras puntas que te envia.  
¿Quisieras pues que Dios te abandonara,  
Y que en tus propias manos te dejara,  
Cuando ya cerca estás del precipicio?  
¿Quisieras que la víctima engordara,  
Para que consumara el sacrificio?  
No, Dios mio: destruye, corta, hiere;  
Esos rigores mí razon prefiere,  
Y esa indulgencia triste y aparente  
Seria la señal mas evidente  
De tus enojos, como la amargura  
Es la prueba mejor de tu ternura.  
¿Cuántos habrá que fueron pecadores,

Que hoy habitan el cielo venturosos,  
 Que no deben el verse tan dichosos  
 Sino á estas aflicciones y rigores,  
 Y que nunca lloraron sus pecados,  
 Sino cuando se vieron desdichados?  
 ¿Cuántos en el infierno sumergidos  
 Hoy gozarán del cielo las delicias,  
 Si en lugar de riquezas y caricias,  
 Se hubieran visto pobres y oprimidos?  
 ¿Y cuántos santos hoy pueblan el cielo,  
 Que fueran miserables reprobados,  
 Si con gloria y placeres continuados  
 No hubieran conocido el desconsuelo?  
 Cuando las penas á los hombres guian,  
 Otra grande ventaja tambien tienen,  
 Y es que al pecado luego lo detienen,  
 Y que despues con su rigor lo expian.  
 El Espíritu Santo lo asegura,  
 Cuando dice que el tiempo de amargura,  
 Es el tiempo tambien de la indulgencia,  
 El tiempo de perdon por excelencia.  
 En el órden de Dios y su justicia  
 Tiene cada pecado su malicia,  
 Y cada cual tambien tiene su pena:  
 El cielo á soportarla le condena,  
 O en esta vida con dolor paciente,  
 O en la otra para siempre eternamente.  
 Así es la diferencia incomprensible:  
 En esta vida corta y transitoria

Es la pena ligera y meritoria,  
 Pero en la otra es eterna é inflexible.  
 Mira pues, pecador, que tanto lloras  
 Penas ligeras y de pocas horas,  
 Cuántas debes á Dios gracias sinceras  
 Por un cambio que te es tan ventajoso:  
 Un suplicio sin fin tan horroroso  
 Por pocas aflicciones y ligeras;  
 El golpe vengador de un brazo eterno,  
 Que te hiere feroz para matarte,  
 O el blando golpe del amor paterno,  
 Que te amenaza para libertarte.  
 Mira de la razon cuanto te alejas,  
 Si en vez de darle gracias le das quejas.  
 Tú sufres, pecador; ¿pero padeces  
 Mas allá de lo mucho que mereces?  
 El fuego de la fiebre te devora,  
 No descansas un dia ni una hora;  
 ¿Mas piensas que ese fuego es tan violento  
 Como el fuego que sirve de tormento  
 En el infierno al que cayó en su abismo,  
 Y donde estar debieras ya tú mismo?  
 Eres pobre: del cielo la clemencia  
 Te reduce á la mísera indigencia;  
 ¿Mas crees que tu destino desdichado  
 Lo sea tanto como el reprobado,  
 Que no tiene mas bienes ni mas lecho  
 Que su rabia, su furia y su despecho?  
 Echa la vista á todas las regiones,



Y dí: ¡ Si en todo lo que á ver alcanzas  
Hay tormentos, afanes y aficciones,  
Que puedan compararse á estas venganzas?

Caigamos pues en tierra, y abracemos  
Esta cruz de que tanto nos dolemos;  
Besemos esa mano que nos hiere,  
Que nos avisa, y que salvarnos quiere,  
Adoremos un Dios que está despierto,  
Pero que tiene el corazon abierto,  
Que le amenaza, y el castigo emplea;  
Mas que siempre benigno é indulgente  
Pronto está á recibir al penitente,  
Porque salvar al pecador desea.

## POEMA XVIII.

## LA CONCIENCIA.

## PARTE PRIMERA.

**E**n este mundo tan oscuro y vario  
Conocimiento no hay tan necesario,  
Como el conocimiento de sí mismo.  
El corazon del hombre es un abismo;  
Conocerle pues bien, y su conciencia,

Es lo que importa mas á su existencia,  
Pues de él depende la virtud ó el vicio,  
La rectitud ó falsedad del juicio.

La conciencia del hombre puede hallarse  
En cuatro situaciones diferentes,  
Y debe con cuidado examinarse  
Para huir de peligros inminentes:  
O es conciencia derecha, y es divina;  
O es dudosa, que no se determina;  
O errónea, que procede alucinada;  
O ciega en fin, que va precipitada.  
Si estas cuatro conciencias examina,  
Podrá hallar cada cual lo que es ahora,  
Y lo que debe hacer por su mejora.

La conciencia derecha es el juicio  
De la recta razon, la luz que muestra  
Lo que distingue á la virtud del vicio;  
Una voz interior, eficaz maestra,  
Que enseña lo que es malo y lo que es bueno,  
Lo que la ley permite, y lo que veda;  
Con la cual toda accion hace sereno,  
Porque ninguna duda no le queda.

Es la voz con que Dios se explica al hombre  
Y que nos habla en su divino nombre;  
Un rayo celestial, que al mortal rigo,  
Que le alumbra en su marcha, y le dirige:  
Tal es en general nuestra conciencia,  
Mientras el hombre guarda su inocencia,  
Y se conserva de la misma suerte.

Y dí: ¡ Si en todo lo que á ver alcanzas  
Hay tormentos, afanes y aficciones,  
Que puedan compararse á estas venganzas?

Caigamos pues en tierra, y abracemos  
Esta cruz de que tanto nos dolemos;  
Besemos esa mano que nos hiere,  
Que nos avisa, y que salvarnos quiere,  
Adoremos un Dios que está despierto,  
Pero que tiene el corazon abierto,  
Que le amenaza, y el castigo emplea;  
Mas que siempre benigno é indulgente  
Pronto está á recibir al penitente,  
Porque salvar al pecador desea.

## POEMA XVIII.

## LA CONCIENCIA.

## PARTE PRIMERA.

**E**n este mundo tan oscuro y vario  
Conocimiento no hay tan necesario,  
Como el conocimiento de sí mismo.  
El corazon del hombre es un abismo;  
Conocerle pues bien, y su conciencia,

Es lo que importa mas á su existencia,  
Pues de él depende la virtud ó el vicio,  
La rectitud ó falsedad del juicio.

La conciencia del hombre puede hallarse  
En cuatro situaciones diferentes,  
Y debe con cuidado examinarse  
Para huir de peligros inminentes:  
O es conciencia derecha, y es divina;  
O es dudosa, que no se determina;  
O errónea, que procede alucinada;  
O ciega en fin, que va precipitada.  
Si estas cuatro conciencias examina,  
Podrá hallar cada cual lo que es ahora,  
Y lo que debe hacer por su mejora.

La conciencia derecha es el juicio  
De la recta razon, la luz que muestra  
Lo que distingue á la virtud del vicio;  
Una voz interior, eficaz maestra,  
Que enseña lo que es malo y lo que es bueno,  
Lo que la ley permite, y lo que veda;  
Con la cual toda accion hace sereno,  
Porque ninguna duda no le queda.

Es la voz con que Dios se explica al hombre  
Y que nos habla en su divino nombre;  
Un rayo celestial, que al mortal rigo,  
Que le alumbra en su marcha, y le dirige:  
Tal es en general nuestra conciencia,  
Mientras el hombre guarda su inocencia,  
Y se conserva de la misma suerte.



Hasta que la malicia le pervierte.

Mas la conciencia de los pecadores

Es un espejo fiel, que representa

Sus pecados, sus vicios, sus horrores,

Y con un triste afan se los presenta;

Es un libro divino incorruptible,

En que sabe grabar mano invisible

Los pecados que miseros hacemos,

Al mismo tiempo que los cometemos;

Un tribunal secreto, que se erige

Dentro del corazon, y al alma rige,

Tribunal, en que el triste que ha pecado,

En el instante mismo está citado,

Y halla en él un testigo irrecusable;

El testigo es el mismo miserable,

Qué léjos de poder hallar excusa,

Es él mismo el primero que se acusa.

Dios ha dado á los hombres la conciencia

Naturalmente recta, el juicio sano;

Y mientras le gobierna la influencia

De este farol divino y soberano,

No se puede perder en el camino,

Ni temer debe la menor desgracia;

La conciencia ayudada de la gracia

Le lleva sin errar á su destino.

La conciencia dudosa es la que se halla

Como en una balanza suspendida;

Ignora si tal cosa es permitida,

Y lucha en sí con interior batalla:

Por una y otra parte ve razones,

Que la causan contrarias impresiones;

Pero no ve ninguna, cuyo peso

Incline la balanza con exceso:

En una fluctuacion tan absoluta

Queda indecisa, se halla irresoluta,

Sin que pueda jamas determinarse,

Por temor de pecar y de engañarse.

Jamas es permitido obrar con duda,

Y si alguno la tiene, es fuerza acuda

A buscar de la duda el vencimiento;

Pero si debe obrar en el momento,

Si hallar no puede tiempo para instruirse,

Y es fuerza en el instante decidirse,

Entónces examina, considera,

Mirando á Dios con intencion sincera,

Lo que en aquella situacion urgente

Le parece mas justo y conveniente,

Y se decide á obrar, mas con protesta

De que despues, estando bien impuesta,

Se enmendará, si en algo se ha excedido.

Con intencion tan recta dirigido,

Y corrigiendo aquello en que se excede,

Si se pudo engañar, pecar no puede.

La tímida conciencia ó timorata

Es la del hombre, que constante trata,

No solo de cumplir toda justicia,

Y evitar del pecado la malicia,

Mas le ve con horror; pues que le asombra

El peligro menor, la menor sombra,  
Del pecado una mínima apariencia:  
¡O qué dichosa que es esta conciencia!

Hay conciencias que son escrupulosas;  
Que siempre inciertas, siempre temerosas,  
De inquietudes y sustos estan llenas;  
Se crian dudas, y se forjan penas  
Sin ningun razonable fundamento.

Este es para las almas gran tormento:  
Los escrúpulos son furias adversas,  
Y vienen de tres causas muy diversas:  
O los envia Dios para probarnos,  
Y debemos humildes sujetarnos,  
Aceptandolos todos con paciencia;  
O vienen del demonio y su influencia,  
Y al momento debemos apartarnos;  
O de nuestro carácter inconstante,  
Que inquieto, receloso y vacilante,  
No nos permite de la regla asirnos,  
Y entónces es preciso confundirnos.

Mas tengan el principio que tuvieren,  
Y vengan de la causa que vinieren,  
El consejo mas sabio y mas prudente,  
El que se puede dar únicamente  
Al que sufre tan mísera dolencia,  
Es rendirse á una dócil obediencia,  
Recomendarles sumision entera,  
Y no juzgar por sí; de otra manera  
Sufrirán una especie de martirio,

Y se podrá aumentar este delirio  
Hasta el peligro de descaminarse,  
Y quizá de perderse y descarriarse.

Si la conciencia en puntos de importancia  
Juzga de los objetos con falencia,  
Y sigue el parecer de su ignorancia,  
Entónces es errónea esta conciencia.

La conciencia dudosa está parada,  
La duda la detiene, y la hace incierta;  
Pero la errónea aunque se juzga cierta,  
Pierde la senda, y va descaminada:  
Su error puede tal vez ser excusable,  
Mas tambien ser pudiera muy culpable.

Muy culpable conciencia es la que tiene  
Penas y dudas, y á buscar no viene  
Medios de instruirse bien y de enterarse,  
Para ponerse en regla y enmendarse;  
Excusable será si no ha tenido  
Motivos que á dudar la hayan movido.

Un heredero goza de una herencia,  
Que le dejaron sus antepasados;  
Aunque fueran por ellos mal ganados,  
Como él lo ignora, puede su conciencia  
Guardar la posesion con inocencia.

Mas si despues conocimiento adquiere  
De que en la adquisicion hubo injusticia,  
Ya no puede guardarlos sin malicia;  
Y si los guarda su conciencia hiere,  
Porque ya debe instruirse francamente;



Su conciencia es errónea y delincuente,  
 Su ignorancia es ya libre y voluntaria,  
 Y á la recta conciencia muy contraria.

Cuando el hombre no ciego, no ignorante,  
 Sino con vista clara y despejada,

Conociendo el error, marcha adelante,  
 Ya es entonces conciencia depravada;

Ya es corazón viciado, corrompido,  
 A su infame pasión prostituido;

Culpado, delincuente, detestable,  
 Y á los ojos de Dios abominable.

Este estado es fatal, el mas funesto  
 En que el hombre infeliz puede estar puesto,

Porque el que empieza así á descaminarse,  
 Debe por consecuencia abandonarse

A males, á pecados infinitos,  
 A todos los horrores y delitos;

Su espíritu se ciega, se entorpece;  
 Su corazón se seca, se endurece;

Y si Dios no le saca de este estado,  
 En el camino está de reprobado.

Aquel que estas conciencias considera,  
 Verá que solo es buena la primera,

Esto es, la que es derecha y está sana:  
 Como del mismo Dios su luz emana,

Nos produce divinas impresiones,  
 Y ejerce en nuestras almas sus funciones;

Ella nos ilumina, nos reprende,  
 Nos juzga, nos castiga, ó nos defiende.

Ilumina, porque es la primer regla,  
 Que todas las acciones nos arregla;  
 Es nuestro buen amigo, nuestra guía,  
 Que nos tiene perpetua compañía.  
 En las sendas del cielo numerosas  
 Hay sendas bien derechas y seguras;  
 Mas las hay diagonales, hay oscuras,  
 Y no pocas oblicuas y tortuosas:  
 Se pretende que al cielo todas guían,  
 Pero muchas engañan, y extravían.

### PARTE SEGUNDA.

**A** la recta conciencia pertenece,  
 Discernir cada cual según merece.  
 Es el farol brillante que nos luce,  
 Y por la buena senda nos conduce;  
 Es la regla derecha que nos rige,  
 La nube celestial que nos dirige,  
 Nos muestra los estorbos su luz pura,  
 Los quita, y nuestros pasos asegura;  
 Ella preside á nuestros pensamientos,  
 Y regula por fin los sentimientos.

Como su luz divina es inmutable,  
 Y nos gobierna clara aunque invisible,  
 Es en sus decisiones invariable,  
 Y en todos sus decretos inflexible;  
 Jamas sabe aflojar, no disimula,  
 No sabe acomodarse, nunca adula,

Ni jamas se permite su constancia  
 Prestarse al tiempo ó á la circunstancia ;  
 Jamas temperamento, ni flaqueza  
 Que favorezca á la naturaleza,  
 Con la ley en la mano siempre austera,  
 Su expresion es tambien siempre sincera.  
 Feliz el alma que su voz escucha :  
 Feliz el hombre, que en la interna lucha  
 En que combaten vivas sus pasiones,  
 Se somete á sus justas decisiones,  
 Y no se aleja de su estrecha senda ;  
 Infeliz quien con ella está en contienda,  
 Y la obliga á que á veces se constrieste ;  
 Mas infeliz que el que á su luz resiste.  
 Cuando nuestra conciencia está serena,  
 Y delante de Dios parece buena,  
 Dios está con nosotros ciertamente.  
 Si el mundo te creyera delincuente,  
 Y todos te acusaran con violencia,  
 Desde que no te acusa tu conciencia,  
 No se puede alterar tu dulce calma,  
 Y puedes disfrutar la paz del alma ;  
 Pues viendolo á la luz de la evidencia,  
 No es otra cosa el hombre ciertamente,  
 Que lo que juzga la divina mente :  
 Así en esta opinion no te seduces,  
 Pues el Señor nos juzga únicamente  
 Segun nuestra conciencia y nuestras luces.  
 Nos reprende tambien con mucha fuerza ;

No hay conciencia en el mundo que se tuerza ;  
 Jamas cómplice fué de los delitos,  
 Antes con muchas voces, muchos gritos  
 Todos los abomina, los reprueba,  
 Y sentimientos de amargura prueba.  
 Desde que se extravia el albedrío,  
 O que cerca está ya del extravío,  
 La voz de la conciencia está á la puerta  
 De nuestro corazon, la encuentra abierta,  
 Y le grita de parte de Dios mismo :  
 A despeñarte vas en un abismo.  
 No te es lícito, no, te está vedado  
 Acabar esa accion que has empezado :  
 Rompe con amistad tan poco honesta :  
 Deten esa palabra descompuesta :  
 Arroja tan indigno pensamiento :  
 Calma de ese furor el movimiento :  
 No leas ese libro peligroso :  
 No veas ese amigo sospechoso :  
 Huye de ese paseo, de esa fiesta :  
 Huye de esa ocasion que te es funesta :  
 Ese pleito es injusto y temerario :  
 Ese contrato es vil, es usurario :  
 Esas galas ó muchas ó indecentes ;  
 Y si á pesar de avisos tan prudentes  
 Tu pasion no se para y va adelante,  
 La conciencia te grita en el instante  
 Con voz que manifiesta su despecho :  
 ¿ Qué hiciste, infeliz ? ¿ qué es lo que has hecho ?



Tú pecaste: á tu Dios has ofendido,  
 Traspasaste su ley, y ya has caído  
 En su cólera horrible; tu malicia  
 Va á sufrir el rigor de su justicia.  
 Peca David, y en el momento el grito  
 Oye del corazon, que su delito  
 Le muestra siempre á sus turbados ojos.  
 Pequé, dice, ¡ infeliz! y mi pecado  
 Siempre y por siempre contra mí está armado.  
 Apenas Cain mira los despojos  
 De su infeliz hermano, cuando siente  
 Tanto horror de su mano delincuente,  
 Que pronuncia, á pesar de sus enojos:  
 Mi iniquidad es grande, y la venganza  
 Es sin duda mayor que mi esperanza.  
 Hasta el pérfido Júdas ha entendido  
 El grito de la sangre que ha vendido:  
 Pequé, dice el traïdor, y no reposa;  
 Pequé vendiendo sangre tan preciosa.  
 Este es efecto de la Providencia:  
 El pecador da cuenta á su conciencia,  
 Y el mal que él hace, de ella no depende;  
 Al contrario, le acusa; le reprende:  
 Tente, le dice, en medio de su vicio;  
 Resbalándote vas al precipicio;  
 La ley eso que quieres te prohíbe,  
 Y con pena de muerte te apercibe;  
 Ya Dios te mira con aspecto airado.  
 Nunca cayera el hombre en el pecado,

Si no opusiera fuerte resistencia  
 A la voz interior de la conciencia.  
 Ella nos juzga, pues al mismo instante  
 Que el pecador, que estaba vacilante,  
 Se arroja temerario en el pecado,  
 Tú pecaste, le dice, ya el infierno  
 Ha preparado tu lugar eterno,  
 En que sin fin padezcas reprobado:  
 Dios es quien la sentencia ha pronunciado.  
 La conciencia le sirve de instrumento,  
 Mas el juez soberano es quien la excita  
 A que el fatal decreto le repita;  
 Su propio corazon le ha condenado:  
 El conoce y detesta su pecado,  
 Confesando que es reo, que es culpable,  
 ¡ Juicio terrible! ¡ juicio inexorable  
 Y sin apelacion! cuya sentencia  
 Solo puede atajar la penitencia.  
 ¡ Ah! que es triste caer en un abismo  
 Y hallarse condenado por sí mismo  
 Sin poder alegar ninguna excusa.  
 Mas ¡ cuál ha de alegar cuando se acusa,  
 Cuando su corazon trae consigo  
 Su acusador, su juez y su testigo?  
 Desde que ya ha juzgado, ella se venga:  
 No hay nada que su cólera detenga;  
 Se diria que Dios la ha confiado  
 La pena y el castigo del pecado;  
 Que ha puesto entre sus manos la justicia,

Para que haga sufrir á la malicia,  
 Y que ministro suyo é inexorable  
 Le castiga severo é implacable.  
 ¡ Ah! ; con cuánto rigor, por cuántos modos  
 Esta dura funcion ejerce en todos!  
 Ya con remordimientos, que voraces  
 Rompen el corazon siempre tenaces  
 Con sus duros punzantes torcedores;  
 Ya con crueles gusanos roedores,  
 Que con activas incesantes sañas  
 Del pecador destrozan las entrañas;  
 Ya con la idea que feroz los sigue,  
 Con el susto que siempre los persigue;  
 Con el miedo, el espanto, los terrores,  
 Con el despecho en fin, y los furores.  
 Si alguna enfermedad les sobreviene,  
 Tambien con ella el sobresalto viene,  
 Y con viva inquietud los amedrenta,  
 Pues la muerte á los ojos les presenta.  
 Si truena, si la tierra se estremece,  
 Al menor accidente que aparece,  
 Ya se imaginan que su Dios airado  
 Tiene el brazo contra ellos levantado,  
 Y huyen con pasos trémulos é inciertos,  
 Porque creen los abismos entreabiertos.  
 Cuando Dios sus justicias ejercita  
 Dentro del pecador, no necesita  
 De otro verdugo mas inexorable,  
 De vengador mas duro é indomable

Que el mismo torcedor de la conciencia,  
 Que se turba y agita con violencia,  
 ¿ Qué mas necesitó para el castigo  
 Del infeliz David, que ser testigo,  
 Con mortales y tristes agonías,  
 Del espectro sangriento con que Urías  
 En todas partes tan tenaz le sigue?  
 Y ¿ qué hubo menester cuando persigue  
 Al impío Baltasar, y le condena,  
 Sino un brazo invisible, que la pena  
 En las paredes de repente graba?  
 Y Antioco ¿ qué mas necesitaba  
 Que la imágen horrible de aquel templo,  
 Que impío profanó con mal ejemplo?  
 Sus tristes corazones padecian  
 Con los recuerdos que los remordian,  
 Y sola la memoria de sus vicios  
 Hacia sus infiernos y suplicios.  
 Bien sé que hay pecadores insensibles,  
 Que en medio de desórdenes terribles  
 Gozan de falsa paz; pero ¿ qué es esto  
 Sino hallarse en estado mas funesto,  
 En situacion peor que no la muerte,  
 Estar completa su infelice suerte,  
 Verse de Dios dejados y malditos,  
 Empezarse á mirar como prescitos,  
 Y de la gracia en fin abandonados,  
 El carácter tener de reprobados?  
 Escucha pues la voz de tu conciencia,



Y tiembla del rigor de su sentencia;  
 Aplaca los clamores y los gritos  
 Que dan contra nosotros los delitos.  
 De este modo podrás vivir en calma,  
 Y en la vida gustar la paz del alma.

## POEMA XIX.

## LA CARIDAD.

## PARTE PRIMERA.

**L**a caridad ó la beneficencia  
 Es la virtud de Dios por excelencia:  
 Virtud tan superior y tan divina,  
 Que á las demas virtudes predomina:  
 La que mayores méritos acopia,  
 De nuestra Religion la virtud propia,  
 La que mas al mortal immortaliza,  
 La que al cristiano mas caracteriza,  
 La basa que á las otras las sostiene,  
 La que todo su espíritu contiene,  
 De un corazon honrado el ornamento,  
 La que mas nos eleva el pensamiento;  
 Virtud en fin, para que no lo dudes,

Que es la reina de todas las virtudes.  
 ¡O caridad! ¡quién puede definirte!  
 ¡Quién alcanza á elogiarte y describirte,  
 Virtud amable, que con nobles dones  
 Enlazas los humanos corazones;  
 Encanto dulce de las sociedades,  
 Pues haces, derramando tus bondades  
 Con una mano abierta y extendida,  
 La dulzura y delicias de la vida?  
 Virtud sublime, pues que nos elevas,  
 Y á la eterna mansion de Dios nos llevas,  
 Donde tu mano franca y dilatada  
 Abre segura la celeste entrada,  
 Al corazon de Dios llegan tus artes,  
 Pues Dios recoge lo que tú repartes.  
 Virtud consoladora, que complaces  
 Y recibes mas bienes de los que haces,  
 Pues con tu liberal misericordia  
 A un corazon amante satisfaces,  
 A bienes inmortales nos conduces  
 Y gozas de la paz y la concordia,  
 Que tú misma benéfica produces.  
 Virtud fecunda, que las otras cria,  
 De todas el espíritu y la guia,  
 Como que todas viven de tu aliento,  
 Y reciben de tí ser y fomento:  
 Abundante semilla, que prospera:  
 Alma de todas, pues la ley entera,  
 Cuando á tu empleo dulce te abandonas,



No solo cumples, sino perfeccionas.

Virtud celeste, que con alto vuelo

A nosotros veniste desde el cielo,

Y que al cielo tambien nos encaminas,

Tú que un lugar excelso nos destinas,

Que tratas como ya tu ciudadano

Al que te sirve con abierta mano,

Y en medio del placer que le procuras,

Su posesion eterna le aseguras.

¡O virtud soberana y adorable!

¡Cuánto eres útil, cuánto indispensable

Para aquel que tomar no quiere en vano

El respetable nombre de cristiano!

Para aquel que virtudes atesora,

Porque la ley del Evangelio adora;

Y que teniendo en Dios los ojos fijos,

Aspira á ser contado entre sus hijos.

La caridad anima á la esperanza:

Ella todos los méritos alcanza,

Y da pruebas de vida su ejercicio;

Mas su falta, de muerte es un indicio,

Y si algunas señales son fatales,

Esta es la más fatal de las señales.

Por eso ¿qué no han dicho? ¿cómo hablaron

Los apóstoles todos, que ensalzaron

Esta noble virtud? ¿qué no dijeron

Cuando hacer sus elogios pretendieron?

¿Con cuánto esmero la han recomendado?

¿Con qué fidelidad la han practicado?

¿Cómo el Apóstol joven y querido,

Entre todos los otros preferido,

Con dulces y sensibles efusiones

Inflama los cristianos corazones?

Amaos unos á otros, les decia;

Y ya San Pablo desahogado habia

Con el mismo conato, el mismo anhelo,

Todo el ardor de su fogoso celo.

Ayudaos, les dice, entre vosotros,

Servios mutuamente unos á otros;

Y por esto los fieles primitivos

Fueron tan tiernos, tan caritativos,

Que de amor compitiéndose la palma,

Fueron un corazón, fueron una alma.

El mismo Jesucristo nos intima

Que es suyo y peculiar este precepto:

Da nombre al que le sigue de su afecto,

Y hace con esto ver cuánto le estima.

Tambien dice que es nuevo este mandato,

Mandato digno de la nueva alianza.

Es verdad que la mutua confianza,

Y de la caridad el dulce trato

Todos los siglos en el mundo han visto,

Así puede decirse que es anciana;

Pero la santa caridad cristiana,

Y segun la ha mandado Jesucristo,

Es un precepto nuevo y sublimado,

Porque su amor divino le ha elevado

A tal grado de ardor y de fineza.



Que nunca ha visto la naturaleza.

La dulce caridad de su doctrina

Es tan nueva virtud como divina.

Lo es por su santo Autor, pues Jesucristo

Es quien la enseña, como ya se ha visto;

Es él mismo quien la ha recomendado,

Y como su precepto nos la ha dado:

Lo es por su objeto, porque ¿á quien tenemos

A la vista, si al pobre socorremos?

¿No es Jesucristo á quien nos dirigimos?

¿No es él á quien amamos y servimos?

El nos dijo: Quien por los míos hace,

Lo hace por mí, mi amor lo satisface.

¿Qué consuelo, Dios santo! ¿qué alegría

Saber que el menor bien que mi amor haga,

Jesucristo lo acepta y me lo paga!

¿Y cuándo el mundo presentar podía

Motivo tan urgente y soberano,

Para obligar al hombre á abrir la mano?

Pero hay mas: Jesucristo es el dechado,

Que se propone para ejemplo nuestro,

Y debe ser también nuestro Maestro;

Y pues nos tuvo amor tan extremado,

No basta amar, y debe nuestro celo,

Por imitar tan superior modelo,

Amar los otros hombres por los modos

Con que nos supo Cristo amar á todos.

En fin, virtud es nueva y amorosa.

La tradicion judía rigurosa,

Que amar á los amigos prescribía,

Odiar al enemigo permitía;

Pero el Legislador de los cristianos

Dice con sentimientos mas humanos:

Amarás como es justo á tus amigos,

Y yo te mando amar tus enemigos;

Porque hijo de tu Dios así parezcas,

Y tan sublime título merezcas.

Dios, siempre liberal y siempre amable,

Con amor siempre vivo, siempre estable

Da sus bienes, reparte sus favores

Entre los justos y los pecadores;

Sobre los unos y los otros llueve,

Y hace que luminoso el sol se eleve,

Dando dias tranquilos y serenos

Igualmente á los malos que á los buenos.

Así la caridad enardecida

Es la hija del cielo mas querida,

Y como bien tan grande al mundo hace,

Del corazon de Dios gloriosa nace.

Aquel en cuyo pecho fiel preside,

En el seno de Dios feliz reside;

Cubre la iniquidad de su pecado,

Y una vez que en su llama está abrasado,

En méritos y gracias va creciendo,

Virtudes á virtudes añadiendo.

La Religion la ve con tanto aprecio,

Que sin ella á las otras no da precio;

Toda virtud con ella es estimada;



Y sin ella las otras no son nada,  
 Es el carácter propio y soberano  
 Del discípulo fiel, del buen cristiano;  
 Vivo está el que en su pecho la mantiene,  
 Y muerto el infeliz que no la tiene.  
 Si pudieras hacer actos grandiosos,  
 Hechos extraordinarios, portentosos,  
 Lo que nunca el ingenio ha imaginado,  
 Transportar las montañas á otro lado,  
 Abandonar el cuerpo á los tormentos,  
 Sufrir los mas tiranos tratamientos,  
 Sin que tu corazon se desfallezca,  
 En fin, cuanto á la idea se te ofrezca;  
 Si en tí la caridad no encuentra entrada,  
 A los ojos de Dios no serás nada,  
 O si ser algo tu desdicha alcanza,  
 Blanco serás de su inmortal venganza.  
 ¡O soberano Dios! ¡Dios de clemencia,  
 De quien la caridad es propia esencia!  
 Muéstranos á los ojos un modelo,  
 Que pueda despertarnos nuestro celo.  
 Divina caridad, virtud sublime,  
 Ven á mi corazon, y haz que se anime  
 Con ese fuego que en el alma enciendes;  
 Pues que naces de Dios, de Dios descendes  
 A inundar los humanos corazones.  
 Si á tí pueden llegar mis oraciones,  
 Responde ¡dónde estas! dime ¡quién eres?  
 Muéstrame tus sagrados caracteres.

## PARTE SEGUNDA.

¡A x Dios! que ya los veo en un dechado  
 Con tu divina sangre dibujado:  
 Los veo en esa cruz en que te ofreces,  
 En los tormentos que por mí padeces.  
 Amable Redentor, tú me la enseñas,  
 Tú me muestras de amor todas las señas:  
 Abrásame en su llama, tu obra acaba,  
 Y esa leccion divina en mi alma graba.

La caridad es un afecto vivo,  
 Mas sobrenatural es su motivo;  
 No la basta el amar, es necesario  
 Que ame solo por Dios, de lo contrario  
 Naturales serian sus afectos,  
 Llenos de vicios, llenos de defectos.  
 Tal vez amamos á uno, porque tiene  
 Un carácter ó humor que nos conviene,  
 Que nos alhaga, nos divierte y place,  
 Porque nos hace bien ó nos complace;  
 Mas esto no es amar como cristianos,  
 Porque así tambien aman los paganos,  
 Y los que son de Cristo imitadores  
 Tener deben motivos superiores.  
 Hay en el mundo muchas simpatías,  
 Conformidad de gustos y alegrías,  
 Interes, gratitud, obligaciones,  
 Y otras muchas humanas relaciones;



Esto no es caridad, todo es profano;  
 Para que nuestro amor sea cristiano,  
 Es menester que aquel que el alma siente,  
 Por Dios sea, y por Dios únicamente;  
 Que cuando á nuestros prójimos amamos,  
 A Jesucristo en su lugar pongamos;  
 Que el amor de tal modo se resuelva,  
 Que principie por Dios y á Dios se vuelva.  
 Así tú nos amaste, Dios eterno:  
 Interes no tenia tu amor tierno,  
 Nada de nuestra parte que te cuadre;  
 Tu bondad y la gloria de tu Padre  
 Fueron únicas causas de tu anhelo;  
 ¡Mas qué léjos estamos del modelo!  
 El amor que mostramos tan ardiente,  
 Hijo del amor propio es comunmente:  
 Somos nosotros los que nos buscamos;  
 No es difícil que amemos á un amigo,  
 Y cuando á otros también tal vez amamos,  
 Desde que á Dios en ellos olvidamos,  
 Mas que premio, este amor pide castigo.  
 La caridad universal se llama,  
 Porque sin excepción á todos ama:  
 No hay persona, motivo, tiempo ó lance  
 A que el precepto con rigor no alcance,  
 Y este nombre de prójimo se extiende  
 A cuantos hombres la razón comprende.  
 El corazón es vasto por un lado,  
 Y por otro muy corto y limitado;

Da su afición á objetos extranjeros,  
 Y la niega á los bienes verdaderos.  
 De esto nace que siempre se limita,  
 Que con pocas personas se ejercita,  
 Que á estas pocas las ama únicamente,  
 Y es para las demás indiferente.  
 La Religión con método diverso  
 A la vista nos pone el universo,  
 Como una cosa que el Señor auxilia:  
 Dios es el grande Padre de familia,  
 Todo salió de sus divinas manos,  
 Y los hombres sus hijos, son hermanos,  
 Que al Padre adoran, que entre sí se quieren,  
 Y que á sí mismos sin dudar prefieren.  
 ¿Quién con tan dulce imagen no se encanta?  
 ¿Quién nos pudiera dar union tan santa?  
 Se dice: No es posible que en el mundo,  
 De genios diferentes tan fecundo,  
 Donde se ven personas poco amables,  
 Que apenas nos parecen razonables,  
 Y que nos tratan con tan malos modos,  
 No es posible, se dice, amar á todos.  
 Aquel tal es injusto, es voluntario,  
 Colérico, furioso, estrafalario:  
 ¿Cómo es posible al corazón amarle,  
 Cuando apenas se puede soportarle?  
 Tal otro es de carácter peligroso,  
 De genio duro, falso y cauteloso:  
 No es posible seguirle, ni fiarse;



Un ángel no pudiera acomodarse.  
 Mas estos son pretextos é ilusiones:  
 La caridad no admite estas razones,  
 Y sabe que aquel hombre tan inquieto,  
 Y que ese otro que llama mal sujeto,  
 Y con defectos entre vicios anda,  
 Son los mismos que Dios amar le manda.  
 No se le pide la afición sensible,  
 Porque no es útil, ni tal vez posible;  
 Se le pide la sólida y sincera,  
 La que socorre, alivia y considera:  
 Pronta disposición, afectos vivos.  
 De hacer á todos bienes efectivos;  
 Y aunque los hombres no se lo merezcan,  
 Aunque la ofendan, aunque la aborrezan,  
 En servirlos y amarlos se complace,  
 Pues no por ellos, por Jesus lo hace.  
 No olvida que Jesus es su modelo,  
 Y Jesus ha bajado desde el cielo,  
 A pesar de sus faltas y sus vicios,  
 A hacer por él divinos sacrificios.  
 Entre todos los hombres no hay ninguno,  
 Que no sea de Dios en el aprecio.  
 Su obra, su imágen, de su sangre el precio.  
 Mira tú si encontrar puedes alguno,  
 Y entónces te permito que no le ames,  
 Y con nombre de hermano no le llames;  
 Pero pues no hallarás uno siquiera,  
 No exceptues á nadie, y considera

Que si con uno solo estás malquisto,  
 Lo estarás con el mismo Jesucristo.  
 También la caridad cuando es profunda,  
 En obras meritorias es fecunda.  
 La caridad no estriba en los afectos,  
 En las obras consiste, y los efectos.  
 El pobre sufre, el dolorido gime,  
 Suspira el afligido á quien se oprime;  
 Los que lo ven, lo saben y se alejan,  
 En abandono mísero los dejan,  
 Y á su socorro pròvidos no vienen,  
 Sin duda alguna caridad no tienen.  
 La floja caridad, que á obrar no acierta  
 Al igual de la fe, se llama muerta.  
 La buena caridad es fervorosa,  
 Y al remedio del mal va presurosa;  
 No se contenta con las intenciones;  
 No la bastan deseos sino acciones;  
 Da socorros, consuelos y servicios,  
 Y hace, si es necesario, sacrificios:  
 De esta manera Cristo nos ha amado,  
 Y que así nos amemos ha ordenado.  
 Si vemos pobres, vamos á asistirlos;  
 Si ignorantes, corramos á instruirlos;  
 Si están enfermos, vamos á aliviarlos;  
 Y si afligidos son, á consolarlos:  
 Hagamos obras de misericordia,  
 Conduciendo la paz y la concordia:  
 Esta es la caridad que Dios prescribe,



Y el que vive con ella, con Dios vive,  
 ¡O caridad activa y generosa!  
 A los ojos de Dios eres preciosa,  
 Mas ¡qué poco te siguen los humanos!  
 ¡Qué poco te practican los cristianos!  
 Lazo amable de union y de dulzura,  
 De la paz y amistad la madre pura,  
 ¿Cómo no estorbas tantas disensiones,  
 Guerras, enemistades y pasiones?  
 ¿En dónde encontrarás lugar tranquilo?  
 ¿Cuál será tu refugio? ¿cuál tu asilo,  
 Si hasta la cristiandad que te venera,  
 Es también para ti tierra extranjera?  
 Tú les enseñas con principios sanos  
 A vivir como amigos, como hermanos;  
 A servirse, ayudarse y socorrerse;  
 Mas ellos solo piensan en perderse:  
 Se agitan, se atormentan, se amenazan;  
 La túnica de Cristo despedazan;  
 Se matan, se asesinan y se entierran,  
 Y á tí como bandida te destierran.  
 ¿Era para esto, Salvador querido,  
 Haber vos á la tierra descendido?  
 Tú pretendías como Padre bueno  
 Llevar todos tus hijos en tu seno:  
 Como pastor querías que sin daño  
 Tus ovejas vinieran al rebaño:  
 Como víctima al fin, con triste suerte  
 Sufrir quisiste vergonzosa muerte,

Para darnos ejemplos, y enseñarnos  
 Con qué modo debemos gobernarnos,  
 ¿Qué poco aprovechamos tus lecciones!  
 ¿Quién viendo nuestras fieras divisiones,  
 Y cómo trabajamos por perdernos,  
 Por tus hijos podrá reconocernos?  
 Hombres, que aunque de barro fabricados  
 A la imagen de Dios estais criados,  
 Amaos todos como Dios nos ama,  
 Que de la caridad la pura llama  
 Inflame nuestros tiernos corazones,  
 Y probad vuestro amor con las acciones:  
 Amaos en la tierra con el celo  
 Con que se aman los santos en el cielo.

## POEMA XX.

## LA GRACIA SANTIFICANTE.

## PARTE PRIMERA.

Al hombre nada le es tan importante  
 Como bien conocer el alto precio  
 De la gracia de Dios santificante,  
 Y hacer de tanto bien el justo aprecio,



Y el que vive con ella, con Dios vive,  
 ¡O caridad activa y generosa!  
 A los ojos de Dios eres preciosa,  
 Mas ¡qué poco te siguen los humanos!  
 ¡Qué poco te practican los cristianos!  
 Lazo amable de union y de dulzura,  
 De la paz y amistad la madre pura,  
 ¿Cómo no estorbas tantas disensiones,  
 Guerras, enemistades y pasiones?  
 ¿En dónde encontrarás lugar tranquilo?  
 ¿Cuál será tu refugio? ¿cuál tu asilo,  
 Si hasta la cristiandad que te venera,  
 Es también para ti tierra extranjera?  
 Tú les enseñas con principios sanos  
 A vivir como amigos, como hermanos;  
 A servirse, ayudarse y socorrerse;  
 Mas ellos solo piensan en perderse:  
 Se agitan, se atormentan, se amenazan;  
 La túnica de Cristo despedazan;  
 Se matan, se asesinan y se entierran,  
 Y á tí como bandida te destierran.  
 ¿Era para esto, Salvador querido,  
 Haber vos á la tierra descendido?  
 Tú pretendías como Padre bueno  
 Llevar todos tus hijos en tu seno:  
 Como pastor querías que sin daño  
 Tus ovejas vinieran al rebaño:  
 Como víctima al fin, con triste suerte  
 Sufrir quisiste vergonzosa muerte,

Para darnos ejemplos, y enseñarnos  
 Con qué modo debemos gobernarnos,  
 ¿Qué poco aprovechamos tus lecciones!  
 ¿Quién viendo nuestras fieras divisiones,  
 Y cómo trabajamos por perdernos,  
 Por tus hijos podrá reconocernos?  
 Hombres, que aunque de barro fabricados  
 A la imagen de Dios estais criados,  
 Amaos todos como Dios nos ama,  
 Que de la caridad la pura llama  
 Inflame nuestros tiernos corazones,  
 Y probad vuestro amor con las acciones:  
 Amaos en la tierra con el celo  
 Con que se aman los santos en el cielo.

## POEMA XX.

**LA GRACIA SANTIFICANTE.****PARTE PRIMERA.**

**A**l hombre nada le es tan importante  
 Como bien conocer el alto precio  
 De la gracia de Dios santificante,  
 Y hacer de tanto bien el justo aprecio,



A fin de que con ánimo esforzado  
La adquiriera, ó la conserve con cuidado.

Esta gracia le eleva dignamente  
A un orden superior tan eminente,  
A tan sublime, tan divino estado,  
Que por ella está el hombre destinado  
A la inmortalidad que le prepara,  
Y á Dios para gozarle cara á cara,  
No con vista fugaz y transitoria,  
Ni tampoco á través de nube oscura,  
Sino en su plenitud eterna y pura,  
Y en todo el esplendor de su alta gloria.

Bien sobrenatural, noble alianza,  
Con la cual aun del mundo en el abismo  
El mortal venturoso que la alcanza,  
Se levanta feliz sobre sí mismo,  
Y puede ya mirar como segura  
La amistad de su Dios y su ternura.

El grande Apóstol aun á mas se avanza,  
Y de la misma gracia iluminado  
Hablando de ella, dice en su alabanza,  
Que cuando el hombre está santificado,  
El Dios de amor con celestial fineza,  
Para que esté con él mas enlazado,  
Le participa su naturaleza,  
Y que en cierta manera le renueva,  
Dándole nueva esencia, vida nueva;  
Que el hombre de los vicios separado  
Vivir para sí mismo ha renunciado,

Y que como su vida antigua quita,  
Dios es quien vive en él, y en él habita.

Esta gracia es su título elevado,  
Su título mas propio y efectivo,  
Pues le hace hijo de Dios, hijo adoptivo.  
Ya el discípulo amado,  
Ved cuanto Dios, nos dijo,  
Con encendido amor tierno nos ama,  
Pues que no solo su hijo al hombre llama,  
Sino que en realidad le hace su hijo.  
Jesucristo es el Hijo por esencia,  
El hombre de adopcion, y por herencia,  
Y lo que es natural que nos asombre,  
No siendo mas que efimera ceniza,  
El Espíritu Santo le autoriza  
A dar á Dios de Padre el dulce nombre.

¿Pero hemos nunca bien considerado  
Lo que nombre tan alto y elevado  
Debe imponer al hombre agradecido?  
Penetremos la fuerza y el sentido

De lo que dice el celestial Maestro,  
Cuando decir nos manda: Padre nuestro.

En la oracion sagrada que su labio  
Enseñó al ignorante como al sabio,  
Y en que su gloria y el perdon pedimos,  
De Padre el dulce nombre repetimos.  
Manda que nuestro Padre le llamemos;  
Pero quiere tambien que no olvidemos,



Que este divino Padre está en los cielos,  
 Para que con solícitos anhelos,  
 Despreciando los bienes de la tierra,  
 Y cuanto el mundo en su confin encierra,  
 A otros bienes no aspire nuestro anhelo,  
 Sino á los altos que nos guarda el cielo.

Pues que la gracia á Dios nos da por Padre,  
 A fin de que este título nos cuadre,  
 Debe derecho darnos á su herencia,  
 Y le da; pues nos hace su excelencia  
 De su gloria felices herederos,  
 Y del dulce Jesus coherederos.  
 Un padre de este mundo que tuviera  
 Un hijo digno de él, nunca debiera  
 Adoptar otros hijos, pues partida  
 Su herencia, y entre los otros dividida,  
 No les pudiera dar la parte suya,  
 Sin que la del primero disminuya.

No es lo mismo con vos, Dios adorado;  
 Vos habeis adoptado  
 Por vuestros hijos á los hombres todos,  
 Vos los enriqueceis por varios modos,  
 Sin que los muchos dones de cada uno  
 Disminuyan la suerte de ninguno.  
 Vuestros tesoros son ilimitados,  
 Y tan multiplicados  
 Como la luz del sol, que propagada  
 Lo alumbrá todo sin que pierda nada.  
 Yo no gozará ménos

De mis días tranquilos y serenos,  
 Ni reparara ménos mis desmayos  
 Con el fuego del sol y con sus rayos,  
 Cuando en el mundo solo yo me viera,  
 Y que otro compañero no tuviera.

Hijos de Dios, abrid los corazones,  
 Y recibid sus inefables dones.  
 Los hijos de la tierra siempre inciertos  
 Heredan en la tierra de los muertos;  
 Pero de Dios los hijos adoptivos  
 Heredan en la tierra de los vivos:  
 Su Padre les prepara la dulzura,  
 Y la gracia estos bienes les procura.

Aun cuando el hombre habita el triste suelo,  
 Con su alma pura es morador de cielo.  
 Desde que Dios la ve santificada,  
 Desciende, y hace en ella su morada:  
 En ella aunque invisible está presente,  
 La llena de su ardor interiormente,  
 La da la luz de su sabiduría,  
 En las oscuridades es su guía,  
 Su fuerte protector en la batalla;  
 De modo que en el alma Dios se halla  
 Como un emperador, que con misterio  
 Reina tranquilo en medio de su imperio;  
 Como un amante padre que reside  
 En su familia, y tierno la preside;  
 Como atento pastor, que su rebaño  
 Libra de todo mal, de todo daño;



Como piloto que le guía al puerto,  
 Y todas las virtudes de concierto  
 Descienden á adornarle en el instante:  
 La viva fe con su farol brillante,  
 La esperanza con todos sus ardores,  
 La caridad con todos sus fervores.

Hasta los santos ángeles gloriosos,  
 Que habitan en el cielo venturosos,  
 Baján al alma con ardiente anhelo,  
 Y en ella asisten sin dejar el cielo;  
 Cielo es también el alma que es bendita,  
 Pues Dios, el mismo Dios en ella habita.

¡O gracia! ¡gracia amable! fuente pura,  
 De cuyo manantial rico y hermoso  
 Sale de tantos bienes la dulzura;  
 Rocío celestial y delicioso,  
 Que con tu fresco humor al alma inundas  
 Y sus virtudes prósperas fecundas;  
 Tierra de promisión, en cuyo suelo  
 Nacen frutos, que son dignos del cielo:

¿Qué mortal no te adora? ¿no te admira?  
 ¿Quién por tí no suspira?  
 ¿Cómo, vil corazón, no la prefieres  
 A todos los tesoros y placeres  
 Que la tierra pudiera presentarte?  
 ¿Cómo de nada puedes ocuparte?  
 ¿Cómo á buscar te atreves otro empleo,  
 Ni ofrecer otro objeto á tu deseo?  
 Sin la gracia el mortal mas poderoso,

El monarca mayor, y el potentado  
 Son un objeto bajo y asqueroso;  
 Y con ella el mortal mas desdichado  
 Es para el cielo grande y glorioso.  
 Mira aquel hombre pobre, abandonado,  
 De trapos y de andrajos revestido,  
 Del mundo y de las gentes despreciado;  
 Pues bien, si este mortal virtuoso ha sido,  
 Si la gracia divina en su alma encierra,  
 A los ojos de Dios es estimado  
 Mas que todos los reyes de la tierra,  
 Si por desgracia se hallan en pecado.

Mira por otro lado

A ese conquistador, que está orgulloso,  
 Que el mundo admira como portentoso,  
 Ceñido del laurel de la victoria,  
 A quien se canta el himno de la gloria;  
 Pues bien si ese mortal no está en su gracia,  
 Es un objeto á los divinos ojos  
 De horror, de desafecto, de desgracia,  
 De indignación, de cólera y enojos.

¿Quieres ver un ejemplo mas sensible?  
 Pues vamos á buscarle; ¿pero en dónde?  
 No en los palacios en que un rey se esconde  
 Sentado sobre un trono inaccesible;  
 No en las tropas brillantes y gloriosas,  
 Que han tejido con manos victoriosas  
 Alto dosel á los conquistadores;  
 Ni en los que visten telas, pisan flores,



Y gozan las delicias de este mundo,  
Sino en un muladar triste é inundo.

**PARTE SEGUNDA.**

**E**l Señor habla : ¡ Habiéis considerado  
A Job mi servidor ? Sí , bien le veo ;  
¡ Pero ay mi Dios ! ; en qué asqueroso estado !  
¡ Expectáculo horrible ! ; objeto feo !  
Lleno de lepra está , todo llagado ,  
Los gusanos le tienen carcomido ,  
No tiene miembro que no esté podrido .  
El Señor de esta suerte ha continuado :  
Pues bien este mortal , cuya apariencia  
Es de ser por el cielo perseguido ,  
Es el objeto de mi complacencia :  
Yo le fié el cuidado de mi gloria ,  
Y la sostiene bien con su victoria .  
Al traves de las llagas que le cubren ,  
Mil virtudes mis ojos le descubren ,  
Y en medio del horror de su desgracia  
Veo brillar los rayos de mi gracia ;  
El muladar inundo que le aflige ,  
Es un altar que su virtud me erige ,  
En que se ofrece él mismo en sacrificio :  
Yo le acepto benévolo y propicio .  
Pero considerad , y muy despacio  
Al soberbio que vive en su palacio ,  
Ostentando grandeza y arrogancia ;

Examinad del rico la abundancia ,  
Y ved que , si en desgracia estan conmigo ,  
No pueden esperar mas que el castigo :  
El muladar de Job es á mis ojos  
Mayor que un trono lleno de despojos ,  
Y con su lepra Job me es mas querido  
Que el que de seda y oro va vestido .

¡ O gracia celestial ! ; si tu belleza  
Sirve de complacencia á un Dios tan sabio ,  
Cuánto debe estimarte mi flaqueza !  
¡ Mas qué expresion encontrará mi labio ?  
Tú lo puedes decir , alma contrita ,  
De quien envidia la felice suerte :  
Dínos lo que sentiste , alma bendita ,  
Cuando pudiste vigorosa y fuerte ,  
Para volverte á Dios con eficacia ,  
Dejar los vicios , y buscar su gracia .  
¡ Qué pudiste sentir sino consuelo ,  
El fuego del amor , la paz del cielo ?  
Y si tu pecho lágrimas vertia ,  
Era llanto de amor y de alegría .  
Dínos ¡ cómo tranquila y venturosa  
Entraste en una tierra deliciosa ,  
En que la leche con la miel corria ,  
Y cómo la virtud te ha compensado  
Los placeres del mundo que has dejado ?  
¡ Pero yo mismo ¡ ó Dios ! puedo olvidarme  
De este dulce momento , en que movido  
Por tu impulso , que quiso iluminarme ,



Imploré tu **perdon** arrepentido?  
 Feliz mil veces yo, si tu clemencia  
 Ha aceptado **mi** tarda penitencia,  
 Si mi justo **dolor** te ha sido grato.  
 Mi corazon **seria** monstruo ingrato,  
 Si volviera á **perder** este tesoro,  
 A cuya vista **estiercol** es el oro;  
 Si yo fuera **capaz** de esta malicia,  
 Qué objeto **de** furor á tu justicia!

¡Cuánto, **mi** Dios, tus santos han sufrido,  
 Por conservar **tal** don! ¡cuánto han temido  
 Perderle con **zozobra** siempre inquieta!  
 Vos, solitario, vos, anacoreta,  
 ¿Por qué habitais desiertos alejados,  
 En profundas **cavernas** sepultados?  
 Es que **guardamos**, ellos me responden,  
 Un gran **tesoro**, pero en frágil vaso,  
 Y nuestras **ansias** tímidas se esconden,  
 Para que ni **el** intento ni el acaso  
 Nos lo pueda **quebrar**, y esté seguro  
 En la custodia de un asilo oscuro.

Y vosotros, austeros penitentes,  
 Que pareceis **cadáveres** vivientes,  
 ¿Por qué **abrazais** con esa atroz violencia  
 El rigor de **tan** dura penitencia?  
 Es, me dicen **aquellos** héroes santos,  
 Mezclando los **suspiros** con los llantos,  
 Que el precio **de** la gracia conocemos,  
 Y nuestra **débil** condicion tememos.

Y vosotros, ó mártires dichosos,  
 De la fe los atletas generosos,  
 ¿Cómo vais al suplicio tan enteros  
 A pesar de las horcas y braseros?  
 ¿Y por qué con los miembros palpitantes  
 Tan gozosos estais y tan constantes?  
 Porque muriendo, dicen, nos libramos  
 Del riesgo de faltar al Dios que amamos,  
 Y porque nuestras ansias encendidas  
 Perder por él quisieran muchas vidas.

La gracia tiene muchos enemigos:  
 No la bastan los rígidos abrigos,  
 Si no la guarda un inmortal cuidado;  
 Es un espejo terso y despejado,  
 Pero un soplo le empaña; flor bonita,  
 Pero el áura mas leve la marchita.  
 ¿Cuántos fieros contrarios la combaten,  
 Que feroces la atacan y la abaten?  
 El demonio con cólera traidora  
 Intrépido la insulta y la devora;  
 El mundo corruptor que nos pervierte,  
 Con su imperio falaz la da la muerte,  
 Y nuestras mismas miseras pasiones,  
 Que engañan los incautos corazones,  
 Hacen siempre á la gracia cruda guerra,  
 Y una sola del pecho la destierra.  
 ¡O gracia! ¡ó don de Dios! ¡cómo es posible,  
 Que tú que eres tan dulce y apacible,  
 Te puedas sostener en una tierra,

En que tantos contrarios te hacen guerra?  
 ¡Qué cuidado fiel, qué vigilancia,  
 Qué temor saludable, qué constancia!  
 No debieras poner tú de tu parte,  
 Para de tantos riesgos libertarte!

Cuando en peligro la fortuna vemos,  
 La salud, el honor ó nuestra vida,  
 ¡Qué atención, qué conato no ponemos!

A una leve del mal acometida  
 Todos sin libertad nos alteramos,  
 Y nuestra turbacion justificamos,  
 Diciendo que se trata de la vida.

¡Y qué ciegos que somos! ¡mas querida  
 A nuestros ojos es esta ligera  
 Vida terrestre tan perecedera,  
 Y turba mas su riesgo nuestra calma,  
 Que la gracia de Dios, vida del alma!

¡Qué insensatez! Despierta pues cristiano,  
 Ve que la gracia es don tan soberano,  
 Que si en una balanza se pusiera  
 Todo lo que la tierra dar pudiera,

El fausto, la salud, caudal y honores,  
 Placer, grandeza, gloria y resplandores,  
 Cuando la gracia plácida parece,  
 Todo se eclipsa, todo desaparece;

Y que el amor de Dios puro y sincero  
 Es el único bien, el verdadero,  
 Que hacer felices en la vida pueda,  
 Que en la muerte es el solo que nos queda.

Por conservarle, un ánimo constante  
 Debe, sin vacilar un solo instante,  
 Perder bienes, salud y hasta la vida,  
 Con ser esta tan dulce y tan querida;  
 Debe correr intrépido al suplicio,  
 Ofrecerse á sí mismo en sacrificio,  
 Y presentar el corazón sereno  
 Al puñal que le meten en el seno.  
 Así lo hace el cristiano, porque piensa,  
 Haciendo de la gracia justo aprecio,  
 Que su autor es un Dios, su sangre el precio,  
 Y una gloria inmortal su recompensa.

¡Cuánto tengo, mi Dios, que baldonarme!  
 ¡Cómo debo afligirme y humillarme!  
 La gracia me habeis dado en el bautismo;  
 Pero muy presto la perdí yo mismo,  
 Y largo tiempo en tu desgracia he estado.  
 Divino Redentor, ¡la he recobrado?  
 ¡Tu bondad generosa me la ha vuelto?  
 Yo lo espero, mi Dios, y estoy resuelto

A servirte desde hoy con eficacia,  
 Y morir ántes que perder tu gracia.  
 ¡Alma mia! de Dios eres esposa,  
 Y si en su gracia estás, eres hermosa;  
 Mas si de este favor estás privada,  
 Eres esposa fea y repudiada.  
 La imágen eres de tu Dios amante:  
 Si te ve con amor, estás brillante;  
 Pero si en su desgracia estás caída,



Eres imagen triste y denegrida.

Piensa que este tesoro es muy precioso,

Mas que le llevas en muy frágil vaso,

Y le puedes perder á cada paso.

Ruega pues con afecto fervoroso

A tu Dios, que se digne de ayudarte,

Y tú con mucho ardor pon de tu parte

Humildad, vigilancia y oraciones;

Mas sobre todo fuga de ocasiones.

POEMA XXI.

LA SANTIDAD.

PARTE PRIMERA.

**E**L mundo casi siempre alucinado  
Una idea tan falsa se ha formado  
De lo que es santidad, que es conveniente  
Sacarle de un error tan evidente.  
El se la representa como dura,  
Como llena de hiel y de amargura;  
Como terrible, rígida y austera;  
Como cruel, insólita y severa;  
De carácter al fin tan inflexible,

Que someterse á ella no es posible.

Piensa que las personas consagradas

Al servicio de Dios, y dedicadas

A practicar devotos ejercicios,

Estan siempre en perpetuos sacrificios,

Que viven siempre en la melancolía,

Que su pecho no se abre á la alegría,

Y que sus dias de tristeza llenos

Nunca lucen tranquilos y serenos.

Pero esta idea es falsa y engañosa:

La razon la rechaza vergonzosa,

La sincera virtud no la ha dictado,

Y solo el amor propio la ha forjado

Con designio y con ánimo funesto

De decir con tan frívolo pretexto,

Que la virtud es alta, inaccesible,

Y que subir hasta ella es imposible.

Mas tan absurdo error es insensato,

No es de la santidad este retrato,

Ni le puede adaptar tan tosco traje;

La virtud no es tan rústica y salvaje,

No siempre son groseros sus despojos,

No está siempre entre espinas y entre abrojos,

Ni tampoco ceñuda y displicente

Huye siempre el placer que es inocente;

En el retiro vive, y las ciudades,

En los desiertos y comunidades,

En los valles habita y las montañas,

Se encuentra en los palacios y cabañas;

Igualmente sus útiles trabajos  
De púrpura se visten ó de andrajos.

Israel, otras veces le decia  
El Profeta á su pueblo, no presumas

Que la ley santa que el Señor te envia,  
Contenga en sí dificultades sumas;

No pienses que de tí se halle distante,  
Y que tu esfuerzo no será bastante:

Para cumplirla bien no necesitas  
De afanes raros, penas exquisitas;

No has menester con pasos siempre incierto  
Vagar entre cavernas y desiertos,

Ni á pesar de malezas y marañas  
Repechar por las ásperas montañas,

O á través de peligros y pesares  
Atravesar desconocidos mares.

Tú la puedes cumplir tranquilamente,  
Sin salir de tu patria y de tu gente,

Sin renunciar tus bienes y fortuna,  
Ni aventurar tu vida en forma alguna.

Dios que conoce al corazon humano,  
Le ha puesto la virtud tan á su mano,

Que el que la quiere hallar sinceramente,  
Presto podrá encontrarla fácilmente.

Porque en fin la virtud ¿en qué consiste?  
¿Y qué se debe hacer para ser santo?

Hombre mortal, que para Dios naciste,  
Yo te voy á enseñar secreto tanto,

Yo te voy á mostrar el buen camino

Que conduce á tan próspero destino.

¡Ah! si alguno del mundo le dijera,

Y de modo que el mundo lo creyera:

¿Quien desea aprender todos los medios

De ser en breve rico, poderoso,

Y tener un destino venturoso?

Yo vengo á descubrirle los remedios.

¿Con qué vivo placer, con qué alegría

Este anuncio feliz se escucharía!

¿Y cómo todos llenos de contento

Le prestaran un oido muy atento!

Pues cristiano, yo vengo en este instante

A descubrirte un bien mas importante,

Y que te debe dar mayor consuelo,

Que es ser rico y dichoso para el cielo.

El medio aun es mas fácil y asequible,

Y fuera de esto es cierto é infalible,

Pues con hacer lo que dirá mi labio,

Serás al mismo tiempo santo y sabio.

Responde pues, ¿conoces tus deberes?

Si los conoces bien, ya sabio eres.

¿Los cumples bien sin desviarte un canto?

No necesitas mas para ser santo.

Este es todo el secreto, el gran misterio

Que nos conduce al celestial imperio,

Y para ser un santo consumado,

Basta cumplir cada uno con su estado.

Esta es la vara que á las santos mide;

Es lo que el cielo á los mortales pide,



Y la razon lo ve con evidencia.  
 Los estados los dió la Providencia ;  
 Ella es quien los tiene señalados,  
 Y por ella estan todos arreglados.  
 Debia pues la caridad divina,  
 Si al hombre á tal estado le destina,  
 Darle los medios para en él salvarse ;  
 Asi los medios con distintos modos  
 Debian ser comunes para todos.  
 Y ¿ qué medio mas fácil puede hallarse ?  
 ¿ Qué medio mas corriente ni mas llano,  
 Que se pueda tener mas á la mano,  
 Que cumplir cada cuál como conviene  
 Con los deberes que su estado tiene ?  
 Y este es el medio fácil y oportuno  
 Para que santo sea cada uno.

### PARTE SEGUNDA.

**A** sí, grandes del mundo, potentados,  
 ¿ Quereis en breve ser santificados ?  
 Si dejais el carácter orgulloso,  
 Que á los hombres y á Dios es tan odioso,  
 Si derramais copiosos beneficios,  
 Si evitais la carrera de los vicios,  
 Y despreciáis del mundo los encantos,  
 A pesar de ser grandes, seréis santos.  
 ¿ Jueces! vos debeis hacer justicia  
 Con firme corazon, con alma fuerte,

Juzgar los hombres, y fijar su suerte.  
 Si vuestra rectitud no se desquicia,  
 Si manteneis derecha la balanza,  
 Sin torcerla al temor ó á la esperanza,  
 Podréis tranquilizar vuestras conciencias ;  
 Mas acordaos de que vuestras sentencias  
 Se han de pesar en el extraordinario,  
 En el terrible peso del santuario.

Negociante que estás tan ocupado  
 En seguir tu comercio, ten cuidado  
 De que la probidad sea su basa.  
 Aunque tu suerte sea muy escasa,  
 No envidies las fortunas prodigiosas,  
 Observa que son siempre sospechosas,  
 Que inquietan al morir, y que no dejan  
 Mas que terrores que la paz alejan.

Artesano que estás tan fatigado  
 De ese trabajo duro y tan pesado,  
 No comiences jamas tu afan penoso  
 Sin haberle ofrecido fervoroso  
 Al Dios universal que te ha criado.  
 Yo voy á presentarte un gran dechado,  
 Que haciendo santas tus ocupaciones,  
 Puede darte tambien sus bendiciones.  
 Jesucristo en la tierra ha trabajado :  
 ¿ Mira si á vista de modelo tanto,  
 Quien trabaja con él no será santo ?  
 Tú, padre de familia, ¿ á quien el cielo  
 Dió el encargo de cuantos la componen,



Si tus cuidados pr6vidos disponen  
 Que todos vivan con cristiano celo,  
 Si amas á tu muger y tus criados,  
 Si en tus hijos empleas tus cuidados,  
 Si en el temor de Dios siempre los crias,  
 Prestándote á sus juegos y alegrías,  
 Y enjugando tambien sus tiernos llantos,  
 Serás santo, y harás que haya otros santos.  
 Y tú madre tambien, que eres honrada,  
 No te hagas una idea exagerada  
 De la virtud, no creas que sus bienes  
 Necesitan de fuerzas que no tienes;  
 La virtud es sencilla, es inocente,  
 Cuida de tu familia y de tu gente,  
 Sé con todos afable, nunca escasas,  
 Atiende á los negocios de la casa,  
 Y no imagines que estas atenciones  
 Puedan por cortas nunca envilecerte;  
 Estas han sido las ocupaciones  
 Con que se distinguió la muger fuerte,  
 Sin duda son ligeras, son pequeñas,  
 Pero ellas son los rasgos, son las señas,  
 Con que el Divino Espiritu bosqueja  
 A esta ilustre muger: las otras deja,  
 Solo pinta su celo y su cuidado,  
 Y es por esto que tanto la ha alabado.  
 Hijos, tened respeto á vuestros padres,  
 Prestad á sus consejos obediencia,  
 Sumision y ternura á vuestras madres,

Y á los dos humildad y reverencia,  
 Si en tan justas virtudes estais fijos,  
 De vuestro Dios tambien seréis los hijos.  
 Doncella, si deseas ser virtuosa,  
 Está siempre decente y decorosa;  
 De tu sexo es carácter la decencia,  
 Mas de tu estado es casi como esencia.  
 Que el pudor no se aparte de tu frente,  
 Ni de tus dulces ojos la inocencia,  
 Que tu labio jamas sea imprudente,  
 Que tus acciones blandas y compuestas,  
 Siempre sean tranquilas y modestas,  
 Y que el candor unido á la dulzura,  
 Nos muestren que eres casta, que eres pura.  
 Doncella tan feliz al mundo encanta,  
 Dios y los hombres la apellidan santa.  
 Criados, con vosotros tambien hablo,  
 Como os habló otra vez el gran San Pablo,  
 Ya sabeis que Jesus ha descendido,  
 Y á sus propios apóstoles servido;  
 Servid pues vuestros amos con constancia,  
 Servidos con respeto y vigilancia:  
 El precio de este afán, de este desvelo  
 Será reinar con ellos en el cielo.  
 En fin, cristiano, seas el que fueres,  
 Si en estado muy próspero te vieres,  
 Desconfiate mucho de este estado:  
 No es esta la vereda que han tomado  
 Por lo comun los santos hácia el cielo:



Mas si te ves en pena y desconsuelo,  
 Alégrate, porque este es el camino,  
 Que va derecho al próspero destino.  
 Marcha por él sumiso y valeroso,  
 Adora el brazo que te da piadoso  
 Un golpe paternal, y con paciencia  
 Ofrécele en humilde penitencia  
 Esos males que causan tu quebranto:  
 Si esto bien ejecutas, ya eres santo.  
 Si pues de santo aspiras á la gloria,  
 Esta máxima graba en tu memoria:  
 ¿Qué haré yo para ser santificado?  
 Cumplir con los deberes de mi estado.  
 Cuando digo deberes, yo no entiendo  
 Lo que es extraordinario y estupendo,  
 Ni acciones que parezcan maravillas,  
 Sino las mas comunes y sencillas,  
 Que estan mas á la vista y á la mano:  
 Ser buen padre, buen hijo, buen hermano,  
 Buen amigo, buen amo y buen pariente.  
 Así pues para ser santo eminente,  
 Hacer á cada cual le bastaria,  
 Lo que hace por su estado cada dia.  
 Mas debe practicarle de otro modo,  
 Esto es, todo por Dios, y muy bien todo;  
 Servir poniendo en Dios nuestros deseos,  
 Con mas fidelidad nuestros empleos,  
 Con mayor probidad nuestro negocio  
 Con el celo debido y ningun ocio,

Con mayor atencion las oraciones,  
 Con mas vivo dolor las confesiones,  
 La comunión mas tierna y fervorosa;  
 En fin, que toda acción sea virtuosa,  
 Mas hecha con ardor y con firmeza,  
 Y sobre todo con mayor pureza:  
 La intencion debe ser bien ordenada,  
 Y á Dios únicamente consagrada.

Esto es lo santo, y lo que santos hace.  
 El que hace lo que debe, á Dios complace,  
 Y si lo hace por Dios con vivo celo,  
 Santo le llama el mundo y santo el cielo.  
 De esto se infiere bien cuánto es culpado  
 El que en su estado tiene esta cosecha  
 De virtudes que no las aprovecha,  
 Y que se pierdan deja descuidado.  
 Es como el necio que se ve vencido,  
 Porque por su descuido se halla inerme,  
 Y como el negligente que ha perdido  
 Rico tesoro, porque incauto duerme.

Despertemos nosotros del letargo,  
 Y pues que en nuestro empleo y nuestro encargo,  
 En el estado mismo que tenemos,  
 Hasta la santidad subir podemos,  
 Pues que Dios nos ha dado medios tantos,  
 Trabajemos, cristianos, por ser santos.  
 Santos en todo, santos con constancia,  
 Santos en todo tiempo y circunstancia,  
 Santos de pensamientos siempre puros,

De principios tan firmes y seguros,  
Que nunca puedan admitir idea  
Que de Dios y la fe digna no sea.

Santos en un amor vivo y ardiente,  
Que por su Dios se muestre indiferente

A todas las humanas aficiones;

Santos tambien en todas las acciones

Que jamas las infeste la malicia;

Y siempre las gobierne la justicia.

Santos dentro de casa, porque en ella

Reina el orden, la paz y la union bella;

Y santos en las calles, en el templo,

Y en todas partes para dar ejemplo.

Santos en la abundancia y la pobreza,

Santos en la alegría y la tristeza,

Santos al fin, en cualesquiera suerte,

Santos en vida, santos en la muerte.

El que sepa adquirir méritos tantos

Erá un dia á reinar entre los santos.

## POEMA XXII.

## LA PAZ DEL ALMA.

## PARTE PRIMERA.

**O** dulce paz del alma! ¡ó venturoso!

El corazon que vive sin disgusto!

Que en tranquilo reposo,

Y en todos los sucesos resignado,

Respira sin temor, vive sin susto,

A Dios como á su padre abandonado;

Que ni la suerte dura

Le puede atormentar con su amargura,

Ni el próspero destino,

Cuando marchando va por su camino,

Puede alterar su pecho sosegado;

¡O bienaventurado!

El hombre á quien el cielo

Da en la tierra tan placido consuelo!

Mas ¡quién puede gozar de tal reposo!

El mortal virtuoso,

Que ama á su Dios con voluntad entera,

Que le adora y le sirve fervoroso,

Y que estar en su gracia humilde espera.



De principios tan firmes y seguros,  
Que nunca puedan admitir idea  
Que de Dios y la fe digna no sea.

Santos en un amor vivo y ardiente,  
Que por su Dios se muestre indiferente

A todas las humanas aficiones;

Santos tambien en todas las acciones

Que jamas las infeste la malicia;

Y siempre las gobierne la justicia.

Santos dentro de casa, porque en ella

Reina el orden, la paz y la union bella;

Y santos en las calles, en el templo,

Y en todas partes para dar ejemplo.

Santos en la abundancia y la pobreza,

Santos en la alegría y la tristeza,

Santos al fin, en cualesquiera suerte,

Santos en vida, santos en la muerte.

El que sepa adquirir méritos tantos

Erá un dia á reinar entre los santos.

## POEMA XXII.

## LA PAZ DEL ALMA.

## PARTE PRIMERA.

**O** dulce paz del alma! ¡ó venturoso

El corazon que vive sin disgusto!

Que en tranquilo reposo,

Y en todos los sucesos resignado,

Respira sin temor, vive sin susto,

A Dios como á su padre abandonado;

Que ni la suerte dura

Le puede atormentar con su amargura,

Ni el próspero destino,

Cuando marchando va por su camino,

Puede alterar su pecho sosegado;

¡O bienaventurado

El hombre á quien el cielo

Da en la tierra tan placido consuelo!

Mas ¡quién puede gozar de tal reposo!

El mortal virtuoso,

Que ama á su Dios con voluntad entera,

Que le adora y le sirve fervoroso,

Y que estar en su gracia humilde espera.

No está seguro : nadie estarlo puede,  
 Este don á un mortal no se concede.  
 San Pablo no lo estaba, mas rendido  
 A la ley de su Dios y su doctrina,  
 La sigue con afecto sometido;  
 Su conciencia por mas que la examina,  
 No le baldona nada :  
 Su alma fiada en la bondad divina  
 Piensa que, si al instante arrebatada  
 Fuera de Dios al tribunal postrero,  
 Hallara un Padre mas que un Juez severo :  
 Esta amable esperanza  
 Produce su tranquila confianza.  
 La paz de la virtud es recompensa ;  
 En vano hallarla piensa  
 El que á sus gustos solo dedicado  
 Vive sin freno, ó vive descuidado.  
 El cielo la concede únicamente  
 Al mortal que con animo esforzado,  
 Evitando las faltas mas groseras,  
 No se permite ni aun las mas ligeras ;  
 Que cuando le habla Dios intórronente,  
 Responde puntualmente,  
 Y abre su corazon con eficacia  
 A los dulces impulsos de la gracia ;  
 Que en las dudas procura esclarecerse,  
 En los remordimientos contenerse ;  
 Que en cualquier suceso malo ó bueno  
 Se mantiene sereno,

Reconoce de Dios la providencia,  
 Y se somete con tenaz paciencia.

Así libre de afañes y temores,  
 Sin inquietud que su ánimo atormente,  
 Solo piensa en servir atentamente  
 A su Dios, el Señor de los señores ;  
 En temblar de sí mismo y su flaqueza,  
 En llorar de su vida los errores ;  
 Y espera que á pesar de su bajeza,  
 Huyendo todo mal, toda discordia,  
 La hallará todavía,  
 Porque sabe que el Dios en que se fia,  
 Es Dios de paz y de misericordia.  
 ¡ O mil veces dichoso  
 El que libre de todas inquietudes  
 Ganó con sus virtudes  
 Este tesoro que es el mas precioso !  
 Que hace el debido aprecio,  
 Por haberle comprado á mucho precio.  
 ¡ Ay ! ; cómo le conserva cuidadoso !  
 ¡ Cómo con dulce ardor, con calma pura,  
 Sabe gozar de Dios y su dulzura !  
 Vosotros los mortales corrompidos,  
 No lo podeis pensar ; abandonados  
 Al grosero placer de los sentidos,  
 Y de fuertes pasiones embriagados,  
 Ni siquiera se ofrece á vuestra mente,  
 Que pueda estar contento y sosegado  
 El corazon sencillo é inocente,



Que está conforme con su bajo estado,

Los que atados con rígidas cadenas

En sus torpes placeres desreglados,

Buscando las delicias, hallan penas,

Y sudan para hacerse desdichados,

No se imaginan que un oscuro asilo,

Donde no hay resplandor ni nacen flores,

Pueda habitar un ánimo tranquilo,

Que no envidie tan frívolos errores,

Este gozo de Dios sublime y puro

A los profanos ojos está oscuro.

De la virtud el plácido semblante

A su vista es muy triste y desabrido,

Y siempre la calumnia el que ignorante

Su placer interior no ha conocido

Pero anda á preguntar al alma pura

Que en su cabaña obscura

Sin galas, diversiones ni paseos

Habita sin temor y sin deseos;

Al alma simple, al corazón derecho,

Que amando todo lo que Dios ha hecho,

Y mas que todo á Dios, viviendo justo,

Le sirve con placer, le ama por gusto.

Observa su aire cándido y modesto,

El tono de su voz suave y compuesto;

Mira esos ojos, cuyo aspecto blando

La dulzura del cielo están vibrando;

Pregúntale despues, ¿si el Dios que adora

No endulza con su ardor y su ternura

De su austero retiro la aspereza?

¿Si no encuentra placer en lo que llora?

¿Si el olvido del mundo y la pobreza

Le afligen un instante noche ó dia?

¡Ah! cómo te dirá con alegría,

Que los gozos del mundo son livianos,

Mezclados de dolor, muy inferiores

A los placeres vivos, soberanos;

A las delicias puras é interiores,

Que el Dios de amor al corazón destina,

Cuando le embriaga en su embriaguez divina.

Cuando esta dulce paz entra en el pecho,

El corazón del hombre dilatado

Las vias del Señor sigue derecho,

Con su divino influjo confortado.

En las virtudes rápido se avanza,

Y los dones de Dios feliz alcanza,

La dulzura, el reposo sosegado,

La quietud, el amor, y la esperanza.

Ya vive con su Dios, y ya no vive

Sino solo para él, pues de él recibe

Solamente su vida y su contento.

Desde entonces para él ya no hay tormento,

Ya no hay penas, afanes, ni inquietudes;

La austera penitencia le es amable,

Y por el dulce amor de las virtudes

Hasta la soledad le es agradable.

Así de tanta dicha satisfecho

De ningun bien humano necesita;



El sabe que la paz está en su pecho,  
 Y que solo en la paz su Dios habita;  
 Que este es el reino santo y venturoso,  
 Que el mismo Dios nos reveló piadoso  
 Formarse en nuestros propios corazones;  
 Que Dios unirse quiere con el alma,  
 Y enriquecerla con sus santos dones;  
 Pero es preciso que la vea en calma,  
 Porque no viene á una alma turbulenta:  
 La paz le forma el trono en que se sienta.  
 ¡O paz, hija de Dios! fiel retrato  
 Del Padre omnipotente de que vienes,  
 ¡Cuánto tú le pareces en el trato,  
 En la dulzura y caridad que tienes!  
 Si algo pinta en el mundo la grandeza  
 Del sabio Autor de la naturaleza,  
 Es el justo que firme, imperturbable,  
 Vive tranquilo en paz inalterable.  
 El corazón del hombre es muy flexible,  
 Débil, flojo y sensible,  
 Y cuando sufre vigoroso y fuerte  
 Los esquivos rigores de la suerte,  
 Soportando el dolor, sufriendo sabio  
 La injusticia, la afrenta y el agravio,  
 Se muestra superior á su destino,  
 Y parece acercarse á lo divino.  
 Solo Dios y su auxilio favorable  
 Pueden tenerle en calma tan estable,  
 Y hacerle practicar virtudes tantas,

Que todas son divinas, todas santas,  
 La enfermedad, la muerte y sufrimiento,  
 Léjos de hacerle mal son su contento;  
 Para su gusto es dulce la amargura;  
 Sufre con sumision la suerte dura;  
 De todo se consuela cuando piensa,  
 Que en el cielo hallará la recompensa.  
 Así eleva al mortal con su dulzura  
 A sublime region, á esfera pura,  
 Y le arranca á pesar de su flaqueza  
 Rasgos que exceden la naturaleza:  
 Siempre fiel, siempre exacto y diligente  
 Ama á todos, de todos es amigo,  
 Porque está bien, su corazón lo siente,  
 Con su Dios, con su prójimo y consigo.  
 Con su Dios, todo amor y confianza;  
 Se abandona á su dulce providencia;  
 Siempre de su Señor en la presencia  
 Con los ojos del alma, ardiente lanza  
 Fuegos de amor, que salen de su seno,  
 Y suben al altar de un Dios tan bueno.  
 Con el prójimo todo deferencia,  
 Dulzura, caridad, condescendencia;  
 Jamas resentimiento, nunca queja:  
 Esto turba la paz, esto la aleja,  
 Si ve defectos, trata de esconderlos;  
 Si busca males, es por socorrerlos.  
 Consigo mismo duro y laborioso,  
 Cuando tiene caudal es generoso;



Pero en cualquiera suerte ó circunstancia  
 No flaquea su intrépida constancia,  
 Y siempre pronto á entrar en el combate,  
 Nada le desconcierta ni le abate.

Si se viera perdida su fortuna,

Puesto en prision por pérfidos testigos,

Si viera, que traidores sus amigos

No le dejaban esperanza alguna,

Y que todo recurso al fin es vano,

Sensible, es natural, pero cristiano:

Se le veria firme y sometido

Como un peñasco de la mar batido,

Y presentando inmóvil blando el ceño,

Con semblante pacífico y risueño,

De todas estas ruinas formaria

Un altar, que á su Dios consagraria,

Y para hacerle la oblation entera,

Un cántico de gracias añadiera:

Lo que da horror á su ánimo esforzado

Es el odioso aspecto del pecado,

Del pecado mortal, cuya malicia

Hace que huya la paz con la justicia;

Y si por su flaqueza ó su desgracia

Ve que ha perdido la divina gracia,

Entónces los gusanos torcedores,

Y los remordimientos vengadores

De su Dios ultrajado,

El corazon le dejan destrozado;

Busca la paz; pero la paz se ha ido

Oye la voz del arrepentimiento,

Y entónces humillado, no abatido,

Llora su error con trágico lamento,

Implora la virtud que ha abandonado,

Se acuerda de su Dios, Dios de clemencia,

Que para perdonar el atentado,

Solo espera á mirar la penitencia.

Corre veloz al tribunal sagrado,

En que por un poder que es infinito,

La confesion del pérfido delito

Se hace virtud; se acusa prosternado,

Gime, pide al ministro que le auxilie,

Que con su amado Dios le reconcilie,

Y no nace en su alma

La suspirada paz, la dulce calma,

Sino cuando el ministro allí le absuelve;

Le dice: Vuelve en paz, y en paz se vuelve.

### PARTE SEGUNDA.

**P**ERO ¡cuánto es mayor su alta ventura,

Cuando al salir de tan profundo abismo,

Va y recibe á su Dios, á su Dios mismo?

¡Qué gozo! ¡qué dulzura

Cuando se acerca á la divina mesa,

Que su Dios viene, y que su boca besa!

El recibe con ansia enardecida

Esa carne que al alma da la vida;

Esa carne de un Dios sacramentado,



Que destruye el pecado,  
 Que de su fuego el corazón aviva,  
 De la inmortalidad simiente viva,  
 Que con activo ardor el pecho enciende,  
 Y á mas alta virtud subir pretende.

Arde de nuevo en el amor divino;  
 Pero la paz le descubrió el camino,  
 El dolor se la trajo, la esperanza  
 Puso en el corazón la confianza,  
 Y encendió de la fe la antorcha oscura,  
 Despertando su amor y su ternura.

¿Cómo pudiera un ánimo turbado  
 Sentir la dulce union que el cielo quiso  
 Producir por amor, cuando apiadado  
 Inflamó nuestras almas? es preciso,  
 Que el corazón del hombre esté sereno,  
 Para sentir que Dios está en su seno.

Así la dulce paz es necesaria  
 De su vida en el curso á los mortales:  
 Ella regula su fortuna varia,  
 Criando bienes y templando males;

Pero nunca es mas útil á su suerte  
 Que en el triste momento de la muerte.

Mira aquel moribundo, que en su lecho  
 Desfigurado, pálido y deshecho,  
 Lucha con ella, pues que ya fallece:  
 Cuanto registra todo le estremece,  
 Todo es funesto, negro y pavoroso,  
 De la muerte el aspecto es espantoso.

La inquietud de su pecho se apodera,  
 Mas urgente el terror le desespera,  
 Muchos espectros de semblante duro  
 Andan vagantes en su cuarto obscuro,  
 Y ve que le amenazan enojados:  
 Sus amigos, que llegan consternados,  
 Sus parientes, que quieren asistirle,  
 Solo vienen allí para afligirle;  
 Ya no puede esperar remedio humano.  
 ¡Ay mi Dios, si también llega el tirano,  
 El voraz y cruel remordimiento,  
 ¡cuál será su terror! ¡cuál su tormento!

Pero no; este mortal era virtuoso,  
 O por lo ménos con la penitencia  
 Supo dejar tranquila su conciencia,  
 Y ahora con impulso religioso,  
 Para asistir al inflexible juicio,  
 Ofrece de su vida el sacrificio:  
 Por eso con aspecto decoroso  
 Llega la amable paz, viene á alentarle,  
 Y quiere hasta la tumba acompañarle:

Con su semblante dulce y apacible  
 Ahuyenta lo espantoso, lo terrible;  
 Los espectros se esconden disipados,  
 Y se deshacen todos los nublados.  
 Los objetos mudando de figura,  
 Ya no se dejan ver con faz tan dura,  
 Sino con rostro plácido y risueño.  
 La muerte ya no es mas que un dulce sueño;



El Juez inexorable, Padre amante,  
Y aquel que se llamó fatal instante,  
Es el momento de feliz consuelo  
En que acaba la tierra, empieza el cielo.

Vuela, divina paz, y con tus alas  
Como el veloz relámpago te eleva:  
Vuela, y penetra las etéreas salas.  
Ese feliz mortal á su Dios lleva,  
Y déjale en su seno soberano;  
Mas vuelve á consolar tanto cristiano,  
Que para el mismo viaje ya te espera.  
Vuelve á la tierra rápida y ligera,  
Porque hay en ella muchos desgraciados,  
Que de infernales furias acosados,  
Con triste afán y congojoso aliento  
Aguardan con terror este momento.

¡ Ah deliciosa paz! si para hallarte  
Cuando salimos de este triste mundo,  
Nos fuera necesario ir á buscarte  
De una oscura caverna en lo profundo,  
Habitar los desiertos horrorosos,  
O atravesar los mares procelosos,  
No hay mortal miserable,  
Que intrépido no fuera,  
Y todos esos riesgos no corriera.  
¡ O paz dulce y amable!  
Del celestial tesoro el bien mas alto,  
¡ Nos dejarás en tanto sobresalto?  
Pero no, paz divina, paz celeste,

Nunca te pones tú léjos del alma.  
Para gozar de tu agradable calma,  
Es preciso sin duda que algo cueste;  
Mas cuando ciega la pasión no ofusca,  
Te halla seguramente el que te busca.  
Para encontrarte en la hora postrimera,  
Buscarte en vida es el mejor camino:  
Tú conduces segura á su destino  
Al que te supo dar la vida entera,  
Al que en vida te amó con pasión pura:  
El gozo de tu halago y tu dulzura,  
Antes de que nuestra alma se despidiera,  
Es el fruto y trabajo de la vida.

¡ Pero hay medios con que nuestro respeto  
Se pueda procurar este tesoro?  
Sin duda.... Dios eterno, Dios que adoro,  
Dígnate de explicarme este secreto;  
Yo deseo saberlo únicamente  
Por adorar mejor á un Padre amante;  
Por gozar de su amor tranquilamente,  
Con paz dulce, con ánimo constante.  
Dime, pues, ¡ cómo yo podré lograrla?  
¡ Y cuáles son los medios de ganarla?  
El primero, el mayor, el necesario  
Es evitar con voluntad entera,  
Con ardor incesante y nunca vario  
La sombra de pecado mas ligera.  
Este es el enemigo, es el contrario,  
Que con fuerza mayor la paz altera,

Veneno activo que ponzoña vierte,  
 Puñal terrible que la da la muerte,  
 Gusano roedor que en ella mora,  
 Vuitre que las entrañas la devora.  
 El pecador jamas estará en calma;  
 ¡Y de qué paz podrá gozar el alma  
 Cuando viene á pensar que Dios en ira  
 La aborrece, y colérico la mira?  
 Era digno de tí, Dios grande y justo,  
 Que el hombre que desprecia por un gusto  
 De tu ley soberana la dulzura,  
 No pueda hallar en él mas que amargura;  
 Pero mas infeliz, si en su pecado  
 Pudiera estar tranquilo y sosegado,  
 Gozando de sus pérfidos placeres.  
 ¡Qué funesta señal! la mas terrible;  
 Ya no eres mas su Dios, su padre no eres,  
 Pues parece á tus iras insensible.  
 Tú no nos abandonas, ni te alejas,  
 Cuando en el alma dejas  
 Algun remordimiento que la asombre;  
 Pero cuando este calla, ¡á Dios el hombre!  
 Otro medio tambien para que venga  
 La paz al corazon, es el cuidado  
 De arrojar todo gusto desreglado,  
 Todo deseo que malicia tenga;  
 Y si á pesar del mundo y de su abismo  
 La paz del cielo buscas en la tierra,  
 Declárales la guerra

A todos tus sentidos y á tí mismo.  
 Evita sobre todo las pasiones;  
 Sus mentidas perversas ilusiones  
 Seducen con su error los hombres ciegos,  
 Son furiosos volcanes, cuyos fuegos  
 En el alma producen el desórden,  
 Y se oponen á Dios, Autor del órden.

La razon las sujeta con su freno;  
 Nunca la paz habitará en tu seno,  
 Si no reglas con celo y con prudencia  
 El ímpetu feroz de su violencia:  
 Una sola pasion cuando es urgente,  
 Desregla el corazon, turba la mente.

Pero el medio mas cierto é infalible  
 De obtener este bien apetecible,  
 Es levantar el corazon al cielo,  
 Dejar todo conato, todo anhelo,  
 Y con ánimo humilde abandonado,  
 Estar siempre dispuesto y resignado  
 A recibir de Dios lo que te venga,  
 Sin que el deseo nunca lo prevenga;  
 Arrojar en sus brazos sin tardanza,  
 Fundar en su bondad nuestra esperanza,  
 Hacer nuestros deberes con empeño,  
 Y dejarle despues único dueño  
 De ordenar nuestra suerte como quiera,  
 Vil ó elevada, triste ó placentera.  
 Dios sabe lo que el hombre necesita,  
 Su caridad de Padre es infinita;



Firmos pues en ella, y con paciencia  
Esperemos su dulce providencia.

Cuando el alma ayudada de la gracia  
Ha logrado esta paz dulce y secreta,  
¡Qué disgusto, qué acaso, qué desgracia

Pueden hacerla tímida ó inquieta?

¡Qué puede conturbar al que prefiere  
La voluntad de Dios en cuanto hiciere,

Que desea que en nada se limite?

¡Qué estado tan felice, qué reposo  
Goza el mortal que puro y religioso

A la divina ley siempre sujeto,

Fiado en su bondad nunca está inquieto,

Porque amar sometido se propone

Todo lo que hace el Dios que lo dispone?

¡Gran Dios! si alguna vez mi voz sensible

Ha subido á tu trono inaccesible,

Y me oyó tu bondad benigneamente,

Mas que nunca hoy te implora reverente.

Dame, dame, Señor, la paz amable,

Esa paz con que ya tu gloria empieza.

Otros á tu piedad inagotable

Pedirán la fortuna, la grandeza,

La vida acomodada, el alto empleo;

Mas yo sola la paz, la paz deseo.

Esa divina paz que de tí viene,

Ese bien en virtudes tan fecundo

Yo no le puedo conseguir del mundo,

Que nadie puede dar lo que no tiene;

Ménos la puedo hallar en mi flaqueza.  
Tú que formaste mi naturaleza,  
Sabes que mi alma siempre vacilante  
Conturbada se siente cada instante,  
Y que mi corazon infeliz gime  
Del mas ligero mal que le comprime;  
Y pues solo, Señor, de tu ternura  
Puede esperar mi ardor dicha tan pura,  
Haz reinar en mi pecho, da á mi anhelo  
Esta paz, con que reinas en el cielo.

## POEMA XXIII.

## LA ESPERANZA.

## PARTE PRIMERA.

**N**ACE el hombre en el llanto,  
Vive con penas, muere con dolores,  
Y muere desdichado si no es santo:  
Esta es en breve toda su carrera.  
¡Qué infelice que fuera!  
Jamás sufrir pudiera sus rigores,  
Si una dulce esperanza no tuviera;  
Pero espera delicias celestiales

Por feliz recompensa de sus males,  
 Y esto hasta á aliviar su infausta suerte,  
 Pues con esta esperanza sostenida  
 Soporta los afanes de la vida,  
 Y endulza los horrores de la muerte.  
 ¿Qué hace el hombre en la tierra?  
 Sufrir; este parece su destino.  
 Cuanto existe en el mundo le hace guerra,  
 Y marcha por un áspero camino  
 Tan lleno de tropiezos y embarazos,  
 Tan cubierto de redes y de lazos,  
 Y al mismo tiempo lóbrego y obscuro,  
 Que en él no puede dar paso seguro.  
 El mundo no le ofrece mas que errores,  
 Y ninguna luz cierta le presenta;  
 El pan que le alimenta  
 Le compra á mucho precio de sudores;  
 Su vida de inquietudes está llena,  
 Cada dia produce nueva pena,  
 Y cuanto mas se alarga,  
 Tanto mas le parece mas amarga,  
 Porque crece el torrente de pasiones,  
 De disgustos, afanes y aficciones.  
 Los que le emulan nada le perdonan,  
 Son traidores sus pérfidos amigos,  
 Sus parientes ligeros le abandonan,  
 Le acosan sin piedad sus enemigos,  
 Le desconciertan todos sus proyectos,  
 Ve malogrados todos sus afectos;

Y cuando ya cansado  
 De tantos males que aliviar desea,  
 Cuando ya de su error desengañado  
 Algun remedio busca,  
 Su robustez ya lánguida flaquea,  
 Su espíritu se ofusca,  
 Viene la enfermedad que le destruye,  
 Y al fin la muerte todo lo concluye.  
 Tal es el triste, mas fiel retrato  
 Del infeliz mortal; desde la cuna  
 Hasta el sepulcro con destino ingrato  
 Le persigue inflexible la fortuna,  
 Y este del hado pérfido abandono  
 Alcanza á la cabaña como al trono.  
 El hombre desdichado  
 Padece en todo tiempo, en todo estado,  
 Cada cual tiene su interior lamento,  
 Y ninguno en el mundo se halla exento.  
 Si escuchar se pudieran los gemidos  
 De cada corazon sobre la tierra,  
 Los afectos del pecho comprimidos,  
 ¡Ay Dios! ¡qué confusion! ¡que horrible guerra!  
 Solo se oyeran tristes alaridos  
 De un dolor, aunque oculto deplorable,  
 Un concierto funesto y lamentable  
 De gritos, de dolor, todos salidos  
 De las chozas, las casas y palacios  
 Que inundaran del aire los espacios.  
 ¡Cuántos que visten oro, y pisan flores



Exhalan en secreto sus dolores,  
 Afectando un semblante complacido!  
 ¡Qué padres cuyo pecho está oprimido  
 Cuántas madres sollozan sin consuelo,  
 Qué esposas anegadas en su llanto,  
 Qué indigentes que claman con anhelo,  
 Qué enfermos, que en su mísero quebranto  
 Desahogan su dolor con alaridos,  
 Qué inocentes que sufren perseguidos,  
 Qué presos en las cárceles atados,  
 Qué locos, qué mendigos, qué llagados,  
 Y tantos otros que infelices penan,  
 Y que la tierra llenan!  
 Este es el hombre, y estos son los males,  
 A que están condenados los mortales.  
 ¡O Dios! Dios de bondad que los hiciste,  
 • ¡Solo para penar los has criado?  
 ¡Los hombres que á tu imágen has formado,  
 Víctimas de dolor hacer quisiste?  
 Y entre tanta miseria y desconuelo  
 ¡No les harás brillar algun consuelo?  
 Ven, amable esperanza, y con tu encanto  
 Alivia nuestro llanto;  
 Ven á calmar tan míseros dolores  
 Con tus dulces y bellos resplandores.  
 Cuando tú nos declaras  
 De los bienes eternos la dulzura,  
 Y la dicha inmortal que nos preparas,  
 Tú nos endulzas toda su amargura.

Qué alivio, qué consuelo  
 Es poderse decir en su desvelo:  
 Yo padezco, es verdad, gimo en la tierra,  
 Que es mansion del dolor, pais de guerra;  
 Pero yo soy formado para el cielo,  
 Para obtener placeres superiores,  
 Y gozar de divinos esplendores:  
 Todo pasa en el mundo, y pasa presto,  
 Gustos y penas, gozos y dolores,  
 Y no quedan ni huellas de todo esto.  
 ¡O dia grande de la luz eterna!  
 Dia sin fin, la noche en tí no alterna,  
 Quizá va á despuntar tu primer rayo:  
 Yo te espero sin ansia ni desmayo;  
 Se acabarán mis males pasajeros,  
 Y empezarán los bienes verdaderos.  
 Yo aspiro á un trono de inmortal grandeza  
 Trono que nunca acaba, cuando empieza,  
 Y debo con mis méritos ganarlo;  
 Yo he sido delincuente, debo expiarlo.  
 Yo me dirijo á celestial destino,  
 Fuerza es sufrir las penas del camino.  
 ¡Qué importa que esta vida deleznable  
 Se pase en la amargura,  
 Si de vida mejor y perdurable  
 Puedo ganar con ella la dulzura?  
 El mal dura muy poco, y con la muerte  
 En corona de gloria se convierte.

## PARTE SEGUNDA.

**A** sí consuelas, esperanza amable,  
 Cuando nos dura de la vida el peso ;  
 Pero cuánto mayor es tu embeleso,  
 Cuando la parca dura, inexorable  
 Contra nosotros su furor extiende ?  
 O cuando fiera arrebatat pretende  
 Las personas que amamos con ternura ?  
 Siempre el hombre la muerte se figura  
 Con tristes sombras, y funestos velos  
 De destruccion, de soledad y ruina,  
 Cubiertos de pesares y de duelos ;  
 Su limitada vista nunca atina  
 Mas que á buscar fortunas y consuelos  
 En lo que el breve tiempo circunscribe ;  
 La esperanza, que vive  
 Con todos sus deseos en el cielo,  
 Levanta mas su generoso vuelo,  
 Y mira que la muerte,  
 Cuando es buena, mejora nuestra suerte,  
 Que el fin de nuestra vida trabajosa  
 Es el principio de otra venturosa,  
 Y que el alma, rompiendo las cadenas  
 De este cuerpo mortal, libre de penas,  
 Se transporta exhalada  
 A la region para que fué criada.  
 Si mira que un amigo ó pariente

A la muerte han pagado su tributo,  
 A pesar de las lágrimas y el luto  
 Que hacen una familia tan doliente,  
 Y que la tienen tan desconsolada,  
 Ella sola tranquila y resignada  
 Consuela a los que míseros se afligen,  
 Porque al cielo sus ojos se dirigen.  
 Ella dice al buen hijo que deplora  
 La muerte de su padre : Hijo querido,  
 Tu padre lloras, mas no está perdido ;  
 En la mansion celeste feliz mora,  
 Salió por fin de su destino incierto,  
 Ya terminó su viaje, llegó al puerto,  
 Y al Padre universal por tí le implora.  
 Al amigo le dice : ¿ Por qué triste  
 Lloras al tierno amigo que perdiste ?  
 No imagines que te haya abandonado,  
 Porque ha volado á la celeste esfera,  
 Solo por breve tiempo separado  
 Reunirse contigo presto espera,  
 Y Dios os unirá con lazo eterno.  
 A la madre que llora un hijo tierno,  
 La dirá : Deja el llanto, y considera  
 Cuánto es injusto tu dolor activo ;  
 El hijo por quien lloras está vivo :  
 Para morir, tu seno le dió al suelo,  
 Pero ahora mas feliz vive en el cielo.  
 A la esposa, que llora desolada,  
 La dice : No te aflijan sus destinos ;



Si tu esposo ha empezado la jornada,  
Es para prepararte los caminos.  
Ya la presencia de su Dios le inflama,  
Y desde el cielo con ardor te llama,  
Para partir contigo su reposo  
En dulce union con el divino esposo.

O cristiano fiel, pues que naciste  
Para gloria que término no tiene,  
Tu débil corazón no se contriste  
Cuando la parca inexorable viene  
A poner fin á tus mortales hados.  
No te afijas como esos desdichados  
Que viven sin tan plácida esperanza,  
Oye su voz con tierna confianza,  
Mira el glorioso fin que te declara,  
Ve el brillante lugar que te prepara,  
La luciente corona que te ofrece,  
Y recíbela en fin como merece.

Sufre pues con valor las aficciones,  
No temas mas que al mundo y tus pasiones:  
Toma tu cruz con gozo y alegría,  
Y sufre con constancia todavía.  
Algun tiempo de afán, de dura suerte;  
Mas léjos de temerla, ama la muerte,  
Porque ella sola canta la victoria,  
Y puede darte el triunfo de la gloria.

¡O Dios santo! ¡Dios grande y poderoso!  
¡Dios misericordioso!  
En tí es solamente

En quien mi afecto humilde y reverente  
Puede ver la razon de su esperanza;  
Fuera de tí, Señor, ¿en quién pudiera  
Fundar mi confianza?  
¿En mis merecimientos? ¡Dios eterno!  
Si no fuera por tí, ¿de mí qué fuera?  
Sin tu misericordia inagotable  
Tu víctima seria en el infierno.  
Largo tiempo desleal y miserable  
No he sabido, Señor, sino ofenderte,  
Y cuando observo de mi vida el giro,  
Yo mismo, yo me admiro  
De que no me hayas dado eterna muerte.  
¿Me fiaré en el mundo corrompido?  
Pero ¡ay! ¿quién no conoce sus engaños?  
¿Quién se ha fiado de él que no haya sido  
Víctima de su error y de sus daños?  
¿Qué se puede esperar de un mundo loco  
En que se escucha la razon tan poco?  
¿Qué puede dar un monstruo desbocado,  
Que en perfidias y vicios anegado  
Es continuo taller de los delitos,  
Y fragua en que se forman los prescitos?  
¿Me fiaré en los hombres? ¡Desdichado  
El que en brazo de carne se confía!  
Socorro débil que no dura un dia,  
Débil vapor que el aire ha disipado.  
Pasa el hombre, y con él su valimiento,  
Mas rápido y fugaz que pasa el viento;

¿Cómo esperar en él? ¿cómo fiarse,  
 Cuando él mismo no puede asegurarse?  
 Meteoro brillante que aparece,  
 Hoy existe, mañana desaparece,  
 Cada instante á la tumba se desliza,  
 ¿Cómo pues esperar en la ceniza?

Y pues que mi razon en cuanto alcanza,  
 Para hallar el perdón de mis delitos,  
 Y obtener de tu gracia la esperanza,  
 Puede solo estribar su confianza  
 En tus méritos santos é infinitos;  
 Implora tu piedad con todo el fuego  
 De que es capaz mi corazón rendido:  
 Tú escuchar con piedad has prometido  
 Al importuno y humillado ruego;  
 Haz pues que odie al pecado mas que á todo,  
 Que huya de su mortífera ruina,  
 Que no resista á tu impulsión divina,  
 Que este sería de alejarla el modo.

Que sufra las desgracias con paciencia,  
 Y que llorando el mal que he cometido,  
 Crea que por haberlas merecido,  
 Te las debo ofrecer por penitencia;  
 Que yo eleve hasta tí mis pensamientos,  
 Y encienda de mi pecho el frío hielo  
 Con el agua ferviente, que del cielo  
 Desciende en los divinos sacramentos;  
 En fin, para que mi alma venturosa  
 Halle piedad en el final juicio,

La Iglesia por postrero beneficio  
 Me diga cuando muera: En paz reposa;  
 Con esto mi esperanza placentera  
 Solo fiada en tí, mas siempre activa,  
 Sostendrá mis alientos mientras viva,  
 Y volará á tu seno cuando muera.

## POEMA XXIV.

## LA MUERTE.

## PARTE PRIMERA.

**E**l negocio mas grave de la vida  
 Es prepararnos una buena muerte,  
 Y el medio de lograr tan dulce suerte  
 Es que con atención no interrumpida  
 El hombre la medite muy de intento,  
 Ocupando con ella el ensamiento.  
 Del medio de los velos horrorosos,  
 Con que la triste muerte está cubierta,  
 Suelen salir los rayos luminosos,  
 Que al feliz desengaño abren la puerta;  
 Su vista causa sustos, turbaciones,  
 Pero inspira sublimes reflexiones.



¿Cómo esperar en él? ¿cómo fiarse,  
 Cuando él mismo no puede asegurarse?  
 Meteoro brillante que aparece,  
 Hoy existe, mañana desaparece,  
 Cada instante á la tumba se desliza,  
 ¿Cómo pues esperar en la ceniza?

Y pues que mi razon en cuanto alcanza,  
 Para hallar el perdón de mis delitos,  
 Y obtener de tu gracia la esperanza,  
 Puede solo estribar su confianza  
 En tus méritos santos é infinitos;  
 Implora tu piedad con todo el fuego  
 De que es capaz mi corazón rendido:  
 Tú escuchar con piedad has prometido  
 Al importuno y humillado ruego;  
 Haz pues que odie al pecado mas que á todo,  
 Que huya de su mortífera ruina,  
 Que no resista á tu impulsión divina,  
 Que este sería de alejarla el modo.

Que sufra las desgracias con paciencia,  
 Y que llorando el mal que he cometido,  
 Crea que por haberlas merecido,  
 Te las debo ofrecer por penitencia;  
 Que yo eleve hasta tí mis pensamientos,  
 Y encienda de mi pecho el frío hielo  
 Con el agua ferviente, que del cielo  
 Desciende en los divinos sacramentos;  
 En fin, para que mi alma venturosa  
 Halle piedad en el final juicio,

La Iglesia por postrero beneficio  
 Me diga cuando muera: En paz reposa;  
 Con esto mi esperanza placentera  
 Solo fiada en tí, mas siempre activa,  
 Sostendrá mis alientos mientras viva,  
 Y volará á tu seno cuando muera.

## POEMA XXIV.

## LA MUERTE.

## PARTE PRIMERA.

**E**l negocio mas grave de la vida  
 Es prepararnos una buena muerte,  
 Y el medio de lograr tan dulce suerte  
 Es que con atención no interrumpida  
 El hombre la medite muy de intento,  
 Ocupando con ella el ensamiento.  
 Del medio de los velos horrorosos,  
 Con que la triste muerte está cubierta,  
 Suelen salir los rayos luminosos,  
 Que al feliz desengaño abren la puerta;  
 Su vista causa sustos, turbaciones,  
 Pero inspira sublimes reflexiones.

Nosotros morirémos. La sentencia  
Está dada por Dios, y es absoluta;  
Cada día, cada hora se ejecuta,  
Y así lo verifica la experiencia.

En este instante mismo hay mucha gente,  
Que al término ha llegado de su giro,  
Que está ya dando el último suspiro,  
Y que empieza á vivir eternamente.

El instante que sigue, al propio abismo  
Otros muchos irán, quizá yo mismo,  
De modo que uno á otro se sucede;  
Todos se van sin que ninguno quede.  
Los frutos mas comunes de la tierra  
Son los nuevos cadáveres que cria,  
Y con los muchos que incesante entierra,  
Llena su seno de ceniza fría.  
Los vivos son cadáveres que esperan;  
Los unos con los otros se aglomeran,  
Y desde un hemisferio á otro hemisferio  
Su extension es un vasto cementerio.

No hay quien pueda ignorar verdad tan clara;  
Pero ¿quién la medita y se prepara?  
Hombre mortal, que vives moribundo,  
Tú yaces en letargo muy profundo,  
Tú vives sin temor, como pudieras  
Vivir si nunca fallecer debieras,  
Hasta alejar la idea de la muerte,  
Porque no turbe tu tranquila suerte,  
Como si fuera dado á tus temores

Con el olvido huir de sus horrores.  
Tú eres como la víctima, que ciega  
Viene al pié del altar, que hasta que llega,  
Y siente el golpe que la despedaza,  
Ignora que la muerte la amenaza.

Así todo se acaba y muere todo.  
Los hombres hechos con el mismo lodo  
Andan todos un áspero camino,  
Y se encaminan á un igual destino;  
Porque en fin todos, sean los que fueren,  
Nacen, viven, enferman y se mueren.

Si el sendero del hombre es peligroso,  
Su término es oscuro y pavoroso;  
Pues está en él la muerte inexorable,  
Que examina solícita á cada hombre.  
A cada uno le llama por su nombre,  
Y le impone una suerte irrevocable,  
A este aquel día, al otro en la semana,  
A tí en el año, á mí quizás mañana.

De aquí á cien años sin estar completos,  
¿Qué diferencia en todos los objetos!  
La corte tendrá nuevos cortesanos,  
Las ciudades distintos ciudadanos,  
Los pueblos serán de otros pobladores,  
Y las casas tendrán habitadores  
Todos diversos, todos diferentes,  
Todo el mundo tendrá nuevos vivientes,  
Y ellos dirán, como decir debemos:  
Dentro de poco todos morirémos.



Harán como nosotros reflexiones,  
 ¿ Pero serán mejores? ¿ mas cristianos?  
 Ah! yo temo que miseros y vanos,  
 Y sujetos tambien á las pasiones,  
 Hagan como nosotros hemos hecho,  
 Con tan flaca razon, tan débil pecho,  
 Oirán estas verdades tan terribles,  
 Parecerán movidos y sensibles,  
 Y formarán quizas resoluciones,  
 Conmovidos de horror sus corazones;  
 Mas presto sus temores disipados,  
 Parecerán estar tan olvidados,  
 Que á la muerte cada uno sorprendido  
 Se creará que jamas las haya oido.

La muerte pues, que todo lo arrebató  
 Con un golpe tan rápido y violento,  
 Todas nuestras ideas desbarata,  
 Destruye todo humano pensamiento.  
 El hombre no se fija en lo que vive;  
 A pesar de la vida la mas larga,  
 Solo pone su idea en lo que aguarda,  
 Y entre las esperanzas que concibe,  
 Con sus deseos solo se entretiene.  
 Anda, vuelve, camina, y se detiene,  
 Sin pararse jamas en un objeto;  
 A un proyecto sucede otro proyecto:  
 Con carácter versátil y fecundo  
 Ya el primero dejó por el segundo,  
 Y este deja tambien por el tercero:

Pero la muerte con su andar ligero  
 Llega, sorprende, y con su hoz cortante  
 Todos se los deshace en un instante.

Aquel jóven, por verse en edad tierna,  
 Se figura le queda todavia  
 Una carrera larga, casi eterna,  
 Para pasarla en fiestas y alegría;  
 Tantos gustos y gozos le previene  
 El mundo seductor, que solo tiene  
 Para saciar su sed dorados vasos:  
 La muerte dar le deja algunos pasos,  
 Mas sobre él se desploma de repente,  
 Y dar un paso mas no le consiente;  
 Le ataja al empezar de su carrera:  
 El quiere detenerla, ella no espera,  
 Y con duro rigor, con fiero gesto  
 Le da el golpe fatal quizas funesto.  
 ¿ Y qué es lo que haces tú, muger profana,  
 Que llena de tí misma y siempre vana,  
 No piensas mas que en galas, en arreos,  
 En placeres, amores y paseos?  
 Tú te contemplas en tu claro espejo,  
 Tú le pides un pérfido consejo,  
 Tú quieres que te enseñe á hacer halagos,  
 A riesgo de causar muchos estragos;  
 Pero tu incauta ceguedad no advierte,  
 Que detras del espejo está la muerte,  
 Que ya te acecha, y amenaza fiera,  
 Que ya va á descargar, que solo espera



Que la víctima acabe de ponerse  
 Las galas con que quiere componerse,  
 Para sacrificarla en el instante,  
 Y dejarla horrorosa y palpitante.  
 ¡Qué ceguera, ó cielos, es la nuestra!  
 La experiencia, del hombre la maestra,  
 Nos prueba sin cesar cada momento,  
 Que la vida tan frágil como el viento  
 Soplo es fugaz, relámpago que pasa;  
 Y sobre esa caduca y débil masa,  
 Que á caer está siempre tan propensa,  
 ¡Queremos levantar máquina inmensa!  
 El hombre extiende tanto su esperanza,  
 Que va mas léjos que su vida alcanza,  
 Con ilusion errada pero viva;  
 Ve un largo porvenir en perspectiva,  
 Y ese ojo perspicaz de vistas tantas  
 El sepulcro no ve, que está á sus plantas;  
 Lleno siempre de ideas lisonjeras,  
 De errores dulces, frívolas quimeras,  
 Toda su vida vive de deseos,  
 Y á la muerte sus últimos empleos  
 Cuando mira que estan desesperados,  
 Lágrimas son de verlos malogrados:  
 Así completa su infelice suerte,  
 Y da á una amarga vida amarga muerte.  
 Entónces queda el hombre despojado  
 De bienes, de placeres y de honores,  
 De riquezas, amigos y favores;

Todo lo deja, todo está acabado,  
 Una cosa le queda todavía,  
 Y esta la nombra Job, cuando decia:  
 De cuantos bienes dar la tierra pueda,  
 El sepulcro es lo solo que me queda.  
 He aquí vuestro despojo, hombres insanos,  
 La mortaja, la tumba y los gusanos;  
 He aquí el fruto de afanes y de anhelos,  
 He aquí el fruto final de los desvelos.  
 ¡Y era para esto solo necesario  
 Tanto conato, y tan extraordinario!  
 ¡Multiplicar las ansias y deseos!  
 ¡Buscar á tanta costa los empleos!  
 ¡Causarse tantas penas y cuidados!  
 ¡Tantas guerras hacer en los estados!  
 ¡Derramar tanta sangre en las naciones,  
 Y asolar las provincias y regiones!  
 ¡Cómo vuestra razon no preveía  
 El fin que tanto afan tener debía!  
 ¡Cómo desconoció vuestro desvelo  
 Este abismo sin fin, pozo sin suelo,  
 En que todo lo que hay cae, peréce,  
 Se hunde, se pierde, y se desaparece?  
 Pero aun hay otro mal, y es mas terrible,  
 Pues la muerte severa é inflexible  
 Va á fijar una suerte irrevocable,  
 Y la que da una vez ya es inmutable.  
 El árbol va á caer, ya está cortado,  
 A derecha ó izquierda está inclinado,



Segun que en vida se haya conducido ;  
 Pero luego que en tierra esté tendido ,  
 Inmóvil quedará en el mismo lado  
 En que una vez quedó cuando ha caído.

Así todos los hombres quedaremos  
 En el lado en que todos moriremos ,  
 Y sin término alguno nuestra suerte  
 Será lo que es á la hora de la muerte.  
 Si en gracia, nuestra suerte venturosa  
 Será siempre feliz, siempre dichosa ;  
 Mas el que muere triste en su pecado,  
 Será siempre infeliz y desgraciado.  
 La muerte es un momento, mas momento  
 Que produce una eterna consecuencia.  
 ¡ O momento fatal ! ¡ qué pensamiento  
 Puede entender tu duración y esencia ?

#### PARTE SEGUNDA.

¡ QUIEN, si de esta verdad se penetrara,  
 Con pavoroso asombro no temblara ?  
 ¡ Qué alma con tanto espanto confundida  
 Pudiera amar los gozos de la vida ?  
 ¡ Quién dejara llenarse de ilusiones ?  
 ¡ Quién oyera el clamor de sus pasiones,  
 Si escuchara á la muerte que le grita :  
 La eternidad es suma, es infinita,  
 La vida es breve, y pasa con presteza ,  
 Al instante que acaba, el mal empieza ?

Qué insensato mortal no se diría :  
 Pues que yo debo fallecer un día ,  
 ¡ Por qué luego á morir no me preparo ?  
 ¡ Por qué de todo al fin no me separo ,  
 Pues hoy mi último día ser pudiera ,  
 Y esta fuera también mi acción postrera ?  
 Con tan justas ideas conducidos,  
 Y dejando del mundo los encantos,  
 Lograremos morir como los santos,  
 Y hallar lugar entre los escogidos.

El grande apóstol Pablo nos decía :  
 Yo muero cada día.  
 ¡ Cuántas verdades grandes y elevadas  
 En tan cortas palabras incluía !  
 Pues el que quiere hacer feliz su suerte,  
 Debe sufrir mil muertes preparadas ,  
 Antes que llegue la postrera muerte ,  
 Esta muerte absoluta, muerte eterna,  
 Que termina por fin nuestra carrera.

Yo muero cada día : ¡ cómo es cierto !  
 ¡ A cuántas cosas ya no me hallo muerto !  
 Ya se murieron mis pasados años,  
 Y mis pasados gustos ya murieron,  
 Solo me quedan tristes desengaños,  
 Mas todos mis placeres ya se fueron  
 Tan idos, que jamas volveré a verlos ;  
 Y si algunos me quedan todavía ,  
 Pasarán sin que pueda detenerlos.  
 Hacia el término avanzo cada día ,

Ya muriéndome voy sin advertirlo,

Y llegaré á la muerte sin sentirlo.

Yo muero cada día, pues que siento

Que algo de mi existencia se destruye,

Que el curso de mi vida disminuye,

Y todo aunque con tardo movimiento.

Mi espíritu se afloja y entorpece,

Mi memoria se pierde y debilita,

La vista de los ojos se me quita,

Mi fuerza se aminora y enflaquece,

Todo ya se desmiente y afemina,

Y la máquina entera al fin se arruina.

Yo muero cada día; mi destino

Ya tiene hecha una parte del camino;

Incierto de la parte que me queda

Puedo decir que hoy vivo, sin que pueda

Saber si lo podré decir mañana.

En esta incertidumbre es cosa vana

Formar muchos proyectos importantes;

Yo no formo mas que uno; es proponerme

Que no pueda la muerte sorprenderme,

Y estar dispuesto á todos los instantes.

El que espera al momento, es un gran loco,

O no está bien dispuesto, ó lo está poco.

Yo muero cada día, porque muero

A todo lo que pasa diariamente,

Sea que me consuele ó me atormente.

El tiempo con tenaz lima de acero

Y con su agudo diente,

Todo lo roe, todo lo devora,

Tanto el mal que con lágrimas se llora,

Como el bien que nos viene placentero,

Porque nada en el mundo hay de durable,

Todo se huye veloz, todo es instable.

Así si viene el mal, es bien digamos:

Ya va á pasar, pues no nos aflijamos;

Y cuando venga el bien, también dirémos:

Ya va á pasar, pues no nos alegremos.

Locura es que yo ponga mi albedrío

En lo que en breve ya no será mio,

Y solo es razonable despegarse

De lo que presto debe disiparse:

Dios solo es inmutable y permanente,

Y es el bien en quien debo únicamente

Poner mi corazon, fijar mi suerte,

Porque no me le hará perder la muerte.

Yo muero cada día; cada día

Desatándome voy, y no sin pena,

De tantos como lazos y cadenas,

Con que la vida me ata todavía.

Cuando la muerte nos encuentra atados

Con muchos lazos fuertes y apretados,

Tales como los bienes, los amores,

Los parientes, las deudas, los honores,

Y que quiere cortarlos de repente,

; Ah qué dolor, ó Dios, el alma siente!

Yo quiero prevenirlo, y mas sensato

Poco á poco á mí mismo me desato,



Para que libre y desembarazado,  
 Cuando la muerte venga me halle en calma,  
 Y al desatarse de mi cuerpo el alma,  
 Vuele en paz á su Dios que la ha criado.

Yo muero cada día, pues es cierto,  
 Que vivo ya como si hubiera muerto.

El alma que está bien determinada  
 A servir á su Dios, no quiere nada  
 De lo que dan el mundo y la fortuna;

No pretende con ellos parte alguna,  
 Como no la pretendan los que muertos  
 En la tumba cadáveres son yertos.

No hay para ella ni honores ni intereses;

Que la sucedan todos los reveses,

Que la ofendan, la pisen y la ultrajen,

Que con desprecios á porfía la ajen,

Que la digan la injuria mas terrible,

Está como los muertos insensible,

Solo tiene humildad, paciencia olvido;

Todo su corazon ha fallecido,

Y como en ella el sentimiento cesa,

Nada la aflige, nada la interesa.

Yo muero cada día: ¿quién quisiera

No morir de una vez si lo pudiera?

¿Qué puedo ya esperar en esta amarga

Habitacion de un mundo vacilante?

¿Qué pues? ¿ya no he pecado lo bastante?

¿Mi cuenta no será bastante larga?

¿Dios de misericordia! demasiado

De tus divinas gracias he abusado;

Y con descuido pródigo he perdido

El dilatado tiempo que he vivido;

Ojalá hubiera muerto apresurado

En el tiempo que ménos mal vivia,

Y que tantos pecados no tenia.

¿Qué logro con vivir algunos años?

¿No ha de llegar al fin la triste muerte?

¿Qué habré ganado pues para mi suerte,

Mas que nuevos peligros, nuevos daños,

Y añadiendo temores á temores,

Morir con mas pecados y terrores?

Con la muerte, que un poco se difiere,

¿Se muere ménos? quizá mas se muere,

Y el tiempo que un mortal deja vivido,

Es un sueño fugaz que ya se ha ido.

Yo muero cada día muy dichoso,

Si con la gracia acabo el peligroso

Término de mi vida, y si sin sustos

Puedo alcanzar la muerte de los justos.

Yo no vivo, mi Dios, mas que para esto,

A trabajar con fuerza estoy dispuesto,

Y voy á comenzar la muerte diaria,

Que es tan molesta, pero necesaria.

¿Alma mia! ¿qué paz y qué dulzura

Hallarás al morir, si ahora pura

Con incesante ardor, y con porfia

Dices con Pablo, muero cada día!

Cada día con animo profundo.

Conozco mas la vanidad del mundo ;  
 Cada dia sintiendo cuanto es vana ,  
 Mas me aparto de toda cosa humana ;  
 Cada dia desato un fatal lazo ,  
 Que de mi devocion era embarazo ;  
 Cada dia presento sacrificios ,  
 Lavando culpas y venciendo vicios ;  
 Cada dia me muero de algun modo ,  
 Y deseo tambien morir del todo .

Esta pequeña muerte bien seguida  
 Vale mejor que la mas larga vida ,  
 Y no es fútil como ella y transitoria ;  
 Es vida santa , vida meritoria ,  
 Y que nos hace dulce y llevadera  
 La muerte , que es final y verdadera .

Es verdad que esta vida es trabajosa  
 Y á la naturaleza muy penosa :  
 No se vive muriendo sin que cueste ,  
 Pero da fuerza la virtud celeste ,  
 Y á vista del placer de la esperanza  
 Se animan el valor y confianza .  
 Nos morimos por Dios diariamente ,  
 Morimos por vivir eternamente ,  
 Y este continuo y lángido suplicio  
 Le ofrecemos á Dios en sacrificio ,  
 Uniéndole al sublime , al necesario ,  
 Que sufrió Jesucristo en el calvario .  
 Despues de todo , si esta vida es dura ,  
 Sabe templar la gracia su amargura ;

El alma se sostiene , cuando piensa  
 Que es magnífica al fin la recompensa .

O tú , que eres la vida verdadera ,  
 En quien mi corazon humilde espera ,  
 Admite ¡ ó Dios ! benévolo y propicio ,  
 Admite desde ahora el sacrificio ,  
 Que te hago de los dias que me dejas .  
 Feliz mil veces yo si de mí alejas  
 Todas las seducciones tan activas ,  
 Para que tú , Señor , conmigo vivas .  
 Pues pierdo cada dia mi existencia ,  
 Haz que arranque de mi alma con violencia  
 Todo lazo mortal que atarla pueda :

¡ A qué se puede atar si nada queda ?  
 Si alguno cuando muero , triste llora ,  
 Dirá de mí : Murió ; yo digo ahora :  
 Ya muero , pues que ya insensiblemente  
 Voy perdiendo la vida lentamente ;  
 Que acabe en fin cuando mi Dios lo quiera :  
 Esto no es lo que mi alma considera ,  
 Y solo le suplica reverente ,  
 Que digna la haga su bondad divina  
 De la vida inmortal que la destina .

FIN.





## **LA GRACIA.**

**POEMA ESCRITO EN FRANCES**

FOR

**Luis Racine,**

TRADUCIDO AL CASTELLANO

FOR

**DON FRANCISCO BUSTOS.**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### Noticia del Traductor.

**D**on Francisco Bustos, autor de esta traducción, descendía de una familia de Tehuacan, y nació en Orizaba hácia el último tercio del siglo pasado. Hizo con lustre su carrera literaria en Puebla, pasó al colegio de S. Pablo de la misma ciudad, y sirvió por algunos años el ministerio pastoral. Después entró á la congregación de S. Felipe Neri en el Oratorio de Orizaba.

Nutrido allí en la soledad, el estudio y la meditación, su alma se hallaba en la situación mas á propósito para penetrarse del espíritu del Poema de la Gracia, cuyo carácter distintivo es un tinte de religiosa melancolía. La posición de Racine cuando le compuso era bastante parecida á la de su traductor. Así es que en la obra de este, se conservan fielmente á nuestro juicio los rasgos geniales, y la fisonomía del original.

La fatalidad que persigue ordinariamente á las obras póstumas, y la circunstancia de no haber podido el traductor dar la última mano á



su libro, han hecho que en las copias manuscritas que de él se conservan en Orizaba, se encuentren algunas lagunas, y no pocos yerros y equivocaciones, de todo lo cual una buena parte será sin duda por culpa de los amanuenses. Nos hemos tomado la licencia de llenar aquellas y corregir de estas las que nos han parecido mas notables, teniendo á la vista el original frances.

El padre Bustos tenia concluida la version del Poema de la Religion, en versos mas pulidos y castigados que estos del de la Gracia, pero se ha perdido el manuscrito. Ambas obras fueron sin duda una especie de desahogo para su autor, cuya vida se consagró toda á las augustas funciones de su ministerio. Lleno de uncion en el púlpito, de blandura y amabilidad en el trato, pobre, caritativo y modesto, era en Orizaba el oráculo del pueblo. Su adhesion á la causa de la insurreccion le atrajo algun ojeriza de parte de los realistas, y quizá le hubiera expuesto á males mas graves, si oportunamente no se hubiera retirado á Tehuacan, donde falleció en 1822. Aun está fragante el olor de sus virtudes en cuantos lugares habitó.

---

## LA GRACIA.

---

### CANTO PRIMERO.

**E**NEMIGO de vanas ilusiones  
 Que engendra corruptora la mentira,  
 A solo la verdad en mis cantares  
 Me propongo tomar ora por guia.  
 De ella mi aliento todo recibiendo,  
 En edad que de todo se intimida,  
 Seguiré de S. Próspero las huellas,  
 ¡Ojalá que igual fruto yo consiga!

Vosotros que buscáis rimas impuras  
 Do los halagos del placer se pintan,  
 Sobre los castos lienzos que bosquejo  
 Un solo punto no fijeis la vista.

Quando de la virtud el nombre solo  
 Vuestros pechos perturba y atosiga  
 ¡Ay! ¡cómo os llenará de amarga pena  
 El grave acento de la musa mia!  
 Huid profanos; la gracia es la que canto,

Fatal escollo á la razon altiva ;  
 La gracia , á que se opone el insensato  
 Con vano orgullo y osadéz impía.

Ya la tímida voz apénas alzan  
 Sus fuertes defensores , y suspiran ,  
 Cuando el cruel enemigo sin embozo  
 Por dó quier de sus triunfos se gloria.

Con lágrimas amargas deplorando  
 De la fe y el amor la llama extinta ,  
 A la presente edad los infortunios  
 De los últimos siglos vaticinan.

En tan grande peligro , no los lloros ,  
 No la voz del dolor se necesita :  
 Si callar hace el miedo á los profetas  
 Que la cólera inflame á la poesía.

Si Señor , yo mi voz prestar intento  
 A tu causa , del malo combatida :  
 Soldado es todo fiel cuando se atacan  
 Los derechos de Dios en guerra impía.

Pues valeroso á combatir me apresto  
 Por tu gracia , alentado de ella misma ;  
 El laurel logrará mi atrevimiento  
 A pesar de los tiros de la envidia.

Enhorabuena rasgue el libertino  
 Estos renglones que mi amor dedica  
 A tu bondad ; feliz seré mil veces  
 Si padezco por tí tal ignominia.

Concédeme propicio que mi musa

De defender tu causa se haga digna :  
 Que entre todos tus dones generosos  
 Es aquesta la dádiva mas rica.

Por honrarse con ella tus electos  
 A tí sus tiernos votos dirigian :  
 Yo quiero que su vida y que su muerte  
 Sean el dechado de mi muerte y vida.

Dígnate pues de recibir mi celo ,  
 Y sostener mis fuerzas abatidas ,  
 Que por débil que sea , yo nada temo  
 Siendo tuyo el asunto que me anima.

La Gracia es la que canto , el alto precio  
 De la sangre divina que vertía  
 Tu Hijo amado , unigénito , coeterno ,  
 En la tierra manchada y corrompida.

De aquel Hijo que vino á redimirnos  
 Y en quien tienes cifradas tus delicias ,  
 De aquel Hijo que es la única esperanza  
 Del corazon cobarde que palpita.

Mi ardor en sostener tan noble empeño  
 El lo aprueba , y su gracia es quien me anima ;  
 Pero Señor , mi corazon abrasa  
 Al mismo tiempo que mi lengua excita.

Hazme sentir el fuego que tú solo  
 Enciendes en los pechos que iluminas ,  
 Y que en mí se produzcan los efectos  
 Que á los otros mi pluma les describa.

No como aquellos sabios extraviados  
 Que alcanzan desgraciada nombradía ,



Pues conocen la senda verdadera  
 Y el mismo conocer los precipita:  
 Siempre vacíos de amor, aunque adornados  
 De las luces que el vano mundo estima,  
 Llenos siempre de ardor en la disputa,  
 Y helados siempre que á tus piés suplican.

A la voz del Señor formado el mundo  
 Do quier mostraba su beldad nativa:  
 El astro luminoso la carrera  
 Que su dedo le traza, fiel seguía.  
 Ya las aguas estan aprisionadas  
 Y en inmensos espacios recogidas,  
 El ave tierna alzándose en los aires  
 A Dios en sus conciertos bendecía.  
 Vese completa la obra, pero falta  
 Un soberano que este mundo rija:  
*Hagamos pues el hombre á nuestra imagen,*  
 Dijo el Señor, y así lo verifica.

Apénas es un polvo despreciable,  
 Cuando el aliento del Criador lo anima,  
 Y esta obra sublimada en el instante  
 Conoce todo cuanto á Dios debía.

Las menores urgencias de su dueño  
 Naturaleza atenta prevenia (1),  
 Brindándole los frutos regalados  
 Que en su seno materno fecundiza.

El universo entero se somete  
 A la benigna ley que se le intima,

Y las castas delicias de su dueño  
 Con esfuerzos increíbles solicita.

La fatiga, la sed, la cruel dolencia  
 No turbaban la paz de aquella vida,  
 Y aun la muerte respeta los resortes  
 Que dispuso la eterna economía.

No tendria el niño que sufrir como ahora  
 La ignorancia y el miedo que lo agita,  
 Ni el jóven que domar con dura pena  
 A la carne rebelde y corrompida.

Reinaba en todo el órden, todo estaba  
 Obediente á la ley que se le dicta:  
 El hombre era del bruto respetado,  
 Y fiel él mismo á su Criador temia (2).

El cuerpo siempre dócil, pronto, humilde,  
 Era del alma la mayor delicia;  
 Servidor provechoso, sus mandatos  
 Con presteza y respeto obedecía.

Absorto en atractivos celestiales  
 De los bienes cercado y de las dichas,  
 Puesto en las manos del consejo propio  
 Sin la pena menor Adán vivia (3).

Conservaba sus fuerzas vigorosas,  
 En su pecho reinaba la justicia,  
 Y pudiera correr sin embarazo  
 El sendero que á Dios le conducia.

Su pura voluntad siempre se hallaba  
 De la divina gracia sostenida:

La gracia encaminaba sus deseos:

Así era el alma en santidad nutrida (4).

Es verdad que la gracia en este estado

Al hombre en su elección no prevenía;

Pero si este socorro le faltara,

Evitar no pudiera la caída.

Así al astro del día son nuestros ojos

Deudores de la luz, no de la vista,

Pues tienen libertad para cerrarse

Sin ver la claridad con que ilumina (5).

Tal era el hombre en la inocencia criado;

Sus pósteros también disfrutarían

Esta ventura de que Adán gozaba

En el feliz estado en que vivía.

La concepción del hombre sería casta,

Los partos sin dolor y entre delicias;

No fueran ayes las primeras voces

Con que los nacimientos se publican.

No viéramos entonces á la madre

Llena de timidez y cobardía

Seguir los pasos débiles de un hijo

Que comenzando á andar luego vacila.

No en el invierno sus helados miembros

Al seno maternal estrecharía,

Ni triste los castigos le impusiera

Con que ahora á la razón lo docilita.

Poco del tentador eran las armas

Parra arrancar del hombre la justicia;

Mas ¡ay! que esta memoria solo ofrece

Estéril llanto que el dolor no alivia.

¿De qué sirve acordarnos de un estado

Que ántes fué realidad, hoy fantasía;

Ni para qué pintar felicidades

De que ya nuestra raza quedó excluida?

Lloremos las miserias que produjo

De nuestros padres la fatal caída:

Inundados en lágrimas hablemos

De nuestra desventura y nuestras cuitas.

Condenados á muerte inevitable (6),

Y á penosos trabajos y fatigas,

Estos trabajos y la muerte han sido

Nuestros menores males y desdichas.

A un cuerpo, esto es, á un rígido tirano

El alma noble se halla sometida,

Y á su mismo pesar se ve arrastrada

A seguir del pecado la malicia.

De mentira y error oscuro velo

En tinieblas la tiene sumergida,

Y le oculta la luz resplandeciente

Que á la mansion celeste la encamina.

Naturaleza entonces tan atenta

En colmar á los hombres de delicias,

Cual madrastra hoy se opone á sus placeres,

Y sentir hace el peso de sus iras.

La madre tierra avara de riquezas

Las guarda en sus entrañas escondidas (7),



Y para disfrutarlas es forzoso  
Que el sudor nos empape las megillas.

El bruto contra el hombre se rebela;

La abeja de los reyes es temida;

Y el que nació para mandarlo todo,

Tiembla de todo, y todo le intimida.

El hombre unido á la muger produce

Hijos que heredan todas sus desdichas,

Marcados con el sello de la culpa

Frutos de perdicion, objetos de ira.

Rebeldes á los sólidos avisos

Que la prudencia paternal les dicta,

Jamas á obedecerlos se sujetan

Si amenaza y terror no los agujian.

¡Ay! á tan tristes males, engañado

Por su muger curiosa á par de altiva,

Adan, el flaco Adan se ve sujeto (8),

Y su posteridad queda proscripta.

Su delito fué el nuestro, y siendo el padre

Transgresor de la ley en su alma escrita,

El reato de la culpa que comete

Sobre su estirpe toda se deriva.

Del mismo modo el tronco cuando muere

Ve que todas sus ramas se marchitan:

E infectada la fuente, se inficionan

Los arroyos que de ella se deslizan.

Desde este instante el hombre cuando nace

Solo hereda la fuerza que le inclina

Al pecado, al error, á la ignorancia,

Efectos de la culpa primitiva.

Con el amor de bienes deleznable,

Con la sombra de falsas alegrías,

El vacio llena que dejó en el alma

El amor de su Dios que se retira.

¡Miserable estado! ¡deplorable suerte!

Mas funesta, cuanto es ménos sentida (9),

Pues que se huye el remedio de los males.

Y se ama la prision que nos cautiva.

¡Hombre infeliz! ¡criatura desgraciada!

¡Qué se hizo tu nobleza y tu hidalguía?

¡Dó se encuentra la imágen soberana

De la augusta Deidad en tí esculpida?

Mas tú la llevas, si; y aunque borrados

Sus rayos divinales, todavía

Se dejan entrever bajo las sombras

Que á tan bella pintura desaliñan.

A pesar de la noche que lo oculta

Entre nieblas espesas y sombrías,

Un vislumbre, un reflejo se descubre

De su gloria pasada y ya perdida.

Bien como un rey que del augusto trono

La voluble fortuna precipita (10),

Y algunos rasgos que en la frente guarda

Su antiguo estado y esplendor publican.

Una voz en secreto á todas horas,

Que no es esta su patria le predica,

Que la tierra es para el fatal destierro,

Que le aguarda en el cielo mejor vida.

Y si no, de los bienes de acá abajo

¿Cuándo está satisfecha su codicia?

¡Ah! que formada su alma para el cielo,

Por mas que aquí posea, queda vacia.

Vastos proyectos á menudo forma

De vivir entre gustos y delicias:

Vive entre ellos, mas ¡ay! que siempre vive

Con eternos deseos de conseguirlas.

¿De dónde viene pues esa grandeza,

Y de dónde una suerte tan mezquina?

¿Cómo un ánimo muestra generoso,

A la par que tan flaca cobardía?

Mortales, despertad, mirad el puesto

De que la culpa original os priva.

¡Ah! bien lo experimento; no fuí criado

Para la tierra estéril y maligna.

¡Ay! ¿cuándo entrará mi alma en buen consejo?

¿Cuándo terminará la lid continua

Que contra ella sostengo alucinado,

Y que á despecho mio me tiraniza?

¿Quién podrá libertarme de este cuerpo

En que solo el pecado predomina?

¿Quién podrá desatar estas cadenas,

Con que mi alma se ve tan oprimida?

Mi corazon rebelde, y encontrado (11)

Con su propio querer, es un enigma:

Obra el mal que aborrece, y el bien deja

Cuyo precio conoce y grande estima.

Salir quisiera yo del torbellino

De estas inclinaciones enemigas:

Yo quisiera...mas ¡ah! ¿de qué me sirve

La voluntad ligera, floja, y tibia.

Voluntad tan incierta como ciega,

Y á pesar de su nada tan erguida:

Pronta para abrazar arduas empresas,

Y sin resolucion para cumplirlas.

Voluntad para el mal tan animada,

Y llena para el bien de cobardía;

Voluntad solo atenta á descarriarme;

Voluntad que al abismo me encamina.

Guiados por ella los primeros hombres,

Por seguros no obstante se tenian;

Mas Dios probar les hace su flaqueza,

Y confunde su necia altanería.

A principes y pueblos numerosos

Abandona á su propia fantasía;

Y los deja que sigan extraviados

La senda del error y la mentira.

Impurezas, rapiñas y matanzas,

Roto ya el dique, por do quier se miran;

Y en los templos del crimen tenebrosos,

Es do solo se adora y sacrifica.

A bienes deleznables que para uso

De los hombres su Autor solo destina,

Abusando del don consagran ellos

Sus cultos, sus ofrendas y su vida.



Santuarios se levantan al becerro,  
 Altares se dedican á la encina,  
 Y á todo, ménos al Criador Supremo,  
 Adoracion y culto se prodiga.

De locura el filósofo á sus solas  
 Trata esta religion; mas se intimida  
 De que el pueblo conozca su desprecio,  
 Y sus falaces practicas imita (12).

No obstante, me diréis, la Grecia tuvo  
 Sus Platones; en Asia Tales brilla:  
 Roma tuvo en Caton un ciudadano  
 De que hasta hoy en sus fastos se gloria.

Decio se sacrifica por su patria,  
 Pierde Lucrecia por su honor la vida,  
 Y á un juramento dado á un enemigo,  
 Régulo con valor se sacrifica.

¡O cristiano! enrojece tu semblante;  
 Averguéncete al fin tu cobardía;  
 Mas que tú denodados los paganos  
 Las virtudes dificeles practican.

Mas ¡ah! no demos nombre de virtudes  
 A vanas obras que el Señor no estima (13):  
 La raiz que las produce está infectada,  
 Y es forzoso que nazcan corrompidas.

Solo las apariencias tuvo Roma  
 De las virtudes santas y divinas;  
 Y recibió por premio una corona  
 Llena de vanidad como ella misma.

El lustre de sus héroes nos deslumbra,

Y despierta en los ánimos la envidia:  
 Pero el campo que es árido y estéril  
 ¿Puede fructificar buena semilla?

El que á Dios por su padre no conoce,  
 Al demonio es forzoso que le sirva;  
 Quien con Dios no ha sembrado, el grano pierde;  
 No hay medio en ser de muerte ó ser de vida.

Nada es feliz en una tierra ingrata;  
 Y pues de gloria y presuncion se anima,  
 Aun la virtud de Sócrates heroica  
 Ningun mérito ofrece, está marchita.

Roma es virtuosa, y sus virtudes todas  
 Se sostienen del pueblo con la vista:  
 Faltándoles testigos á sus obras,  
 César mismo y Caton se desaniman.

Lloremos, pues, lloremos la miseria  
 De naciones que son tan aplaudidas;  
 Do renombre de justos alcanzaron,  
 Los que ménos hollaron la Justicia (14).

A distinguir de Dios algunos rasgos  
 Sócrates entre todos se aproxima (15)  
 ¿Mas para conocer al Ser Supremo  
 Es menester acaso gran fatiga?

No así en verdad, que el universo todo  
 Con su hermosa estructura nos predica,  
 Que no pudiera del azar la mano  
 Adornarle de tantas maravillas.

El réptil despreciable, el vil gusano,

Desde su humilde estado á todos grita :  
El Señor me formó, y él es tan solo  
Quien me dotó de movimiento y vida.

Todo habla á la razon, todo la enseña,  
Todo la eleva, ilustra y encamina,  
Y que Dios es el árbitro del tiempo  
El dia de hoy al siguiente se lo indica.

Mas ; ah ! que en medio de tan claras luces  
Nada habla al corazon, nada le incita ;  
Llénase todo el hombre, y se enriquece  
Mientras su voluntad queda vacia.

Este es no obstante el homenaje solo  
Que Dios de la criatura solicita :  
Su hostia es el corazon y su holocausto,  
El amor es quien lo honra y glorifica (16).

En vano pues el sabio á duras penas  
De la verdad descubre alguna chispa,  
¿ Está por eso ménos apartado  
De la senda derecha de la vida ?

Al ignorante y rústico plebeyo  
En pecados excede y en malicia,  
Pues conociendo al Hacedor supremo,  
No le tributa la honra que es debida (17).

No arde en su pecho del amor la llama ;  
Sus virtudes severas son perdidas ;  
Su inteligencia débil se evapora,  
Y en imágenes locas se disipa.

Así extraviados los antiguos sabios  
Sin número sus sectas multiplican,

Y perdidos en vanas sutilezas  
Huye á sus ojos la verdad sencilla.

¡ Gran Dios ! no puede la flaqueza humana  
Mostrarse sabia sin tu luz divina :  
El que este honroso título se apropia  
Parece el ménos sabio ante tu vista.

No alcanza la razon ni puede sola  
Curar del hombre la funesta herida (18) ;  
Ni tampoco la ley que Dios escribe  
En piedras duras con su mano misma.

Es la ley sin la gracia solo causa  
De escándalos, pecados y perfidias ;  
Apretando los lazos de la culpa (19)  
Hace esclavas las almas y cautivas.

Yugo importuno, débil elemento (20),  
Ministerio de muerte que intimida,  
Figura y sombra de futuros bienes  
Que no engendra la gracia sino la ira.

Letra que mata y que Moises cual siervo  
En la casa del Padre fiel publica,  
En tanto que cumplidos los anuncios,  
Del Hijo la llegada se realiza.

Así no pudo el palo de Eliseo (21)  
En las manos de Giezi dar la vida  
Al hijo de la madre desolada  
Que su muerte lloraba enternecida.

Solo el profeta de piedad tocado  
Pudo darle el calor que vivifica,



Encogiendo sus miembros dilatados,  
Uniéndose á su carne yerta y fria.

La raza de Jacob en servidumbre  
Añade ingratitude á su perfidia;  
Coje del cielo bienes abundosos  
Sin mostrarse al Señor agradecida (22).

No obstante, en este tiempo Dios se forma  
Algunas veces almas escogidas:  
Hubo ántes de la ley y despues de ella  
Justos llenos de amor y de fe viva.

La Gracia, es cierto, no brillaba entónces  
En su claro y lucido mediodia (23):  
Mas las radiantes luces de su aurora  
Anunciaban su próxima venida.

Esta aurora á los ojos de los justos  
Entrever la ley nueva les hacia,  
Ley cuyos misterios y preceptos,  
En el precepto del amor se cifran.

A loar de esa ley el dulce encanto,  
La celestial beldad, las maravillas,  
Los santos, frutos de ella prematuros,  
Absortos consagraron sus viglias.

La culpa original borraba en ellos  
La sangre de la víctima divina,  
Que habia, por redimirlos, de inmolarsé;  
Sangre de que eran la feliz primicia.

Mas si propicio acaso Dios miraba  
Algunos verdaderos israelitas,

Todo el resto á los vicios entregado  
Provocaba rebelde su justicia.  
En vano son enviados los profetas (24):

En vano sus oráculos confirman  
Con señales divinas; y aun en vano  
Amenazan, aterran y fulminan.

Ese pueblo voltario y siempre ciego,  
Apegado á la vil idolatría,  
Desleal á reyes, sordo á los profetas  
Su corazon carnal no circuncida.

Es verdad que en su templo magestuoso  
El fuego sus inciensos consumia;  
Y que la sangre humeaba á todas horas  
Del cordero y la simple tortolilla.

Sacrificios inútiles, sin fruto,  
Vanos inciensos, víctimas perdidas;  
No podian esas débiles ofrendas  
Borrar de los pecados la malicia.

Dios desecha este templo y holocaustos  
Por una hostia inocente, pura y limpia:  
A la ley de Moises suceder debe  
Otra en los corazones esculpida.

Era forzoso que en el Hijo amado  
Cargase el Padre el peso de sus iras;  
Y entre Dios y los hombres colocado  
El Hijo desarmara su justicia.

Sin él ¡ah! pereceriamos nosotros  
Miseros delincuentes: el Mesías



Muriendo nos enseña del pecado  
 A medir el tamaño y la perfidia.  
 ¡Qué delito! ¡qué culpa tan enorme!  
 Pues la sangre de un Dios se necesita  
 Para ser perdonada á los humanos,  
 Para quedar borrada y extinguida.

El hombre con la culpa inficionado,  
 Se asemeja al viajero, que de heridas  
 Cubierto dejan crueles salteadores  
 En los momentos de exhalar la vida.

Los sacerdotes de la ley le vieron,  
 Y observaron sus duras agonías,  
 Sin poder compasivos aplicarle  
 Eficaces y prontas medicinas.

De las cuitas y duelos de la tierra  
 Al fin movióse la bondad divina:  
 El cielo llevó al justo, y venturoso  
 El reino comenzó de la justicia.

Cantad, hijas de Sion, saltad de gozo:  
 Cantad á vuestro Rey alegres vivas:  
 El pone fin á todos nuestros males,  
 Y os enjuga amoroso las megillas.

Justos, patriarcas, hombres de deseos  
 Que siempre os sostuvisteis con fe viva;  
 Vuestra fe va á tener su recompensa;  
 Vuestras prisiones quedarán rompidas.

Viene el Cordero; el universo todo  
 Nace con su presencia á nueva vida:

El sella con su sangre los tratados  
 Que al hombre con el cielo reconcilian.

El carga sobre sí nuestros pecados,  
 Y por expiarlos en la cruz espira.  
 Rásgase el velo augusto del santuario,  
 Y la ley de Moises queda abolida.

El lugar misterioso queda expuesto  
 A las miradas de profana vista.  
 Del templo, que otras veces habitaba,  
 La Deidad sacrosanta se retira.

Las glorias de este templo misterioso  
 Se convierten en polvo y en ceniza.  
 La anciana Sinagoga es desechada,  
 Y queda en todo el mundo envilecida.

Llega el reino de Dios que se establece  
 En corazones puros y almas limpias (25);  
 Donde en verdad y espíritu lo adoran  
 Los que de ser su pueblo se glorian.

La Iglesia santa al Hijo muy amado  
 El Padre por Esposa le destina:  
 Repúdiase la Esclava; salga sola,  
 Errante, desolada, y fugitiva.

(1) ¡Tristes hijos de Adán! el llanto cese,  
 No en duras penas vuestros pechos giman:  
 De la sangre divina del Cordero  
 La Iglesia nace pura y sin mancilla.

Disípanse las sombras de la noche:  
 Brilla la luz del mas alegre día:



Día que todos los siglos esperaron  
Con deseos fervorosos y ansias vivas.

Día que Abraham en espíritu miraba  
Con transportes y raptos de alegría,  
Y en que el santo anunciado á nuestros padres  
Pone fin á miserias tan crecidas.

Ea mortales, salid del cautiverio,  
Que ya la libertad es restituida:  
No cual siervos Dios quiere que temamos;  
El reino de la Gracia principia.

## CANTO II.

**V**OSOTROS que buscáis la verdad pura,  
Amantes castos de su luz hermosa,  
Mientras esteis atados á este cuerpo,  
No esperéis disfrutar toda su gloria.

Con llanto, con gemidos, con tristeza,  
Se mezcla siempre vida tan penosa:  
¡O cristianos! pelead con vuestra Madre,  
Vuestras armas prestadle en su congoja.

Así es, la Iglesia santa aquí en la tierra (1)  
Solo tiene dolores que la agobian:  
Es hija de la cruz; este es su origen:  
Heredera de espinas; esta es su honra.

Es forzoso que en ella el sacrificio  
Se cumpla de la cruz; ella es la esposa;

Y si el esposo muere ensangrentado,  
En sangre debe estar bañada toda (2).

El demonio embravece los imperios,  
Contra ella los irrita y amontona,  
Hierros apresta, cárceles, cadenas,  
Y el sangriento cuchillo y las mazmorras.

Mas ¡ah! ¡que en vano su furor excita!  
¡Impotente es su rabia y su ponzoña!  
Cuanta mas sangre vierte, es mas fecunda;  
Cuanto mas perseguida, mas hermosa.

Al fin el rey pagano se convierte;  
Sumisa la cerviz la cruz adora;  
Y hace ver que la ley de los cristianos  
Los fueros del imperio no deroga.

El ministro de Apolo, ya ilustrado  
El ídolo sacrilego derroca;  
Y el Capitolio ve precipitarse  
A Júpiter, á Marte, y á Belona.

Triunfa la Iglesia, y en su propio seno  
A gozar va por fin la paz dichosa;  
Mas de nuevo el Averno se conjura  
Y á mas sangrienta guerra la provoca.

La detestable y pérvida heregía  
Sus penetrantes dardos emponzoña,  
Y aunque una y otra vez es combatida,  
Sulca los mares, y un ingles la apoya.

Enarbola Pelagio el estandarte (3),  
Y de la gracia el sacrosanto dogma

Día que todos los siglos esperaron  
Con deseos fervorosos y ansias vivas.

Día que Abraham en espíritu miraba  
Con transportes y raptos de alegría,  
Y en que el santo anunciado á nuestros padres  
Pone fin á miserias tan crecidas.

Ea mortales, salid del cautiverio,  
Que ya la libertad es restituida:  
No cual siervos Dios quiere que temamos;  
El reino de la Gracia principia.

## CANTO II.

**V**OSOTROS que buscáis la verdad pura,  
Amantes castos de su luz hermosa,  
Mientras esteis atados á este cuerpo,  
No esperéis disfrutar toda su gloria.

Con llanto, con gemidos, con tristeza,  
Se mezcla siempre vida tan penosa:  
¡O cristianos! pelead con vuestra Madre,  
Vuestras armas prestadle en su congoja.

Así es, la Iglesia santa aquí en la tierra (1)  
Solo tiene dolores que la agobian:  
Es hija de la cruz; este es su origen:  
Heredera de espinas; esta es su honra.

Es forzoso que en ella el sacrificio  
Se cumpla de la cruz; ella es la esposa;

Y si el esposo muere ensangrentado,  
En sangre debe estar bañada toda (2).

El demonio embravece los imperios,  
Contra ella los irrita y amontona,  
Hierros apresta, cárceles, cadenas,  
Y el sangriento cuchillo y las mazmorras.

Mas ¡ah! ¡que en vano su furor excita!  
¡Impotente es su rabia y su ponzoña!  
Cuanta mas sangre vierte, es mas fecunda;  
Cuanto mas perseguida, mas hermosa.

Al fin el rey pagano se convierte;  
Sumisa la cerviz la cruz adora;  
Y hace ver que la ley de los cristianos  
Los fueros del imperio no deroga.

El ministro de Apolo, ya ilustrado  
El ídolo sacrilego derroca;  
Y el Capitolio ve precipitarse  
A Júpiter, á Marte, y á Belona.

Triunfa la Iglesia, y en su propio seno  
A gozar va por fin la paz dichosa;  
Mas de nuevo el Averno se conjura  
Y á mas sangrienta guerra la provoca.

La detestable y pérvida heregía  
Sus penetrantes dardos emponzoña,  
Y aunque una y otra vez es combatida,  
Sulca los mares, y un ingles la apoya.

Enarbola Pelagio el estandarte (3),  
Y de la gracia el sacrosanto dogma



Ataca con astuta hipocresía,  
Y ciego á sus errores se abandona.

Perverso defensor del albedrío

Niega á la Gracia su eficacia toda,

Y sin la obra de Dios busca en sí mismo

El principio virtuoso de sus obras.

¡ Oh cómo el hombre su intencion oculta

Debajo de apariencias engañosas !

Pelagio se presenta, y se le admira

Cual varon lleno de virtud heroica.

Mas ¡ qué sirve que en público gocemos

De la santa virtud todas las honras,

Si escondido en el pecho el feo gusano

De la infame soberbia nos devora ?

Cae la máscara en fin, y el universo

De tan nuevo espectáculo se asombra,

Viéndole derramar mortal veneno

En la santa ciudad, la misma Roma.

El fuerte anacoreta, el penitente,

El doctor de la Iglesia, á quien arroba (4)

La trompeta del juicio, y desde el yermo

Brilla en la Iglesia cual luciente antorcha :

Gerónimo, á la lid apercebido,

Su antiguo esfuerzo y su valor recobra :

Mas á Agustino solo Dios reserva

El frondoso laurel de la victoria (5).

Escogido del cielo, y á su brazo

Fiada del cielo la defensa toda,

Cual rayo truenca que el error disipa ;

Confunde á los rebeldes y los postra.

Ilustrada la Iglesia en sus escritos

Sobre el gran candelero le coloca :

El orbe todo su doctrina acata :

Molina solo su alto precio ignora.

Esclarecido alumno de Agustino

San Próspero combate el falso dogma (6) ;

En sus últimos puestos lo persigue,

Dando esmalte los versos á sus obras.

Tambien las musas sirven á los santos :

De las musas la gracia encantadora

Temblar hace tambien al enemigo,

Y teje á la verdad triunfal corona.

Formado en los escritos de estos sabios,

Su doctrina en mis versos se pregona ;

Agustin habla en ellos : ¡ Dios eterno !

Solo tus santos traten de tus glorias.

Confesando las fuerzas de la gracia (7)

Veamos á par nuestra miseria toda,

Para adorar con humildad rendida

La mano que nos sana y nos conforta (8).

Cercados del error y la mentira

Las tinieblas nos cubren con su sombra ;

El pecado su negro velo tiende,

Y la luz nuestros ojos abandona.

Al corazon dañado y corrompido

Vergonzosos anhelos lo devoran,

De la carne vencido, solo sigue

Del deleite la senda seductora.

El deleite, es verdad, puro en su origen,

Vestido de inocencia, al alma arroba;

Por él el frágil cuerpo se conserva,

Y á los cielos la mente se remonta.

Mas despues ¡infeliz! caída del trono,

Menospreciando la eternal corona,

Del deleite del cuerpo se hace esclava

Apurando pasiones vergonzosas.

¡ Con qué dificultad estos placeres

A santos sentimientos la provocan!

¡ Con qué facilidad se precipita

Y de Dios olvidada se abandona!

En acrecer los males de la tierra (9)

Su gozo todo Satanás coloca:

Ya cual fiero leon la presa busca,

Y lánzase sobre ella, y la destroza:

Ya en mentida blandura convirtiendo

Sus furores cual sierpe engañadora,

Deslizase entre rosas, y al incauto

Hiere aleve, y el pecho le emponzoña.

Este tirano del horrendo abismo

Gozó algun tiempo de la luz hermosa:

Arrojóle el orgullo á las tinieblas,

Y con él á los hombres aprisiona.

Ser á Dios semejantes les promete

A nuestros padres en Eden, do moran:

Alarga Adán la mano, corta el fruto,

Y su mal todo en un bocado toma.

Del hombre se apodera la soberbia,

Y engendra en él pasiones peligrosas;

Y para renacer de sus cenizas,

Sabe ocultar sus fementidas glorias (10).

Arte maligno con que nos sorprende

Entre astucias y pérfidias lisonjas:

Persuádenos que es fácil combatirla,

Y entonces ciegos á sus piés nos postra.

Las leyes de la gracia, son violentas:

La libre voluntad, encantadora:

El depender de Dios nos exaspera:

Todo el hombre al momento se trastorna.

¡ Pero es posible hablar de cómo acecha

Nuestras debilidades vergonzosas?

Todo lo observa, á todos nos embiste,

Sin distincion de estados ni personas.

Al monarca en su trono aprisionado

Y cargado de un peso que le agobia,

Lo deslumbra con falsas brillanteces,

Haciéndole ligera la corona.

Amenaza al guerrero en cada instante

El filo de la espada destructora;

Pero sabe ocultarle los peligros,

Y alucinarle con falaces glorias.

Llora el vil cortesano los desprecios

De un vano protector que le sonroja;



Mas le obliga el orgullo á soportarlos  
Con sueños de esperanzas engañosas.

Lucha aquel superior con la conciencia  
Que no le deja reposar á solas,  
Mas en público el pueblo le respeta,  
Y sosiega con eso sus congojas.

Sobre los libros se desvela el sabio,  
Y desahogos y gustos abandona,  
Mas, loca libertad le da el orgullo,  
Y la razon sobre la fe coloca.

Del palacio desciende á la cabaña;  
La pobreza tambien es orgullosa:  
Se ceba en los ayunos y virtudes,  
Lo mismo que en los vicios su carcoma (11).

Entre tantos peligros que me cercan  
La gracia sola mi valor conforta;  
Las armas del Averno aquí se estrellan,  
En este oceano las pasiones se ahogan.

Gracia de Dios, mi apoyo y mi esperanza,  
Gracia á quien sigue siempre la victoria,  
Gracia que tiene dulces atractivos,  
Jamás mi resistencia se te oponga.

Soplo sagrado del amor divino (12)  
Que las almas abrasas y transformas;  
Pues que tú facilitas la obediencia,  
Manda á nosotros tu eñcacia toda.

Si el clamor fervoroso no la llama,  
En valde es caminar; por presurosa

Que sea nuestra carrera, nada alcanza,  
Sino tormento, confusion, deshonra.

Es estéril sin ella todo esfuerzo,  
Todas las diligencias son ociosas (13):  
Sin su auxilio vivífico y potente,  
Es el hombre un cadáver que inficiona.

Pero si ella aparece, en el momento  
El muerto se levanta de la fosa,  
Y rotos ya los lazos, libre queda  
Del brazo de la parca destructora.

En este instante solo, instante bello (14),  
La gracia hiere el pecho, el hombre llora;  
Conoce el bien, y de su amor se ocupa:  
¿Habrá suerte para él mas deliciosa?

Bienes, deleites, brillo, dignidades,  
Todo pasa á sus ojos como sombra:  
El veneno descubre, que le ofrece  
En su dorado cáliz Babilonia.

El mundo es á sus ojos teatro triste  
De infortunios, dolores y carcomas:  
Todo lo juzga vanidad y engaño;  
Renuncia á todo, y en su Dios reposa.

Los tiros que el demonio le dirige,  
En el escudo de la fe se embotan:  
Para él perdió el placer sus atractivos,  
Y todo su esplendor la falsa gloria.

Mas si la ayuda fuerte de la gracia  
 En un solo momento le abandona (15),  
 Sus fuerzas todas quedarán rendidas,  
 Y volará instantánea la victoria.

Para que se conserve el don del cielo,  
 Forzoso es que la gracia nos socorra:  
 Si se retira, todo don se pierde,  
 Y cesan las virtudes mas heroicas.

Siempre vive en el pecho la malicia:  
 Vencedora ó vencida es peligrosa:  
 Si un vicio se destruye, otro mas fuerte  
 En su lugar al punto se coloca.

Por fuera todo irrita, todo enciende  
 El fuego que por dentro nos devora:  
 El mundo que lo atiza nos corrompe  
 Con su trato y doctrinas seductoras.

Ora aplaude, ora alaba y lisonjea;  
 ¡Qué encantos para el que ama falsa gloria!  
 Ya reprende, y se burla y satiriza:  
 ¡Qué escollos para una alma ruborosa!

Entre tantos peligros que nos cercan,  
 Solo en la gracia el corazon se apoya:  
 A ella clama, y si logra sus auxilios,  
 Segunda vez rendido los implora.

Rico es Dios para darme; mas yo debo  
 Pedir siempre á su mano poderosa.  
 Ando bien si me asiste; si me deja,  
 Mi alma precipitada se abandona.

Salta seguro el niño delicado,  
 Si la madre á tenerle se halla pronta;  
 Pero cae sin recurso y se lastima  
 Si andar pretende cuando se halla á solas.

Cuando Dios, adorable en sus consejos,  
 Quiere hacer á sus santos que conozcan  
 Lo que son por sí mismos, se retira,  
 Y sufren luego caida lastimosa.

De una beldad la vista el pecho enciende  
 Del real Profeta, que el Eterno forma (16)  
 Segun su corazon; y se mantiene  
 En una paz infame y vergonzosa.

Ni habria jamas salido del abismo  
 Sin la gracia eficaz y triunfadora:  
 Natan es el conducto por donde habla  
 La voz fuerte que todo lo trastorna.

Oye dócil David, y reconoce  
 Su torpe vida en la fingida historia  
 Que refiere el Profeta; y que ha pecado,  
 Humilde ante el Señor confiesa y llora.

A pesar de promesas temerarias,  
 Creyéndose mas firme que una roca,  
 Pronto para sufrir prisiones duras,  
 Y aun la muerte mas cruel y dolorosa:

Pedro, aquel Pedro que en amor se inflama,  
 Que cree, promete, y el peligro arrostra,  
 Cede flaco, y quebranta sus promesas  
 A la voz de una criada decidora.

Pedro cae, y si llora su perfidia



Lo debe á la mirada poderosa (17)  
 Que invisible valor á su alma inspira,  
 Y que en un hombre nuevo le transforma,  
 Socórrele la Gracia, y de sus males  
 No solo generoso se recobra:  
 Se presenta á los reyes, y se ofrece  
 A la cruz, al cuchillo y á la sogá.

Tiemble el justo, no sea que por su culpa  
 La gracia en asistirle no esté pronta (18);  
 Pues si ella no conserva lo que ha dado,  
 No es posible que él solo se socorra.  
 ¡Qué! ¡no es posible? gritan los hereges,  
 ¡Doctrina detestable, escandalosa!  
 Así haceis á la ley funesto yugo,  
 Que las humanas fuerzas no soportan.

Pero tú que me cargas de anatemas  
 Porque un mentido celo te transporta:  
 Tú, que ves heregía donde percibes  
 Lo que á tus sentimientos no acomoda:

Dime, ¡el que dijo: *Yo seré el alivio*  
*De la carga pesada que os agobia;*  
 No dice: *Solo el Padre puede atraeros* (19);  
 Y sin mí no podeis ninguna cosa?  
 ¡La fuerte autoridad con sutilezas  
 Vais á eludir? mas suspended por ahora:  
 Os concedo que el hombre puede siempre  
 Con la ley santa conformar sus obras (20):

Pero vosotros convenid connigo

En que si Dios la voluntad no dobla,  
 Nunca nuestro poder tendrá su efecto,  
 Pues como rehusa el bien, el mal adopta.

La oveja descarriada, aunque se esfuerce,  
 No vuelve á la pradera deliciosa  
 Si el pastor no la trae sobre sus hombros,  
 Y en su amado redil no la acomoda.

Si acaso á Dios me elevan mis deseos,  
 El es el que en el pecho me los forma;  
 El lo hace todo, y él me da el afecto  
 Con que mi voluntad siempre lo adora.

Por él soy, por él juzgo, por él siento;  
 La criatura le está sujeta toda (21):  
 En vano el corazon le disputamos,  
 El es el que lo mueve, suya es la honra (22).

Nos pide, y si le damos, de él nos viene  
 Esa misma obediencia meritoria:  
 ¡Qué tienes pues, que no hayas recibido?  
 Y si todo es de Dios, ¡cuál es tu gloria?

Deseos, virtudes, santas oraciones,  
 Solo á la gracia producir las toca,  
 Y aun la carrera que á ella nos acerca  
 De su asistencia indispensable es obra (23).

Su mano misma nuestros pechos abre:  
 Su influjo santo nuestros votos forma;  
 Y dicta la oracion con que al Eterno  
 Humilde ruega el alma fervorosa (24):

Esperar de sí mismo es apoyarse



En hueca caña, quebradiza y floja;  
Dios es quien da la vida y el sustento,  
Y á quien el hombre en su miseria invoca.

El es el buen pastor que á sus ovejas  
Sabrosos pastos y aguas proporciona;  
Y á las que estan cansadas, con ternura  
En su amoroso seno las reposa.

Creamos ya sin temor estas verdades,  
Pues en la gracia la humildad se apoya:  
Protestemos rendidos que en su ayuda  
Está el poder, la fuerza y la victoria.

Mas no tampoco juzgues que ella ofende  
La amable libertad que nos adorna;  
No es tirano su yugo ni violento (25):  
Atrae, previene, excita y enamora.  
Con qué blandura el corazon inclina  
Para que de su Dios las voces oiga!  
Con qué tiernos suspiros dentro el pecho  
El Espíritu Santo pide y llora!

Solo el vano Lutero, que fogoso si mas  
En sus impíos errores se transporta (26),  
Por añadir mas fuerzas á la gracia,  
De la libre obediencia nos despoja.

El hombre en su sentir es un esclavo,  
Que arrastra la cadena vergonzosa  
Por superiores leyes precisado,

Sin tener voluntad ni eleccion propia (27).

Calvino abrasa al mundo, repitiendo  
Sus máximas horribles y espantosas:  
Se estremecen los fieles, y la Iglesia  
En sus mismos cimientos se trastorna.

En Trento sabia y santa se congrega  
Por defender sus venerables dogmas:  
De allí nos da las reglas celestiales  
En que el error no mezcla su ponzoña.

De esta angusta asamblea las decisiones  
Sean siempre nuestra luz y nuestra norma:  
Allí estan asentados los derechos  
De nuestra libertad encantadora.

No es mas que amor el corazon del hombre (28);  
Su misma inclinacion es su señora (29);  
Si huye de algun objeto ó si le sigue,  
Por amor aborrece ó se apasiona.

Ama siempre un objeto si otro no halla  
Mas amable que aquel que le enamora,  
Tan solo un mayor bien le hace mudable  
Y las primeras impresiones borra.

Para arrancarle de placeres torpes,  
Un gusto anticipado de la gloria  
Sabe la gracia darle; así le ilustra,  
Y con ese deleite le aprisiona.

Conoce el bien Supremo, y para amarle  
Rendido siempre el corazon apronta:



Este es el dulce imperio de la gracia;  
Ella toda es amor, por amor obra (30).

Ley es de libertad inestimable,  
Precepto blando que el deleite adopta;  
Encanto que destruye todo hechizo,  
Victoria que al vencido da la gloria.

Dios no violenta el corazón del hombre,  
No arrastra á su servicio; toda su honra  
Es conservar intactos los derechos  
De la bella razón que nos adorna.

La gracia no hace esclavos, y sus leyes  
Son leyes dulces que el amor confortan (31):  
No obstante tiene leyes infalibles  
Cuando con eficacia el pecho toca.

¿Y será extraño que el celeste fuego (32)  
Destruya la frialdad que el hielo forma?  
¿Ah! si una chispa el corazón abrasa,  
No basta resistencia que se oponga.

Libremente aprisiona esta cadena.  
¿Cómo se oye á la gracia sin que sombra  
De violencia aparezca! ¿Cómo arranca  
La obediencia segura, entera y pronta!

¿Por ventura el enfermo se resiste  
A quien le ofrece la salud preciosa?  
Al que es libre en rehusar el alimento  
¿No le precisa el hambre á que lo coma?

¿Quién gimiendo en pesado cautiverio  
La libertad si puede no recobra?

¿Será forzoso traerle con violencia  
A la alma patria cuya ausencia llora?

Si huyo horrorizado de mis grillos,  
El que me da este horror es quien los corta:  
Corro yo; pero Dios que así me ayuda,  
Los alientos me da para que corra.

En tan feliz momento, llena el alma  
Y rodeada de Dios, á él se abandona:  
Mi corazón herido de su fuego,  
Por su brazo á su seno se transporta.

Todo cuanto yo hago, á Dios lo debo;  
Si elijo con acierto, suya es la obra (33):  
Y este dichoso amor con que yo le amo  
Me le ha dado su mano bienhechora.

Sí, le debo mi amor; pero esta gracia  
Mi elección verdadera en nada estorba (34):  
El me hizo libre, ¿es creíble que destruya  
Lo que da liberal con mano propia (35)?

Apártense de aquí los insensatos  
Que haciendo al hombre esclavo á Dios deshonran,  
Firmaré con mi sangre el anatema  
Que confunda blasfemia tan odiosa.

Arbitro es de su suerte el hombre y libre:  
El hacerse feliz, á él solo toca:  
Dios la muerte y la vida le presenta  
Para que el bien ó el mal por sí lo escoja.

Sus suaves llamamientos no destruyen  
La libre voluntad con que le dota:



Dueño es, de resistir á sus influjos,  
O los lazos romper que lo aprisionan (36);

¡O poder desgraciado! yo te tengo (37)

Para tormento, mas que para gloria;  
Con este apoyo caigo fácilmente;

¡Quién me diera unas alas de paloma!

Léjos de estos horrores volaría

Al seno en que las almas se reposan,

Allí en una violencia dulce, eterna,

La obediencia es feliz aunque forzosa.

Allí su yugo al corazón encanta (38);

La libertad se pierde sin congoja:

Allí, libre de un cuerpo tan impuro,

El deleite en su origen la alma goza.

No hay pedir ni desear en esta patria:

Allí los bienes inefables sobran:

De allí está desterrada la tristeza:

Las lágrimas se enjugan; todo es gloria.

Las penas, los temores, los suspiros,

El dolor, los deseos, todo se borra.

Ha triunfado la Iglesia, y en los cielos

Se canta el parabien de su victoria.

Ella canta, y nosotros desterrados

Lloramos nuestra ausencia dolorosa:

Nuestras lágrimas crecen la corriente

Del miserable rio de Babilonia.

Sentados en sus márgenes gémimos

Secas las fauces, y las voces roncadas:

Pero, ¡ó celeste Sion! ¡puede entonarse  
En tierra agena el canto de tu gloria!

Infelices, callemos; nuestra pena

A silencio perpetuo nos provoca.

Colgadas para siempre nuestras liras,

De los sauces dejemos á la sombra!

¡O ciudad de la paz! ¡ó patria amada!

¡O eternidad serena y deliciosa!

¡O qué largo y penoso es mi destierro!

¡Cuándo veré tu luz encantadora (39)

¡Cuándo será que beba en el torrente

De tus deleites puros, Sion gloriosa!

¡Cuándo me embriagaré con el olvido

De las penas terribles que me agobian!

¡Gozaré alguna vez tu paz amable,

Que el corazón mas lánguido conforta!

¡O dia dichoso que jamas se acaba!

¡Ay! ¡cuándo gozaré tu luz hermosa!

## CANTO III.

Así como el relámpago aparece  
Despidiendo los brillos de su fuego;

Y en un momento el orbe todo ilustra

Tocando el horizonte en sus extremos:

Así como la saeta con violencia

Precipitada parte, y hiende el viento;



Dueño es, de resistir á sus influjos,  
O los lazos romper que lo aprisionan (36);

¡ O poder desgraciado! yo te tengo (37)

Para tormento, mas que para gloria;  
Con este apoyo caigo fácilmente;

¡ Quién me diera unas alas de paloma!

Léjos de estos horrores volaria

Al seno en que las almas se reposan,

Allí en una violencia dulce, eterna,

La obediencia es feliz aunque forzosa.

Allí su yugo al corazón encanta (38);

La libertad se pierde sin congoja:

Allí, libre de un cuerpo tan impuro,

El deleite en su origen la alma goza.

No hay pedir ni desear en esta patria:

Allí los bienes inefables sobran:

De allí está desterrada la tristeza:

Las lágrimas se enjugan; todo es gloria.

Las penas, los temores, los suspiros,

El dolor, los deseos, todo se borra.

Ha triunfado la Iglesia, y en los cielos

Se canta el parabien de su victoria.

Ella canta, y nosotros desterrados

Lloramos nuestra ausencia dolorosa:

Nuestras lágrimas crecen la corriente

Del miserable rio de Babilonia.

Sentados en sus márgenes gémimos

Secas las fauces, y las voces roncadas:

Pero, ¡ ó celeste Sion! ¡ puede entonarse  
En tierra agena el canto de tu gloria?

Infelices, callemos; nuestra pena

A silencio perpetuo nos provoca.

Colgadas para siempre nuestras liras,

De los sauces dejemos á la sombra!

¡ O ciudad de la paz! ¡ ó patria amada!

¡ O eternidad serena y deliciosa!

¡ O qué largo y penoso es mi destierro!

¡ Cuando veré tu luz encantadora (39)

¡ Cuando será que beba en el torrente

De tus deleites puros, Sion gloriosa?

¡ Cuando me embriagaré con el olvido

De las penas terribles que me agobian?

¡ Gozaré alguna vez tu paz amable,

Que el corazón mas lánguido conforta?

¡ O dia dichoso que jamas se acaba!

¡ Ay! ¡ cuando gozaré tu luz hermosa?

## CANTO III.

Así como el relámpago aparece  
Despidiendo los brillos de su fuego;

Y en un momento el orbe todo ilustra

Tocando el horizonte en sus extremos:

Así como la saeta con violencia

Precipitada parte, y hiende el viento;

Mas que todo: veloz obra la gracia,  
Y fácil rinde el corazon protervo.

Llama invisible, rayo inesperado  
Traspasa el corazon en un momento:  
Hiere, abrasa, consume toda el alma,  
Que suspira no mas por ir al cielo.

Herizado el cabello, con la vista  
Del mas triste espectáculo y funesto,  
Se separa Rancé de sus delitos  
Buscándole á su amor mas noble objeto (1).

De esclavo se hace libre; y renunciando  
La corte y sus mentidos embelesos,  
Se retira del mundo, y con asombro  
Parte á fundar la Trapa en el desierto.

Así á veces la gracia precipita  
Sus dones cuando quiere socorrernos:  
Otras veces mas suave y ménos viva  
Nos atrae por caminos mas secretos.

No, no es siempre aquel rayo victorioso  
Que á solo un golpe el corazon deshecho  
Deja en su llanto; y si ántes fué peñasco,  
Ya es cera blanda derretida al fuego.

Así á Pablo enemigo encarnizado  
Lo abrasa de repente en santo celo:  
Arranca á Magdalena de sus vicios (2):  
De su banco y sus fraudes á Zaqueo.

A veces, luz templada y apacible,  
Sin ruido quiere entrar en nuestro pecho,  
Mas este se le niega, y cual esclavo

A luchar se levanta con su dueño.  
La gracia llega, el corazon resiste,  
Los golpes le rechaza, y siempre ciego  
El combate prolonga temerario,  
Cuanto mas libre tanto mas funesto.

Pero Dios que le mira compasivo,  
La conquista prosigue con empeño,  
Los golpes le repite, y mas de cerca  
Le habla ya con dulzura, ya severo.

Unas veces lo colma de amargura,  
Su infausta paz turbando y su sosiego:  
Otras veces con suaves atractivos  
Derrama mil dulzuras y consuelos.

En fin, la gracia triunfa, y el vencido  
De su amor abrasado ya en el fuego,  
Ante Dios se presenta, confesando  
La dureza obstinada de su pecho.

Tal es pues de la gracia el admirable,  
Poderoso, benigno y santo imperio:  
Arrebata tras sí los corazones (3),  
Pero ellos por su gusto quedan presos.

Con ella caminamos, y en la guerra  
Debemos á su influjo nuestro esfuerzo:  
El triunfo que alcanzamos es don suyo  
Sin quitarnos la loa de merecerlo (4).

El Señor, pues, inspira, toca, ilustra,  
Como que es por quien solo nos movemos:



Mas el hombre coopera de su parte  
Como libres que son sus movimientos.

Asi el Grande Agustin que es de la Iglesia  
La antorcha luminosa, el sabio maestro,  
Explica de la gracia soberana,  
Las leyes, la conducta y los efectos.

Mas tú, Molina audaz, has presumido  
Encontrar un camino todo nuevo:  
¿La libre esclavitud te escandaliza?  
¿Y dejas de los santos el sendero?  
¿O soberbia, infeliz! ¿funesta llaga!  
¿Cuanto el obedecer nos es violento!

Apurando tenaces el discurso  
En vanas sutilezas nos perdemos  
Defendiendo del hombre el a'bedrio,  
Usurpamos al cielo sus derechos;  
Y á su imperio absoluto le prescribe  
Angostos liades el humano celo.

¿Qué confusion habria, si Dios airado?  
En la profundidad de sus consejos,  
A su vil libertad abandonase  
Al hombre loco, de soberbia lleno!

La libertad, decís, así parece  
Que gime dentro límites estrechos (5);  
¿O peligro precioso y agradable!  
Nuestra suerte expongamos sin recelo.

¿Mengua será que Dios venga á ayudarme?  
Si esperamos en él; ¿qué perderemos?

¿Feliz el que le tiene por apoyo!  
Será su paz, su gloria y su consuelo.

Dejad obrar á Dios, pues que nos ama;  
Y nuestros intereses verdaderos  
Mejor conoce que nosotros mismos,  
Ignorantes, estólidos y ciegos.

Neciamente en la tierra disputamos  
Porque ensanche reciban nuestros fueros:  
¿Mil veces venturosos, si humillados  
En sus divinas manos nos ponemos!  
¿Eh! ¿podrá resistir la vil criatura  
Al poder inefable del Eterno (6)?  
¿Replica acaso el barro sobre el torno,  
Contra la voluntad del alfarero?

De esa suma bondad que me ha formado  
Es, mi Dios, de quien yo todo lo espero (7);  
Y esta esperanza es toda mi corona,  
Pues de tus manos paternas pendo.

Tú me llamas, Señor, y fiel te sigo:  
Tú me mandas, y al punto te obedezco:  
Quedo muerto, si acaso te me ocultas:  
Si apareces, mi Dios, rejuvenezco.

Cuando sigo la ley de mi capricho,  
Entregado á mis pérfidos consejos,  
Por fácil senda luego me deshizo  
En el oscuro abismo de mis yerros.

Del seno de mi pecho gangrenado  
Nacen los torpes vicios que aborrezco (8);



Y es solo tu bondad la que produce  
Mis virtudes, Señor, si alguna tengo.

De mis torpes y tristes extravíos  
Mía es la culpa, humilde lo confieso;

Y si logro llorarlos confundido,  
A tu inmensa bondad solo lo debo.

Tú piadoso, te digna perdonarme

Los delitos, mi Dios, con que te ofendo:

A tí te soy deudor sin duda alguna  
De aquellos que por dicha no cometo.

¡O cuánto nos consuela esta doctrina  
Que da al alma la paz en su destierro!

Todo es temor al ver nuestra miseria,  
Todo valor si al cielo nos volvemos.

—, Son sin duda tus fuerzas miserables  
(Así la fe nos dice en sus misterios)

„Para seguir la voz del que te llama  
„Del errado camino al verdadero.”

„Siempre, infeliz, rodeado de enemigos;

„A torpes ilusiones siempre expuesto,

„Si de tí mismo esperas el auxilio,

„A tus manos pereces sin remedio.”

„Pero no, no por eso te acobardes:

„Levanta el corazón, vuélvete al cielo:

„Allí tienes al Padre mas amante,

„Fuente de luz y de piedades lleno.”

„Tu Padre, sí, con este dulce nombre

„Te manda que le llames; y está cierto

„Que si le tienes la ternura de hijo,  
„De Padre te tendrá todo el afecto.”

„Aquel perezca solo que se apoya  
„En el humano deleznable esfuerzo;  
„Triunfa de todo quien en Dios confía,  
„Y aguarda la victoria de los cielos.”—

Molina solo escucha este discurso  
Sin sentir emociones en el pecho,  
Pues su gracia obedece en todo al hombre,  
Y siempre se sujeta á sus deseos.

—, La gracia, nos predica, es un sumiso,  
„Dócil y obediente compañero:

„Dios da el auxilio, pero el hombre solo  
„De él se sirve, si quiere, con provecho (9).”

„Atento Dios del hombre á la miseria,  
„En la mano le pone el instrumento:

„Pero la gloria toda es del que sabe  
„Usarlo y conducirse con acierto.”—

Doctrina oculta á los antiguos santos,  
Y que ora al fin Molina ha descubierto:

El como Padre blando nos suaviza  
De Agustino los dogmas mas severos.

Restituye la paz apetecida  
Al débil y turbado entendimiento;

Y donde Pablo mismo habia temblado,  
El resuelve y decide como maestro.

—, No hay, exclama, una raza de escogidos (10):  
„De cada hombre ve el mérito el Eterno;



„Y lee en el porvenir sus obras todas,  
„A sus divinos ojos descubierto.”

„Torrente de aguas públicas la gracia;  
„Al que quiera beberlas se halla abierto:  
„Que Dios debe franquearnos sus tesoros  
„Siempre que á trabajar nos esforcemos.”

En España do nace el nuevo dogma,  
Las columnas temblaron de los templos,  
Y las sabias escuelas venerables,  
Como diques contienen sus progresos.

Numerosas disputas en presencia  
Del supremo Pastor, sostiene Lemos (11):  
El caos de esta doctrina desembrolla,  
Y corre del error el torpe velo.

Ya va Clemente á fulminar terrible  
Del anatema el espantoso trueno.  
;Discipulos ingenuos de Agustino,  
Habeis triunfado, y el laurel es vuestro!

Mas la muerte importuna lo sorprende,  
Y queda suspendido su decreto.  
Paulo se eleva al sacrosanto solio,  
Y torna la disputa con empeño.

Escríbese de nuevo la sentencia:  
Se estremece el rival; espera el pueblo:  
Mas se apaga en el mismo Vaticano  
De aquel rayo terrible el santo fuego.

De la Iglesia sagrada, siempre recta,  
Veneremos humildes el silencio;

Pero nunca el sistema peligroso  
Cobardes ó insensatos abracemos (12).

El orgullo está pronto á recibirlo  
Pues le es á la razon tan lisongero;  
Penetra de la fe la espesa nube,  
Y á la vista nos pone sus misterios.

Pero yo que venero sus tinieblas,  
Adoro y amo tan sagrado velo (13),  
Ni presumo saber lo que todo hombre  
Humilde debe creer sin comprenderlo.

Del libro augusto nuestra débil mano  
;Puede acaso romper los firmes sellos  
Que impuso el Dios eterno por si mismo  
Ocultando á los hombres sus secretos?

Solo á tí, santa víctima adorable,  
Inmaculado Isaac, limpio cordero,  
A tí solo el abrirlo se promete,  
De tu vertida sangre en digno premio.

¡ Ah! si la gracia como fiel ministro  
Estuviera sujeta á mis deseos,  
;Qué prontamente alcanzaria mi brazo  
La conquista difícil de los cielos!

Mas al hijo del hombre miserable  
Cada paso es motivo de tropiezo,  
Y á la tranquila paz que apénas goza  
La turbacion sucede en el momento.

Tan presto ama, tan presto se fastidia,

Ora de ardor se llena, ora de hielo,  
Alégrase, se acuita, y cada instante  
En su pecho domina nuevo afecto.

Despues de haber corrido en el estadio,  
Despues de los combates mas sangrientos,  
El ánimo mezquino se acobarda,  
Vuelve atras y desiste del empeño.

Mas tú, feliz mortal, á quien la gracia  
El auxilio á tu gusto tiene presto,  
Muéstrale al enemigo que te acecha,  
Muéstrale con valor tus privilegios (14).

Cuando la pena y turbacion te aflijan,  
Vuélvete tú la paz, date el consuelo:  
Sofócalas al ménos cuando nacen,  
O que impida tu voz su nacimiento.

Es ya tiempo ¡qué aguardas? habla, manda,  
Confunde tus pasiones; mas ¡qué veo?  
Esfuerzos, diligencias, todo es vano,  
Y tu mando se ejerce sin suceso.

¡Infeliz! reconoce tu miseria,  
No fomentes tu orgullo, sé sincero;  
Confiesa que el auxilio necesitas,  
Y clámale á tu Dios con todo afecto.

Arrójate á sus piés, insta, suplica,  
No ceses de clamar, aviva el ruego:  
El quiere que sus dones le pidamos,  
Quiere que sus favores le arranquemos.

No es posible que canse su paciencia  
El que humilde le pide con respeto:

Son siempre preciosas nuestras lágrimas  
Ante su soberano acatamiento.

Si la gracia obedece á nuestro gusto,  
Inútil es sin duda que clamemos:  
¡Qué sirve la oracion, si la eficacia,  
Y el poder saludable todo es nuestro (15)?

Basta pues de clamar, Iglesia Santa,  
Cese ya tu oracion, entra en silencio;  
Y vosotros, ministros del santuario,  
Dejad ya de gemir por vuestro pueblo.

¡Qué haceis vosotros, fieles, prosternados  
Llenando de suspiros nuestros templos?  
Alzaos: á vuestro mando poderoso  
El dócil corazon está sujeto.

Mas ¡qué es esto? mirando vuestra nada  
¡No cesais de rogar, seguis gimiendo (16)?  
Mas ¡ay! ¡quién su miseria no conoce?  
¡Quién de su iniquidad no siente el peso (17)?

Entre el bien y el mal justo equilibrio  
(Si al sistema moderno se da asenso)  
Ora virtuosos seamos, ora inicuos,  
Podemos conservar en todo evento.

Cuanto mas la pasion se fortifica  
Corriendo de los vicios el sendero,  
El cielo inspira mas vigor al alma,  
Que hace á las tentaciones contrapeso.

Si sigue acumulando nuevas culpas,



Aun no queda mas débil con todo eso;  
 Pues cuanto mas el pecador delinque,  
 Tantas mas gracias le dispensa el cielo.

Mas ¡ por qué el pecador que con disgusto  
 Soporta las cadenas en su cuello (18),  
 Encuentra que el romperlas es difícil,  
 Aun cuando esté su corazon resuelto?

¡ Qué gustosas le fueron al principio!  
 ¡ Cuán feliz se juzgó bajo sus hierros!  
 Pero despues ¡ qué dueño tan tirano!  
 ¡ Qué horroroso, que cruel le fué su imperio!

¡ Cómo gime afligido bajo el yugo!  
 ¡ Cómo quisiera con valor romperlo!  
 Mas ¡ ay triste! sus fuerzas desfallecen,  
 Queda rendido y yace sin aliento.

Cada vez pesa mas la infame carga,  
 Cada vez el dogal es mas estrecho:  
 A dura servidumbre le reduce  
 La pasion que ha gozado largo tiempo.

Para ver las angustias del que quiere  
 Desterrar á los vicios de su pecho,  
 Escuchemos la voz de un libertino,  
 Y que callen los santos un momento.—

„Sálvate pues, esclavo desgraciado (19),  
 „Basta ya de sufrir el cautiverio.  
 „Mas ¡ ah! ¡ qué salud podré yo darme?  
 „¡ Cómo podré librarme de este infierno?  
 „Si sois, mi Dios, clemente y compasivo,

„Apiadaos del que yace como muerto.  
 „Ved mi horrible suplicio, Dios benigno;  
 „De mi cruel infortunio enternecedos.  
 „No te pido, Señor, que mis pasiones  
 „Gocen ya de sus gustos y deseos;  
 „Si hay piedad para un torpe, solo pido  
 „Me quites los ardores de este fuego.”—

Tambien Ovidio de sus penas hace (20)  
 Igual relato en tono lastimero:—

„¡ Qué vergonzoso y triste es este estado!  
 „¡ Qué carga tan pesada es la que llevo!  
 „Me tengo odio á mí mismo, yo no me amo,  
 „Y soy con todo el mismo que detesto:  
 „Abomino un dominio tan tirano,  
 „Y sigo á mi pesar lo que aborrezco (21).”—

Mas qué sirve tratar de los paganos:  
 Dejémoslos luchar con sus tormentos,  
 Y veamos un mortal á quien la gracia  
 Hace triunfar de todos sus excesos.

Habla, Agustín, publica tus angustias,  
 Y enséñanos piadoso con tu ejemplo  
 Lo que es sin Dios el hombre, y lo que puede  
 Cuando el Señor se digna protegerlo.—

„Abrasado en amor de los deleites (22),  
 „Llena mi juventud de torpe fuego,  
 „Precipitado de un abismo en otro,  
 „Me apartaba de tí, mi Dios, huyendo.  
 „Huía yo, pero tú no me dejabas,

„Con la vara en la mano, Padre tierno,  
 „Mis pasos atisbabas despeñados,  
 „Para traerme amoroso hácia tu gremio.  
 „¡Qué disgustos tan útiles mezclabas  
 „En los vanos placeres y recreos,  
 „Que cual sabrosa miel otros gustaban,  
 „Siendo para mis labios como agenjos!  
 „Tronando tú, Señor, en mi cabeza,  
 „Mónica instaba con amor materno,  
 „Uniendo á tus avisos saludables  
 „Sus lágrimas amargas y lamentos.  
 „Mas ¡ay! solo escuchaba yo el crugido  
 „De la cadena que llevaba al cuello;  
 „Cadena de pasiones miserables,  
 „Que arrastra el que abandona tus senderos.  
 „El llanto lastimoso de mi madre  
 „No me arrancaba de mi torpe exceso;  
 „Mi pecho encallecido no temblaba  
 „Al sonido espantoso de tus truenos.  
 „Fastidiado por fin de los placeres,  
 „Probé que son amargos ¡ay! sus dejos;  
 „Detesté los horrores de mi vida;  
 „Volví en mí mismo, y desperté del sueño.  
 „Yo miraba el camino, y pretendía  
 „Ir avanzando en él á todo vuelo;  
 „Mas hallábame siempre detenido  
 „Por un gravoso insoportable peso.  
 „Había encontrado la preciosa joya  
 „Y en mi ánimo la amaba con extremo;

„Mas no me resolvía para comprarla  
 „A despreciar mis bienes y venderlos.  
 „Dos rivales, entrambos poderosos,  
 „En mí mismo luchaban con esfuerzo;  
 „Yo me hallaba cruelmente desgarrado  
 „Gimiendo por sus golpes en secreto.  
 „Dios me quería con todo, y me obligaba  
 „A mirar mi maldad como en espejo (23).  
 „¡Ay! qué objeto de escándalo y de susto!  
 „De terror se erizaban mis cabellos.  
 „Pero pronto olvidando mi desgracia  
 „A rendirme tornaba al grato sueño;  
 „Y si hermosa la luz me despertaba,  
 „Volvia á cerrar los ojos entreabiertos.  
 „Una voz me llamaba á todas horas,  
 „Levántate infeliz de entre los muertos;  
 „Y yo desde el profundo respondía:  
 „Dejadme descansar otro momento (24).  
 „Aquesta hora feliz nunca llegaba:  
 „Cada vez era el sueño mas funesto:  
 „De los vicios la tropa seductora (25),  
 „Entre sombras me hablaba con festejo:  
 „¡Por qué quieres dejarnos, Agustino,  
 „Que te damos placeres halagüeños?  
 „Privado de la magia de los gustos  
 „Podrás vivir acaso satisfecho?  
 „En tristezas el sabio se consume  
 „Si deja del placer el embeleso:  
 „Solo el deleite da descanso al alma,



„Solo en deleites se regala el cuerpo.

„Hombres, vivid alegres y dichosos:

„Las horas disfrutad, no pase el tiempo:

„Embriagad en placeres los sentidos:

„Bebed el cáliz de oro que os presento.

„Huid de la virtud triste, importuna,

„Que los gustos os quita lisongeros;

„Cortad las frescas rosas, y en guirnaldas

„Sean de vuestras sienes ornamento.

„¿Crees tú, que al amor acostumbrado

„Por tanto tiempo, de deleites lleno,

„Te podrás arrancar de nuestros brazos?

„Te pierdes, infeliz, y nos perdemos.

„Pero la dulce castidad amable (26)

„Con apacible rostro, aire sereno,

„Con inefable magia me decia

„Mostrándome ejemplares de ambos sexos:

„Tú me amas, Agustino: yo te llamo;

„¿Y á mi voz no respondes? ¡qué! ¡perplejo

„Crees imposible conseguir tú solo

„Lo que otros como tú ya consiguieron?

„Contrario de tí mismo, débil, flaco,

„Juguete de encontrados pensamientos,

„¿Nunca podrás fijar con la constancia

„Tus pasos siempre tímidos é inciertos?

„Vuelve á ver á mi lado estas palomas

„Que hasta unirse con Dios alzan el vuelo:

„Esta gracia te ofrece ya sus brazos;

„Alienta, que tú Dios abre su seno,

„Yo conocia este bien, pero cobarde

„A tomar el camino no me atrevo:

„En la tierra postrado me quejaba

„Rendido de un combate tan molesto.

„Cuando he aquí que resuena en mis oídos

„Una voz desde lo alto de los cielos,

„Fijo la vista en los sagrados libros,

„Calma la tempestad, entro en sosiego:

„Vuestra mano ¡oh Señor omnipotente!

„Los lazos desató del cautiverio:

„Abandono este fango corrompido,

„Y miro con desden el bajo suelo.

„Cambió mi voluntad: lo que os ofende

„Con decision firmísima aborrezco;

„Y lo que es ¡ó mi Dios! con vuestro agrado

„Con toda el alma y corazón prefiero.

„Mi madre que mi pérdida lloraba,

„Postrada á vuestros piés con flébil ruego,

„Ve salir de la tumba y tierna abraza

„Al hijo de su llanto y sus lamentos.

„Desde entónces conozco vuestro yugo:

„¿Cuán suave es ¡oh Señor, y cuán ligero

„¿Qué cosa puede haber que se os parezca?

„¿Y quién podrá sin vos vivir contento?

„Desde ora con los ángeles unido,

„A los suyos mezclando mis acentos,

„Alegre cantaré tus alabanzas,

„Celebrándote amable, sabio, Eterno.

„A tí solo amaré, pues que eres solo

„Mi asilo, mi salud y mi consuelo.  
 „i Oh grandeza inefable! ¡ó Dios piadoso!  
 „i Dios de misericordia! ¡ser inmenso!  
 „i Oh hermosura! ¡ó belleza siempre nueva!  
 „i Qué tarde supe amarte, loco y necio!  
 „i Belleza siempre antigua, te amé tarde (27)!  
 „i Pero ya por amarte desfallezco!

## CANTO IV.

**S**i es posible, elevemos nuestro canto  
 A la mas alta y encumbrada esfera,  
 Comencemos en tono mas sublime  
 A cantar del Eterno las grandezas.  
 Osemos ya tratar de sus designios:  
 Digamos las verdades mas secretas:  
 Verdades á los ojos de la carne  
 Ocultas entre sombras y tinieblas.  
 Juicios eternos, leyes soberanas (1),  
 Inapeable consejo, que en la extensa  
 Duracion de los tiempos, en sí mismo  
 Ve los que han de tener corona ó premio.  
 ¡Qué cosa es pues delante de sus ojos  
 De siglos mil la duracion inmensa,  
 Sino la ejecucion de sus designios,  
 Do nuestra voluntad le es manifiesta?

Verdades tenebrosas y escondidas,  
 ¡Acaso podrá el hombre comprenderlas (2)?  
 ¡Oh Dios espantoso! ¡qué es el hombre,  
 Sino polvo y ceniza á tu presencia?  
 A él no le diste examinar tus leyes:  
 Obediencia le exiges pronta y ciega:  
 Eres tú la verdad, y debe creerte  
 A tus piés humillando su soberbia.  
 Yo te adoro, mi Dios, en el silencio,  
 Y tus palabras creo sin comprenderlas:  
 ¡O mortales, temblad al escucharlas!  
 Este es ya de mi canto la materia (3).

Solo Dios, que es Autor de nuestra vida,  
 Por su bondad inmensa nos conserva.  
 Y él solo á nuestras almas ignorantes  
 Les hace aparecer la luz mas bella.  
 Por él los corazones frios y helados  
 Se inflaman en amor y el bien desean:  
 ¡O mortal! á tu Dios lo debes todo  
 Sin que él glorioso á tí nada te deba.  
 Todos los bienes tienes de su mano,  
 Sean para el cuerpo, ó para el alma sean,  
 Y no puedes tener algun derecho  
 Para que con justicia los pretendas.  
 Del libro de la vida sin agravio  
 Nos pudiera borrar si lo quisiera;  
 Hijos ingratos, víctimas del fuego (4),  
 Con nacer rechazamos su clemencia.



„Mi asilo, mi salud y mi consuelo.  
 „i Oh grandeza inefable! ¡ó Dios piadoso!  
 „i Dios de misericordia! ¡ser inmenso!  
 „i Oh hermosura! ¡ó belleza siempre nueva!  
 „i Qué tarde supe amarte, loco y necio!  
 „i Belleza siempre antigua, te amé tarde (27)!  
 „i Pero ya por amarte desfallezco!

## CANTO IV.

**S**i es posible, elevemos nuestro canto  
 A la mas alta y encumbrada esfera,  
 Comencemos en tono mas sublime  
 A cantar del Eterno las grandezas.  
 Osemos ya tratar de sus designios:  
 Digamos las verdades mas secretas:  
 Verdades á los ojos de la carne  
 Ocultas entre sombras y tinieblas.  
 Juicios eternos, leyes soberanas (1),  
 Inapeable consejo, que en la extensa  
 Duracion de los tiempos, en sí mismo  
 Ve los que han de tener corona ó premio.  
 ¡Qué cosa es pues delante de sus ojos  
 De siglos mil la duracion inmensa,  
 Sino la ejecucion de sus designios,  
 Do nuestra voluntad le es manifiesta?

Verdades tenebrosas y escondidas,  
 ¡Acaso podrá el hombre comprenderlas (2)?  
 ¡Oh Dios espantoso! ¡qué es el hombre,  
 Sino polvo y ceniza á tu presencia?  
 A él no le diste examinar tus leyes:  
 Obediencia le exiges pronta y ciega:  
 Eres tú la verdad, y debe creerte  
 A tus piés humillando su soberbia.  
 Yo te adoro, mi Dios, en el silencio,  
 Y tus palabras creo sin comprenderlas:  
 ¡O mortales, temblad al escucharlas!  
 Este es ya de mi canto la materia (3).

Solo Dios, que es Autor de nuestra vida,  
 Por su bondad inmensa nos conserva.  
 Y él solo á nuestras almas ignorantes  
 Les hace aparecer la luz mas bella.  
 Por él los corazones frios y helados  
 Se inflaman en amor y el bien desean:  
 ¡O mortal! á tu Dios lo debes todo  
 Sin que él glorioso á tí nada te deba.  
 Todos los bienes tienes de su mano,  
 Sean para el cuerpo, ó para el alma sean,  
 Y no puedes tener algun derecho  
 Para que con justicia los pretendas.  
 Del libro de la vida sin agravio  
 Nos pudiera borrar si lo quisiera;  
 Hijos ingratos, víctimas del fuego (4),  
 Con nacer rechazamos su clemencia.

Desde Adán su venganza provocara,  
 Las llamas eternas nos esperan:  
 Bajo él, bajo sus hijos, este abismo  
 Abrió su mano de malicia llena (5).

Si el ángel noble por igual delito  
 Fué condenado á perdurables penas;  
 ¿Por qué el hombre que es barro y cieno inmundo  
 Exento quedará de padecerlas (6)?

Ambos contra su Dios se rebelaron;  
 Sobre ambos debe caer igual sentencia:  
 De sí no obstante al ángel Dios aparta,  
 Y sin darle esperanzas lo condena.

Al contrario, del hombre, dos porciones  
 Hace, á unos elige, á otros desecha (7):  
 A estos hace justicia, á aquellos gracia:  
 ¿Cabe en esta conducta alguna queja?

Hijos de perdición, culpables todos,  
 ¿Quién de derecho su perdón espera?  
 Escoge los que quiere, y del conjunto  
 Separa por bondad la raza electa.

A este número corto en que se agrada,  
 Liberal le prodiga sus riquezas:  
 Este número amado y escogido  
 A su Hijo le destina por herencia.

Si, Jesucristo á precio de su sangre (8),  
 Es de ellos jefe, príncipe y cabeza:  
 Su alma misma por gracia es escogida:  
 A ser primero el mérito le eleva.

El habla con los suyos—; *O rebaño* (9)!

*Corto y pobre rebaño, nada temas;  
 Descansa de la paz en las delicias,  
 Pues que yo amo y conozco mis ovejas.*

*Mi Padre me ha entregado este rebaño,  
 Y yo soy su pastor y su defensa:  
 Yo respondo, yo cuido de su vida;  
 Y del cruel lobo no serán la presa.*

La elección del Señor así divide  
 A los hijos de Adán, sin que intervenga  
 La menor injusticia: ante sus ojos  
 Dos distintas porciones se presentan.

Unos vasos de honor, predestinados (10),  
 Hijos que heredan todas sus promesas:  
 Otros prescitos, vasos de ignominia,  
 Que á las eternas llamas se reservan.

Quede humillada la razón del hombre (11):  
 No con su Dios á disputar se atreva:  
 A los que quiere justos, da su gracia,  
 Y á los malos permite que se pierdan.

¿Podrás acaso tú, polvo y ceniza,  
 Fijar los ojos en su luz excelsa?  
 ¿O acusar de injusticia los decretos  
 Con que sabio el Señor todo lo arregla?

A una sola mirada de sus ojos  
 Toda grandeza se estremece y tiembla:  
 Al fulgor de su vista soberana  
 Se anubla el esplendor de las estrellas.



El querubin alado ante aquel trono  
Do cubierto de gloria, Dios se ostenta,  
Temeroso se cubre con sus alas,  
Y postrado en silencio le venera.

Atrevidos mortales, polvo vano,  
Entrad en vuestra nada, que Dios vuela  
Sobre los raudos vientos, y el empireo  
Es el trono radiante en que se sienta.

El aprisiona el mar, y hace á las olas  
Estrellarse obedientes en la arena:  
El levanta á las nubes como polvo:  
A su querer el rayo se sujeta.

Suspende el sol, extiende las campiñas:  
Los altos montes á su voz se elevan:  
En el breve recinto de su mano  
Toda la mole de este mundo encierra.

Es el globo á sus ojos como el grano  
Con que se inclina la balanza apenas:  
Todo tiembla al aliento de su boca;  
Corren las aguas, y la mar se seca.

Nuestros votos é inciensos son debidos  
A su poder inmenso como ofrendas;  
Pero estos homenages aunque justos,  
¿Añaden algun prez á su grandeza?

El es fin de sí mismo, y en sus obras  
Se ama á sí propio, y es principio de ellas;  
De nada necesita, y cuanto existe  
Es á sus ojos cual si no existiera (12).

Ilustra, ciega, mueve, y endurece;

Castiga, absuelve, retribuye y pena:  
Si se cansa de mí, perezo y caigo;  
Pero si me ama, mi salud es cierta.

El manda lo que quiere, y las razones  
Su santa voluntad se las reserva (13);  
¿Y quién soy yo para atreverme, insano,  
A poner en exámen lo que ordena?

Hijo de culpa, esclavo del pecado,  
¿Murmuraré la suerte que me espera?  
El vaso que es de barro no pregunta  
Por qué se le formo de esta materia (14).

Lava á este niño el agua del bautismo,  
Y en su muerte los cielos se recrean (15);  
Muere el otro infeliz sin ser lavado,  
Y las puertas eternas se le cierran.

Ama Dios á Jacob ántes que nazca,  
Y en igual circunstancia á Esaú desecha:  
Y ¿por qué siendo hermanos uno y otro  
Les señala una suerte tan diversa?

¿Oh secretos profundos! ¿Oh misterios  
De la sabia y eterna Providencia!  
Yo enmudezco, Señor, y silenciosa  
Te adora mi razon de espanto llena (16).

Este Dios, misterioso en sus designios,  
Y sabio al mismo tiempo, en la serena  
Mansion de su reposo, el orbe rige,  
Y á su placer y voluntad lo altera.  
¿Ay, cuántos escogidos á quien daba

Ricos dones, y gracias con largueza,  
Su amparo les retira, y desfallecen  
Sin luces, sin auxilios y sin fuerzas!

En este oscuro mundo, cuando él quiere  
A la luz de la fe siguen tinieblas;  
Y á tinieblas espesas y horrorosas

Suele á veces seguir la luz mas bella (17).

¡Ay de mí! ¡Qué de pueblos y naciones

Yacen sumidos en brutal ceguera;

Y en la sombra sentados de la muerte

Su luz el sol de fe no les refleja!

¡O dichosos nosotros! mas temblemos

No nos toque una suerte mas funesta.

¡Qué de veces la antorcha de la gracia,

Se esconde á los ingratos, ó los ciega (18)!

Ved en sangre de mártires bañada

Antes de Oriente la felice tierra,

Y despues ¡qué torrente de ilusiones

La inundan, la corrompen y la infestan!

A Inglaterra mirad, ántes dichosa,

Hoy del error y del engaño presa:

Antes madre de santos, rica en luces,

Ora asiento de errores y tinieblas (19).

De estos tristes reinos la desgracia

A prevenir la nuestra nos enseña.

El castigo de Dios, en todas partes

A vivir con temor nos amonesta.

En el Norte se enciende la heregía

Y de humo sube al cielo nube densa,

Aquí reina Lutero, allí Calvino;

Todo es horrores, sombras y tinieblas.

Donde brilla la fe, de la ignorancia

Negra supersticion tal vez se engendra,

Que para hacer ocultos sus engaños,

Toma de la virtud las apariencias.

—

¡Cuánta plácida luz vierdes en Francia,

O verdad, siempre pura y siempre nueva!

Este es ora tu pueblo muy amado:

En él tu lustre y tu poder ostentas (20).

Mas ¡ay! las culpas llenan la medida,

E irritandó del cielo la paciencia (21),

El golpe nos preparan: tal anuncio

Plegue á Dios que cumplido no se vea.

Mas el contagio de funestos vicios,

Que nuestros corazones agangrenan,

Nos habrá de quitar la fe sencilla,

Despues de haber perdido la inocencia.

Ya pretendemos penetrarlo todo;

Y el sumo Bienhechor cuya clemencia

Previene nuestros ruegos mas humildes,

Se retira, y se niega á la soberbia (22).

El cubre sus arcanos á los sabios,

Y entre nubes se esconde á su prudencia,

Al paso que secretos insondables

A los pobres y humildes les revela.

¡Oh preciosa humildad, y cuánto alcanzas



Despreciando del mundo vanas ciencias;  
El temor del Señor es tu tesoro,  
En él se halla tu luz y tu riqueza!

Convierte á Constantino una palabra  
Que á Marco Aurelio convertir pudiera;  
Pero á aquel se le da con abundancia  
Lo que á este gran filósofo se niega (23).

A ti, Caton, que la virtud buscabas,  
Te ciega siempre del error la venda (24);  
Pero no es esto todo lo terrible:  
O secretos de la alta Providencia!

Dios antevé los pasos de los hombres,  
Y aun sabiendo la dura resistencia  
Del corazón que no ha de responderle,  
Llama continuo, y de tocar no cesa.  
Alma ingrata! numera los favores

Que su piedad benigna te dispensa (25):  
Tus delitos harán mas criminales  
Esos mismos auxilios que desprecias.

Jerusalen se niega á recibirlo:  
La amada Sion le arroja de sus puertas:  
Cuando Tiro y Sidón con estas gracias  
Hubieran hecho amarga penitencia.

Es verdad que llegando el día terrible  
En que suene del juicio la trompeta,  
No será tan severa y espantosa  
De Sidón y de Tiro la sentencia.

Mas terrible sin duda es el castigo

Del siervo que á su Dios se le rebela,  
Que el de aquel que ignorando sus mandatos  
Solamente le ofende por miseria.

Al Señor, que es celoso de sus bienes,  
Hemos de dar la cuenta mas estrecha;  
Pero ¿podrá llamarse tolerable  
De Tiro y de Sidon la suerte adversa?

Temblemos hasta el fin, que el jornalero  
Si trabajando fiel no persevera,  
No recibe el salario; y el que corre  
Hasta el último instante no se premia.

Tocando ya en el puerto, es cosa fácil  
Estrellarse la nave en duras peñas;  
Y perderse tambien en un instante  
Tesoros de virtudes y riquezas.

Al penitente austero, al solitario  
Vestido de silicio en una cueva,  
Hace perder la gracia un pensamiento,  
Un repentino orgullo, una torpeza.

Tal vez al mismo tiempo atormentado  
Con el grito y clamor de la conciencia,  
Un malvado, en el vicio envejecido,  
El laurel arrebata que otro deja:

Y á la viña llamado á la última hora (26),  
El denario recibe: ¡Oh Providencia!  
Sobreabunda la gracia muchas veces  
Donde abundó la culpa torpe y fea.

Al contrario aquel otro, ántes virtuoso,



Harto de libertad, á las cadenas  
 Vuelve insensato, y para siempre se hunde  
 En prision mas obscura y mas estrecha.

Solo el último golpe alcanza el triunfo,  
 Y solo él hace la victoria cierta:

La brillante corona prometida  
 En el fin de la vida nos espera (27).

Defensor de la Iglesia allá en su cuna,  
 Honra del Africa en virtud y ciencia,

El severo, el ilustre Tertuliano  
 En el error termina su carrera (28).

¡Qué pesar tan sin fruto á los ingratos  
 Cuando Dios los excluya de su cena!

¡Qué espantosa sorpresa al ver sus sillas  
 Que paganos é infieles las posean!

Terror de los Arrianos el grande Osio (29),  
 El oráculo, el padre de Nisea,

Vivió mas de cien años, y era antorcha  
 Que sobre el candelero estaba puesta.

Ya la próxima muerte iba á premiarlo  
 Cuando un largo destierro lo exaspera;

Y esforzando su mano casi helada,  
 Suscribe de Sirmich á la blasfemia.

A vivir de nosotros desconfiados  
 La caída de estos hombres nos enseña;

Y que una vida larga, aunque inocente,  
 Puede ser en su término funesta.

Redoblemos la fuerza y el trabajo,  
 Que la lóbrega noche ya se acerca;

No busquemos el sueño y el descanso,  
 Que la luz se retira y ya se ausenta.

Un discurso mil veces repetido  
 Me opone el temerario: *¿Qué aprovecha* (30)

*Correr con diligencia, cuando el cielo*

*Tiene ya pronunciada la sentencia?*  
*¿Para qué pues á inútiles trabajos*

*Razonador fanático me empeñas?*  
*Si en el libro feliz estoy escrito,*

*Yo seré salvo, viva como quiera.*

¡Pensamiento funesto y detestable!  
 ¡Infeliz, extraviada consecuencia!

Tú mismo te has juzgado de antemano,  
 Y el eterno suplicio te decretas.

A la dicha perpetua Dios te llama,  
 Y tú le cierras del perdón las puertas (31).

¡Oh insensato! Responde, ¿este discurso  
 En tus demás asuntos te gobierna?

Sin duda de tu muerte Dios señala  
 El momento infeliz; él solo cuenta

Las horas de tu vida, y no es posible  
 Que el número que él fija tú lo excedas (32).

¡Por qué pides al médico socorros  
 Cuando tu débil máquina se enferma?

De su arte y sus cuidados, ¿qué remedio  
 Llegada la hora tu salud espera?

Por amor de la vida, aunque dudosos,



Estos auxilios sin embargo aprecias:

¿Cómo pues en tratándose del cielo

A correr diligente no te esfuerzas (33)?

Si quereis que se te abra, el Señor dice,

Dobla tus llamamientos á la puerta (34);

Ruega, suplica, clama con instancia

Si quieres alcanzar lo que deseas.

Yo ignoro como todos mi destino (35):

Mas para disipar estas tinieblas,

Viviré como réprobo en deleites

Firmando con mi mano la sentencia?

Para morir, la muerte de los santos,

Vivir como los santos es la senda:

Me creo escogido, trato de imitarlos

Haciendo mi dudosa suerte cierta.

Yo me esfuerzo, yo corro; mas no en vano (36)

En estas prevenciones Dios me empeña;

¿Y era justo empeñarme á tal trabajo

Si el fruto concederme no quisiera?

Dios es mi Padre amante, y me asegura

Que me quiere dichoso; sus promesas

Desvanecen las dudas y temores,

Me afirman en la paz y me sosiegan:

Veo como prendas de mi eterna gloria

Los bienes que su mano me dispensa,

Y léjos de inquietarme mi destino,

Mi corazón tranquilo en él espera.

¿Qué! ¿me habrán de servir estos favores

Para inspirarme dudas y sospechas?

En sus manos mi suerte toda pongo,

Que yo tengo en su amor confianza ciega.

El no quiere que mueran los impíos (37):

Hasta el postrer momento los espera:

Y aun los mismos que irritan sus venganzas

Son llamados también á penitencia.

Nace el sol á los buenos y á los malos;

A unos y otros sus dones les dispensa;

Castiga á su pesar, y en el azote

Siempre temple el rigor con la clemencia.

Quiere á todos salvarnos como Padre:

A todos nos promete gloria eterna:

Para esto muere el Hijo bien amado

Bañando con su sangre nuestra tierra (38).

De sí solo se queje el que perece,

Que Dios á todos la salud franquea (39).

¿O Israel infeliz y desgraciado!

¿Tú eres solo el autor de tu miseria!

¿De Dios temes los juicios formidables,

Y el momento oportuno no aprovechas?

A las puertas te llama con instancia,

¿Y obstinado en el mal, tú se las cierras!

¿Cuántas veces deseoso de esforzarte

Ha añadido á sus gracias gracias nuevas?

¿Pero qué es lo que no hace tan buen Padre?

¿Su amor omite acaso diligencia?

Como el ave recoge á sus polluelos

Los abriga amorosa y los calienta,

Tal así sus entrañas paternales



A todos en su seno nos congregan.

Si turba alguna vez nuestros contentos,

Su mismo amor con esto manifiesta:

El quiere del deleite vergonzoso,

Y del mundo arrancarnos con violencia.

Desprecias sin embargo con orgullo

Esos rigores que el amor emplea,

Y hecho del mundo esclavo miserable

No le tomas sabor á la inocencia.

¡Pero cómo, replicas, si es mi padre,

Observa una conducta tan severa (40)?

Si él es solo el que salva y quiere hacerlo,

¡Por qué hay tantos ingratos que se pierdan!

¡Por qué los escogidos son tan pocos (41)!

Entre tantos llamados que asemejan

A las pocas espigas que se escapan

De la mano eficaz que las cosecha?

Efectos de rigor y de justicia:

El mundo en todas partes nos presenta:

¡Adónde está el cariño y la ternura

De un amoroso Padre?... Cesa... cesa.

Unamos nuestra fe, y en sentimientos

Como vosotros tiembla mi flaqueza (42).

Esperad como yo, que la esperanza

Suaviza los temores y los templa.

El es Dios y el es Padre al mismo tiempo:

Como Dios es forzoso que le tema:

Como Padre amoroso humilde le amo,

Y su ternura mi confianza alienta (43).

Con todo el corazón, con toda el alma,

Mi entendimiento humillo en su presencia;

Trato de obedecer lo que me manda,

Y las verdades creo que me revela.

A mi razón contengo en sus discursos;

Pues la ciega de Dios la luz excelsa

Yo me entrego á la fe, que no es posible

Extraviarse siguiendo aquesta senda.

Es la Gracia un misterio inescrutable,

Y nunca puede el hombre comprenderla;

Habla el Dios infalible, y esto basta

Para poner silencio á nuestra lengua.

Cuando rasgar pensamos atrevidos

El velo misterioso y las tinieblas

Que oculta á los humanos sus secretos,

Confundida se ve nuestra soberbia.

Oprimenos su gloria, y deslumbrados

Sus luces nos agobian y nos ciegan:

El es Dios escondido: ¡ay! temamos

Desmerecer audaces su clemencia.

Pero ¡oh Dios de bondad! ¡santo! ¡admirable!

Este humilde temor que el fiel desea,

No es obra suya, y puede solo darlo

El poder inefable de tu diestra.

Enseñanos á amarte y á temerte:

De nuestras almas para siempre aleja

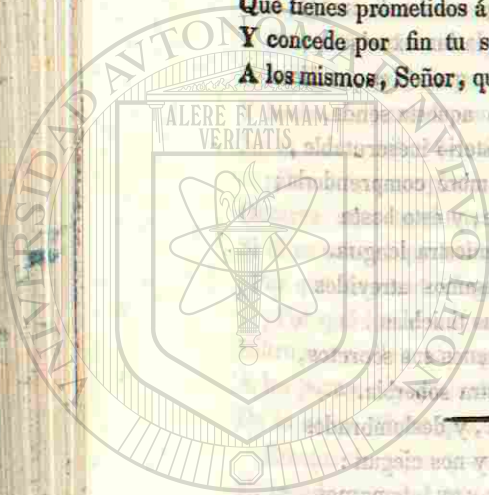
El espíritu inquieto y temerario,

Que tus arcanos penetrar intenta.

Apiádate, Señor, de los rebeldes (44):



Ablanda de sus pechos la dureza :  
 A los fieles socorre y fortalece,  
 No sea que de cansados desfallezcan.  
 Derrama sobre todos los auxilios  
 Que tienes prometidos á la Iglesia ;  
 Y concede por fin tu santa Gracia  
 A los mismos, Señor, que la desprecian.



### NOTAS AL CANTO I.

(1) „El hombre, dice Mr. Bossuet en sus *Elevaciones*, el hombre nacido para mandar, ejercía su „imperio sobre los animales, sobre su cuerpo, sobre „sus sentidos interiores y exteriores, y sobre su mis- „ma imaginación. Era tal el poder del alma cria- „da á semejanza de Dios, que todo le tributaba su- „mision y respeto.”

(2) Añade Bossuet.—„¿Dónde está el imperio que „ejercía el hombre sobre los animales? No queda „de él mas que un corto resto, débil memoria de „nuestro antiguo poder, y reliquias infelices de nues- „tra perdida felicidad.”

(3) Para entender bien la diferencia de estos dos estados que admite San Agustín, conviene leer á Mr. Bossuet, el cual en sus *Elevaciones*, al explicar cómo los ángeles han podido perseverar sin menoscabo del libre albedrío, dice así:—„Su volun- „tad perfectamente regularizada, produjo por sí so- „la una buena elección; y esta elección ayudada de „la Gracia aunque no determinada por ella, nacia „espontáneamente como de sí misma por su propia „y privativa determinación.” Tal es ese libre albe- drío, todo santo y todo bueno.

Ablanda de sus pechos la dureza :

A los fieles socorre y fortalece,

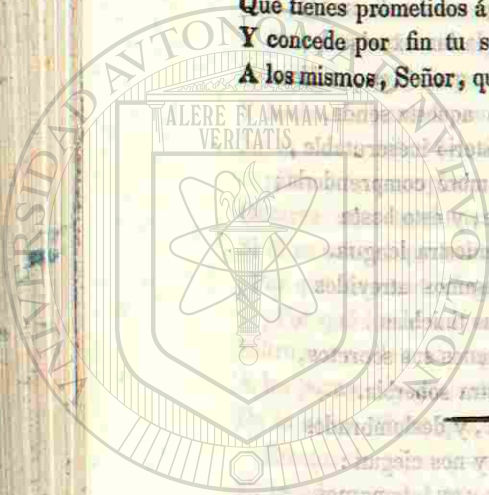
No sea que de cansados desfallezcan.

Derrama sobre todos los auxilios

Que tienes prometidos á la Iglesia ;

Y concede por fin tu santa Gracia

A los mismos, Señor, que la desprecian.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA SUR  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO

### NOTAS AL CANTO I.

(1) „El hombre, dice Mr. Bossuet en sus *Elevaciones*, el hombre nacido para mandar, ejercía su „imperio sobre los animales, sobre su cuerpo, sobre „sus sentidos interiores y exteriores, y sobre su mis- „ma imaginación. Era tal el poder del alma cria- „da á semejanza de Dios, que todo le tributaba su- „mision y respeto.”

(2) Añade Bossuet.—„¿Dónde está el imperio que „ejercía el hombre sobre los animales? No queda „de él mas que un corto resto, débil memoria de „nuestro antiguo poder, y reliquias infelices de nues- „tra perdida felicidad.”

(3) Para entender bien la diferencia de estos dos estados que admite San Agustín, conviene leer á Mr. Bossuet, el cual en sus *Elevaciones*, al explicar cómo los ángeles han podido perseverar sin menoscabo del libre albedrío, dice así:—„Su volun- „tad perfectamente regularizada, produjo por sí so- „la una buena elección; y esta elección ayudada de „la Gracia aunque no determinada por ella, nacia „espontáneamente como de sí misma por su propia „y privativa determinación.” Tal es ese libre albe- drío, todo santo y todo bueno.



(4) *Tale erat adjutorium, quod desereret cum vellet, et in quo permaneret si vellet, non quod fieret ut vellet.* „El socorro de la Gracia (concedido á „Adán inocente) era tal, que podía no servirse de él „cuando quisiera, y servirse cuando quisiera: mas „no era tal que le hiciese querer.

(5) *Sicut oculus corporis etiam plenissime sanus, nisi candore lucis non potest cernere; sic et homo etiam perfectissime justificatus, nisi aeterna luce adjuvetur, non potest rectè vivere.*—Como los ojos mas sanos y mejor organizados no pueden ver sin el socorro de la luz, así el hombre mas justificado no puede vivir rectamente sin el socorro de la eterna luz.

(6) Como hijos de la desobediencia, esta es la primera cosa que heredamos con la sangre: así es que en nuestro mismo origen ya somos todos rebeldes. Las pasiones nos dominan alternativamente, y á veces todas juntas, aun las mas contradictorias. Todo bien, aun el mas pequeño, nos es muy difícil, y el mal por grande que sea, tiene mil atractivos para nosotros. *Mr. Bossuet, Elevat.*

(7) La tierra tan fértil al principio, si se abandona hoy, solo es fecunda en yerbas dañosas: se cubre de abrojos; en todas partes nos amenaza y parece negarnos la libertad de transitar por ella. No es posible caminar si no es á fuerza de combates. ¡Hombre, mira tu destino! afliges á la tierra, ó mas bien te afliges á tí mismo á fuerza de culti-

varla, hasta que vas á corromperte en su seno. ¡O descanso espantoso! ¡ó triste fin de un continuo trabajo! *Bossuet, ibid.*

(8) *Corruit, et cuncti simul in genitore cadentio  
Corruimus: transcurrit enim virosa per omnes  
Peccati ebrietas.*

Cayó Adán, y nos arrastró á todos al precipicio: el veneno del pecado y de la concupiscencia, se comunicó con su ruina á todos los hombres. *San Próspero: Pat. 3. cap. xvii.* Algunos filósofos que se dicen cristianos, pretenden que el pecado no ha sido causa de todo el desórden: Adán fué despojado de los dones gratuitos que Dios no estaba obligado á darle; y pudo muy bien haber sido criado en completa desnudez, es decir, sujeto á los dolores, á la ignorancia, á la concupiscencia y á la muerte. El pecado fué solo causa de que nos viéramos reducidos á lo que debíamos ser. Dios no nos era deudor de mas. Otros filósofos que tambien se llaman cristianos, dicen que *todo está bueno* (Pope Ensayo del hombre). No obstante, algunos filósofos paganos han conocido que el hombre nacia ya hecho objeto del enojo de un Dios irritado.

(9) „El estado infeliz del alma, oprimida con „el peso del cuerpo, ha dado materia á varios filósofos para creer que nuestras almas le estaban „unidas como si estuvieran ligadas á un cadáver; „y no podían entender que hubiese tal suplicio en



„un mundo gobernado por Dios, á no existir algun  
„pecado precedente. Experiencias dolorosas les die-  
„ron á conocer el pesado yugo que oprime á los  
„hijos de Adan; y aunque ignoraban la causa, sen-  
„tían sus efectos.” *Mr. Bossuet, Elevat.*

(10) „Es tan grande el hombre, dice *M. Pas-  
„cal*, que en su misma miseria es donde mas res-  
„plandece su grandeza. Sus desdichas son las de un  
„gran personage, las de un rey destronado.”

(11) *Non enim quod volo bonum hoc facio; sed  
quod nolo malum hoc ago. . . . Infelix ego homo! quis  
me liberabit de corpore mortis hujus!* „No solo no  
„hago el bien que quiero, sino que cometo el mal  
„que no quiero. ¡Qué infeliz soy! ¡quién me librará  
„de este cuerpo de muerte?” *S. Pab. Rom. VII. 19.*  
24. Esta verdad no fué desconocida á los paganos.  
Xenofonte dice: „Si solo tuviera una alma, no po-  
„dria amar el mal y el bien á un mismo tiempo.  
„Luego tengo dos: hago el bien, cuando la bue-  
„na predomina, y el mal cuando se sobrepone la  
„mala.”

(12) „Adoramos esa turba vil de divinidades,  
„dice Séneca, por ir con la costumbre.”

*Omnem istam ignobilem deorum turbam.*

(13) *Omne enim prohibitatis opus, nisi semine verae  
Exoritur fidei, peccatum est; inque reatum  
Vertitur.*

*Si las acciones buenas no nacen de la fe, no son*

*mas que pecados que nos constituyen culpables.—San  
Próspero Part. 2. Cap. XVI.*

Para entender bien esta expresion, que no me  
atreví á usar por parecer dura, es necesario ver al P.  
Burdaloue, que en su sermon sobre el estado de pe-  
cado, prueba admirablemente, que la culpa destruye  
delante de Dios el mérito de cuanto hace el hombre  
en semejante estado, y que el Señor desecha las mejo-  
res acciones cuando vienen corrompidas en su ori-  
gen. „Carecen, dice, del gérmen de vida que las  
„hace meritorias. Dios es la vida del alma: la alma  
„apartada de Dios, no puede obrar mas que acciones  
„de muerte.” Los romanos tenian dos motivos para  
obrar: la gloria y el patriotismo. *Amor patriae lau-  
dumque immensa cupido.* Estos dos motivos produ-  
jeron entre ellos algunas acciones virtuosas, que  
carecian *del gérmen de vida que las hace meritorias*,  
y que Dios recompensó, como dice San Agustin,  
con las grandezas humanas y el imperio del mun-  
do: recompensa tan vana como sus deseos: *Recepe-  
runt mercedem vani vanam.*

(14) A Aristides dieron el sobrenombre de Justo.

(16) La grandeza visible de Dios en sus cria-  
turas hace conocer su grandeza invisible: pero to-  
dos los filósofos, como dice San Pablo, *han encerra-  
do la verdad en la injusticia*, y rehusado á Dios el  
culto que sabian le era debido. Toda su sabiduría  
se fué en humo. No fueron escogidos para ser la  
luz del mundo: *Non hos elegit Dominus.*



(16) *¡Quis veraciter laudat, nisi quis sinceriter amat? Pietas cultus Dei est, nec colitur nisi amando.*—*¡Quién alaba de verdad al Señor sino el que lo ama sinceramente? La piedad no es mas que el culto de Dios, y este consiste en amarlo.* San Agustín Ep. 140.

(17) *Cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt, aut gratias egerunt; sed evanuerunt in cogitationibus suis. . . . dicentes enim se esse sapientes, stulti facti sunt.*—*Aunque conocieron á Dios no le glorificaron ni le dieron gracias como á tal, sino que se evaporaron en vanos pensamientos, . . . y dándose el título de sabios, se hicieron necios.* San Pablo Rom. 1.

(18) El mal se aumenta, dice Santo Tomas, no por vicio de la ley, sino de la naturaleza. *Morbis invaluit non legis, sed naturae vitio.* La prohibicion no hizo mas que irritar, imponiendo preceptos sin dar fuerzas para cumplirlos. La Iglesia misma canta:

*Insculpta saxo lex vetus*

*Praecepta, non vires dabat:*

*Inscripta cordi lex nova*

*Quidquid jubet, dat exequi.*

Que quiere decir: „La ley antigua grabada sobre piedra, imponía obligaciones sin dar fuerzas para cumplirlas: la ley nueva escrita en los corazones, da á todo el que quiere, los medios de ejecutarla.

*Moses fidelis tanquam famulus, Christus vero tanquam filius in domo.* (Heb. III.)

„A la verdad Moises fué fiel como un sirviente, pero Cristo como hijo en su propia casa.”

(19) Las expresiones de que me sirvo son á la letra de San Pablo.—*Lex propter transgressionis posita. . . . Ministratio mortis. . . . Unbram habens futurorum bonorum. . . . Egena et infirma elementa. . . . Lex iram operatur. . . . Littera occidit.*

(20) Elemento tan débil que anuncia con suma obscuridad el dogma de la vida futura. De aquí deduce Warburthón su divinidad. Dios, dice él, recompensaba entonces las virtudes con bienes temporales, y con penas tambien temporales castigaba los pecados: su Providencia era visible, sin necesidad de intimar á su pueblo el temor y la esperanza de lo porvenir. Este argumento es la base del libro de Warburthón sobre la *Legacion de Moises*. Yo hubiera dicho con San Pablo, que la ley ninguna cosa hace perfecta: *Nihil ad perfectum adduxit lex*; pero que por sus figuras servia de introduccion á mejores esperanzas, *introductio melioris spei.* (Heb. VII.)

(21) *Venit ipse Eliscus, jam figuram portans Domini, qui seruum suum cum baculo, tanquam cum lege praemiserat. . . . Fecit Dominus quod non fecit baculus; fecit gratia quod non fecit littera.*—*Vino Eliseo como figura del Señor (Jesucristo), y envió delante á su criado con un báculo, que era imagen de la ley. . . . Hizo el dueño lo que no pudo el báculo; hizo la gracia lo que no pudo la letra.* S. Agust. Serm. 1. in Psal. 70.



(22) *Vetus homo in timore est, novus in amore.*  
*Ita enim duo Testamenta discernimus, vetus et novum, quae in allegoria dicit Apostolus in Abrahamae filii figurari, uno de ancilla, altero de libera, quae sunt, inquit, duo Testamenta. Servitus enim pertinet ad timorem, libertas ad amorem.* „El carácter del hombre viejo es el temor; el del nuevo el amor. „También es este el carácter de ambos Testamentos el viejo y el nuevo, figurados según S. Pablo, en los dos hijos de Abraham, uno nacido de la esclava, otro de la libre. El temor es el dote de la servidumbre, y el amor el de la libertad.” *San Agust. tom. x. pág. 157.*

(23) No es seguramente la hermosura de la ley ceremonial aquella que admiran con tanta frecuencia los autores de los Salmos: por esto no dudo contra la costumbre llamar santos y cristianos á los justos de la ley antigua; los que, según los santos Padres, formaron parte del mismo cuerpo y de la misma Iglesia á que pertenecen los santos que han florecido después de haber venido Jesucristo. Sus éxtasis de amor, expresados en los cánticos sagrados, prueban que ellos seguían la ley de amor.

*Eadem namque fides et nostra et illorum; quoniam hoc illi crediderunt futurum, quod et nos credimus factum. . . . Nondum nomine, reipsa fuerunt christiani.* „La fe de los justos del Antiguo Testamento es nuestra misma fe: ellos creyeron que había de suceder, lo que nosotros creemos sucedió ya. . . .

„Si no fueron cristianos en el nombre, lo fueron en los hechos.” *S. Agust. tom. xi. Ep. 199.*

(24) Tantas promesas, amenazas, castigos, recompensas, milagros y profecías: en fin, tantos beneficios á un pueblo que no se aprovechaba de ellos, prueban la insuficiencia de los remedios exteriores, y la necesidad de la Gracia.

(25) Santo Tomas nos da la razón por qué tardó tanto en venir el día de la Gracia.—*Reliquit prius Deus hominem in libertate arbitrii, in lege naturali; ut sic vires naturae suae cognosceret; ubi cum deficeret, legem accepit: qua data morbus invaluit, non legis, sed naturae vitio, ut ita cognita sua infirmitate, clamaret ad medicum, et gratia quaereret auxilium.* „Al principio entregó Dios al hombre en brazos del libre albedrío bajo la ley natural, para que hiciese en este estado un ensayo de sus fuerzas. El hombre reconociéndose débil, recibió la ley, la cual aumentó su mal, no por vicio de la misma ley, sino por corrupción de la naturaleza; así pudo conocer su mal clamando al médico y buscando el socorro de la Gracia.” *Santo Tomas, 3.ª Part. quæst. 1.ª art. 5.*



## NOTAS AL CANTO II.

(1) *Ab ipso Abel, quem primum justum ipsius frater occidit, et deinceps usque in finem hujus saeculi, inter persecuciones mundi, et consolationes Dei, peregrinando procuravit Ecclesia.* „Desde Abel el primer justo, muerto por su hermano, hasta el fin de los siglos, la Iglesia camina hácia la patria celestial, entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios.” *S. Aug. de Civ. Dei, lib. 18. c. 11.*

(2) *Adimpleo ea quae desunt passionum Christi, in carne mea, pro corpore ejus, quod est Ecclesia.* „Estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer á Cristo, en pro de su cuerpo, el cual es la Iglesia.” *S. Pablo. Colos. 1. 24.*

(3) Pelagio nació en Inglaterra, tomó el hábito de monje, pasó á Roma al fin del IV siglo, y disfrutó allí por mucho tiempo del concepto de un hombre lleno de virtud y piedad. En el año 400 empezó á esparcir sus errores, que consistian en tres puntos capitales: 1.º en que no hay pecado original: 2.º que el hombre puede inclinarse al bien sin el socorro de la gracia, la cual se nos da á proporcion que la merecemos: 3.º que el hombre puede arribar á un estado de perfeccion, en el cual no

esté sujeto á las pasiones ni al pecado. Sorprendió con una capciosa profesion de fe al papa Zozimo, el cual conociendo despues que habia sido engañado, condenó á Pelagio.

(4) San Gerónimo, famoso por su vida austera y su vasta erudicion, escribió contra Pelagio, y murió poco tiempo despues.

(5) La Iglesia profesó siempre una singular veneracion á San Agustin, considerándolo como el doctor de la Gracia. Los Concilios y los papas se han servido frecuentemente de sus palabras para formar sus decisiones.

(6) San Próspero, que segun parece no era mas que simple lego, nació en Aquitania. Su poema contra los ingratos, es decir, contra los enemigos de la Gracia, le dió mucho nombre. Mr. Baillet en su Juicio sobre los sabios, se explica así sobre el poema de San Próspero. „Asombra el ver que este santo haya podido unir la hermosura de la versificación á lo escabroso de la materia, y que haya observado con tanta regularidad la exactitud que exigen los dogmas de fe, á pesar de la ligazón de la versificación y de la libertad del espíritu poético. „Las verdades estan pintadas con los ornamentos naturales de la poesia, es decir, con una bizzarria tan agradable como ingeniosa.”

(7) *Subintravit ignorantia rerum agendarum, et concupiscencia noxiarum, quibus comites subinferruntur error et dolor.* „Nacemos con la ignorancia



„de lo que debemos hacer, y con el deseo de lo que „nos es dañoso, en cuya compañía vienen el error „y el dolor.” *S. Aug. Ench. c. XIII.*

(8) *Omne malum hominis, error et infirmitas; aut nescis quid agas, et errando laboris; aut scis quid agi debeas, et infirmitate superaris.* „Todo el mal „del hombre consiste en el error y la flaqueza: ó „ignora lo que debe hacer, y peca por error; ó sabe „lo que debe hacer, y cae por debilidad.”—*S. Aug. Ench. c. XIII.*

(9) „Los demonios, dice *M. Bossuet*, en vez de „la felicidad que disfrutaban en su origen, no tienen „mas que el triste y maligno placer que encuentran „los malvados en buscarse cómplices, y los infelices „en hallar compañeros de su desgracia.”

(10) Acabada y exacta es la pintura que *Mr. de la Rochefoucault* hace en sus máximas del amor propio. „Existe, dice él, en todos los estados y en „todas las condiciones de la vida: vive en todas „partes, vive de todo, y vive también de nada: se „acomoda con el uso de las cosas, y con la priva- „cion de ellas: se alista en las banderas de los que „le hacen guerra, toma parte en sus designios, y lo „que es mas admirable, se aborrece con ellos á sí „mismo, entra en conjuración para destruirse, y „trabaja en su ruina. No se cura mas que de exis- „tir, y con tal que exista se resigna á ser enemigo „de sí propio.”

(11) Casi siempre hay algo de soberbia en

nuestras buenas obras, por lo que dice *San Agustín*: *Superbia et in rectè factis animo insidiatur humano. . . . Ubi laetatus homo fuerit in aliquo bono opere se etiam superasse superbiam, ex ipsa lætitiâ caput erigit et dicit: Ecce ego vivo; quid triumphas? et ideo vivo, quia triumphas.* „La soberbia se pone en ace- „cho para corromper el corazón humano con el „bien que hace. . . . Si alguno se lisonjea de haber „vencido el orgullo, este se prevale de esa misma „alegría, y exclama: Vivo en tu corazón, ¿de qué te „glorías? vivo por la misma razón de que te glo- „rias.” *De Nat. et Grat. c. xxx.*

Por esto dice *Mr. Pascal*: „Los que escriben con- „tra la vanidad, quieren tener la gloria de haber es- „crito bien: los que leen, quieren tener la de haber „leído: y yo que estoy escribiendo esto, tengo qui- „zas este mismo deseo, como lo tendrán tal vez „aquellos que me lean.”

(12) *Inspiratio dilectionis, ut cognita sancto amore faciamus.* „La gracia es una inspiración del „amor divino que nos hace practicar por medio del „santo amor el bien que conocemos.”

„Esta gracia, dice el *P. Bourdaloue*, es la que „obra en nosotros, y con nosotros cuanto hacemos „para Dios, dándonos con su eficacia no solo el „poder, sino la voluntad y la acción. . . . Su carác- „ter es el de unir la unción y la fuerza, y dirigir „las obras de Dios por medios tan dulces como efi- „caces.”



(13) *Et nisi donet*

*Quae bona sunt, nihil efficiet bene coeca voluntas.  
Haec ut cujusquam studio affectique petatur.  
Ipsa agit, et cunctis dux est venientibus ad se.  
Perque ipsam nisi currat, non itur ad ipsam.*

Dice San Próspero. „El libre albedrío es ciego, y no obrará el bien si la gracia no se lo hace obrar. Nadie la busca y la desea sino en virtud de los deseos y afeciones que ella misma inspira. La gracia dirige los pasos de los que la encuentran, y si no caminamos dirigidos por ella, no la hallaremos jamás.”

(14) *Gratia quae occulte humanis cordibus divina largitate tribuitur, a nullo duro corde respuitur: ideo quippe tribuitur, ut cordis duritia primitus auferatur.* „No hay corazón tan duro, que deseche esta gracia, que Dios por pura liberalidad derrama en las almas; pues que su primer efecto es el de ablandar el corazón, y con tal motivo le concede el Señor.”

(15) La doctrina que nos enseña el soberano dominio del Señor sobre nuestra voluntad, y que nos amonesta á esperar lo todo de su misericordia, echa en nuestros corazones los fundamentos del amor, de la humildad, y de la gratitud.

(16) *Per medicinalem providentiam David paupulum desertus est a rectore, ne per exitialem superbiam desereret ipse rectorem.* „El Señor por una providencia medicinal abandonó á David un poco

de tiempo, para que no fuera él lleno de orgullo á abandonar á su divino conductor.” *S. Agust. de Cont. c. xiv.*

(17) *Nisi desertus non negaret, nisi respectus non flet.* „Pedro no hubiera negado á su Maestro, si no hubiera sido abandonado; ni tampoco hubiera llorado su culpa, si no hubiera sido mirado con misericordia.” *S. Agust. Serm. 285.*

(18) *Gratia nolentem praevinit, ut velit: volentem subsequitur.* „La Gracia se anticipa al que no quiere para que quiera, y al que quiere para que no quiera en vano.”

(19) *Sine me nihil potestis facere. . . Nemo potest venire ad me, nisi qui misit me, traxerit eum.* „Nada podéis hacer sin mí. . . Nadie viene á mí, si aquel que me envió no lo trae.” *Job 13.*

(20) *Deus impossibilia non jubet; sed jubendo monet, et facere quod possis, et petere quod non possis; et adjuvat ut possis.* „Dios no manda cosas imposibles; cuando nos manda, nos amonesta á hacer lo que podemos, á pedir lo que no podemos, y nos ayuda para que podamos.” *Concil. Trid. Ses. 6 cap. II.*

*Certum est nos mandatum servare, si volumus, sed quia preparatur voluntas a Domino, ab illo petendum est, ut tantum velimus quantum sufficit.* „Es verdad que si queremos, observamos los preceptos; pero como el Señor es el que prepara la voluntad, es necesario pedirle que seamos capaces de que,



„rer cuanto baste para hacer lo mismo que quere-  
mos.” *S. Agust. de Grat. et lib. arb. cap. xvi.*

(21) *Velle et nolle nostrum est, ipsumque quod nostrum est, sine Dei misericordia, nostrum non est.*

„De nosotros depende querer ó no querer; pero es  
to mismo que depende de nosotros, lo tenemos por  
la misericordia de Dios.” *S. Geron. Ep. viii.*

(22) „Dios es la causa universal de cuanto exis-  
te, y de él vienen necesariamente todas las mane-  
ras de existir. Si de nosotros viniese el usar bien  
del libre albedrío, podríamos decir que nos habia-  
mos hecho mas excelentes de lo que Dios nos hizo,  
y que nos dábamos alguna cosa superior al ser que  
tenemos, puesto que es mejor no ser, que dejar de  
usar del libre albedrío segun la ley de Dios.”

„Fuera del pecado que pertenece exclusivamen-  
te á la criatura, todo lo demas que hay en ella,  
en su libertad, y en sus acciones, debe atribuirse  
á Dios; y la voluntad de Dios, que es causa de todo,  
léjos de hacer que todo sea necesario, hace por él  
contrario que tanto en lo necesario como en lo li-  
bre haya la justa diferencia de uno y otro.” *Bos-  
suet. Trat. del lib. alb.*

(23) *Da quod jubes, et jube quod vis.* *S. Agus.  
Conf. Certum est nos facere cum facimus; sed ille  
facit ut faciamus, praebendo vires efficacissimas vo-  
luntati, qui dixit: Faciam ut in justificationibus meis  
ambuletis.* *Id. de Grat. et lib. arb. c. xiv.* „Con-  
cédeme Señor lo que mandas, y mándame lo que

„quieras. . . . Cierto es que obramos cuando llega-  
mos á obrar; pero el que nos hace obrar, dando á  
nuestra voluntad fuerzas eficaces, es aquel que di-  
jo: *Haré de modo que camines por la senda de mis  
preceptos.*”

(24) „En la ley de Gracia, dice el P. Bourda-  
loue, nos concede Dios el modo de cumplir lo que  
nos manda; ó por mejor decir, el mismo Dios  
cumple en nosotros lo que de nosotros exige.”

(25) Lutero y Calvino degeneraron en este otro  
exceso, y merecieron la desaprobacion de Melanc-  
ton, segun se ve en los doce artículos que este en-  
vió á Francisco I: su carácter pacífico lo retrajo de  
causar alborotos sobre esta materia, aunque des-  
pues los hubo bien grandes cuando los principes se  
mezclaron en las disputas de los Armenianos y  
sus contrarios.

(26) „El Pelagianismo, prosigue el P. Bourda-  
loue, atribuyendo al hombre fuerzas bastantes pa-  
ra obrar con independencia de Dios, parece au-  
mentar su fervor. El Calvinismo, queriendo elevar  
la predestinacion de Dios, aniquila el libre albe-  
drio, y humilla en apariencia al hombre; quitán-  
dole en realidad la práctica de las buenas obras.  
La Iglesia colocada entre ambos extremos, nos  
conserva en la humildad sin perjuicio del fervor,  
y excita el fervor sin detrimento de la humildad.”

(27) Por lo mismo que el hombre es libre y  
Dios poderoso, se dice en Ezequiel: *Facite vobis cor*



*novum; renovad vuestros corazones*, cap. XVIII; y en el XXXVI:—*Dabo vobis cor novum; os daré un corazón nuevo*. Este corazón nuevo que se nos da es el mismo que debemos renovar. Decimos á Dios:

*Converte nos, conviértete á nosotros*; y él nos dice por Isaias: *Convertimini ad me, convertios á mí*.—„Am-

„bas conversiones son necesarias, dice Bourdaloué, „la de Dios á nosotros, y la de nosotros á Dios: es „necesario que Dios se convierta á nosotros por „su gracia, y que nosotros nos convirtamos á Dios „siguiendo con fidelidad los movimientos de esta „misma gracia. Ved aquí cifrada toda la teología „de un cristiano.”

(28) Las pasiones son movimientos del alma, que la inclinan á unirse al objeto que ama, ó separarse del que aborrece. Todas las pasiones pues, sean cuales fueren sus nombres, se reducen á una sola que es el amor. El odio hácia un objeto viene del amor que se tiene á otro: el deseo es el amor de un bien que no se posee: la alegría es la posesion de un bien poseido. *Nuestro corazón no es mas que amor*; y no siendo la gracia mas que el soplo del amor divino, hace que todas nuestras pasiones, es decir, los movimientos de nuestra alma, solo traten de unirse al objeto que ella ama, que es Dios.

(29) *Quod amplius nos delectat, secundum id operemur necesse est*. „No podemos dejar de obrar „conforme á lo que nos gusta.” *S. Agust. in Epist. ad Gatat. cap. XLIX.*

(30) *Ille ex injustis justos facit. Indit amorem*  
*Quo redametur amans, et amor quem conserit ipse est.*  
s. PROSP.

„De injustos hace hombres justos. Inspira el amor „con que se le ama, y el mismo es este amor.

(31) La libertad consiste en poder hacer lo contrario de lo que se hace, *facultas ad opposita*. Luego cuando la gracia me determina á hacer el bien, conozco que queda en mí el poder de hacer el mal: así es que jamas me priva de la libertad. Un filósofo pagano llegó á conocer este poder que ejerce Dios sobre nuestra voluntad, sin que por eso la contrarie. „Léjos de destruir nuestro libre albedrío, Dios lo pone en ejercicio: al obligarnos, „no deja que sea involuntaria nuestra accion, si „no que por el contrario, la hace libre y voluntaria, dando nacimiento á la voluntad.” *Plutarco, Vida de Coriolano.*

(32) *Non arbitreris istam asperam molestante violentiam. Dulcis est: suavis est; ipsa suavitas te trahit.* „No pienses que esta santa violencia es áspera y molesta: es dulce, es suave, y nos atrae „con su misma suavidad.”

(33) Bien conocido es aquel paso de la Heriada.

„La libertad es una esclava orgullosa que vive „prisionera en estos lugares, atada con lazos invisibles. Dios, sin tiranizarla, sabe tenerla sujeta „bajo un yugo desconocido que no es posible rom-



„per. Vive tanto mas apegada á sus leyes supremas, quanto mas se oculta de sus ojos la cadena, que lleva. Obrá por eleccion, al paso que obedece; „y aun piensa dar leyes al destino.”

(34) Todo lo hace la gracia, y todo tambien la voluntad. La gracia lo hace todo en la voluntad, y la voluntad lo hace todo por medio de la gracia.

Bern. de Grat. et lib. arb. cap. xiv. n. 46.

(35) *Tunc efficiamur vere liberi, cum Deus nos fingit, id est, format et creat, non ut homines, quod jam fecit, sed ut boni homines simus, quod gratia sua fecit.* „Entónces somos verdaderamente libres, cuando Dios nos forma y cria, no como hombres, pues que lo somos, sino como justos, por obra de su gracia.” Sn. Agust. Ench. cap. xiii.

(36) Henrique IV dice en la Henriada (Canto 7.º), que nosotros seriamos mucho mas felices si Dios—

„¡Ah! se hubiera dignado quitar al hombre excesivamente libre, el poder desgraciado de desobedecerlo.”

(37) Ved aquí, dice Mr. Bossouet en sus Elevaciones, ved aquí un rasgo defectuoso de mi libertad, la facultad de obrar mal; rasgo que no viene de Dios, sino de la nada de que fué formado.

(38) Hablando con exactitud, jamas se pierde la libertad, sino la facultad de pecar. El libre albedrío, dice San Agustin, es tanto mas libre, quanto esté mas ageno de poder delinquir.

(39) *Opus tuum in me vide, non meum: Señor, mira en mí tu obra y no la mia,* dice San Agustin; y la Iglesia en sus oraciones: *Deus á quo sancta desideria &c: ¡O Dios de quien vienen los santos deseos!* Palabras son estas que en nada menoscaban el libre albedrío. Cuando el autor del Salmo 43 dice: *Nec enim in gladio suo possederunt terram. . . . Sed dextera tua: No poseyeron la tierra (de promision) en virtud de su espada. . . . sino por el valor de tu diestra;* no quiere decir que los Israelitas habian lanzado á los Cananeos sin sacar la espada. Cuando Dios hace algo por el hombre dejándolo obrar, es tan poco lo que este hace por sí mismo en comparacion de lo que hace Dios, que la humildad exige que nada se atribuya á sí, sino todo al Señor, el cual hace por sí solo grandes maravillas: *qui facit mirabilia magna solus.* Por esto el autor del mismo Salmo agrega que no deberá su salvacion ni á su arco ni á su espada: *Gladius meus non salvabit me.* Es verdad que hacia uso de sus armas, pero la victoria le venia del Señor: *In te inimicos nostros ventilabimus.*



## NOTAS AL CANTO III.

(1) Se ha creído que la ruidosa conversión del Abad de la Trapa fué debida á la vista del cadáver de una dama á quien amaba: ignorante de su muerte, fué á visitarla, y encontró el féretro á la puerta. El autor de la vida de San Evremont refiere este hecho que dice haber oído de boca del mismo San Evremont. Sin embargo, nada dice de el Mr. Mar. sollier en la vida del Abad Rancé.

(2) Aunque los sabios distinguen á María Magdalena de la muger pecadora, me ha parecido bien seguir en mi poema la opinion comun.

(3) „Todo el mérito del libre albedrío consiste en asentir á las inspiraciones de la gracia: este consentimiento viene de Dios, el cual hace en nosotros que pensemos bien, que queramos y que ejecutemos. Hace lo primero sin nosotros, lo segundo con nosotros, y lo tercero por nosotros.” S. Bern. del lib. alb.

(4) „La santidad tiene mérito, pero la gracia que produce la santidad se nos da sin mérito. La recompensa es debida despues de la promesa; pero esta promesa se hizo por pura bondad. La recompensa es debida á las buenas obras, pero la gracia que no es debida, precedió á ellas para po-

„derlas hacer.” Bossuet Elev. En las oraciones de la misa rogamos á Dios que nos perdone, no por nuestros méritos, sino por su clemencia infinita. *Non aestimator meriti, sed veniae largitor.* Por esto dice el mismo Bossuet en su Exposicion de la fe: „Justamenté la Iglesia con toda la antigüedad cristiana se sirve de la palabra mérito: mas como toda su santidad viene de Dios, que la forma en nosotros, la misma Iglesia recibió en el Concilio de Trento, como doctrina de fe católica, aquello de San Agustin, que Dios corona sus mismos dones: „cuando corona el mérito de sus siervos.”

(5) *Tutores vivimus, si totum Deo damus; non autem nos illi ex parte, et nobis ex parte committimus.* „Entregándonos á Dios enteramente, vivimos mas seguros, que si queremos depender en parte de él y en parte de nosotros mismos.” S. Ag. de dono persev. c. vi.

(6) *Ille qui in coelo et in terra, omnia quaecumque voluit fecit, etiam in cordibus hominum operatur.* „Aquel que ha hecho en el cielo y en la tierra cuanto ha querido, tambien obra lo que quiere en los corazones humanos.—” S. Agusti. de Grat. et lib. Arb. c. XXI.

.....*Mutans mentem atque reformans,  
Vasque novum ex fracto fingens virtute creandi.*

„Alguna vez, dice San Próspero, suele Dios llamar á sí las naciones mas fieras y mas opuestas al



„Evangelio: cambia su corazon, restablece y renue-  
 „va su alma, y con su poder creador forma un vaso  
 „nuevo de un vaso ya rotpido.”—Part. II.

(7) „La situacion de nuestro ser, consiste en  
 „ser lo que Dios quiere que seamos. El Señor hace  
 „que el hombre se componga de aquello que cons-  
 „tituye al hombre: que el cuerpo, el pensamiento,  
 „la pasion, la acción, lo necesario y lo libre, sean  
 „precisamente lo que son.” *Boss. Trat. de lib. alb.*

(8) *Mea sola non sunt nisi peccata.* „Por mí no  
 tengo mas que pecados,” dice San Agustin (Serm.  
 sobre el Salm. 70); y en sus Confesiones (lib. 2 c.  
 VII) añade: *Gratiae tuae deputo, et quaecumque non  
 feci mala. . . . et omnia mihi demissa esse fateor, et  
 quae mea sponte feci mala, et quae te duce non fe-  
 ci.* „Conozco, Señor, que tu gracia es la que me ha  
 „preservado del mal que no he cometido. . . . y que  
 „á ella debo el perdon que has dado á los pecados  
 „cometidos, como tambien que, siendo tú mi guia,  
 „he dejado de cometer otros muchos.”

(9) Siguiendo esta doctrina, la gracia ni cam-  
 bia de sistema, ni hace variar el corazon: no hace  
 mas que poner la voluntad en equilibrio. No es Dios  
 quien inclina la voluntad, sino el hombre. Segun es-  
 te sistema de congruencias, Dios aguarda el tiem-  
 po, el lugar y las circunstancias en que debe hacer  
 la voluntad buen uso de su gracia.

(10) El admite una ciencia media, en virtud de  
 la cual prevé Dios, sin que anteceda decreto de su

voluntad, el buen uso que harémos de nuestra liber-  
 tad en tales ó cuales circunstancias. Molina es el  
 primero que compuso un sistema con esa gracia  
 versátil: pero ántes de él, ya hubo dos teólogos que  
 en el Concilio de Trento avanzaron tales proposi-  
 ciones sobre la gracia, que los padres exclamaron:  
*Foras, Pelagiani.*

(11) Los dominicos impugnaron vivamente el  
 libro de *Concordia gratiae et liberi arbitrii*, luego  
 que salió á luz, y le delataron á la Inquisicion de  
 Castilla. La causa pasó á Roma, donde con tal mo-  
 tivo estableció Clemente VII la congregacion lla-  
 mada de *Auxiliis*. En ella se distinguió el célebre  
 dominicano Lemos. Clemente murió despues de ha-  
 ber presidido sesenta y ocho congregaciones. Le  
 sucedió Leon XI que murió á poco tiempo. Pau-  
 lo V volvió á examinar la cuestion, y despues de  
 diez y siete congregaciones hizo extender la bula;  
 pero por razones bien públicas relativas al inter-  
 dicto de Venecia se abstuyó de publicarla.

(12) Segun este sistema, la gracia carece de  
 eficacia por sí, pero la adquiere por las circunstan-  
 cias. No se hubiera Pablo convertido, si Dios no le  
 hubiera tocado en aquel momento en que conoció  
 que su corazon estaba dispuesto á rendirse.

(13) ¡Cómo me gusta oír á Mr. Arnoldo, tan  
 instruido en esta materia, responder en una de sus  
 cartas á la pregunta que se le hizo acerca de la re-  
 probacion de los ángeles! „Sobre este punto el mas



„difícil de la teología, no veo mas que objetos de duda de que me es imposible salir: usando del idioma de los matemáticos, diré en suma que este problema es insoluble.” De aquí concluye, que en este punto no se atenderá á su razon sino á la autoridad. Es muy limitada nuestra razon para que podamos comprender de qué modo se concilian la misericordia y la justicia divina, las cuales segun el salmo 35 llegan hasta el cielo. Así pues podemos decir con el autor del mismo salmo: *Son tus juicios un abismo.* ¡Cuántas disputas pudiera terminar entre nosotros esta sencilla confesion!

(14) Dice Molina que Dios tiene celebrado un pacto con Jesucristo, en virtud del cual se compromete á dar su gracia á todos los hombres que hagan cuanto esté de parte de su naturaleza. ¡Cómo se extravía el hombre cuando dirigido por sola su razon, pretende explicar lo que la razon no puede comprender! Segun el sistema del P. Malebranche, es indigno de Dios obrar por medio de voluntades particulares. Los ángeles han sido la causa ocasional de los milagros de la ley antigua; así como lo es el alma de Jesucristo de la distribucion de la gracia. Esta alma, aunque unida al Verbo, tiene voluntades que el Verbo no le hace tener. Ella no conoce el fondo de los corazones. De aquí proviene que haga repartir la gracia sin saber qué efectos deba causar. Así como la lluvia cae, en consecuencia de las leyes generales, sobre los sembra-

dos, cuyos frutos hace germinar, y sobre rocas es fértiles; así la gracia cae sobre corazones dispuestos á recibirla, y sobre otros en quienes no puede producir ningun efecto. Basta exponer este sistema para dejarlo refutado.

(15) *Quid stultius quam orare ut facias quod in potestate habeas. Qui orat, non orat ut homo sit, quod est natura; neque orat ut habeat liberum arbitrium, quod jam accepit, cum crearetur ipsa natura; neque orat ut faciat mandatum. . . Ipsa igitur oratio, clarissima est gratiae testificatio.* „¿Qué mayor necesidad, que pedir por medio de la oracion lo que depende de nosotros! . . . Cuando oramos no pedimos á Dios nos haga hombres, pues ya lo somos por naturaleza; ni que nos dé libre albedrío, pues le tenemos con nuestro ser; ni que nos dé la ley, sino que nos la haga cumplir. . . La misma oracion es una prueba auténtica de la gracia.” S. Agust. Ep. 177.

(16) Las oraciones que se compusieron mucho tiempo ántes de nuestras disputas sobre la Gracia, prueban que el corazon es indócil y rebelde. En ellas confesamos al Señor que estamos destituidos de fuerzas: *Deus, qui conspicias omni nos virtute destituti;* que no podemos tener confianza en nuestras acciones, *ex nulla nostra actione confidimus;* que sin él nada puede la debilidad humana: *Sine te nihil potest mortalís infirmitas. . . Sine te labitur humana mortalitas;* pedimos que su gracia nos pre-



venga y nos siga, *et praeveniat, et sequatur*: que nos inspire el bien y nos le haga ejecutar: *Cogitemus te inspirante quae recta sunt, et te gubernante eadem faciamus*: rogamos al Señor que no le pidamos sino lo que le es agradable: *Fac nos quae tibi sunt placita postulare*; y que agregue á nuestras oraciones lo que les falta, *adjicias quod oratio non praesumit*. En fin, le pedimos que doblegue por su misericordia nuestra rebelde voluntad á que se encamine hácia él, *ad te nostras etiam rebelles compelle propius voluntates*. Todas estas oraciones tan opuestas al language de Molina, nos prueban cuál era el language de la antigüedad.

(17) El único modo de concordar esá aparente contradicción, que ora atribuye á nosotros, ora Dios nuestras buenas obras, es reconocerlas por nuestras, á causa del libre albedrío que las produce, y de Dios á causa de la gracia que las hace producir al libre albedrío. „Dios, dice S. Agustín, nos „ha hecho querer lo que hubiéramos podido no „querer.“ *A Deo factum est, ut vellent quod et nol-  
le potuissent.*

(18) *A voluntate perversa facta est libido; et dum servitur libidini, facta est consuetudo; et dum consuetudo non resistitur, facta est necessitas.* „La „voluntad pervertida degeneró en pasión: á fuerza „de seguir esta pasión se convirtió en hábito, y por „no resistir este hábito llegó á ser necesidad.“ S. Agust. *Conf. lib. 8 cap. v.*

(19) Esta es una imitación del Epigrama 77 de Catulo.

*Difficile est longum subito deponere amorem;*

*Difficile est, &c.*

*O Di si pestrum est misereri, aut si quibus unquam*

*Extrema jam ipsa in morte tulistis opem:*

*Me miserum aspiciate; et, si vitam puriter egi,*

*Eripite hanc pestem perniciemque mihi:*

*Quae subrepens imos ut torpor in artus,*

*Expulit ex omni pectore laetitias,*

„Difícil es lanzar del pecho los amores arraigados; „difícil es....&c....¡O Dioses! si la piedad es „digna de vosotros, ó si alguna vez prestásteis á al- „gunos vuestro favor en el mismo trance de la „muerte, miradme á mí desdichado; y si acaso con- „servé una vida pura, libradme de esta peste y este „daño, los cuales apoderándose de mí como el sue- „ño de los miembros, desterraron de mi pecho toda „clase de alegría.

(20) *Odi, nec possum cupiens non esse quod odi.*

*Heu! quam quod studeas ponere, ferre grave est.*

OVID. AMOR L. 2. EL. 4.

„Me aborrezco; y por mas que lo deseo, no puedo „dejar de ser lo mismo que aborrezco. ¡Ay de mí! „¡qué pesado es llevar el yugo que se desca aban- „donar!“

(21) *Sed trahit invitam nova vis, aliudque cupido,*

*Mens aliud suadet, video meliora proboque,  
Deteriora sequor.*

OVID. METAM.



„Contra mi voluntad me arrastra una nueva fuerza:  
„una cosa me persuade el apetito, y otra la razon:  
„veo el bien y le apruebo, y sin embargo sigo  
„el mal.”

(22) *Efferbui miser, sequens impetum fluxus mei relicto te, . . . Tu semper aderas, misericorditer saeviens, et amarissimis aspergens offensionibus omnes illicitas jucunditates meas; ut ita quaererem sine offensione jucundari.* S. August. Cons. L. 2 cap. II.

n.º 5.

„Te abandoné, Señor, y me precipité desdichado,  
„siguiendo la corriente de mis pasiones. Tú me  
„asistias constantemente, te llenabas de un piadoso  
„crujido, y esparcias sobre mis placeres un amargui-  
„simo tedio: así me convidabas á buscar los gozos  
„que no engendran fastidio.”

(23) *Constituabas me ante faciem meam ut viderem quam turpis essem, quam distortus et sordidus, maculosus et ulcerosus. Et videbam et horrebam, et quo a me fugerem non erat. . . . Sed dissimulabam et connivebam, et obliviscebam.* Conf. Lib. 18 cap. VII.

„Hacias que yo me viese á mí mismo en toda  
„mi deformidad: torcido, sucio, llagado y lleno de  
„manchas. Me veía, y me horrorizaba, sin que me  
„fuese posible huir de mí. . . . Empero me hacia el  
„disimulado, cerraba los ojos, y me entregaba al  
„olvido.”

(24) *Modo, ecce modo, sine paululum. Sed modo et modo non habebat modum, et sine paululum in*

*longum ibat.* (Conf. lib. 8.º) „Luego, luego: dejad.  
„me un rato: pero este luego nunca llegaba, y el ra-  
„to se alargaba sin cesar.”

(25) *Retinebant nugae nugarum, et vanitates vanitatum antiquae amicae meae, et succutiebant vestem meam carneam, et submurmurabant: Dimittis nos? Et a momento isto non erimus tecum in aeternum? Id num. 26.* „Las frivolas vanidades y las  
„fruslerías mis antiguas amigas me detenían tirán-  
„dome del vestido de la carne: parece que me de-  
„cian con voz blanda: ¿Nos dejas? ¿ya no nos hemos  
„de ver jamas?”

(26) *Casta dignitas continentiae, serena et non dissolute hilaris, honeste blandiens.* Conf. cap. XI. núm. 27. „La casta dignidad de la continencia que  
„produce una serena y reposada alegría, y que de-  
„leita honestamente.”

(27) *Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua, et tam nova, sero te amavi.* Conf. Lib. 10 cap. XXVII. „Tarde te amé, hermosura siempre antigua y siem-  
„pre nueva, tarde te amé.” Los discípulos de San  
Agustín apegados á sus principios sobre la gracia,  
no lo son ménos á sus principios sobre el amor,  
Inflamados en el fuego divino como su maestro,  
imitan sus arrebatos, y repiten las tiernas súplicas  
que aquel dirigía á Dios. Se sabe cual ha sido su  
reputacion en todos tiempos, y que no son ellos á  
los que impugna Boileau en su Epístola sobre el  
amor de Dios. ¿Por qué pues se les acusa de seguir



un sistema que destruye la libertad y hace de Dios un tirano? El amor no conoce la violencia: jamas se le dijo á un tirano *tarde te amé*, ni se siente como perdido el tiempo que ha pasado sin amarlo.

## NOTAS AL CANTO IV.

(1) „El orden de las cosas humanas, dice Bossuet, es el orden de los decretos divinos. Dios todo lo ve, ó en su esencia ó en sus decretos: y no puede dejar de conocer ó lo que es él en sí mismo, ó lo que obra.” *Trat. del lib. alb.*

(2) El P. Calmet, en su disertacion puesta al frente de la epístola á los romanos, refiere históricamente los varios pareceres que sobre esta gran cuestion se han presentado en la Iglesia, concluyendo de aquí que la aprobacion solemne concedida al sistema de S. Agustin, le hace preferible á los demas. A los que parece duro, dicen con Molina, que Dios con su infinita sabiduría ve todas las combinaciones posibles, y pone al hombre en cierta serie de circunstancias y de medios, en que prevee será fiel á su gracia, y no en otra en que prevee será infiel, como lo son muchos. ¿A qué fin es esta predileccion? Como esta grande dificultad se presenta en todos los sistemas, ¿se podrá dudar á

quién se toma por maestro entre Molina y San Agustin?

(3) Se objetaba á S. Agustin lo peligroso que era hablar de la predestinacion gratuita. „Es decir, respondió el santo, que tememos ofender con nuestras palabras á los que no se hallan en estado de escuchar la verdad; y no tememos que los que se encuentran en estado de oirla, padezcan engaño por „nuestro silencio.” *Timemus ne, loquentibus nobis offendatur qui veritatem non potest capere; et non time-mus, ne tacentibus nobis, qui veritatem potest capere, falsitate capiatur.* Ya citaré despues un hermoso pensamiento del P. Bourdaloue sobre este asunto.

(4) No se encendió para los hombres, sino para los ángeles rebeldes: *El fuego eterno que está preparado para el diablo y sus ángeles.* Math. xxv.

(5) *Universa massa poenas debet, et si omnibus debitum damnationis supplicium redderetur, non in-juste redderetur.* „Toda la masa del género huma-„no merece el castigo; aunque Dios condenara á to-„dos los hombres, no sería injusto.” *De Nat. et Grat. c. vii.* „No por esto, dice S. Agustin, debe „alarmarse un cristiano; pues está persuadido que „todos los hombres cayeron por el pecado de uno „en una condenacion tan justa, que aunque Dios no „librase ni á uno solo, no habria motivo de queja: *Omnes esse in condemnationem justissimam: ita ut nulla Dei esset justa reprehensio, etiamsi nullus inde liberaretur.* De Prædest. cap. viii.



Con tal motivo dijo S. Próspero:

*Cur quaerimur, quod non omnes salvantur an illa?  
Cum si progeniem super omnem irrupta maneret,  
De cunctis justè damnatis non quaeremur.*

¿Por qué nos quejamos de que no se eximan todos de su rigor, cuando si se extendiese á toda la descendencia humana, nadie osaría quejarse de que fuesen todos condenados con justa causa?

(6) *Elegit nos Deus, non quia per nos sancti futuri eramus; sed elegit, praedestinavitque, ut essemus.* „No nos escogió Dios porque debíamos ser santos, „sino que nos escogió y predestinó para que lo fuésemos.” *De Praedest. cap. XVIII.*

(7) En una asamblea de obispos congregada en Querci sobre el Oise, con asistencia del rey Carlos, año de 853, se extendió y suscribió el siguiente artículo. „Dios con su presciencia eligió de „entre la masa de perdición á los que por pura gracia quiso predestinar, y les predestinó la vida eterna; dejó á los otros en la masa, conociendo también „bien por su presciencia que habian de perecer; „mas él no les predestinó su ruina aunque les ha„ya predestinado la pena eterna.” *Fleury lib. 49, art. 12.*

(8) *Sicut praedestinatus est ille unus, ut caput nostrum esset; ita multi praedestinati sumus, ut membra ejus essemus—* „Como Jesucristo fué el único „predestinado para ser nuestra cabeza, así muchos

„de los hombres han sido predestinados para ser „sus miembros.”

(9) *Nolite timere, pusillus grex; quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum.* „No temas, pequeño „rebaño mio, porque tu Padre quiso darte su reino.” *Luc. XII. 32.*

*Oves meae non peribunt in aeternum, et non rapiet eas quisquam de manu mea.* „Nunca perecerán „mis ovejas, ni me las arrebatará nadie de las manos.” *Joan. x. 28.*

(10) Si de la masa condenada toma una parte para salvarla, ¿acaso nos parecería mejor que la dejase toda perecer? Por esto dije al comenzar á hablar de la predestinación:

Verdades tenebrosas y escondidas,  
¿Acaso podrá el hombre comprenderlas?

Me parece que he seguido exactamente el sistema de San Agustín, bien contrario al del cardenal Contarin, el cual declara en su tratado de predestinación, que su parecer es opuesto, y que no cree que los hombres sean reprobados por la sola causa del pecado original. Bien sabido es hasta qué punto llegó el cardenal Sfondart al querer desatar el nudo de la predestinación.

„¿Quién tendrá queja de Dios, dice el Apóstol, si „queriendo manifestar su enojo, y dar á conocer su „poder, sufre con admirable paciencia los vasos de „ira destinados á perecer; para manifestar también



„sus riquezas sobre los vasos de misericordia, que „él mismo preparó para su gloria?”

(11) *Sufficit scire homini quod non sit iniquitas apud Deum. Jam quomodo ista dispenset, faciens alios secundum meritum vasa irae, alios secundum gratiam vasa misericordiae, quis cognovit sensum Domini, aut quis consiliarius ejus fuit?* „Bástale al

„hombre saber que en Dios no hay injusticia. En „cuanto á indagar cómo obra, haciendo á unos va- „sos de ira segun el mérito, y á otros de misericor- „dia por la gracia, San Pablo contesta ¡quién tuvo „conocimiento de los designios del Señor, ó quién „entró en el secreto de sus consejos?” *S. Agust. contra duas Epist. Pelagii Lib 1. cap. xx.*

(12) „Dios posee en sí mismo todos los bienes, „sin necesitar á ninguno de los seres criados por su mano; y si se ha movido á criarlos y hacerles que „obren de determinada manera, es tan solo por „su voluntad independiente.” *Bossouet Trat. del lib. alb.*

(13) *Non obdurat Deus impertiendo malitiam, sed non impertiendo misericordiam. S. Agust.* „No „endurece el Señor los corazones comunicando ma- „licia, sino negando su misericordia.”

(14) Jeremias nos presenta la imágen de un al- farero que trabajando en la rueda hace un vaso que rompe luego, y del mismo barro hace otro de la manera que quiere.

(15) *Sed quid iudicium arbitrii meritumque tueris.....*

*Infantum discerne animos, et disere quales Affectus, quales habeant haec pectora motus.*

.....*Pariter nequeunt bona vel mala velle,*

*Et tamen ex illis miseratrix gratia quosdam*

*Eligit, et rursus genitos baptismate transfert*

*In regnum aeternum, multis in morte relictis.*

„Tú que haces depender los dones de Dios de los „méritos del hombre, y de su libre albedrío, dice S. „Próspero, haznos ver la eleccion y los méritos de „los niños, y dinos cuáles son los movimientos de „su voluntad.... No todos igualmente pueden que- „rer el bien y el mal, y sin embargo, Dios escoge „por su gracia á algunos, y haciéndolos renacer en „el santo bautismo, los coloca en su gloria, al paso „que abandona á muchos á la muerte.” *Part. 3. cap. x. 30.* San Agustín es de sentir que los niños muertos sin bautismo sufrirían la pena de condena- cion aunque muy suave, *mitissimam*; opinion que si- gue Mr. de Scissons contra Hardouino y Berru- yer.—Bossouet en su Exposicion de la fe se ciñe á decir:—„Creemos que no participarán de ninguna „gracia de la redencion, y que muriendo en Adán „no tienen parte alguna con Jesucristo.

(16) *O altitudo!* Todos los cristianos deben ver en estas palabras de San Pablo una sentencia defi- nitiva pronunciada en última instancia y sin apela- cion sobre las disputas de la gracia, y oponerlas



como un fuerte dique al torrente de un raciocinio indiscreto. *Bayle art. Amínus.*

(17) „Segun los principios de la teología, la „primer gracia de salud, dice el P. Bourdaloue, es „la luz que nos hace descubrir las sendas del Se- „ñor; puesto que para obrar es necesario conocer, „y para conocer es indispensable ser iluminados de „lo alto.”

(18) „Hace á veces el Señor, dice Bourdaloue, „unas substitutiones terribles; abandona y despoja „á unos, para llamar y enriquecer á otros: misterio „de predestinacion incontestable y verdadero: mis- „terio que aunque aparece lleno de rigor, no se se- „para un punto de las leyes de la mas estricta jus- „ticia: misterio en fin en que Dios hace manifiestos „todos los tesoros de su misericordia. Los ángeles „rebeldes dejaron con su caída abandonados mu- „chos de los asientos celestiales, pero Dios les subs- „tituyó los hombres. Así tambien substituye un pue- „blo á otro pueblo; y ¡quiera el cielo que no sirva- „mos de ejemplo á nuestros sucesores, de la misma „manera que sirven para nosotros los que nos han „precedido!” *Pensam. de Bourdaloue.*

(19)—Los anabaptistas, los tembladores, los in- dependientes, los puritanos y otros muchos secta- rios han dividido la Inglaterra.

(20) Así me parecia en mi juventud; pero al ver tantas obras impías, que hace algun tiempo se estan esparciendo en nuestro suelo, me hicieron es-

cribir la última nota al canto V. de mi poema sobre la Religion, y en ella manifesté mi desconsuelo.

(21) Miétras mayor sea la luz que recibamos, mas expuestos estamos á caer en las tenebras, pues Dios castiga severamente el abuso que se hace de sus gracias. Nunca estuvo mas ilustrada la Africa que en tiempo de San Agustin; y sin embargo, la Religion pereció allí casi del todo por el furor de los Vándalos. Los Arrianos, Nestorianos, Euti- quianos &c. devastaron el Egipto, la Palestina y la Siria, no obstante la multitud de santos anacoretas que florecieron en esos lugares.

(22) Es una verdad incontestable, dice el P. Bourdaloue, que Dios algunas veces ciega á los hombres. ¿Cómo se verifica este castigo, tan contrario en la apariencia á la santidad divina? Es este un secreto de la predestinacion y de la reprobacion de los hombres que debemos venerar, sin que nos sea dado comprenderlo.

(23) *Non volentis, neque currentis, sed miseren- tis est Dei, qui et parvulis quibus vult, etiam non volentibus neque currentibus subvenit.* „Todo depende, „no del que quiere ni del que corre, sino de Dios „que hace misericordia y la concede al que él quie- „re de entre sus hijos, aunque ellos no quieran ni „corran por alcanzarla.” *S. Agust. de dono Persev. cap. II.*

(24) ¿Y puede esta venda servir de excusa? No: los que no conocieron la ley, perecerán sin la ley,



dice S. Pablo. La ignorancia involuntaria es el castigo, ó de los pecados actuales, ó del pecado original.

(25) ¿No sería mas propio de la bondad divina, dice la razon, el no conceder unas gracias de que se ha de abusar? Tambien pudiera decir: ¿No sería mas propio no haber permitido la caída del primer hombre? Ya que Dios ha juzgado conveniente sacar el bien del mal, mas bien que el no permitir ningun mal, contengamos las ideas de nuestra razon dentro de los límites prescritos por la fe. Todo lo de Dios nos es incomprendible, tanto su bondad como su poder.

(26) La gracia es un artifice excelente que gusta algunas veces de encerrar en la breve duracion de un día, la perfeccion de una larga vida.

(27) *Asserimus donum Dei esse perseverantiam, qua usque in finem perseveratur in Christo.* „Afirmamos que la perseverancia, por medio de la cual „permanecemos unidos á Jesucristo, es un don de „Dios.” *S. Agust. de Persev. c. I.*

(28) Despues de haber defendido la Religion contra los paganos y los hereges, se apartó Tertuliano de la Iglesia, y abrazó la secta de los Montanistas.

(29) Osio, obispo de Córdoba, á quien llama S. Atanasio, *padre de los obispos, oráculo de los concilios, y confesor ilustre de Jesucristo*, hizo la guerra al Arrianismo, y fué desterrado por Constancio,

cuando tenia mas de cien años. Despues de un año de destierro y un sin número de ultrages que recibió con resignacion, sucumbió al fin, y firmó la fórmula de Sirmich, extendida por los arrianos. Poco despues murió.

(30) En lugar de citar un bello trozo del P. Bourdaloue, sobre la necesidad que hay de predicar á los hombres el corto número de escogidos, copiaré á S. Agustin.—*Sunt qui propterea vel non orant, vel frigide orant.—Num propter tales, hujus sententiae veritas deserenda, aut ex Evangelio delenda putabitur!*—„Hay algunos que deslumbrados con „aquellas palabras de Jesucristo, que Dios sabe lo „que necesitamos ántes que váyamos á pedirlo, ó „dejan de orar, ú oran con tibieza. ¡Qué! ¿deberemos por estos renunciar á la verdad (de la presciencia de Dios) ó borrarla del Evangelio?” *San Agust. del don de la persever. c. xvi.* Y en el cap. xix dice: „Aunque S. Cipriano y S. Ambrosio han „ensalzado el valor y fuerza de la gracia hasta decir, el uno, que *no hay cosa de que podamos gloriar, nos porque ninguna de ellas viene de nosotros*, y el „otro, que *nuestro corazon y nuestros pensamientos no estan en nuestra mano*, no por esto dejaron de „usar exhortaciones y correcciones para poner á „los hombres en estado de guardar los preceptos divinos. No temieron que se les dijese: ¡Por qué nos „exhortais y reprendéis, si es cierto que nada bueno „tenemos de nosotros mismos, y que nuestro cora-



„zon y nuestros pensamientos no estan bajo la jurisdiccion de nuestro poder?”—*Cyprianus et Ambrosius cum sic predicarent Dei gratiam, et unus eorum diceret: In nullo gloriamandum, quoniam nostrum nihil est; alter autem: Non est in potestate nostra cor nostrum et nostrae cogitationes: non tamen hortari et corripere destiterunt, ut fierent praecepta divina. Nec timuerunt ne diceretur eis: Quid nos hortamini; quid et corripitis si nihil boni habeamus quod sit nostrum, si non in potestate nostra cor nostrum?*

(31) La esperanza y el temor son los dos contrapesos que mantienen al hombre entre los dos precipicios de la presuncion y la desesperacion. Bástanos para esperar, saber que la misericordia de Dios es infinita; y para temer, el estar ciertos que la perseverancia es un don que á nadie se debe.

(32) *Quid times, si in via ambulas? tunc time si deseris viam.* „¿Qué temes si andas por el camino? teme si lo abandonas.” *S. Agust. Serm. 142.*

(33) „Nos aplicamos á los negocios del mundo como si todo dependiera de nosotros; y tratamos los negocios de la salud eterna como si todo dependiese de Dios. Sirvanos aquello para rectificar esto: obremos en los negocios temporales con mas confianza en Dios, y en el de la salvacion poniendo mas celo por nuestra parte.”—*Bourdaloüe.*

(34) *Pulsate, et aperietur vobis.* Mat. VII.

(35) „Nos predestinó Dios, dice Bourdaloue, como criaturas racionales, libres, capaces de mere-

„cer; y que debemos ganar el cielo á título de conquista ó de recompensa.”

(36) Mr. Nointel, embajador á la Puerta Otomana, escribió á Mr. Arnolde una carta sobre el modo con que razonan los turcos acerca de la predestinacion, y este le respondió (carta 147): „Mejor es no engolfarse en estas materias que son de suyo incomprendibles. Es verdad que cuanto pasa en el mundo está arreglado por la Providencia divina, y que aun el pecado, de que Dios no es autor, se sujeta á esta regla, porque no se comete sin su permiso, ni lo permite, sino es para sacar bien... Mas el error de los turcos consiste en que separan los sucesos mismos ordenados por Dios de los medios por los cuales sobrevienen estos sucesos; y así creen que de nada sirve evitar los peligros, puesto que habiendo arrogado Dios los acontecimientos, no está en nuestra mano el evitarlos. Pero como Dios al arreglarlos ha unido la causa á los efectos, yo hago bien en no exponerme á la peste sin necesidad. No exponiéndome á ella, no la contraeré; y no contrayéndola, no moriré de ella; y de este modo no invertiré el órden de la Providencia, sino que conforme á ella me habré manejado con cordura. Despues de todo es preciso confesar que en esta materia hay cosas incomprendibles.”

(37) *Misericors et miserator Dominus, in his quibus veniam dedit, in his quibus adhuc non dedit, lon-*



*ganimis, non damnans, sed expectans. . . . Vocat te nunc, exhortatur te, expectat donec respiscas, et tu tardas.* „Piadoso y lleno de misericordia es el Señor para aquellos á quienes concedió el perdón; á los que todavía no lo ha concedido, no los condena, sino que los aguarda generosamente. . . . Ahora te llama, te exhorta, espera á que te conviertas, y tú dífieres hacerlo.”

(38) *Paratum regnum a constitutione mundi.* „El reino esta dispuesto desde la creacion del mundo.”

(39) *Omnes homines vult salvos fieri. . . . Qui dedit redemptionem semetipsum pro omnibus. I Tim. II.* „Quiere que se salven todos los hombres. . . . pues se dió á sí mismo en rescate de todos.” Yo me atengo á estas palabras de S. Pablo, que me parecen demasiado claras, dejando á los teólogos que expliquen el *Deo nolente* que con ocasion de ellas añade S. Agustín en la epístola 217, c. XIX.

(40) En una edicion de la Henriada por nota al canto VII se encuentra un cálculo de los condenados: tenemos esperanzas que el calculista se haya engañado, y aguardamos á que Dios juzgue.

(41) „Se pregunta, dice el P. Bourdaloue, si conviene que los predicadores hablen en la cátedra de la verdad sobre el corto número de los escogidos. Paréceme que esto es lo mismo que preguntar si debe predicarse el Evangelio en el pulpito. Anunciémosle sin quitarle nada, ni suavizarlo: anunciémosle completo y con toda su severi-

dad. ¡Desgraciado de aquel que se escandalizare! „A quiénes desespera esta verdad? A los que no quieren sinceramente su salvacion. Bien examinado todo, vale mas, permítaseme decirlo así, hacerlos desesperanzar por algun tiempo, que dejarlos en su ceguera.” *Pensam. de Bourdaloue en el tit. del corto núm. de los escogidos.*

(42) El que tiembla crée, y el que crée, tiene el principio de la salvacion. Así el temor mismo es un motivo de esperanza. Cualquiera que sea el abismo en que nos encontremos sumidos, podemos clamar: *De profundis clamavi.*

(43) Antes he dicho:

Pero no, no por eso te acobardes:  
Levanta el corazon, vuélvete al cielo:  
Allí tienes al Padre mas amante,  
Fuente de luz y de piedades lleno.  
Tu Padre, sí, con este dulce nombre  
Te manda que le lames . . . .

Sin embargo de esto, se encuentran en las obras de Mr. Voltaire, ciertos versos que me dirigió en su mocedad, y en que me decia:

No es mi Dios el tuyo; que de Padre  
Tú le conviertes en feroz tirano:  
Yo le tributo adoraciones de hijo,  
Y tú le sirves como vil esclavo.

Cuando ambos le decimos *Padre*, nes valemos de unos mismos términos, y no de la oracion universal de Pope, en que se le llama JUPITER, JEHOVAH,



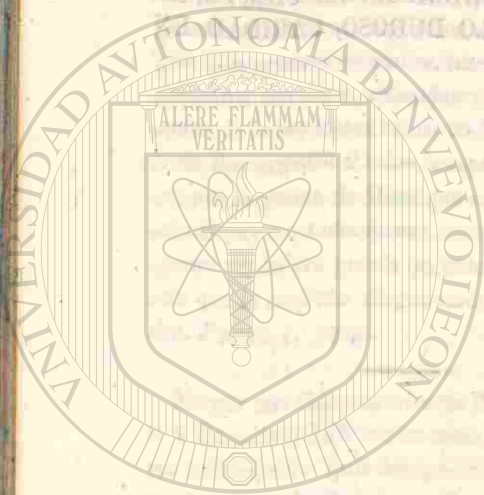
SEÑOR. Yo siempre le digo mi PADRE. ¡Ojalá pueda, al llamarlo con el nombre que me permite darle, servirle como hijo dócil y obediente.

(44) *Oremus, dilectissimi, &c.* „Roguemos, mis amados hermanos, roguemos al Autor de la Gracia que nuestros hermanos, nuestros amigos, y aun nuestros enemigos, entiendan y confiesen, que después de la espantosa ruina, en que la caída de uno solo nos arrastró á todos, ninguno será libre, sino es por la gracia de Dios: que esta gracia no se da como pago ó recompensa de los méritos, sino que como verdadera gracia se concede gratuitamente sin que la preceda ningun mérito.” *S. Agust. de don. Persec. c. xxiii.*

No por una falsa apariencia de sumision prometí á Benedicto XIV en la carta que le dirigí, borrar todo aquello que desagradase á tan gran maestro: la misma docilidad manifestaré á cualquier discípulo de S. Agustin y de Sto. Tomas, que me haga ver que yo me he separado de su doctrina.

El celo de los partidarios de Molina es notorio; y aun les convendria moderarlo. En una de nuestras mejores tragedias se dice que la paz debe reinar entre los Romanos, con tal que *Roma sea siempre libre y César poderoso*. Tambien debe reinar la paz entre nosotros, sea cual fuere el sistema que sigamos, con tal que *sea el hombre siempre libre, y Dios Todopoderoso*. Los medios de que se vale

nuestra débil razon para conciliar estas dos verdades, no deben causar mas que disputas suaves, teniendo constantemente á la vista aquella máxima de un antiguo: **UNIDAD EN LO CIERTO, LIBERTAD EN LO DUDOSO, CARIDAD EN TODO.**



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

**INDICE**

**De los Poemas que contiene este tomo.**

Prólogo del Editor.....Pág. III  
Oracion que sirve de introduccion para pedir á Dios las gracias que conducen á la vida eterna..... VII  
POEMA I. *El fin del hombre*..... 1  
II. *El alma*..... 13  
III. *La inmortalidad del alma*..... 28  
IV. *La Providencia*..... 44  
V. *El mundo*..... 56  
VI. *El amor del mundo*..... 68  
VII. *La fe*..... 81  
VIII. *Los frutos de la fe*..... 93  
IX. *La dignidad de cristiano*..... 105  
X. *La confianza en Dios*..... 118  
XI. *El pecado mortal*..... 129  
XII. *Los pecados veniales*..... 143  
XIII. *Las agitaciones del pecador*..... 155  
XIV. *Las aficciones del justo*..... 168  
XV. *El escándalo*..... 180  
XVI. *La penitencia*..... 194  
XVII. *Los sufrimientos*..... 209



XVIII. <i>La conciencia</i> .....	218
XIX. <i>La caridad</i> .....	232
XX. <i>La gracia santificante</i> .....	245
XXI. <i>La santidad</i> .....	258
XXII. <i>La paz del alma</i> .....	269
XXIII. <i>La esperanza</i> .....	285
XXIV. <i>La muerte</i> .....	295
<i>La Gracia. Poema escrito en Frances por Luis Racine, y traducido al castellano por D. Francisco Bustos</i> .....	311
Noticia del traductor.....	313
CANTO I.....	315
II.....	334
III.....	351
IV.....	368

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



